

REVISTA
DE
SANTIAGO.

Tomo Séptimo.

SANTIAGO.

IMPRENTA CHILENA, CALLE DE SAN CARLOS,

DICIEMBRE DE 1850.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XVII.

Pero esta actitud diplomática del gobierno exigía una actitud armada correspondiente a las eventualidades que podían sobrevenir. El ministro de relaciones exteriores pidió los armamentos de seguridad proporcionados a los peligros posibles o la cordura exigida por la situación.

La España todavía no se explicaba. Los informes secretos revelaban disposiciones poco favorables en Madrid. Se anunciaba una aglomeración de tropas al otro lado de los Pirineos a corta distancia de las fronteras francesas. El matrimonio reciente del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, ha-

bia debido establecer entre la dinastía proscrita de Francia i el gobierno español una solidaridad i una intimidad que podían convertirse en hostilidades. Anunciábase que los príncipes de la casa de Orleans iban a buscar un asilo en España. Su presencia anunciaba algunas ideas confusas de restauración armada por esta parte. El ministro reclamó la formación inmediata de un ejército de observación de los Pirineos de 15 a 20 mil hombres. Decretóse este ejército. En la Italia agitada ya en su estremidad por la revolución de Nápoles que había precedido a la revolución de París iba probablemente a hacerse sentir la regeneración de la república. El Papa con sus palabras i sus actos había despertado el espíritu de independencia i de odio contra el Austria. Este Pontífice bien intencionado, pero temerario i tímido al mismo tiempo contenía ya con trabajo el movimiento que había iniciado. El no había querido más que reanimar el calor en el cuerpo entumecido de la Italia central. Había arrojado en él la chispa. El soplo que los sucesos de París desencadenaban sobre el mundo iba a dar aire a la hoguera que el Papa había encendido. En la Toscana tendría indudablemente eco la influencia. Aunque libre i feliz de hecho bajo el gobierno municipal i paternal del descendiente de Leopoldo, quería cambiar este hecho en derecho i estos hábitos de libertad en instituciones. Venecia i Génova se estremecían al nombre de república que les recordaba su antigua gloria. Finalmente el Piamonte, única potencia militar de Italia, estaba preparada a la guerra hacia mucho tiempo. La ambición de su rei soñaba para sí dos títulos; el de libertador i el de protector de Italia. Fluctuando hacia algunos años entre la alianza austriaca que le convertía en un satélite de la servidumbre i la alianza francesa que podía convertirle en dominador de la Península; importunado en sentido contrario por la influencia sacerdotal que había hecho de él el proscriptor i el carcelero del liberalismo por el espíritu liberal de sus pueblos que querían convertirle en un novador i en un príncipe constitucional, ¿a qué lado se inclinaria? Si se declaraba hostil a la república i quisiese formar de su ejército de 100 mil hombres una vanguardia del Austria contra nosotros, era necesario esperarle en las salidas de la Saboya i del litoral de los Alpes. Si quería levantar por sí mismo el estandarte de la independencia italiana, era preciso prever igualmente el caso de su derrota i el de su victoria. Una i otra podían igualmente arrastrarnos contra nuestra voluntad a Italia. Tanto la prudencia como la

energía de la República, exigían un ejército de observación con el nombre del ejército de los Alpes dispuesto a cualquiera eventualidad: fuese a cubrir los Alpes desde Var hasta Grenoble, fuese a atravesarlos. El ministro pidió la formación inmediata de este ejército de 62 mil hombres. El gobierno no vaciló.

La presencia de este ejército al pie de los Alpes i en el valle del Ródano, tenía también su causa en el interior. La república podía ser amenazada ya por las tentativas de restauración monárquica en pró de la rama primojénita de los Borbones en el Mediodía; ya por destacamentos del ejército de Arjel arrastrados por su afección a los príncipes i desembarcando con ellos en las costas meridionales, ya por las agitaciones anárquicas con que Tolon, Marsella, Aviñon i Arles, ciudades del Mediodía, habían contestado la primera república. I finalmente i sobre todo por movimientos socialistas semejantes a los que habían estallado en la capital de la industria, en Leon, en 1830 i 1832. Una fuerza armada, móvil, disciplinada, imponente, hacia frente de este modo a la vez en el interior i en el exterior.

Finalmente pidió un ejército de 100 mil hombres distribuidos sobre el Rhin i destinado a observar la Alemania i unirse al ejército del norte de 50,000 hombres a fin de cubrir nuestras fronteras o pasarlas según que nos indicasen precauciones o actos los movimientos de la Bélgica, de la Prusia o del Austria.

XVIII.

El gobierno provisorio adoptó todas estas medidas. El 3 de Marzo creó un comité de defensa compuesto de los jenerales mas eminentes sin tener en cuenta su opinion. No caben sospechas en el ejército frances. El sentimiento de gratitud que algunos de sus jefes podían abrigar para con los príncipes se desvanecía ante el sentimiento de la patria. El gobierno no les preguntó si eran republicanos. Sabía que eran franceses.

El mariscal Bugeaud había escrito en los primeros días a Lamartine en términos dignos de su carácter i de su rango adhiriéndose a la república. Lamartine le había contestado que la república era la Francia. Que se hallaba fuerte i orgullosa de todos sus hijos. Que esperaba no tener necesidad de sacar la espada; pero que si la desenvainasen contra ella confiaría el punto mas importante, es decir el Rhin, a un jeneral cuyo nombre, cuyo valor i talentos eran caros al ejército, e imponentes a Euro-

pa. El mariscal comprendia mui bien que solo la guerra podía justificar su papel en el gobierno actual. La reciente adhesion que habia mostrado al reinado proscrito, los servicios que le habia hecho, la franqueza militar de sus sentimientos, la susceptibilidad en fin del pueblo i la reserva obligada del mismo gobierno, imponian al mariscal Bugeaud una separacion temporal hasta el dia en que la República ratificada por la Asamblea nacional no tentase a un jeneral a representar el papel desacreditado de Monk. Pero el jeneral Lamoricière, el jeneral Oudinot, el jeneral Bedeau, fueron llamados a este comité del gobierno. Estos tres jenerales no habian vacilado un instante en adherirse a la República despues de haber cumplido su deber de honor con el trono.

El gobierno asistió muchas veces a las deliberaciones de este Comité de la guerra a fin de imprimirle sus pensamientos, sus inspiraciones, su enerjía. Lamartine era de opinion de llamar instantáneamente 40 o 50 mil hombres del ejército de Africa, fuerte entónces de 100 mil hombres. Creia que 100 mil hombres en Africa para cubrir una colonia casi desierta contra algunas tribus sin jefe, sin gobierno, sin ejército, eran al ménos en tiempo de crisis en Europa, un lujo inútil i oneroso. Que bastarian 50 mil hombres para contener esta colonia; que siuviésemos guerra con Inglaterra estos 100 hombres cortados de la madre patria, acabarian como acabó el ejército de Egipto despues de Bonaparte. Que siuviésemos paz, esta paz, todavia armada, gravaria al tesoro con el peso de 50 mil soldados que seria necesario crear, armar, equipar, para sustituir los 50 mil hombres cuyo regreso pedia. En fin que las tropas de Africa disciplinadas i aguerridas ya equivaldrian sobre los Alpes o sobre el Rhin a doble fuerza de soldados jóvenes de nuevos reclutamientos.

Los jenerales de Africa oponian resistencia invencible a esta reduccion de nuestras fuerzas activas en Arjel. Irritábase Lamartine de una predileccion que le parecia una parálisis sistemática de una parte de las fuerzas que la prudencia i la política debian concentrar sobre el mismo suelo de la República. Una batalla en Bélgica sobre el Rhin o en el Piamonte perdida por la ausencia de 50 mil hombres perdía la República. Algunas escaramuzas mas o ménos ventajosas en Arjel no perdian mas que un desierto fácilmente reconquistado despues de la paz. Se renovaron i se prolongaron obstinadas discusiones. Cambiáronse palabras i objeciones vivas entre el jeneral Lamoricière i Lamar-

tine. Lamartine desconfiaba entónces de este jóven jeneral. Abri-
gaba sospechas no de su franqueza, pero sí de sus relaciones.
Lesuponía intimidades con el partido implacable en su resen-
timiento contra la revolucion. Reconoció despues que se enga-
ñaba; i que este jeneral tan valiente en la accion como capaz en
el Consejo no economizaba mas su sangre que su palabra i su
popularidad por la salud del gobierno.

El jeneral Bedeau i el jeneral Oudinot, dignos ámbos de los
mandos mas elevados, se esforzaron vanamente entónces por
justificar a sus hermanos de armas i destruir en el ánimo de
Lamartine prevenciones injustas. El gobierno concediendo a me-
dias razon al ministro de relaciones exteriores decretó que 20
mil hombres primeramente i despues 10 mil serian llamados
de Arjel i reemplazados en Africa por soldados de nuevas le-
vas.

El ministro de la guerra, jeneral Subervie, era presidente de
este comité de defensa nacional. Un jóven coronel de estado ma-
yor, M. Charras, era el secretario. Las medidas de este comité
fueron no solamente aceptadas sino provocadas e instadas por
unanimidad del gobierno con un ardor mui semejante a la im-
paciencia. Era urgente la reorganizacion de nuestras fuerzas.
La Arjelia habia absorbido todo. El gobierno precedente estaba
construido para tiempo de paz. No le acusábamos por esto. La
república en su nacimiento debia reconstruir la Francia militar
con la doble prevision de la paz o de la guerra. Para que se
hallase al mismo tiempo en pié como la Francia en 1792 i labo-
riosa como la Francia en 1847 era de necesidad que su fuerza
activa i a sueldo no fuese mas que la vanguardia de su pobla-
cion armada. Lamartine provocaba ya en este sentido la crea-
cion de 500 batallones de guardias móviles de los departa-
mentos formados, disciplinados, armados en sus hogares i pron-
tos a servir de reserva sobre nuestras fronteras, o de fuerza
moderadora de la república en el interior. Concluyó por realizar
mas tarde esta idea que votada por la Asamblea nacional i aban-
donada momentáneamente por los gobiernos que sucedieron al
gobierno provisorio, hubiera dado a la República una fuerza de
orden presente en todas partes en el interior i una fuerza de-
fensiva prontamente activa en el exterior. Era en el pensamiento
de Lamartine la federacion perpétua de los departamentos, de la
propiedad i de la sociedad contra las facciones anti-sociales i
contra las coaliciones anti-francesas.

XIX.

El ejército se componía el 1.º de Marzo de un efectivo no matriculado de 370,000 hombres de los que 90 mil se hallaban en Arjel sin contar las fuerzas indígenas. El número de combatientes no era mas que de 336 mil hombres i de ellos 82 mil en Arjel. Este número parecia suficiente a las necesidades puramente eventuales de un gobierno que estaba resuelto a no atacar. Pero cuando el gobierno preguntaba a los jenerales con qué fuerzas inmediatamente activas podia contar, fuese para una campaña sobre el Rhin, fuese para una expedicion al otro lado de los Alpes, reduciase de tal manera la cifra por las guarniciones, la defensa de las costas, las colonias, las bajas, que el ministro de relaciones exteriores i sus cólegas se estremecian de la impotencia del pais si llegasen a verse alcanzados por los acontecimientos; ganar tiempo, digan lo que quieran los partidarios de la guerra agresiva, era ganar fuerzas; era salvar a la vez la sangre de la Francia i los destinos de la república.

El gobierno sin dejar de ganar tiempo contra la Europa no lo perdía para sí mismo. Resolvió aumentar el ejército hasta el número de 580 mil hombres. Todas sus órdenes, todos sus llamamientos, todas las requisiciones de caballos, todos los trabajos de los comités de defensa, todas las vijilias de los dos ministros de la guerra que se sucedieron; el jeneral Suverbie i M. Arago, contribuyeron a esta cifra. Cada semana, cada mes nos aproximaban a ella. El 1.º de Abril contábamos 338 mil combatientes; el 1.º de Mayo 348 mil; el 1.º de Junio 400 mil. La ejecucion tan rápida como era posible de las medidas decretadas por el gobierno provisorio, ejecutadas sucesivamente por M. Arago, por M. Charras, por el jeneral Cavaignac, por el jeneral Lamoricière, aumentaron esta cifra ántes del fin del año hasta mas de 500 mil hombres. El número de caballos que era el 1.º de Marzo de 46 mil llegaba a 60 mil en julio i a 75 mil en noviembre. La guardia móvil i la guardia republicana, cuerpos de circunstancias pero improvisados, armados, disciplinados, intrépidos ántes de tiempo, montados, equipados, componian ademas en Paris cerca de 20 mil hombres salidos de las calles i de las emociones populares i convertidos por ellas en excelentes soldados.

El jeneral Duvivier, militar filósofo i republicano, habia sido encargado por el gobierno de organizar i de mandar esta guar-

dia ya móvil. Ningun jeneral tuvo jamas que formar el ejército del orden en una capital en revolucion con elementos mas confusos, mas instables i mas turbulentos. Nunca en tan poco tiempo, en tan pocas semanas, llevó a cabo jeneral alguno mas maravillosamente obra tan dificultosa. Sus batallones compuestos en su mayoría de muchachos del pueblo de Paris, salian de hora en hora de sus manos todavia en harapos pero soldados. El jeneral Duvivier los cautivaba por el corazon, el gobierno por la confianza; salvaban todos los dias a Paris de si mismo. Paris los admiraba i los adoraba. Eran los pupilos heroicos de la república; fueron mas tarde los héroes i los salvadores del orden social. Sus jenerales, Duvivier i Damesme murieron a su cabeza. Ellos solos llevaron el peso de los tres primeros meses de la sedicion, reprimida o contenida en todas partes. Hicieron al gobierno el 16 de abril una muralla de sus batallones. A su llegada rodearon la asamblea. El 15 de mayo la reconquistaron con la guardia nacional. Por ella prodigaron su sangre el 23 de junio. Volvieron a abrir al ejército las puertas de Paris i se glorificaron de subordinarse a sus hermanos mayores en la familia de los campos de batalla. Merecian ser adoptados por la Asamblea nacional en vez de ser condenados al licenciamiento i al olvido. Pero si el momento olvida, la historia recuerda. La página de la guardia móvil se escribirá con sus servicios i con las gotas de su sangre.

XX.

Mientras que el jeneral Suverbie, el jeneral Duvivier i los jenerales de los Comités de defensa secundaban de este modo los esfuerzos del gobierno a fin de reorganizar nuestras fuerzas de tierra, M. Arago, cuyo nombre lisonjeaba el orgullo de la marina, mantenía con mano firme la disciplina en nuestras flotas: fortificaba nuestras escuadras, armaba nuestros puertos, daba sin reserva la confianza del gobierno a todos los oficiales de este ejército escogido cuyo honor garantizaba su fidelidad a la república. Hacia con miras a la vez patrióticas i pacificas flotar los pabellones de nuestros buques sobre las costas del Mediterráneo.

XXI.

Pero tan inmensos desarrollos dados a nuestras fuerzas nacionales con el objeto de prevenir cualquiera sorpresa por mar o tierra, cualquiera azar de invasion i cualquiera afrenta a la república, exijian esfuerzos correspondientes del tesoro.

El gobierno habia encontrado las rentas en una situacion que aun en tiempo ordinario hubiera sido difícil i habria exigido ántes de pocos meses un empréstito de 600 millones. El empréstito exige el crédito. Las revoluciones son los eclipses del crédito; porque ellas conmueven no solamente los intereses sino tambien las imaginaciones. Las imaginaciones conmovidas hacen apretar las manos que tienen el oro en una nacion industrial. Los hombres pensadores del gobierno, se preocupaban ante todo de la cuestion financiera. Sabian que toda la revolucion iba a caracterizarse de violenta o de moderada por las primeras medidas financieras que el gobierno tomase en su primer paso.

Decian desembarazadamente que no habia mas que dos medios de hacer salvar a la república este abismo de una revolucion imprevista, sin precipitar en él la fortuna pública: la dictadura armada de los suplicios o el crédito.

La dictadura armada del instrumento de los suplicios podia ocasionar una bancarrota, los asignados, los maximum, i sostener estas medidas desesperadas contra las fortunas por medio de un llamamiento a los pobres contra los ricos; no faltaban los medios de ejecucion. El solo hecho de la revolucion repentina i completa llevado a cabo sin resistencia por el brazo de los propietarios; 200 mil obreros en Paris a quienes se podia fanatizar algun tiempo contra las fortunas como se les entusiasmaba en favor de la virtud; 2 millones de trabajadores sin ocupacion sobre la superficie de la república pidiendo pan en nuestras ciudades manufactureras en donde los talleres iban a estrecharse i cerrarse, eran elementos de terror para las clases poseedoras i de compresion irresistible para un gobierno desesperado. No hai nada que semejante gobierno no se sintiese la fuerza de ejecutar durante estos dos primeros meses de la república. Tenia a su espalda la impulsión i el peso de una revolucion que le habria lanzado a los abismos pero que le lanzaba sin que nada pudiera resistirla. Si no se apoderó de la tiranía, consiste en que fué bastante sensato para despreciarla, bastante político para temer-

la. Costóle todos los días mas trabajo rehusarla que tomarla. Una palabra suya hacia doblarse en este momento a toda la Francia. «Tenemos bastante fuerza para hacer cuanto mal puede imaginar un hombre, decia Lamartine a Dupon de l'Eure; en cuanto al bien es diferente; se hace lentamente con regla i medida.» No eran pues los medios de ejecucion sobre las fortunas los que inquietaban al gobierno provisorio. Estos medios superabundaban. Pero todos estos medios, bancarota, asignados, empréstitos forzosos, contribucion a los ricos, diezmo de los capitales, secuestros, confiscaciones proletarias impuestas como apremiadores a los propietarios, exigian la violencia contra las cosas. Los miembros prudentes i moderados del gobierno sabian que de la violencia contra las cosas a la violencia contra las personas no habia mas que el espacio de la vispera al día siguiente. Cada una de estas medidas habria hecho sepultar el oro, habria agotado el impuesto, muerto el crédito, anonadado el trabajo. Para volver a encontrar el oro, el impuesto, el crédito, el trabajo, era preciso proceder con rigor. Los rigores de la lei habrian ocasionado las resistencias de los contribuyentes. Las resistencias hubieran hecho necesarias las delaciones, las condenas, las multas, las prisiones. De alli a los cadalsos no habia mas que un paso. Dado este paso corria la sangre. La primera gota vertida por la revolucion en nombre de la república, volvía a abrir las esclusas de sangre. Se sacrificaba la humanidad, se pervertia la revolucion, se deshorraba la libertad, se abandonaba la Francia al crimen, el rico al terror, el pobre a las guerras civiles, la república a la execracion del porvenir.

Estas ideas presentes sin cesar al espíritu de los miembros del gobierno i enérgicamente reproducidas en el Consejo por los hombres políticos i por los hombres financistas, no permitian exitacion posible a la mayoria del Consejo. A la primer medida de esta naturaleza que hubiera sido decretada, los hombres de juicio se habrian retirado para hacer declinar de ellos el crimen i la deshonra. Retirarse era abandonar la república a la ventura; París a despedazamientos instantáneos, la Francia a los lictores. Nadie pensaba en esto sin estremecerse.

Sin embargo el tesoro se presentaba siniestro para ser soudeado. No podía llenarse a medida que se vaciaba sino por fuentes cotidianas tan abundantes i tan inagotables como las apremiantes necesidades que lo vaciaban. Habia en arcas el 25 de Febrero 190 millones. Era una suma mui inferior a la que el tesoro

encierra ordinariamente en este mes que precede al mes de Marzo, en que se paga la renta i sobre el que se acumulan ordinariamente los ingresos. Si el tesoro hubiese manifestado la menor vacilacion para cumplir sus compromisos, la palabra bancarrota, sinónimo de la palabra ruina en el pueblo, habria circulado al instante en boca de todos; habria helado todas las imaginaciones; reducido todos los capitales; hecho cerrar todas las cajas i diezmado todos los impuestos. Ibamos a tocar el escollo a los mui pocos dias, era necesario aparentar confianza para inspirarla. El nombre del ministro de hacienda lo ofrecia a los capitalistas i a los banqueros de Paris. M. Goudchaux tenia la probidad, la obstinacion de escrúpulos, la rectitud de intencion, la experiencia de crédito i la intrepidez de resistencia a todas las aventuras de sistema i de idea aparentes para tranquilizar todo lo que podia i debia ser tranquilizado en la rejion de los negocios. M. Goudchaux era lo que era nesario ser en semejante momento; la regularidad financiera en medio de la revolucion politica. Pero adolecia del defecto de sus cualidades; el crédito timorato como su alma; se alarmaba con excesiva viveza de las doctrinas lanzadas temerariamente por aquellos que en torno del gobierno veian en la tiranía impuesta a los capitales, lo que llamaban la organizacion del trabajo. Los discursos del socialismo industrial en el Luxemburgo, discursos que se evaporaban en la atmósfera del buen sentido de la Francia i de los mismos obreros, le causaban como a celador del tesoro incesantes insomnios.

Efectivamente estos discursos tenian una fatal repercucion sobre los negocios. Los obreros se embriagaban los primeros dias de las palabras sonoras que parecian contener tempetades contra los capitalistas. Los fabricantes inquietos por estas teorías de los salarios fijados soberanamente por el Estado les atribuian al principio mas peligro que el que en realidad tenian. La alarma cerraba las manufacturas; el producto i el consumo se amortiguaban; i con todo así como lo habian previsto los miembros ilustrados del gobierno, los obreros en masa comenzaban ya a conocer la futilidad de las teorías del Luxemburgo. La igualdad de salarios, distribuidos entre obreros desiguales en fuerzas, en habilidad, en conducta, en trabajo, escandalizaba su equidad. La servidumbre del capital forzado a gastarse en trabajo sin hallar en él su interes i sin dar salida a sus productos inquietaba a su buen sentido. La elocuencia de su jóven tribuno Luis Blanc, los atraía,

pero saliendo de su curso se preguntaban entre sí qué habia de aplicable a su condicion en este evangelio de los asalariados. Exprimian las palabras, no encontraban en ellas mas que sonido: llegaban a las consecuencias; no los conducia mas que a lo imposible. Encojian la cabeza i se decian con la enerjia vulgar de su lenguaje: — «Este Luxemburgo es un pasatiempo que la revolucion ha obsequiado a los ociosos. Nos adormecen con lindas palabras para que no sintamos el hambre. Volvámos al simple buen sentido. No hai ni capital, ni salario, ni trabajo, sin libertad. Si arrebatamos la libertad al fabricante i el capital al rico, todos seremos igualmente miserables. Lo que nos predicán es la igualdad del hambre.»

Los problemas de Luis Blanc de los socialistas i de los economistas se entrechocaban en el Luxemburgo como las lenguas en Babel. El corazón de Luis Blanc estallaba en sentimientos fraternales; su palabra en imágenes; pero su sistema en tinieblas. Era el O'Connell de los trabajadores haciendo brillar los problemas, prometiendo el imposible i aplazando los resultados a los que no podian aplazar sus necesidades.

Algunos miembros de la mayoría del gobierno se reunieron en casa de M. Cremieux, ministro de justicia, para sondear entre ellos la situacion i para oír las elejias de M. Goudchaux. Allí en presencia de Marie, Bethmont, Cremieux, Garnier Pagès, Duclerc, Pagnerre, Carnot, Lamartine, M. Goudchaux anunció la irrevocable resolucion de retirarse. Los miembros presentes del gobierno i los ministros quedaron consternados. Conocieron el terrible golpe que iba a dar al escaso crédito que todavia quedaba la retirada de un ministro estimado i que poseia la confianza de los capitalistas. Era una declaracion de penuria a los ojos de la opinion. Dupont de l'Eure, Garnier Pagès, Lamartine, todos los miembros de la conferencia suplicaron a M. Goudchaux que renunciase a su resolucion. Le representaron patéticamente las deplorables consecuencias que iban a orijinarse, las calumnias de los hombres acaudalados, el terror de los contribuyentes, la alarma de los escudos, el cerrarse el mayor número de talleres, la inundacion de Paris por masas de obreros sin trabajo.

M. Goudchaux no cedió. Siguióse un silencio sombrío; todos conocian que en un momento crítico en que las rentas eran el alma de todo, en que una bancarrota podía resultar de una desaparicion del numerario i en que el numerario iba quizás a desaparecer con M. Goudchaux, la dimision del ministro de hacienda

era el golpe mas terrible con que se podia herir al gobierno.

Fueron minutos de agonía cuya impresion debió quedar punzante en el alma de los que comprendian el alcance de esta catástrofe de los negocios a tan corta distancia de la proclamacion de la república.

Especialmente Lamartine se estremecia. Estaba convencido de que la bancarrota, el terror i la guerra eran una misma palabra. Pero tambien estaba persuadido de que el gobierno no debia confesarse vencido por las dificultades financieras sino sucumbiendo completamente.

—«Confesarnos vencidos o impotentes ante los peligros del tesoro; hacer decir a los enemigos de la Francia que la República ha empezado su carrera por una bancarrota! mas bien morir todos en el tormento, exclamó levantándose desesperado. La salida del ministro de hacienda nos consterna pero no nos desanimará. Ya que hemos hecho todo lo posible a fin de prevenir esta desgracia, hagamos todo por repararla.»

El mismo impulso animó a todos los hombres que asistian a la conferencia. Garnier Pagès, aunque exánime de debilidad, de cansancio i de enfermedad, volvió a hallar en su corazon aquel esfuerzo del hombre de honor que no se debilita jamas. Aceptó la carga cuyo peso él conocia mejor que nadie i que su patriotismo religioso hacia que no fuera superior a su consagracion. Su aceptacion salvó el tesoro salvando la hacienda de las medidas extremas i acerbas que la imprudencia aconsejaba o la desesperacion. Salvó efectivamente la república.

LIBRO DÉCIMO.

I.

Sin embargo el gobierno no tenia aun noticia alguna determinada acerca de la suerte del rei, de la reina i de la familia real. Los comisarios designados por Lamartine para ir a proteger su fuga, aguardaban en vano la orden de marchar. Se ha visto que el gobierno deseaba facilitar la salida del rei, de los principes i de sus ministros en vez de ofrecerles obstáculos. No habia por lo tanto empleado sino medios oficiosos para instruirse de sus diversas direcciones. Era ignorándolo el gobierno, i por una medida espontánea de la justicia como una orden firmada por el procurador jeneral, disponia el arresto de los ministros fujitivos i su causa. Admiróse i aflijóse el gobierno de este acto; este proceso contrariaba todos sus pensamientos; preparaba a la capital penosas emociones; desnaturalizaba el carácter de mansedumbre i de magnanimidad que los miembros del gobierno querian dar a la revolucion. Lamartine llamó al procurador jeneral al ministerio de relaciones exteriores a fin de expresarle estos sentimientos. Parecieron ser tambien los sentimientos de este majistrado que no habia hecho mas que obedecer, dijo, a una orden superior. M. Portalis prometió a Lamartine que el mandato se consideraria como una simple formalidad i que se le dejaria sepultado en el olvido.

Sucedió lo mismo con un decreto del gobierno que suprimía los títulos: esta cuestion deliberada el 27 de febrero en el Hôtel de Ville habia sido desechada desdeñosamente por el Consejo. No comencemos la república con una ridiculez; habia dicho Lamartine, la nobleza está abolida, pero no se aniquilan los recuerdos ni las vanidades.

Sorprendiéronse los miembros del gobierno al leer algunos dias despues un decreto que abolia el uso de los titulos; referianse a la poca costumbre. La innumerable cantidad de decretos que se acumulaban en circunstancias urjentes i en el tumulto del Hôtel de Ville dieron ocasion a algunos errores de esta naturaleza. Muchos de estos decretos no estaban firmados mas que por uno o dos de nosotros. Los arrebataban de la mesa del Consejo i los arrojaban a los impresores sin que hubiesen pasado todos al registro o a la verificacion del Consejo.

II.

Hemos visto que el rei, la reina, la duquesa de Nemours i sus hijos habian montado en un carruaje de alquiler tirado por un solo caballo en la plaza de la Concordia, i que habian tomado el camino de Saint-Cloud escoltados por un rejimiento de coraceros al mando del jeneral Regnaud de Saint-Jean-d'Angely. En Saint-Cloud el rei tomó carruajes de la corte i se trasladó a Trianon en donde permaneció algunos instantes como para dar tiempo a la fortuna de alcanzarle i detenerle. El jeneral Regnaud de Saint-Jean-d'Angely habiéndole preguntado al fin ¿qué orden queria dar a las tropas i si queria circundarse de ellas en Saint-Cloud? Eso no me toca ya a mí contestó el rei; esa es cuenta al presente del duque de Nemours. El maestro de postas de Versailles le trajo a Trianon veintiocho caballos para conducir sus equipajes. Bien diferente del célebre maestro de postas de Sainte-Menhoud que deteniendo a Luis XVI tambien fujitivo hizo cortar la cabeza a este desgraciado monarca i a toda su familia, el de Versailles dijo al rei: «Aquí teneis los mejores caballos de mis caballerizas; yo mismo los he escogido valientes e infatigables para asegurar la marcha i la salvacion del rei por los caminos escusados que le convendrá tomar. Hacedles seguir su carrera mientras les sintáis algun aliento en su pecho; no penseis en mí; matadlos, señor, pero que os salven!»

El rei a la caída del día tomó el camino de Dreux; llegó allí a las primeras horas de la noche. Ignorábase aun en la ciudad los últimos sucesos de Paris. El sub-prefecto de Dreux M. Marechal sabiendo la llegada de los carruajes de la Corte a una hora inusitada creyó que ellos conducian a este sitio real algunas princesas asustadas por las agitaciones de las Tullerías. Se trasladó al palacio i reconoció al rei.

«Ya no lo soi, le dijo este príncipe; ni aun sé adonde voi a abrigar mi vida. Paris está ardiendo; he abdicado a fin de evitar las últimas desgracias; confio en Vd. en la mala fortuna como he contado en mi felicidad. Instrúyase Vd., instrúyame de la continuacion de los sucesos que ignoro i aconsejeme en conformidad con las circunstancias que le revelará esta noche.»

A estas palabras el correjidor de Dreux entró a presentar sus homenajes al rei. Ignoraba todo. El rei entonces volviendo a tomar la palabra, fué el mensajero de sus propios infortunios. Refirió detalladamente i con pasion la série de vicisitudes que habian llenado estos últimos días hasta el momento en que rodeado en su palacio por la insurreccion creciente, mal inspirado por sus ministros de la vispera, mal socorrido por sus ministros del día siguiente, mal defendido por sus tropas, fieles no obstante, i abandonado por la guardia nacional por cuyo medio habia reinado, la abdicacion i la fuga a través de los tiros de fusil se habian hecho su último recurso. Estuvo conmovido, patético apasionado, indignóse de la ceguedad de la guardia nacional, de las debilidades, de las vacilaciones de sus ministros, de la ingratitud de los pueblos que elevan a un hombre al trono para salvarlos de la anarquía i que en un capricho le precipitan al fondo del abismo de donde los ha sacado. Se enterneció sobre la vanidad de los servicios que se hacen a los hombres, sobre la suerte de la reina, sus ancianidades relegadas fuertes i verdes todavia en la inutilidad de algun real destierro léjos de Paris que habian amado; léjos del gobierno que él habia dirijido; lejos de los consejos que habia ilustrado con su experiencia i sus luces.

Los dos majistrados derramaban lágrimas a estos reproches de un anciano dolorido de su caída, a su fortuna i a la nacion. El rei abandonando bien pronto esta triste materia se ocupó de su nieto; i compadeciendo a sus hijos arrojados por una semi-revolucion sobre un trono que toda su cordura no habia podido fortificar, parecia presajiar desgracias i dirijir al cielo votos desesperados por estos destinos.

Sin embargo el rei se lisonjeaba todavia de que su retirada lo habia apaciguado todo i que su abdicacion habia dejado tras sí un trono, las cámaras i un gobierno. Declaró al correjidor i al sub-prefecto que su intencion era detenerse cuatro dias en Dreux para esperar la resolucion de las Cámaras a su respecto, i la indicacion del sitio i de la existencia real que le designaria la nacion; tomó algun alimento, visitó alumbrado por una antorcha las construcciones que habia mandado hacer en el palacio como un hombre seguro del porvenir.

Este palacio desierto carecia de todos los objetos de primera necesidad para el rei, las princesas i los infantes. Los habitantes adictos a la familia real se apresuraron a traer muebles, ropa blanca, vestidos, servicio de plata: prestaron al rei algunos centenares de monedas de oro. El sub-prefecto le propuso enviar a buscar el rejimiento de Chartres que estaba de guarnicion en Chartres; el rei lo rehusó. La guardia nacional cubrió algunos puestos de seguridad i de honor.

Despues de la comida escribió lentamente a M. de Montalivet ministro de su casa pidiéndole sus carteras, sus necesarios, sus objetos de tocador i dándole sus instrucciones preliminares sobre las disposiciones que debia tomar relativas a su fortuna.

A las dos, el correo portador de este despacho parte, el rei se recoje i duerme un profundo sueño: durante este sueño, un amigo de M. Bethmont, llega de Paris i anuncia al sub-prefecto la proclamacion de la república.

M. Marechal quiere dejar al ménos al rei sus horas de descanso a fin de que sus fuerzas restauradas resistan el golpe que va a recibir. Sube al palacio a las 7 informa a los edecanes del rei i al duque de Montpensier; el rei dormia todavia. Su familia le despierta; dásele la noticia con precauciones i suavizada por la ternura de la reina. Esta princesa ha cambiado su valor durante la lucha en resignacion despues de la desgracia. Celébrase un consejo de familia i de amigos en torno del lecho del rei; se decide que la familia real se separará a fin de evitar toda sospecha i sustraerse a las emociones que carruajes notables o rostros reconocidos podrian excitar en los caminos.

Se señaló como punto de reunion a la reina i al rei una casa de campo aislada i desierta sobre el cabo de Honfleur de la propiedad de M. Perthuis. Desde alli esperaban hallar con facilidad medios furtivos de embarcarse i ganar la costa de Inglaterra. El duque de Montpensier, la duquesa de Nemours i los infantes to-

marian el camino de Avranches para de allí refugiarse a la isla de Jersey o de Guernesey. Dejan los coches de la corte; el sub-prefecto proporciona algunos ménos sospechosos prestados por los habitantes de Dreux. Disfrázanse los fujitivos con los vestidos mas sencillos; una calesa lleva hácia Avranches al duque de Montpensier i a la duquesa de Nemours. El rei, la reina, una camarera, una ayuda de cámara i M. de Rumigny edecan del rei, suben en un coche cerrado. La reina que habia mandado celebrar en la mañana una misa en la capilla en que está el sepulcro de su hijo no pudo ni rezar las oraciones de despedida a esas cenizas. La hora urjia; el sub-prefecto de Dreux parte con ellos en el mismo carruaje; toman el camino de Anet i de Louviers.

Llegado a Anet, primera posta, el rei es neconocido i saludado con respeto. M. Marechal le procura 8 o 10 mil francos en oro i pasaportes con nombres supuestos.

En Saint-André hácese aguardar los caballos; el pueblo reunido para un dia de feria sospecha e inspecciona a la distancia el carruaje. Cree distinguir a Guizot; elévase un grito: es Guizot, es Guizot! La emocion se propaga i se hace amenazadora. El sub-prefecto conocido de algunos habitantes de Saint-André se esfuerza por desengañar a la muchedumbre; hace confidencias a medias, que son comprendidas i respetadas.

Sin embargo acércanse tres hombres i miran al fondo del carruaje. El rei permanecia en el medio oculto, llevaba un gorro negro caido sobre la frente, anteojos, nada de cabello postizo sobre su cabeza. Estos hombres permanecen indecisos i vuelven bien pronto con dos jendarmes; exigen los pasaportes. M. Marechal los presenta; llama aparte a uno de los jendarmes, confia a su jenerosidad el secreto de la salvacion del rei i de la reina. El jendarme conmovido, finje examinar los pasaportes i hallarlos en regla; engánchase los caballos; el rei parte.

III.

De este modo rodó el carruaje todo el dia sin obstáculo alguno; el único paso peligroso era la travesia de Dreux. M. Marechal temblaba que el principe fuese reconocido i arrestado en una ciudad tan vecina de Paris en que la poblacion efervescente podia hacer temer emociones a la presencia del rei. Acercábanse a ella; la ansiedad del hombre que velaba sobre la seguridad de dos ancianos crecia a cada vuelta de la rueda: percibia ya los campa-

narios de la ciudad; vino a la imaginación un recuerdo: se acordó que uno de sus amigos tenía una casa de campo cerca del camino en la proximidad de Evreux. Hizo parar los caballos; preguntó a un caminero que rompía piedras sobre el borde de los fosos; este hombre le señaló con el dedo la casa i le indicó el camino de atajo que conducía a ella. M. Marechal mandó al postillon que llevase allá el carruaje.

La casa estaba vacía, el arrendatario i su mujer reciben a los viajeros sin conocerlos en su propio hogar. El rei i la reina se instalan en un cuarto contiguo a la cocina de la quinta. Se acercan al fuego; reciben la hospitalidad rústica de estas pobres jentes que los toman por amigos de su amo. Mientras que disfrutaban estas horas de descanso, M. Marechal corre a pié a Evreux e informa a su amigo del depósito confiado a su casa.

La ciudad fermentaba al ruido sucesivo de los acontecimientos de Paris. El paso por Evreux era imposible. M. Marechal i su amigo se instruyen de los medios de evitarlo dando la vuelta a los muros i van a reunirse con la familia real en su retiro.

El arrendatario instruido por su amo del rango i de la desgracia de los huéspedes que ha recibido, se consagra ardorosamente a su salvación. Conoce los caminos estraviados; engancha sus caballos al carruaje; él personalmente conduce al rei.

Un hombre de toda confianza conduce a la reina por otro camino. Parten a las siete, caminan toda la noche; ántes del amanecer el rei i la reina llegan cada uno por su lado al cabo de Honfleur i se guarecen sin haber despertado la atención de nadie en la casa de M. de Perthuis. Esta casa ahogada en los árboles, está edificada sobre una elevación a una media hora de camino de la ciudad.

IV.

Era el 26 de febrero. El dueño de la casa no la habitaba. Un jardinero intelijente i seguro estaba instruido de antemano del misterio que iba a proteger. Este hombre habia inspirado a su mujer i a sus hijos la discreción i la consagración sobre las que reposa todo el plan de la seguridad i de la evasión del rei i de la reina. Nadie imaginaba en la comarca que esta casa desierta encerraba los que dos días ántes eran los soberanos de la Francia i los huéspedes de tantos palacios. Cuidaban de tener las ventanas cerradas: hasta el humo de la chimenea no se elevaba sino

durante la noche. Este confinamiento duró nueve días. Estos nueve días eran empleados por el jeneral Rumigny, por el jeneral Dumas i por algunos confidentes en procurar al rei medios seguros de embarque para Inglaterra. Este príncipe i sus amigos ignoraban que el gobierno habia autorizado a Lamartine para que él mismo les procurase con las consideraciones i prudencias debidas al peligro i al infortunio estos medios de fuga.

Temiendo el rei ser reconocido i arrestado en el Hávre si se trasladaba allí a fin de tomar el paquete de Inglaterra, fué de noche a pié a Trouville. Un comerciante de Trouville M. Gueltier, le dió asilo durante dos días; defiriendo al consejo de su huésped, el rei se decidió a fletar un barquillo pescador del puerto de Trouville para hacerse conducir a alta mar a un paquete ingles. El primer patron a quien se dirijió sospecha, regatea, quiere hacer pagar exorbitantemente su servicio, se le despide. Otro sospecha tambien que se trata de salvar algunos fujitivos; ofrece gratuitamente su barca por jenerosidad. Acéptase su consagracion; pero el primero celoso i avergonzado, informado de la proyectada partida de su compañero, divulga el misterio i le denuncia. El rei, instruido de los rumores que circulan en la ciudad teme pesquisas domiciliarias a que van a dar ocasion estos rumores; cambia de asilo i vuelve en fin en la noche por caminos enlodados, sufriendo la lluvia, desanimado, fatigado i creyéndose perseguido a la casa del jardinero en que le aguardaba la reina. La costa parecia cerrarse ante ellos. El entusiasmo por la república aunque inofensivo i jeneroso parecia dar a todo el país la apariencia del odio contra el trono.

Un jóven oficial de marina residente en el Havre, que no se hallaba en el secreto de la presencia del rei en las cercanías, pero que sospechaba por algunas semi-revelaciones que la familia real buscaba vanamente medios de evasion, tomó sobre sí preguntar al capitan Pol, de la marina inglesa, si consentiria recibir al rei a su bordo en alta mar en el caso en que este príncipe fuese a abordar su paquete en un bote de pescador. El capitan Pol respondió que sus órdenes se oponian a ello; pero llegado a Southampton se apresura a advertir confidencialmente al almirantazgo de la insinuacion que le han hecho, i del servicio que un paquete cruzando sobre las costas de Francia podria prestar al rei. Lord Palmerston despacha inmediatamente órdenes en este sentido a los cónsules ingleses residentes en nuestras costas del norte.

El joven oficial, advertido a su vez por el cónsul de Inglaterra en el Havre consigue descubrir el asilo del príncipe fujitivo. Preséntale el vice-cónsul; convienen en que el rei se embarcará en el Havre en uno de los buques que transportan de la costa de Francia a la costa de Inglaterra animales i viveres.

Por cinco dias enteros un viento contrario i una mar espantosa se oponen a la partida de estos buques. El rei devorando las horas se corroe de impaciencia i de inquietud; vá i vuelve muchas veces al traves de los campos i en medio de las tempestades nocturnas de su asilo al puerto del Havre, i del Havre a su asilo. Finalmente se fija en el partido mas peligroso que cualquier otro: de embarcarse no léjos de Ruen a bordo del paquete que vá de Ruen al Havre. Este buque que llega al Havre en la noche le ofrecerá mas facilidades de atravesar esta ciudad sin ser reconocido i de pasar inmediatamente como un viajero procedente de Paris de este barco del Sena al buque de mar que toma sus pasajeros para transportarlos inmediatamente a Inglaterra.

(Continuará.)

EL BANDIDO.

FRAGMENTOS.

• Por dar un vano alimento
a sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento,
i su cadáver las rocas.

..... —Tétrico silencio reina en el solitario recinto donde Adolfo tiene su mansion. La sombría noche estiende a traves de todos los objetos su lúgubre manto de tinieblas: los escarpados cerros con sus cabezas herizadas de peñascos, por encima de los cuales a la venida del sol, resbalan mil rayos de luz que van a reflejar, ya en la sosegada i nítida superficie de alguna fuente, ya sobre la lozana copa de los árboles, parecen ahora fantasmas inmóviles en cuyas heladas frentes de granito va a estrellarse el fuerte viento de la noche. Otras veces las blanquecinas nubes circundan las gargantas de los cerros semejantes a la golilla que hermosea el cuello del audaz cóndor—Ninguna planta humana se jacta de haber reconocido estos sitios: el nombre del bandido los ha consagrado, infundiendo en el ánimo el temor de un peligro que se teme. Aquí es donde Adolfo despues de sus diarias correrías se entrega algunas horas al reposo.

Una lámpara arde en el fondo de la habitacion del bandido, cuya pálida luz derama sobre la lánguida faz de una mujer un

transparente resplandor. Es Elvira la cautiva que lee las dulces i bellas pájinas de Atala; de Atala que como ella sentia jerminal en su pecho el amor tierno i sencillo que le supo inspirar el infortunado Chactas. Su cabeza inclinada hácia delante descansa sobre una mano tan blanca como el jazmin; i semejante al jénio de la tumba su mirada es melancólica pero agradable. Ese libro que el inmortal Chateaubriand escribió en el desierto: ese libro que no es mas que el espresivo lenguaje del corazon dictado por la delicada sensibilidad de su autor, embebe el alma de Elvira, hasta inundar su pecho de una melancolia celestial.

Esta vez Elvira tenia su vista fija en aquel pasaje de Atala:— *Chactas mio, te amo como a la sombra de los montes en medio del dia! —Eres hermoso como el desierto con todas sus flores i viente-ciellos!* ¡Ah tu podias decirlo; miéntras que yo solo hablo a mi corazon i a mis recuerdos!...;Tu tenias junto a ti al que amaba tu alma; miéntras que a mí, solo me queda tristeza i llanto!..... Tu eras mil veces feliz, sensible Atala; porque en el desierto a la presencia de tu Chactas, desaparecia el negro humor de la pena como se disipan a la clara luz del sol las sombras espantosas de la noche.....

Tambien hubo un tiempo en que yo sentia junto a mí la dulce voz de Antonio.....¡ai!.. Antonio! este nombre querido a quien mi corazon adora.. ¡cuán léjos estará de pensar que aun puedo acordarme de él!.... Sí; aquí donde un feroz raptor ensaya su torpe pasion!... Jamas seré infiel al que posee mi amor: jamas olvidaré al que era mi delicia i mi vida....

Estas palabras pronunciadas con ese acento del amor casto i puro, con esa voz que nada tiene de humano, parecian lastimar el pecho de la tierna esclava, anegándola en el dolor mas profundo. Nada tenian de ese lenguaje artificioso que ordinariamente viste el engaño para emponzoñar los inmaculados sentimientos del corazon, ántes que haya sentido vibrar dentro del pecho la delicada cuerda del amor; era solo la espresion jenuina hija de la ternura i del cariño.

Un rumor ha sentido la esclava, su espíritu se sobresalta como si algun funesto presajio viniera a turbar sus horas cuitadas: estiende en derredor una mirada inquieta.....al fin sus ojos han tocado una figura humana....

—¿Eres tú Antonio?...;O es acaso alguna mentirosa ilusion que engaña a mis ojos?

—Si; yo soi, responde un jóven cuyas delicadas facciones medio se ocultaban bajo el ancha ala de un sombrero negro; si yo soi mi amada Elvira. I corriendo hácia ella, estiende los brazos donde estrecha a su fiel querida.... Se miran, se abrazan, se imprimen repétidos ósculos; i todo esto sin que sus lábios se despleguen para dejar escapar una sola palabra....

Calmóse un tanto la febril alegría de los amantes,....

—¿Cómo has podido dijo, Elvira, llegar hasta aquí por estas inaccesibles rocas? ¿Cómo supiste que yo habitaba este lugar?

—Escuchad Elvira—Desde aquel día; ah! cuanto me pesa no haber desobedecido la órden de mi padre!.... Si, desde aquel día principió mi suplicio, exclamó lanzando un suspiro que parecia renovar toda la amargura de otro tiempo.... Supe en el momento de mi llegada, que la noche en la cual yo efectué mi viaje, habian sido asesinados vuestros padres; i tu conducida o mas bien entregada a un bandido. Al oír esta noticia helóse mi frente, las venas de mis sienes parecian romperse: el corazón latia como si una violenta sacudida le hubiese ajitado.... Desde entónces juré arrostrar la muerte i todos los peligros hasta descubrir el lugar donde te hallabas. Seis meses habian pasado i nada aun sabia de tí.

He recorrido todos los parajes donde sabia que efectuaban sus escursiones los asesinos de tu padre, resuelto a morir o a sustraerte del poder de estos bandidos; pero sin fruto alguno. Parecia que cuanto mas les buscaba tanto mas se alejaban, No me quedaba ya mas esperanza que dejar al tiempo el cuidado de lenificar la profunda herida que habia recibido con tu ausencia. —¿Podria con esto engañar a mi corazón?—¿Podria hacerle olvidar aquello de que mi memoria no queria desprenderse?—Imposible!..

Buscaba en la soledad un consuelo que ni hallaba en el seno de mi familia ni en el bullicio de la sociedad.—Vagaba sin objeto por el silencioso bosque de sauces i acacias, bajo cuya sombra en otro tiempo, tantas veces nos paseamos juntos. Sentábame cerca de la fuente que riega las calles del jardín; allí creía ver tu imájen cruzando por entre las caprichosas vueltas que embellecen aquel sitio: te veía coronada de flores alegre i feliz.... La suave brisa de la tarde me embriagaba con su aliento impregnado del perfume de madreselvas i jazmines.... ¡Ai yo sentia un dolor que se anudaba en mi garganta, mi corazón anegado de pesadumbre, i mis ojos bañados de abundantes lágrimas!... Estas lá-

grimas eran para mí mui gratas, porque mi alma entónces gozaba: en nada se parecia a las amargas lágrimas del arrepentimiento...

Imajinábame que aquel silencio misterioso podría revelarme el secreto de tu ausencia. ¡Pero oh vano pensar de mi angustiada mente!... ¡Oh delirio de mi pobre imaginacion!...Alguna vez me dormia en ese sueño apagado de la tristeza, creyéndome acariciado por tu preciosa mano, o que tus lábios de color de grana tocaban mi frente abrasada...Entónces experimentaba una sensacion apacible i deliciosa, la que derramando por todo mi ser un desfallecimiento inefable me recordaba los felices dias de mi amor. Pero todo esto no era mas que el pasajero sueño de la ilusion sonriendo a mi enferma fantasia...despertaba i nuevos recuerdos venian a atormentar mi corazon lastimado...

Veia desaparecer la luz del sol, i en pos de ella a la naturaleza hundirse en las sombras de la noche... ¿Qué, decia yo, jamas volveré a ver a Elvira: nunca su voz encantadora resonará en mis oidos?...Esta idea ocupaba únicamente mi pensamiento; sí, mi pensamiento que jiraba en torno de sus recuerdos mas queridos como la abeja que liba el dorado caliz de una flor... ¡Ai! Agoviado con el informe peso de la desgracia casi habia resuelto poner fin a mi existencia, pero esta idea me hacia temblar: todo mi conjunto moral recibia una impresion semejante al estremecimiento que causa el fluido eléctrico...Era una lucha empeñada entre el delirio i la flaqueza; por una parte mi alma habia llegado a desesperar del remedio, i por otra aun me quedaba un poco de fé para confiar en la esperanza.

Cierto dia que mi ánimo se hallaba mas abatido que nunca: que todo me parecia triste i sombrío; que hasta el cielo cubierto de cenicientas nubes habia tomado aquel aspecto de melancolia que yo hallaba en todos los objetos, se presentó en el umbral de mi habitacion el anciano Andres... ¡Ah! confieso que su presencia aunque venerable me indispuso.—Recibíle con una marcada señal de disgusto; mas él afectó no conocerlo, apesar de la repugnancia que manifesté en contestar a sus palabras... ¡Todavía me parece que veo aquellas facciones tan llenas de agrado i benevolencia: su sonrisa compasiva, i su voz noble i eficaz al mismo tiempo!

—Os compadezco, me dijo: he sufrido tanto como vos; i por eso no me sois indiferente.

—¿De qué me sirve vuestra compacion, repliqué con altivez, cuando no puedo aliviar mi dolor?—¿Acaso posees el secreto para hacer olvidar la memoria de lo que se ha perdido?...

Meneó tritemente la cabeza, quedando pensativo por un largo espacio.

—¿I si poseyera? exclamó con viveza.

Entónces sentíme ajitado por una sensacion estraña; mi corazon palpitaba con violencia; no podia hablar; tal era el desórden que dentro de mí habian causado sus palabras.

—Tranquilizaos, repuso con una sonrisa burlona: no poseo el secreto para devolverte la felicidad que habeis perdido; pero puedo darte un consuelo que talvez... quién sabe!

—Hablad, hablad, dije con interes.

Miróme con su semblante bañado de alegria dejando entrever cierta satisfaccion secreta. ¡Talvez se complacia al ver esas violentas transiciones de que es presa el corazon en estos momentos; quizá le regocijaba observar como se cambia el dolor mas amargo en el gozo mas completo!

—Ayer, continuó, apenas se ocultaba el sol tras de las montañas, i casi cubria la tierra el denso velo de la noche, cuando se presentó un hombre que me pareció ser un bandido. Pidióme que le diera algun alimento i yo le presenté algunas frutas i un cuenco de leche. Yo no habia olvidado a Elvira. Tenia ademas un presentimiento que casi era una certidumbre de que este bandido podia guiarme a traves de la oscura senda del misterio.

Amigo mio, díjele, hace algun tiempo que en medio de la noche ha sido robada de este lugar una jóven a quien sus padres adoraban con delirio. Su ausencia ha cubierto de luto toda la comarca; el pobre campesino hecha de ménos la liberalidad de su mano; i su prometido esposo llora la ausencia de su amada.

—¿I qué, replicó con arrogancia.

—Quizá vos habeis oido decir....

—¿Su nombre?

—Elvira, contesté.

Fijó en mí sus ojos inyectados de sangre, i lanzó un rujido de cólera... Estendió el brazo hácia aquel cerro señalando la cavidad de una roca; i desapareció.

Indescribible es el gozo que recibí con esta nueva; pero en medio de ese gozo temia dejarme llevar demasiado lejos, porque mi espíritu combatido incesantemente por la duda, no se

atreve a una desprenderse de su fatal imperio. Mas en el instante que mi alma serenada con la confianza que la infundieron aquellas palabras pudo abandonarse a la dulce efusion, el reconocimiento hácia el anciano fué igual a mi alegría.

Quise arrodillarme para implorar el perdon de la grave falta cometida contra él; conociólo, i ántes que mi gratitud le tributase el homenaje debido a su jenerosidad, huyó precipitadamente dejando burlada mi tentativa.

Los momentos eran para mí preciosos i sagrados, ansiaba por ver terminada una situacion que en nada se asemejaba a la que habia sonreído con su hechicero atractivo, nuestros felices dias de gloria.... ¿Cómo permitir que el impuro aliento de un bandido contaminase el candoroso corazon de Elvira?... ¿Pero tú Elvira, no habrás ofrecido al desgraciado Antonio un solo suspiro!...;ni un recuerdo!....

Elvira habia escuchado la triste narracion del apasionado Antonio con el mas grande interes; i mas de una ocasion sus mejillas se habian humedecido con las lágrimas.

—¿Antonio habeis dudado de Elvira!... ¿Cuán poco la conoceis! —Yo podria recordar mis inquietudes i sufrimientos; pero no... una gota de acibar mezclada en la copa del regocijo seria enojoso a nuestros corazones.... Esos perennes recuerdos que el corazon acaricia son la complacencia del que aspira una flor aromática, reflejadas incesantemente en el espejo de mi memoria eran mi único consuelo, mi sola distraccion.... Pero hai un recuerdo que me oprime... ¡ai! tiemblo al imaginarlo...

—Decidlo, Elvira.

—Yo voi a turbar tu sosiego, querido Antonio..... no, no lo diré.....

—¿Decidlo por Dios Elvira; ya sea favorable o adverso estoy dispuesto a oirlo!....

—Una noche habia llorado mucho: sentia el pecho oprimido de un sentimiento inesplicable; sin embargo me dormí... Soñé que tenia las entrañas abrazados por un fuego oculto e inestinguible, que me arrastraba por un vasto llano cubierto de una arena áspera i caliente, que mis lábios secos i lividos pedian agua... ¡agua!... ¡agua!... Lanzaba en rededor de aquella tierra árida mi mirada fija i angustiosa.... hubicra querido convertir con la vista en un mar de agua aquel espacio estéril... nada... morir!... gritaba de desesperacion; i el eco para atormentarme repetia mi

voz allá en los lejanos términos del llano. Morir! decia yo, i el eco repetia....¡morir!....

Un rayo de esperanza iluminó mi pecho....habia divisado una pequeña fuente cuyas aguas se mecian al soplo del viento..... Corro a apagar allí la devorante sed; acerco mis labios trémulos de alegría....¡oh tormento!—El agua era amarga, se habia convertido en acibar.... caigo desmayada de abatimiento i fatiga.... Despierto, toco mi frente; estaba bañada de sudor, mis ojos empapados en lágrimas.

Era todo un sueño querido Antonio; sin embargo yo no lo he podido olvidar....

—Olvidad Elvira esos fantasmas que produce el sueño: un ángel vela junto a tí, i él no dejará que mueras....

—En el sueño, repitió Elvira, solo encontraba alivio: allí solo el tormento perdía su terrible enerjia; i solo allí no me perseguía la funesta mirada de Adolfo.

—¡Antonio, tu Elvira vivía para amarte, jamas se hubiera rendido al torpe deseo del bandido!

¿Cómo pintar ese arrobamiento de dos seres que se aman: de dos seres que la ausencia habia separado; i que la vista de ámbos viene a estrechar de nuevo los lazos que ni el tiempo ni la distancia habian podido desatar? —Nada hai que pueda revelar a la mente esa modulada voz de la ternura i del sentimiento: podría decirse que son los acordes del corazon en los inefables transportes del regocijo i del amor: es el aliento divino que se exala del alma en el voluptuoso sueño de la dicha.

¡Poder mágico! ¿Cuántas veces la blanda i doliente voz de una mujer no ha calmado la ferocidad de un pecho despótico i cruel?

La sensible Elvira miraba a su jóven amante con sus velados ojos impregnados de tierna i amorosa voluptuosidad: estrechaba las manos de aquel bajo sus blancos dedos de marfil; e incapaz de soportar el desfallecimiento que corría por sus miembros, dejaba caer su cuello abatido al poder de una fuerza secreta. Aquella cabeza de la cual se desprendian negras hebras de pelo flotando por sus mejillas, asemejábase a esas cabezas fantásticas de que hablan los cuentos árabes: a esas imájenes que vagan bajo la humedecida frente del que duerme en la blandura i los placeres.

Antonio oprimía junto a su pecho el palpitante seno de Elvira. Bajo aquel seno de nieve ardía el fuego de Cupido puro e inocente como el arrullo de la tórtola: nunca la negra perfidia habia tur-

bado su corazón de niña; jamás la execrable corrupción había tocado con su ponzoñoso labio su frente tersa i pura. I sin embargo un bandido poseía esta mujer adorable; pero ese bandido, aunque joven i hermoso, i con su natural impetuoso i soberbio no había atentado contra la pureza de su joven cautiva; ya fuese que esperaba vencerla por constancia; ya que tuviese en ello algun secreto designio.

Los dos amantes yacian sentados en un canapé de color de grana, guarnecido con franjas de seda del mismo color. La opaca luz de la lámpara proyectaba sobre el rostro de la cautiva un resplandor que contrastaba agradablemente con los blancos alelíos entrelazados en sus negros cabellos. Un ligero vestido de color celeste dibujaba sus airoas formas: por encima del pecho caía en graciosos pliegues un sutil velo de seda bajo el que se sentía palpar su nacarado seno: su contorneado brazo rodeaba el cuello de Antonio, i el de este ceñía la cintura de aquella.

— ¡Elvira, Elvira, exclama Antonio enajenado de amor; yo desfallezco... tu vista enciende en mi alma un fuego que me consume; pero este fuego me alimenta... ¡un momento Elvira, i mi felicidad está sellada para siempre!... ¡Deja que imprima un dulce beso en esos labios que formó el amor: deja que aspire tu aliento divino!...

El rostro de Elvira se tiñó de un bello encarnado, dejó caer su brazo helado de pavor: sus labios no pronunciaron una sola palabra; pero una severa mirada advirtió a Antonio que su exaltada pasión había ofendido el pudor de la virgen.

— ¡Perdon, mi amada Elvira, perdon!

Una afable sonrisa fué la contestación de aquella.

Imposible le hubiera sido a Antonio permanecer frío ante aquella mujer tan tierna i tan hechicera. Su mirar expresivo, su acento melodioso causaban una sensación tan viva que la imaginación no podía dejar de sentir todo el ardor de la pasión.

¿Pero quién podría decir que aquella cuya existencia principiaba, sería un instante después lo que es el hombre al dejar la vida? ¿Quién podría decir que aquella joven en la primavera de sus años sería arrebatada a la felicidad para entregar su faz marchita al horror del sepulcro ¡qué digo! ni aun merecer el triste honor de la tumba?— ¡Ah! el día no es mas que un fiel diseño de la brevedad de la vida: nace la aurora i nuestros ojos se tiñen de luz, se deslumbran; aparece la noche de la vida i nuestros pensamientos se confunden dentro de si mismos como las tinieblas

se confunden en sus sombras mismas! ¡Cuántas veces en medio de un festin donde la alegría i la algazara reinaban orgullosas de alegría i de placeres se ha visto rodar una cabeza dividida por la daga avevosa!

Así habían pasado largo tiempo los dos amantes haciéndose las protestas de fidelidad i de cariño. Un silbido agudo i penetrante vino a apagarse en los oídos de Elvira i Antonio.

Antonio, dijo la desgraciada cautiva temblando de terror, Adolfo!... huyamos por Dios!... i tomándole le arrastró hácia la puerta.

—Deteneos, infiel, exclamó una voz que petrificó a la infeliz.... deteneos....

Elvira sintió que un frío mortal paralizó su respiración.... iba a caer mas el brazo de Antonio la sostuvo.....

—¿Qué haciais? interrogó el bandido con los ojos chispeantes de cólera; decid?... Nadie respondió.—

—¿Qué aguardais?... hablad! dijo a Antonio... i si no.... vais verlo....

Antonio estaba mudo: no acertaba a explicarse lo que pasaba...

El bandido hizo un movimiento de rabia, lanzóse sobre el joven i le apretó el cuello como con dos tenazas de hierro.

Un grito ahogado salió de la garganta del desgraciado.

—Direis, seductor infame?.... No contestais cobarde!.... sí, lo sé todo!....

Los ojos de Antonio rodaron en sus cuencas del modo que el moribundo los mueve en su postrer momento. Sus fuerzas estaban agotadas.... Al fin el bandido le soltó; i el inmóvil cuerpo cayó rebotando sobre el pavimento de la estancia.

Un arranque de cólera estremeció el pecho del bandido... Veía a sus pies el amante de la mujer a quien adoraba.... Veía a ella infamada....

No, dijo, no vivirá.... sacó de la cintura un puñal cuyo mango cincelado i brillante apretó con rabia. En esta actitud permaneció mirando el cuerpo de Antonio. Era el tigre en presencia de cordero.

No podía mirar la cara del bandido sin experimentar un secreto pavor: su larga cabellera rubia caía sobre sus espaldas polvorienta i desordenada i sus ojos de un verde leonado parecían dos áscuas encendidas: sus labios en fin murmuraban palabras cortadas.

Por último el desgraciado entreabre los labios i pronuncia un nombre que solo oyó el bandido.—El puñal de Adolfo bajó como un celaje.... un sacudimiento repentino ajitó el cuerpo de Antonio.... Ya no existia: estaba bañado en su propia sangre....

Mientras esto sucedia, la desgraciada Elvira estaba desmayada. El bandido se acercó a ella.... miró su pálido semblante;—apartó los cabellos que cubrian su frente.... una sonrisa pasó por sus labios.... la iba a besar; mas una idea horrible tal vez enturbió su pecho a la manera que en un dia sereno una nube oscurece la luz del sol.

—¿Qué, dijo, merece mi amor la que ha profanado este lugar?... ¡yo amar a un mónstruo de perfidia!.... verla todos los dias,... recordar su delito i no castigarla!.... ¡compasion!.... ¿quién dice compasion?....

Detúvose un instante, fijó en ella una mirada estúpida, pasó la mano por su frente como para traer a su imaginacion un recuerdo; i luego sacó de su faltriquera un pomo de cristal que aplicó a las narices de Elvira.

Poco a poco vió animarse el rostro de la cautiva; por último abrió sus ojos humedecidos por el llanto.

—¡Adolfo, exclamó con extremada dulzura...dónde está Antonio!..

—Antonio, replicó el bandido con ironia os aguarda.

—Ah! ¿qué habeis hecho de él?... ¡le amaba tanto!... ¡yo le he perdido!—Elvira estaba bajo el influjo de una fiebre, deliraba.

—Tanto mejor, os habreis perdido los dos....

—¡Pero no contestais!... ¡decid, qué se ha hecho Antonio!.. ¡Tal vez me abandona cuando mas necesitaba de él!... No! perdonad Antonio, no: yo no he dudado de vos... venid... yo te amo ahora mas que nunca... mi alma necesita de consuelo... venid... ¿Por qué no oigo ya aquellos versos que me cantabas en otro tiempo bajo la sombra del emparrado?—i se puso a cantar.—

«Cubridme de flores
Que muero de amores
Porque de mi aliento el aire,
No lleva el olor sublime,
Cubridme—
Sea porque todo es uno
Aliento de amor i olores
De flores.—
De azucenas i jazmines

Aquí la mortaja espero
 Que muero—
 Si me preguntais de qué,
 Respondo en dulces rigores
 De amores.»—

Era evidente que Elvira no habia podido soportar la prueba que estaba bajo el poder del bandido; i que debia morir como Antonio.

Adolfo tomó de sobre una mesa la copa que contenia el veneno preparado para la cautiva:—marchó hácia la cama donde estaba ella, i se la presentó—

—Bebed....

Una sonrisa infantil animó la faz de la jóven.

—¿Esta es la bebida preguntó que *él* habia preparado para mí?

—Sí, contestó el bandido con sequedad.

Ella entónces llena de la mas inocente i loca alegría apuró el tósigo que contenia la copa fatal; luégo que le hubo bebido; gracias dijo.—

.....
 Momentos despues el bandido arrastró hácia el lecho de la cautiva un objeto envuelto en un manto negro: descubriólo—era el cadáver de Antonio.

Elvira bajó de la cama con su rostro perfectamente sereno: acercóse al cadáver: le miró con atencion por algunos instantes; i como si quisiera evocar antiguos recuerdos, no apartó la vista hasta que su espíritu serenado un tanto le permitió reconocerlo.

¡Es *él* exclamó—.... ¡Antonio! ¡Antonio!... Tornó en sus manos la cabeza del cadáver i estampó en su frente un beso lleno de amor... ..

¡Mónstruo, dijo volviéndose a Adolfo, has inmolado una víctima; aquí tienes otra: i rasgando el vestido le mostró su pecho desnudo.—

—Es inútil, contestó el bandido.... estais envenenada....

He querido que vuestra muerte se retardarse para que lloreis sobre el cadáver de vuestro amante.... Las flores que llevais en la cabeza serán la guirnalda con que coroneis a la muerte en este dia de triunfo.....

Una feroz sonrisa de alegría iluminó la cara del bandido.....

Santiago, diciembre 15 de 1850.

B.—T. L.

EL BARDO ERRANTE.

AGUINALDO [1].

A MIS AMIGAS LAS SEÑORITAS.....

*Errante trovador solo os ofrezco
Mi vago i melancólico cantar.*

ABIGAIL LOZANO.

I.

Oid al bardo que cantando vaga,
El dulce canto que el amor le inspira:
La juventud! esta celeste Maga
Pulsa su lira.

El año empieza! En la pradera hermosa
Abre la flor su caliz de esmeralda.
El bardo amante os tejará, de rosa,
Bella guirnalda.

Allá en el bosque, susurrando salta
La fuente pura que las flores riega,
I entre sus ondas que la luz esmalta
La brisa juega.

Ya el alba asoma su esplendor radiante,
Ya el sol el lecho de los mares deja;
I en la espesura el ruiñeñor amante
Flébil se queja....

(1) Aguinaldo—El regalo que se dá con motivo de Pascuas, en la de Navidad o días inmediatos.

Dad al olvido el fúnebre lamento.
Venid, venid a la gentil pradera,
A respirar el perfumado aliento
De primavera.

En ella es todo animacion i olores,
Es bello en ella cuanto a ver se alcanza;
I renacen a su hálito las flores
De la esperanza.

Oh! es bello, bello tras invierno frio
Mirar de flores tapizado el suelo;
I ver brillar tras nubarron sombrío
Límpido el cielo!.....

Oid al bardo que cantando vaga,
El dulce canto que el amor le inspira;
La juventud! esta celeste Maga
Pulsa su lira.

II.

Qué bellos son los sueños
Del què feliz delira,
Una ideal ventura,
Un mundo encantador!
Qué dulces son los cantos
Del que en sonora lira
Entona las delicias
De un halagüeño amor!

Se muestra el mundo entónces
Cual bello panorama;
De flores circundado
Espléndido jardin.
El ruiseñor preludia
Sus ayes a la que ama,
I hermosos siempre crecen
El lirio i el jazmin.

Allí la fuente clara
Entre florida calle
De rosas perfumadas
I juncos i clavel
Se estiende mansamente
I fertiliza el valle
Hasta encontrar el rio
I confundirse en él.

Oh! todo aquí es hermoso!
El alba que aparece
En la nevada cumbre
Del Andes colosal;
La flor que adorna el suelo,
El sol que la enrojece,
I él que su cáliz baña
Pacífico raudal.....

Venid! yo soi el bardo,
Venid lindas mujeres!
Los májicos placeres
Yo canto en mi laud.
Yo canto de la vida
Los cuadros halagüenos
I los radiantes sueños
De gloria i juventud.

Venid! yo soi el bardo,
Yo canto los amores;
Yo tejeré de flores
Guirnalda a vuestra sien.
Yo os mostraré la senda
Que guía a la ventura,
I la radiante i pura
Estrella del Eden.

Venid, lindas mujeres
Yo sé bellas historias,
De altivas castellanas
I fuerte paladin.
En el palenque osados
Sus inmortales glorias,
I el fausto esplendoroso
Del imperial festin!

III.

Vosotras que adormidas
En lánguida pereza,
Pasais los largos días
Viviendo de ilusion.
Yo os mostraré el serrallo
I la oriental belleza,
Rodeada de perfumes
Tendida en su almohadon.

Vereis cual se desatan

Sobre su ebúrnea espalda
Cayendo en ondulosa
I trémula espiral,
Formando de una virjen,
Magnífica guirnalda,
Sus crenchas perfumadas
Del ambar oriental.

Vereis a la odalisca
Cerrada en su retrete,
Cantando de su guzla
Al armonioso son;
Tranquila respirando
El humo del pebete,
Que sube por los aires
Envuelto en su cancion.

Vereisla en los umbrales
De arábiga ventana,
Mirando de los cielos
La dulce claridad:
I aunque es en el serrallo
La hermosa soberana,
Suspira su adorada
Perdida libertad.

I ora, las ondas mira
Que riza manso el viento
Espumas levantando
De límpido cristal;
O, como en raudó vuelo
Recorre el firmamento,
Tranquila i poderosa
El águila réal.

Oh! si pudiera en alas
Del zéfiro liviano,
Huirse de esa lóbrega
Tristísima mansion,
I, hendiendo con su amante,
Las ondas del Océano;
Vogar en bajel rápido
A otra feliz rejion!

Qué espera allí? qué espera?
Tras de bronceada puerta
Vivir siempre encerrada
Sin dichas, sin amor;

Como en sepulcro misero
Una belleza muerta,
Sufriendo las caricias
Del bárbaro señor!

I llora la infelice
Su disipado encanto,
I llora sus ensueños
De dulce libertad!
Mas ¡ai! que a cada instante
Las ondas de su llanto
Marchitan i deshojan
La flor de su beldad!

Vereisla en los saraos,
Vereisla en los festines,
Cruzar como la sílfide
Por el sereno azul.
Gallarda i melancólica
Vereisla en sus jardines,
Ceñirse una guirnalda
De rosas de Stambul.

Las flores, si, las flores,
Que adornen su belleza.
Las flores! que mañana
Marchitas caerán.
¿Qué importa ser sultana
Si el tedio i la tristeza
El corazon sepultan
En perdurable afan?

IV.

Vosotras, que soñando
Magníficas quimeras,
Que os llevan a otro mundo
De ensueños i placer,
Pasais enamoradas
Las horas placenteras,
Los goces recordando
Del venturoso ayer;

Venid! yo sé la historia
Del bravo caballero
Que por rendir la dama
Que le robó su amor,
Se lanza a los combates

Gallardo i altanero;
I alli renombre i gloria
Conquista su valor.

Vereislo en el robusto
Corcel de Andalucía,
Del anchuroso circo
Cruzar la redondez
I miéntra el campeón llega
A la hermosura envía,
Su canto enamorado,
Depuesta la altivez.

Vereislo cual combate,
Como resuena el campo
Al choque de uno i otro
Valiente lidiador,
Vereis de las espadas
El reluciente lampo,
Cuando en mitad del Arco
Se atacan con furor.

Yo os diré los aplausos
I la guirnalda que orna,
La frente gloriosa
Del fuerte vencedor:
Esa corana ansiada
Que cuidadosa adorna,
De una belleza anjélica,
El virjinal pudor.

Yo os mostraré la ondina,
En su sitial de espuma,
Que duerme a los arrullos
Del jigantesco mar.
Yo os mostraré la sílfide
Que envuelta entre la bruma,
Los campos del espacio
Recorre sin cesar.

Ye os mostraré la virjen
Que en vuestros dulces sueños
En torno a vuestro lecho
Revolotear sentis,
Hermosa desparciendo
Perfumes halagueños,
Sonoras melodías
Que encantan i no ois.

Yo os diré como llegan,
En pos de la alborada
Al cáliz de las flores
Las perlas de cristal.
I del capullo haciendo
Su espléndida morada,
En nube se deshace
De aroma celestial.

Yo os diré las canciones
Que el bardo enamorado,
Entona en la ventana
De su hechicero amor.
Los ayes planideros
De amante desdenado,
Suspiros de amargura,
Canciones de dolor.

Venid! Yo a vuestras sienas
De diáfana blancura,
Coronas hechiceras
De flores ceñiré.
Yo vuestras dulces horas
En que soñais ventura,
Con melodiosos cantos
De amor, arrullaré.

Venid lindas mujeres
I no temáis que en brazos,
Del tierno, enamorado
I ardiente trovador,
Fastidios os sorprendan,
Que rompan en pedazos,
Del amoroso prisma,
El cielo encantador.

Allí con vuestro amante
Gozando entre delicias,
Del mundo que soñásteis
La halagadora paz;
Adormirán el alma
Placeres i caricias,
Sin ver del desengaño
La aterradora faz.

Yo os cantaré armoniosas,
Dulcísimas canciones;
Canciones que extasien

El mudo corazón.
Yo os mostraré, las lindas
I aéreas creaciones,
De un mundo que conozco
I que reales son.

Venid! con mis cantares
Hechizaré vuestra alma,
Cuanto soñais finjido
Real os mostraré.
Hermoso será el mundo
I en placentera calma
Vuestra risueña vida
Cantando meceré!...

V.

Venid tambien vosotras
Mujeres desgraciadas,
Que habeis de las pasiones
En el horrible mar,
Visto hundirse los sueños
E imágenes doradas,
Envueltos en las nieblas
Del lóbrego pesar:

Vosotras, que otro tiempo,
Pasásteis vuestros años,
Al aura cariñosa
Del voluptuoso amor;
Risueñas i apurando
La miel de sus engaños,
Sin ver el que ocultaba
Veneno matador.

Venid, yo tengo cantos
Que en dulce arrobamiento,
Como tranquilas ondas
El alma mecerán;
I un instante olvidadas
Del fúnebre lamento,
Vuestros labios, la dicha,
Quizas aspirarán.

Quizas vuestra entusiasta,
Sublime fantasía
Lanzada en el espacio
Con impetuoso ardor;

REVISTA DE SANTIAGO.

En otro mundo aéreo
Recuerde, las que un día
Gozaba, dulces horas,
De dichas i de amor!

Entónces, como vuelve,
Cuando la aurora brilla,
Su nacarada púrpura
La flor a recobrar.
Volverán los colores
A la árida mejilla,
I volverá a los ojos
El fúljido mirar.

Mirad! La primavera
Ya de esplendores tiñe
Las fértiles campiñas
Que invierno arideció,
I una banda de flores
El horizonte ciñe
Que con su virjen mano
Un ánjel estendió:

Con ella tambien llegan,
Las noches perfumadas,
En que la luna tímida
Cual virjen del Señor,
Riela en las coposas,
I espesas enramadas
Do entona sus canciones
Amante el rui señor!

Allí vereis la fuente
Lanzando en espirales,
Sus ondas cariñosas
Al plácido jardín:
Vereis de las estrellas
Los fúljidos fanales,
Hermosos titilando
Del cielo en el confín:

Venid, venid, yo canto
Dulcisimas canciones.
Venid, venid, los aires
Escuchan mi laud.
Yo os volveré las dulces
Perdidas ilusiones;

Yo os volveré los sueños
De vuestra juventud.

Yo os mostraré la Maga
Que vaporosa pasa,
Cuando la aurora rompe
El pardo nubarrón,
Cubierto el puro rostro
De un velo de alba gasa
I desde él esparciendo
Placeres e ilusion!

Venid, con mis historias,
De amores i venturas,
Hermosas creaciones
De un tiempo que pasó,
Ahuyentaré las sombras
De tétrica amargura,
I los fantasmas vanos
Que el tédio os figuró.

Venid! vuestros dolores
Endulzará mi canto.
Venid! un mundo hermoso
Mas bello os mostraré:
De vuestro rostro pálido
Secad el triste llanto,
I a Eden de eterno goze
Venid, os llevaré!.....

Venid! yo soi el bardo,
Venid lindas mujeres
Los májicos placeres
Yo canto en mi laud.
Yo canto de la vida
Los cuadros halagüenos,
I los radiantes sueños
De gloria i juventud!

Venid i rodeadme,
Mi frente orlad de flores,
De esas que en los verjeles
Empiezan a crecer.
I os cantaré delicias,
Purísimos amores,
Ensueños, magas, sífides
Venturas i placer!.....

GUILLERMO MATTÁ.

Diciembre 28 de 1850.

ORGANIZACION DEL CRÉDITO.

POR

MARIANO FRAGUEIRO

I.

En estos tiempos en que las ideas de crédito, aunque mezcladas con las antipatías del espíritu de partido, han ocupado nuestra prensa, el libro del señor Fragueiro se recomienda por su título lo suficiente para llamar la atención de todos. Bueno o malo serviría para remover las ideas, aunque no tuviese además las buenas cualidades que lo hacen importante. Cuando mas no lo será, cuando reconozcamos que el autor trata, sin querer dejar de ser comprendido por todos, su asunto científicamente i sin curarse de confundir sus ideas con las aspiraciones de ningún partido.

Su asunto mismo tan vasto, pues toca de cerca a todos i a cada uno, requería esa imparcialidad fria que se nota en todos los capítulos de la obra.

Nada mas poderoso, i al mismo tiempo, nada mas necesario, para un pueblo nuevo que no quiere quedar atras en la carrera del progreso que el establecimiento i el uso del crédito.

Nada mas importante que su regularizacion, de tal suerte, que pueda producir todos sus buenos resultados, sin que estemos continuamente amagados de trastornos causados, en otros países, por el uso desarreglado de él; pero al mismo tiempo nada mas

llo de dificultades i estorbos, porque el crédito toca a todos los intereses de la sociedad, i las preocupaciones i las tergiversaciones de intereses bastardos no ceden fácilmente el campo en que dominan desde hace tiempo.

Esto mismo hace, aunque mas difícil, mas útil su estudio, i por consiguiente mas digno de elogios al hombre, que libre de preocupaciones rastreras, aspira, organizando el crédito, a dar nuevas fuerzas, casi nueva forma a las sociedades actuales. Pero no nos anticipemos a considerar las aspiraciones del autor ántes de que hayamos hecho una exposicion del sistema que se ha propuesto desarrollar para conseguir esa organizacion del crédito que tantos bienes ha de producir.

Desde luego prevendremos que la organizacion del crédito expuesta en el libro del señor Fraguero, no solamente, segun el autor, es aplicable a tal o tal pueblo, sino a cualquiera. Su libro es no solo para Chile o la República Argentina sino tambien para la Europa. Su organizacion del crédito no solo tiene por objeto, aumentar las fuerzas productivas de una nacion haciendo obrar como existentes capitales futuros, sino que ella es al mismo tiempo una organizacion de la industria; a la cual «seremos alguna vez deudores de la paz perpétua i universal» Reinando entónces, «sobre la tierra el socialismo, la justicia i la verdad.» (1)

El autor es pues socialista, i aunque tenga muchos puntos de contacto con hombres de que se han hecho espantajos para todos los pueblos, como Luis Blanc, Proudhon etc. etc. sin contar a Saint-Simon i Fourier con sus escuelas, aseguramos a nuestros lectores que no infunde pavor la lectura de su libro, ni da pesadillas horrendas en las que nos sintamos chapaleando en sangre i fuego, como afirman [que sucede con muchos otros socialistas no mas espantosos ni terribles que nuestro autor.

Pasemos ahora a hacer un prolijo exámen del libro que nos ocupa; reservando para despues las criticas que nos sujiera.

II.

En la fórmula, *Naturaleza, Hombre, Sociedad*, vé el autor reasumida toda la vida humana; i la completa armonía entre estos tres términos produce la civilizaci6n por la cual «no debe entenderse otra cosa que la relacion mejor organizada entre el individuo i la sociedad bajo de las leyes de la naturaleza.»

(1) Pájina 232.

El hombre adelanta en el conocimiento de estos tres términos i sigue marchando hácia la solucion del «gran problema social,» por medio de su industria, artes i ciencias, i tendiendo todo «a construir nuevos fundamentos sociales sobre los que debe levantarse una civilizacion nueva tambien.»

Toda la dificultad está en separar la propiedad pública de la privada, que es «la obra capital de los gobiernos.»

De aquí la necesidad de indagar lo que es la propiedad.

Definida así: «La propiedad es una cosa material, cuyo uso es útil a alguno o muchos hombres, poseida por alguno o algunos de ellos con exclusion de los otros, en armonia con las relaciones con sus semejantes.»

Ella es el objeto de toda lejislacion mediata o inmediatamente.

Toda propiedad privada, desde que entrando en circulacion se socializa, es pública.—La administracion pública, el poder de rejir, lejislar etc. son tambien propiedad pública.

El hombre quiere siempre producir para aumentar su propiedad: pero la produccion supone la anticipacion de un capital; i de aquí, si el capital monetario, que sirve de intermediario para proporcionarse los productos, por estar concentrado en pocas manos, exige un interes que absorba todas las ganancias, será imposible que se creen nuevos capitalistas porque el medio de que se tienen que valer para la reproduccion les quita todas las ganancias de ella, i traba así el desarrollo de la sociedad misma pues impide la creacion de nuevos productos.

Para aumentar estos no hai mas que socializar los capitales poniéndolos al alcance del mayor número de capacidades.

Solamente centralizándolos en el crédito público se puede conseguir esto. Por eso pretende el autor «que la propiedad sea libremente poseida i usufructuada por el poseedor; pero que el gobierno la administre durante la circulacion con el mismo derecho, dominio i libertad con que administra la propiedad pública.»

Siendo el impuesto pagado al Estado solo una anticipacion para la reproduccion; i el Estado el que puede ofrecer mas garantías, porque prestando al Estado la sociedad se presta a si misma, los capitales monetarios, si no están empleados en la industria, deben estar centralizados en el crédito público cuyas atribuciones son las siguientes:

«Las operaciones de crédito, que implican fé pública, como estampar moneda, emitir billetes pagaderos a la vista i al portador, recibir depósitos a la orden o a plazo en moneda o en especies metálicas, i dar i re-

cibir dinero a interes, o a censo por tiempo, o en perpétuo, son operaciones de propiedad pública, i por lo tanto son esclusivas de la administracion de crédito público que la lei establezca.

I por la misma razon la realizacion de empresas i trabajos públicos, como casas de seguro de todo jénero, cajas de ahorro i de socorro i todos aquellos de cuyo uso se saca una renta pagada por el pueblo, como puertos, muelles, ferro-carriles, canales, navegacion interior, etc., son propiedad pública i esclusiva del crédito público.»

I por consiguiente debe escluirse de estas operaciones a los particulares.

Haciendo que las operaciones de dar dinero a interes fuesen solo del crédito público se conseguiria la ventaja de hacer que los capitales monetarios no quedasen improductivos pues tendrian que ser útilmente empleados en la industria o que ir al crédito público para gozar una renta i sirviendo entónces, por medio de él, para alimentar la produccion.—La usura seria de hecho regularizada i con sus abusos cesarian de golpe muchas trabas de la industria (2).

Los censos, hipotecas etc. trasladados al crédito público harian posible i benéfica la liquidacion poniendo mas en libertad la propiedad territorial.

Pero para esto seria necesario un rejistro jeneral de la propiedad territorial, que seria ventajoso, para los poseedores porque sus derechos no se oscurecerian, i para el gobierno porque sirviéndose de él podria imponer la contribucion directa sobre el valor declarado por los propietarios al hacer la inscripcion (3).

Respecto a todos los trabajos públicos, no hai duda que como el Estado es el representante de todos, tiene el derecho i los me-

(2) Aqui se hace el autor tres objeciones.—Falta de confianza en el gobierno.—Dificultad de la traslacion al crédito público de todo el dinero circulante sin prévia liquidacion de deudores i acreedores.—I trastornos que causaria la centralizacion, en las personas que viven de esa industria.—A la primera dice que el gobierno es el que ofrece mas garantías i los hechos lo prueban.—A la segunda que el crédito público haria la liquidacion, pues la mayor parte de los que depositasen sus documentos serian acreedores i deudores al mismo tiempo; i que no solo esto seria un gran servicio, sino que solo el crédito público puede hacer esta liquidacion.—I a lo tercero que habria algun mal pero que no seria duradero porque desde el principio tendria que servirse de esa clase de personas, i al poco tiempo ocuparia mayor número de ellas.

(3) En la página 139 i 40 pueden verse los medios que el autor propone para disminuir los gastos e impedir los fraudes i errores.

dios de hacerlo, al mismo tiempo que mas interes en la satisfaccion de las necesidades públicas. I aunque tenga que recurrir a la deuda para ejecutarlos, no seria un inconveniente, pues siendo útiles los trabajos, seria cubierta con los resultados de ellos.

Estando constituido el crédito con todas las atribuciones expuestas tendria, para hacer sus operaciones, necesidad de una moneda, la cual, teniendo por fundamento la renta pública, seria un «sello del gobierno estampado sobre papel u otra materia, cuyo orijen, cantidad i servicio estan autorizados por la lei, sobre la base del trabajo social.» —De suerte que ella tendria por garantia el monto de la renta pública; garantida esta por todo lo que poseen los contribuyentes pues cada uno está obligado al impuesto; de suerte que la sociedad misma la garantiza; i como cada billete es una parte de los productos obligados al impuesto, lleva en sí mismo su garantia, todos estarian seguros de su inversion, i de él se servirian para sus cambios.

Pero como esta moneda representa los productos, es decir el trabajo existente, i que este no puede exajerarse; el crédito público, para impedir los abusos, pondria límites a la emision de la moneda, pues que exajerarla, seria querer hacer existir un trabajo que no existe: i esta limitacion hecha por la sociedad misma, seria mas exacta, que la que tienen el oro i la plata que no dependen sino de su abundancia, mientras que la moneda del crédito público seria proporcionada a los productos en jeneral.

La moneda del crédito público es distinta del papel moneda, porque el valor de esta, está en la promesa del gobierno i la confianza que en él se tiene; mientras que aquella representa productos que la garantizan i no tiene necesidad de cambiarse por oro ni plata sino directamente por los productos que el poseedor necesita; i no es por consiguiente tampoco un billete de banco que saca su valor de la confianza que se tiene en los que lo firman i que prometen dar su valor en dinero.

Organizado el crédito con su administracion independiente

«El crédito no será otra cosa que el movimiento de los valores por entre las manos de administradores inteligentes i pródidos, responsables de su conducta ante la lei i garantidos en todo caso por el Estado. Será entónces administrado el crédito como se administra hoi la justicia. Esta declara un derecho existente anterior a toda convencion: aquel reconocerá un valor existente en las cosas mismas e independientes del poseedor.....

«Se conocerá que el orden de la reproduccion de los valores es tan estable, tan permanente en la naturaleza, como las demas leyes jenera-

« les: que por consiguiente el producto de la industria no es contingente
 « sino cierto i seguro; i que do quiera que exista una sociedad, ya se le
 « ha conferido por la Providencia el poder i los medios de producir en
 « sentido de mejorar su condicion; i que estos medios son tan ciertos
 « i seguros como la existencia de ella: que en este orden, en la huma-
 « nidad no hai futuro, en la a cepcion de lo que puede ser o no, que no
 « hai mas que lejano i distante: i que en último análisis el crédito no
 « es mas que *actualizar* los productos distan tes con la fé de que lo ve-
 « nidero será tan ciertamente como lo presente es.

Haciendo el crédito las veces de un banco depositario de to-
 dos los capitales sin empleo, a los que daría por su trasmision a
 la industria alguna renta, i ejerciendo su accion en todos i por
 medio de todos en las distintas partes de un estado se le daría
 entónces,

«....El ensanche i estension que le corresponde. El hombre obligaria
 « sus productos futuros para tener un capital presente; i si la indivi-
 « dualidad no asegura la realizacion de la promesa, se formarian comu-
 « nidades que se solidarizarian mutuamente para hacer ciertos i seguros
 « sus productos. No habria clase de la sociedad que no pudiera usar del cré-
 « dito, porque no habria clase que no fuese productora. Hasta los niños des-
 « validos en la Inclusa tendrian un crédito proporcionado al tiempo en
 « que pueden ser productores. Entónces los capitales serán bien com-
 « prendidos, i la riqueza se compondrá de lo que hace el bienestar de
 « los pueblos, *conocimientos i propiedad*. El hombre será tambien un
 « capital, como es hoi lo que posee.

« Por otra parte, las rentas fiscales serán acrecentadas con los pro-
 « ductos de los multiplicados Bancos: crecerán como crece la industria;
 « i no seria extraño que todos los impuestos públicos se redujesen a
 « los productos de la administracion del crédito.

El autor concluye su estudio sobre la « Organizacion del Cré-
 dito » haciendo un paralelo entre los efectos del crédito, consti-
 tuido como está actualmente i que él llama *privado*, i los que pro-
 ducirá el *crédito público*. Todos los efectos del primero se reasu-
 men en Individualismo, los del segundo en Socialismo.

I concluye su libro con cinco capitulos sobre Libertad de Im-
 prenta, Diezmo, Estanco, Tolerancia de cultos, Matrimonios
 mixtos, Prision por deudas, para mostrar « que la organizacion
 del crédito público dará solucion a todas las cuestiones sociales,
 porque todas son cuestiones de propiedad. »

He aquí las ideas contenidas, dejando a un lado los pormeno-
 res, en el libro del señor Fragueiro. Pasaremos ahora a su
 exámen.

III.

El punto de partida del señor Fraguero es el derecho que tiene el Estado a ciertas funciones i ciertas cosas que constituyen la propiedad de él i a que el autor da el nombre de *propiedad pública*. Esta no es mas que el conjunto de las propiedades privadas que por su accion pasan de manos de un poseedor a otro, que circulan entre todos, poniéndose así en relacion con los demas miembros de la sociedad. De aquí el derecho del gobierno para organizar i ser él mismo la palanca de la organizacion del crédito. Esta idea es el quicio del sistema.

El gobierno tiene no solamente derecho sino que puede, i él es el único capaz de ello, organizar el crédito.

A primera vista, en países como el nuestro en que gobierno i sociedad parecen representar principios enteramente opuestos, esta idea previene mucho en contra. Pero mirese friamente i quizá no aparezca tan terrible. Obsérvese que cuando los derechos de cada uno i de todos pueden ejercerse libremente i que consiguientemente por su ejercicio mismo todos tienen una parte en el gobierno, no hai lugar a recelar de facultades concedidas a este para regular operaciones que influyen en los intereses de todos i en las que todos pueden ejercer la inspeccion mas prolija.—Solo gobiernos bien constituidos pueden hacerse cargo de tan grandes funciones, i los que sean capaces de tenerlos, no crearán nunca sus libertades en peligro, cuando saben reconocer sus derechos i deberes i manifestar dignamente su voluntad, porque el poder, que a todos los debe representar, tenga esta facultad de intervenir en la direccion industrial de la sociedad.

Bueno es no esperararlo todo ni entregarlo todo a las manos del poder, como hacian los *saint-simoniens*, pero tampoco se le deben escatimar facultades que bien ejercidas, (en seguridad de lo cual todos tenemos nuestros derechos) han de producir buenos resultados para el mejoramiento de toda la sociedad, fin al cual individuos i gobiernos deben aspirar, so pena de convulsiones, ridiculeces i retroceso.

Lo que en esta parte reprocharemos al autor es, mas bien que la injerencia del gobierno, el abuso de la palabra propiedad i al mismo tiempo la vaguedad de lo que él llama propiedad pública.

En ciertas partes del libro la propiedad parece ser todo lo que existe en la sociedad—todos los derechos se resumen en ella, to-

das las leyes, casi todos los actos, van a parar a ella. Esto produce una confusión que dá mucha flojedad al desarrollo del sistema—una apariéncia continua de contradicciones que quita a sus pensamientos mucha de la claridad i fuerza que parecen tener en la ilustrada inteliéncia del autor.

La latitud que el autor dá a la palabra propiedad es tanta que cree que las cuestiones de libertad de imprenta, tolerancia de cultos, matrimonios mixtos, son cuestiones de propiedad i que su solución será dada por la organización del crédito. No, mil veces no, estas cuestiones no son de propiedad i cualesquiera que sean las formas que la lei dé a esta, jamas alcanzará a resolver estas cuestiones que dependen del individuo, porque todas ellas no son mas que la libertad de pensar, o como otros dicen, la libertad de conciencia bajo diferentes formas—su solución pende del derecho reconocido por la lei, de que nadie está forzado a pensar de otra manera que la que él piensa—su solución está en la naturaleza misma del hombre, i tarde o temprano la lei ha de inscribirla, porque mientras no lo haga así, estará contra el derecho i por boca de Bossuet sabemos que *no hai derecho contra el derecho*.

No hai duda la propiedad es uno de los hechos mas importantes en que reposa la sociedad: su influencia se vé en la historia; sus resultados se palpan diariamente; pero su importancia no puede constituir la en esa especie de molde de todos los derechos, como aparece en la obra que examinamos. A fuerza de estirar, estender esa idea por todo el libro se desvanecé como una nube que no ha servido mas que para ocultarnos horizontes mas lejanos. La definición misma que el autor dá de ella, debia haberlo precavido del ensanche exajerado, absurdo, que ha tomado en su obra. La mejor definición, porque es la que mejor la caracteriza, es la que daban los romanos: el derecho de propiedad en una cosa, es el que se tiene de usar i abusar de ella; i por esto el autor que trata de mejorarla transformándola, dá otra definición que entra mejor en su sistema. Para ver los absurdos que resultan de esa exajeración del derecho de propiedad; bastaria al autor echar una ojeada en el libro que Mr. Thiers ha escrito sobre ella i que no parece mas que una *rapsodia* de las ideas mas triviales, falsas i contradictorias que vienen a dar por resultado, como ántes las ideas de los *fisiocratas* que hacian de Dios el único productor, que Dios es el único propietario. Pero volvamos a las ideas de nuestro autor.

La organizacion del crédito es derecho del estado—este es quien puede constituirlo mejor, porque tiene mas medios de obrar i porque es el único que ofrece las garantías de seguridad; pues, representando a la sociedad que no puede perecer, ni puede quebrar porque acreencia i deuda vienen a ser para ella la misma cosa, el estado se encuentra el único apto para llenar una obligacion que exige la seguridad del porvenir.

El crédito organizado por el gobierno residiria naturalmente en una administracion especial i con todas las garantías de independencia i tendria su moneda propia, signo de papel, es cierto, pero representando una fraccion de la renta pública, una cantidad dada de capital existente, es decir de trabajo ejecutado.

Léanse los capitulos en que el autor espone la seguridad, que por su naturaleza misma lleva en sí esta moneda, i creemos que pocos serán los que, como él, no piensen que tiene todas las garantías suficientes, supuestas las condiciones morales que producen la confianza, siempre necesaria para la accion del crédito: i por esto habriamos querido en la obra algunas indicaciones características sobre la clase de gobierno que ejerceria esta direccion de la industria.

No podemos ménos que recomendar las buenas aspiraciones que el autor manifiesta cuando examina la influencia que tendrá en la sociedad la organizacion del crédito; pero mucho tememos que ella sola no sea suficiente para producir los magníficos resultados, que sin duda, existirán pero en virtud de síntesis mas completas que abracen la sociedad en todas sus partes, para transformarla, operacion nada imposible, pues que a cada gran página de la historia la vemos repetida i que sin duda seguirá repitiéndose hasta dar completamente satisfaccion a los derechos i gran parte de necesidades físicas i morales de los hombres.

Reasumiendo nuestro juicio sobre la obra que nos ocupa diremos que apesar de las buenas ideas sobre organizacion del crédito, la encontramos algo falta de método, confusa muchas veces por la multitud de pormenores; en otras partes falta de estos, como en la forma que deberia tener la administracion del crédito; errónea i contradictoria en la idea de la propiedad, i que olvida uno de los grandes elementos que mas impulso pueden dar a las sociedades en toda clase de progresos: la asociacion, fórmula de la sociedad misma.

Al mismo tiempo no podemos dejar de elojiar las buenas pinceladas para mostrar los efectos del crédito irregular i

en jeneral toda la parte crítica de la obra. Tanto en esta parte como en la que el autor predice los resultados de su sistema, aunque no participamos de ciertas opiniones, sus páginas revelan en el autor una inteligencia pensadora i abastecida de buenos conocimientos; i lo que es aun mas grato elojiar, un corazon lleno de sentimientos filantrópicos que dan a algunas partes de su obra cierto caracter frio pero dulce i agradable.

Su libro, como el autor mismo lo dice, es socialista, i aunque tenga muchas relaciones con algunos de los sistemas a que se trata de dar un renombre de ferocidad i quien sabe cuantas cosas mas, es socialista, repetimos, pero mui restringido, aunque esto solo, para cierta clase de jentes, es ya comprometerse demasiado. Felicitamos al autor por querer tambien contribuir a la solucion del gran problema de la organizacion de la sociedad; problema que todos a sabiendas o no, en pro en contra, tocan i que nadie en particular, como dice Luis Blanc, podria resolver: pero, todos combinando sus esfuerzos lo pueden: porque, no hai duda, hácia allá va el rumbo de las sociedades humanas, que no pararan hasta no cimentarse en una organizacion que dando el menos lugar posible al mal, satisfaga los pensamientos i aspiraciones de todas las grandes inteligencias para quienes las sociedades humanas no son reuniones de hombres sin significacion, sino que creen que estan destinadas a realizar los sueños que han estado haciendo desde hace seis mil años.

Este libro tendrá al menos la ventaja de agitar un mundo de ideas, hácia el cual aunque se crea intempestivo en nuestra patria, marchamos todos, poco mas o menos, cuando hablamos de tantas clases de reformas políticas i financieras que nuestro estado reclama.

Cuanto mas lo tengamos conocido estaremos menos sujetos a embarazarnos con leyes que creen situaciones análogas a las que tanto mal producen en Europa, i tanto mas aptos para adoptar muchas de las ideas que vagan en el mundo de la inteligencia, esperando un momento apropiado para su realizacion.

La obra del señor Fragueiro al mismo tiempo que tiene partes bien pensadas i bien escritas es la espresion de un gran deseo que nadie, por egoista que parezca, ha ahogado completamente en su pecho; el mayor bienestar de todos los hombres para que pueda reinar entre ellos, la mayor justicia i libertad posibles.

M. A. MATTA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, DICIEMBRE 27 DE 1850.

Exterior.—La prensa de Londres no trae por ahora noticias de importancia. No se puede tampoco dar crédito a la pretendida lei contra los refugiados que exigen las potencias del norte. El gabinete ingles que se mantuvo firme contra las exigencias de Napoleon no dará este desmentido a su antigua i constante hospitalidad negada solo una vez contra el grande hombre.

En Francia una débil mayoría en los Consejos jenerales está por la revision de la Constitucion. Luis Bonaparte pretende por ahora la continuacion ilegal de su presidencia contando con el fraccionamiento de los diversos partidos franceses. Se hablaba de una convencion entre los orleanistas i legitimistas que diese el trono a Enrique V i la sucesion al conde de Paris como hijo adoptivo. Siempre se temia en Paris algun golpe de Estado; los jenerales Lamoricière, Cavaignac i aun otros mas, tenidos por monarquistas, prestarán su enérgico apoyo a la República.

Mas allá del Rin las córtes de Prusia i Austria todavia no se entienden.

Los ducados dinamarqueses continúan sus hostilidades.

Siguen las delicadas negociaciones entre Roma i Turin sin resolverse. Pero aun resulta la cuestion diplomática, siempre la

cuestion religiosa será vituperable e indigna de un prelado. Los tratados, por cierto, pueden interesar a un pais, pero difícilmente a la iglesia; cuyo reino no es de este mundo si es preciso dar crédito a los gobernantes de Roma que entran a balazos a una capital o que abandonan furtivamente esponiéndola al pillaje en el peligró.

De los Estados norte-americanos poco hai que decir. En California se celebraba la incorporacion con grande entusiasmo.

Seguia tambien en Cuba el proyecto revolucionario para declarar en vez de la anexion la República cubana. La España envia nuevas fuerzas. Las ciudades norte-americanas protejen esta emancipacion con todos sus auxilios. No quisieran dejar un pedazo de tierra en que morir a la que descubrió un mundo; triste es para la España ese ostracismo; se verifica en ella por los yankees lo que ella hizo contra los moros; como Boadil tendrá al fin que dejar sus encantadas islas bien dignas de llorarse como la Granada del sarraceno. La España ha heredado el fatalismo histórico del musulman, como la raza del norte la marcha eterna la ansia de viajar del judío errante.

Habianse reducido a dos jenerales los candidatos presidenciales de Méjico. Centro América se encuentra en guerras aun.

Venezuela vuelve a conmoverse con las tiranías que se ejecutan por hacer triunfar la candidatura Monagas hermano del actual presidente, i mas hermano por lo bárbaro. En Chile hemos sido mas felices; tios, sobrinos, compadres, pueden aparecer unos sobre otros; pero no pasa mas allá la simpatía. I quizás no hai un pais en que vivan mas en guerra los parientes; todos nuestros 20 años han sido una guerra de parientes; los ministerios han caído i levantado por intrigas de parientes. Por eso al concluir el actual quisiera no faltar enteramente a la regla con brusquedad; escojer una pariente civil, si es que los hai, un compadre por ejemplo. Pero el compadre no llega; está *negociando*, con el Papa i el Papa no quiere negociar con él ni con nadie. Decididamente el cielo no quiere que los compadres Búlnes e Irarrázaval negocien ni con Roma ni con Chile. Pero basta de digresion.

Nueva Granada sigue con paso firme la consolidacion de su gobierno; es mas bien un sistema federal a donde marcha; el inmenso poder de centralizacion comienza a ser inútil i la reaccion local es mas fuerte i necesaria que nunca. Esta tendencia civilizadora obliga a Chile a estender los poderes municipales, a

satisfacer los intereses locales i constituir la unidad por las necesidades mas que por la violencia i la rutina. La cuerda del arco debe estar tirante para la guerra, mas en la paz debe aflojarse para que la naturaleza recobre su verdadera vida i cada elemento vivo de su propia sustancia.

El Ecuador acaba de elegir presidente al señor Novoa. ¡Dios los mantenga!

En el Perú debe saberse ya quien es el elegido, de Echeñique, Vivanco i Elías llamados por sus diversos partidarios a desgobernar el gobierno peruano.

Bolivia continúa bajo Belzú; lo que vale tanto como decir que no continua bajo Ballivian. Convendría que el gobierno chileno le hiciese una amonestacion a este caudillo. La mision de Agreda no puede tener otro motivo; la hospitalidad no debe dejenerar en nido de hidras i siquiera por evitar que alguno de esos dos caudillos se ahorquen por exeso de amor a su patria, conviene vijilarla.

Del otro lado de los Andes las noticias politicas carecen de novedad. No sabemos que nuevo poder dé a Rosas el sable de San Martin dejado a este *héroe de la resistencia al extranjero*. ¿Hará inclinar, como la espada de Breno, la balanza en favor del triunfo o de la virtud de Rosas? Probablemente ese sable legado al hombre que ha diezmado su pais, que ha hecho de sus ciudadanos un rebaño, de sus resistencias un medio de gobierno, arruinando comercio i sobre todo su propio pueblo, debe haber hecho bien poco en las guerras de la independencia. Nos pasma ese error de sentido comun en un jeneral que deja un sable a un bandido. Sentárale mas legarle un puñal. ¿Pero el sable de un guerrero patriota pasar a las manos de un matancero? Eso si que es confusion i demencia. ¿De qué sirve la patria sin las ideas? ¿La representa Rosas sirviéndola tan mal? Eso es confundir la crueldad con el valor; la resistencia justa con la temeridad del bandido que defiende su vida i su propiedad, el heroismo i el miedo del hombre acosado por el remordimiento i la justicia popular; hacer igual a Caton con Neron. El sable del jeneral San Martin no hará americano al gobierno de Rosas, ni alzará la reputacion de este hombre vulgar, temerario i malicioso, exajerado por los perseguidos que quieren disculpar sus desgracias, por los partidarios que engrandecen su esclavitud engrandeciendolo al señor i lejitiman el temor, de miedo que llegue a ellos. Asi es como la proscripcion

i la sujecion, instigados por el amor propio i la cobardia, sorprendidos por esa fortuna de muchos años en el poder elevan un altar fabuloso a un hombre mas fabuloso aun. Rosas en la opinion es una fantasma creada de este modo. Obra del miedo i del acaso fascina a esclavos i proscriptos.

Interior.—La gran cuestion politica es la cesacion del sitio; era necesaria ya esa medida despues de una dictadura tan inútil como mal manejada. El Congreso extraordinario ha principiado a funcionar activamente.

La próroga del privilejio de los vapores no ha sido admitida aunque aparentemente recomendada por los ministros. Queda ahora la subvencion de 50,000 pesos anuales para continuar la navegacion hasta Chiloé. No comprendemos ninguno de estos medios. ¿Queréis ahorrar gastos? ¿Quereis tener vapores sin próroga ni subvencion? Vuestra marina de guerra corta como es, os hace gastar inútilmente una gran suma: vended estos buques i con las sumas que dejais de gastar en su servicio podreis comprar mas de dos vapores inmejorables. Semejante medida no es nueva; teneis los vapores franceses del Mediterráneo servidos por oficiales de la marina; ¡no desentbol-sáis dinero, solo lo empleais mejor sacándole de partes en que no rinde servicio alguno. ¿Creeis con cuatro buques de vela hacer una marina? Os imaginais que ese andrajo de marina pueda formar marineros? Protejed la marina mercante i tendreis una verdadera de guerra. Los oficiales mismos segun nuestro arreglo navegarian con mas gusto en los vapores del Estado. Hasta el interes de los oficiales os aconseja esta medida, la escasez de nuestras rentas, las necesidades del Sur, todo el pais en fin. Si la Cámara de Diputados no supe la ignorancia de los ministros, o mas bien la rutina que los obliga a pensar erradamente esperamos que el senado tan celoso siempre por los gastos, estorbe el proyecto del ejecutivo. El ministerio está empeñado en estas leyes fuera de otras que por agradar al presidente tiene en sus carteras. Hará cualquier sacrificio nacional a trueque de meter al presidente en su candidatura i lo conseguirán. Cuando las cosas llegan a este punto personal, todo se puede esperar de los ministros; en vano en los principios aparecieron con tanta liberalidad, con tanta franqueza; hoy día que están haciendo cuajar el fruto en el árbol presidencial ya no se acuerdan sino del par-

tido i empeñan para adular una clase o al presidente mismo su dignidad i la nacion misma.

Hace poco tiempo el ministro de justicia decia de la embajada a Roma estas palabras: «A juzgar pues por sus (Irrarrázaval) últimas comunicaciones, es de esperar que a la fecha esten ya terminados los negocios de su incumbencia.» Memoria de 1850. Mas tarde se esparcia por los hombres que rodean al gobierno el buen resultado de la negociacion. ¿Qué se sabe hoi?—Que el ministro no ha concluido nada; que la negociacion no tuvo por objeto sino alejar a Irrarrázaval, sino gastar, derrochar por intrigas de gabinete el erario. ¿Quién no recuerda la vice-presidencia del compadre i el restablecimiento súbito, admirable del presidente al saber los aires del que lo suplica? Eso fue la muerte de aquel ministro; si muerte puede llamarse una legacion de 5 años con 15,000 pesos de renta i no hacer nada.

Lo mas estraño aun, es que el ministerio tema la llegada de este hombre afortunado, el mas incapaz de los ministros posibles, el que fue burlado por Montt i echado fuera del país con un soberbio premio. El ministerio de abril no se satisface con nada, devora i pide mas. El sitio le causó, el candidato Montt es como un feto cuyo tiempo ha pasado, le tiene adolorido i cerca de la muerte. Todo eso no es mas que miedo vano, fantasma formada por el deseo de alcanzar el triunfo. Irrarrázaval fuera de su compadre es un cero a la izquierda; ¿hai alguien que sepa lo que es este ministro fabuloso? Nadie; escepto el presidente actual que podría hallar con su sucesion un nuevo modo de permanecer en la silla. I se engaña este presidente de buen corazon, se alucina porque en política no hai amigos incómodos; i un nuevo estómago no deja que comer al que pasó. Da risa hablar así i pedir al presidente: «no se meta Vd.» Implorar a un hombre que no falte a su deber es una cosa que solo se ve en Chile; en este país donde la justicia como diria Mora es la cosa mas injusta del mundo. Los ministros i el presidente se hacen rogar para no cumplir una mala accion. Ellos piden a Montt; él a su compadre. ¿I la nacion que pide? La nacion dá su sangre para mantener a estos gobernantes i su dinero para engordarlos. ¿Hai cosa mas natural? ¿No está mui en órden este sacrificio cuando la prensa los injuria tanto i la plebe les mete tanto miedo?—La historia de la política chilena es una cosa mui burlesca: los fuegos chinescos han reinado hasta aqui. Con Irrarrázaval tendríamos de presidente un Robert Hudin.

A la *Revista Católica*.—No tenemos tiempo, ni espacio para contestaros. Es culpa del editor, que quiso hacer mayor el número precedente, el que no podemos estendernos algo en el actual. Os diremos sí, que nada habeis respondido; habeis, es cierto, hecho insinuaciones maliciosas, queriendo ponernos mal con San Pablo i el Cristo, mas buena jente que vosotros; habeis aprobado la persecucion contra los demas, ménos contra vosotros; es decir sois partidarios de los sanbartolomees, de la inquisicion; confundis la intolerancia de principios con la tolerancia respecto a las personas. Eso se llama saber guardar su cuero. Vuestra mezcla de canibalismo i jesuitismo se vé en vuestros escritos i en vuestras ridiculas pláticas/¿Sereis por eso unos santos i unos sábios maestros? ¿Qué pensais en vuestra pretencion de querer enseñar a todos i de amenazar a todos? Por lo que a nosotros toca no necesitamos de vuestros escritos ni sermones ni nos intimidamos por vuestras ambiciones. Los buenos ejemplos i una caridad evangélica, he aquí lo que debeis practicar/ Con el mismo derecho que nos aconsejais os aconsejamos tambien. Esta fraternidad es necesaria para vuestros errores i fatal imperfeccion humana. Os advertimos sí, que como escritores estais sujetos a la lei i que habeis dado motivo para que el señor Bilbao os acuse justamente/ Seria de desear tambien que en el púlpito fuéseis responsables de las cosas que decis; no se vertieran entónces tantas ridiculeces. Por nuestra respuesta ya vereis que nosotros os dejamos con la lengua estirada; escritores politicos, antes de todo busquemos la politica. Os abandonamos vuestras rencillas frailezcas, vuestros capítulos, vuestros edictos, sin preguntaros si el señor Taforot fué algo satírico en la oracion fúnebre por el Dean Eizaguirre. Nada, pues, tenemos que aprender de vuestros ejemplos; hablad, escribid, pero ántes de todo obrad bien. Si pretendéis tener el monopolio de la enseñanza cristiana por la prensa, os diremos que no lo podeis, pues, ni como clase ni como individuos, obteneis hoy la posicion que os cupo en la edad media. Si se quiere encontrar el jénio es preciso irlo a buscar en otras partes; si la santidad i los buenos ejemplos vosotros nos direis dónde estén. ¿Quereis junto a vuestros escritos un modelo de elocuencia clerical? Pondrémos al lado de vuestra prensa, el púlpito; i oireis al clérigo Ugarte, este Isaías estafalario. «Hai cosas que Dios no puede hacer apesar de su omnipotencia etc.

«Su misericordia no puede, aunque quiera, estenderse a los que nolleven el signo tal. Así, pues, hermanos míos, los que no lleven ese signo no entrarán a su gloria, porque Dios no puede estender a ellos su misericordia, *no lo puede* etc.

«Hai cristianos, personas virtuosas que creen que basta no pecar para salvarse; que basta cumplir con ciertas obligaciones etc. No hermanos míos, es necesario además hacer el bien sin lo cual no se puede obtener la vida eterna.... Una prueba irrefragable de ello es: que un perro, un gato, un animal cualquiera no peca. ¿i obtendrá por esto la vida eterna? Un palo, una piedra no pecan, i serán dignos por eso de la gloria? no, ciertamente no, porque como os lo he dicho es necesario además obrar el bien—Jesucristo en la tierra no se limitó a no pecar etc.» Despues de estas palabras que apenas hemos retenido de sus pláticas del sábado en la Compañía i que hemos copiado lo mas favorablemente ¿qué dirán los RR. de la *Revista Católica*?—Que Massillon i Bossuet son unos pigmeos.—Tienen razon.

No pretendemos tampoco, nosotros pobres laicos obligaros a callar; teneis el confesonario i el púlpito a vuestra disposicion, pero en la prensa somos igualmente escritores; ¿i por qué los laicos no han de aconsejar a los que no lo son? Hai de todo en la viña de Cristo; no basta ser clérigo para escribir bien, ni llevar sotanas para hablar racionalmente. La vocacion no se manifiesta solo por el deseo sino por la capacidad; i al ver como se recluta en estos tiempos vuestro ejército espiritual, es permitido poner en duda el valor respetuoso i hasta la vocacion. Hai cobardes en los mejores ejércitos como malos escritores i predicadores en vuestras falanjes monacales. No os asusten estas vulgares verdades; sois es cierto, una jente mui ocupada, llena de amor por los *semejantes*, es decir, los que llevan corona. I cuando encontrais algun *impio* que rabia con sus propias ideas, que se asa un lado en su loco delirio, legais vosotros a asarle por el otro i a hacer por amor lo que el diablo no haria. Eso es mui en orden. Sois una jente mui piadosa i cristianisima, i os rogamos que no nos ameis.—

Opera cómica i danza.—Los cantores franceses se han estrenado en la capital en medio de los aplausos. Dificil era creer en esta aparicion cuando hace pocos años oíamos estas mismas voces en la sala Favart. Paris tiene ya hoi dia una relacion mas con

nuestro pobre Santiago. Pero si se recuerda que en el principio del siglo XVII París aun no tenía cosas iguales i que era preciso que el fastidio de una reina inspirase a Mazarino la introduccion de la ópera italiana, nada debe admirarnos este suceso.

La ópera cómica ha tenido varios contratiempos ántes de aclimatarse en París, ya por las rivalidades, o por desgracias de otro jénero. Su divisa está en estas tres palabras latinas de uno de sus antiguos directores: *Mulcet, movet, monet*. Este programa no se ha desmentido; Aubert, Adam i otros célebres compositores han encontrado en el fácil Scribe el camino de su gloria. La gracia espiritual de este dramaturgo no hace echar ménos el jenio; la música ondula en el lenguaje del poeta como una brisa suave, en las espaldas de un arroyo transparente; i el arroyo jamas se agota tiñéndose de paso con cada color del borde armonioso, que vibra de amor, abierto a los acentos mas desconocidos de los valles.

Si pasamos de la representacion lírica, en que la accion i el canto se disputan la palma, a la danza en que el movimiento viene a ser la verdadera espresion del alma, bien podemos poner al lado de Mr. Emon a M.^{elle} Dimier. Ella se ha atrevido a recordarnos en Giselle a la célebre Grisi, i su recuerdo no deja de ser satisfactorio. La escuela de Mr. Ponçot es bastante buena, tiene delicado gusto para sus grupos; aunque a veces por un abandono natural hace esfuerzos gimnásticos, que no pertenecen al arte aunque tienen el aire. M.^{elle} Soldini es tambien una linda rival de la Dimier; sus acentuadas i bellas formas dan a sus resueltos pasos una gracia particular. M.^{elle} Dimier se ha dejado inspirar por los bailes españoles; pero si sus esfuerzos han sobrepujado nuestras esperanzas no por eso su baile es español. Se nos figura la traduccion engalanada de un escritor sencillo; como son las traducciones de Ducis respecto a Shakespeare.

Todo era español en M.^{elle} Dimier, música traje, escepto el baile. Eso no quiere decir que carezca de encanto el baile de esta bailarina de tanto mérito; su talento es capaz de todo i aunque la nacionalidad falte a veces, los aplausos que recibe le probarán bien que ella pueda hacer suyo, aun lo que no le pertenece.

Es preciso confesar tambien que el público santiaguino no es loco por el *ballet*; está todavia por el fandango i el zapateado; por la música sensual, poco variada; por esa música de compas invariable que no le permite distraerse de las parejas. El no atiende mucho a un drama representado con dedos, piernas i

ojos. Ese lenguaje lo confunde i prefiere una zamacueca a un lindo solo; no ama el baile como arte sino como medio voluptuoso. Aun estan por el harpa i la vihuela.

Antes de concluir i felicitar cordialmente tan buena compañía mencionaremos con gusto el hábil tino del Sr. Zegers, uno de los empresarios mas activos que hayamos conocido. No podemos, aunque si mas tarde, alabar la ejecucion musical. Los músicos parecen fascinados por el movimiento de las bailarinas. Se les debe dispensar por cierto.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

El rei se disfraza: toma el nombre de Teodoro Lebrun. El correjidor favorece con alguna piadosa connivencia este embarque. El vice-cónsul ingles da el brazo a la reina; los dos ancianos reconocen al subir sobre el puente el mismo buque que fletaron un año ántes para su paseo por mar durante su residencia de placer i de fiesta en el castillo de Eu.

Algunos de los mismos marineros forman aun parte de la tripulacion; el que está encargado de hacer la inspeccion de los pasajeros para pedirles el precio de los pasajes, tiene una linterna cuya luz se reverbera casualmente sobre el rostro del rei. A este relámpago reconoce al principe a quien otra mirada que no sea

la suya puede traicionar; se apresura a desviar su linterna haciendo un signo de respetuosa discrecion a su antiguo amo.

De confianza en confianza espárcese entre la tripulacion el rumor de que el buque lleva fujitivos de Eu. Ninguno de estos marineros tiene el pensamiento de servir la república con una cobarde traicion a la ancianidad i a la desgracia: finjen no ver nada i nada se les oculta. Unicamente cuando el buque está amarrado al muelle del Havre, se ordenan sin afectacion al paso de los viajeros; descubren sus cabezas inclinándose con un silencioso respeto: «Dios os salve, dijeron a media voz.» Es lo que habia dicho la misma república por la voz de su gobierno miéntras que los tiros sonaban todavia i que la sangre de París no se habia lavado bajo las pisadas. No habia que atravesar mas que la anchura de un muelle para pasar del paquete de Rouen al paquete de Southampton. El rei, la reina, precedidos del jeneral Dumas i del jeneral Rumigni lo atraviesan sin ser observados. Suben al buque ingles. En el momento en que el rei ponía el pie en la escalera una mujer se acerca con una linterna en la mano i exclama: «es él, es el rei!» Acércase un oficial a fin de asegurarse sin duda por sus propios ojos de la identidad del príncipe: «Es demasiado tarde, dijo el capitán del paquete» i hace retirar la escalera. Esta circunstancia impresionó vivamente a los servidores del rei que creyeron que su salvacion habia dependido de este minuto; que habia podido ser comprometida por este grito de una mujer i por esta curiosidad de un soldado: pero no se habia dado por nadie órden alguna de oponerse a la marcha del rei, i en manos de estas jentes se hallaban las instrucciones mas contrarias a cualquiera medida contra su seguridad i su libertad.

El buque zarpó, condujo durante una noche de ventarrones i con una mar terrible el rei a Southampton en donde le esperaba la hospitalidad de su yerno el rei de los belgas en su palacio real de Clairemont.

El vice-consul inglés da el brazo a la reina; los dos ancianos re-

Otras vicisitudes, resultados del mismo error acerca de las intenciones del gobierno i de la magnanimidad del pueblo habian durante algunos dias marcado la fuga de la duquesa de Orleans, de sus hijos, del duque de Nemours, de sus hijos i de la duquesa de Montpensier.

Hemos visto que la duquesa de Orleans precisada a evadirse

del salon de la Cámara de diputados a la segunda invasion del pueblo, se habia retirado con el conde de París, M. M. Mornay, Scheffer, Lasteyrie, Courtais, Clement. Admirable por su presencia de espíritu i su valor, M. de Mornay, habia protegido su marcha i su camino de la Cámara de diputados al Hôtel de Inválidos. El coche que conducia a la princesa habia escapado a las miradas del pueblo. El mariscal Molitor habia recibido a la princesa, al conde de París i al duque de Nemours en sus habitaciones durante algunas horas. Pero el viejo soldado, enfermo i turbado de la responsabilidad de los sucesos, habia atestiguado algunas dudas sobre las disposiciones de los inválidos i de la seguridad de este asilo de las inquietudes que habian desanimado profundamente la confianza de la princesa i de sus amigos.

Mientras que el mariscal hacia preparar una comida para sus huéspedes i que durante ella se oían los consejos de los amigos, la princesa que tenia incesantemente ante sus ojos el recuerdo de la cautividad del Temple i la imájen de su hijo puesto en manos de otro Simon, habia resuelto no prolongar otra hora mas su permanencia en los Inválidos. Partió ántes de anochecer con su hijo i bajo la guardia de M. Anatole de Montesquieu al castillo de Ligny distante pocas leguas de París.

M. Anatole de Montesquieu, antiguo edecan del emperador, agregado despues a la corte de la reina Amelia, era uno de aquellos caracteres que no tienen del cortesano mas que las gracias pero que tienen la bravura de los soldados, la hidalguia de los poetas, la consagracion del hombre de honor. Protejida la princesa por M. de Montesquieu, instruida de hora en hora por sus amigos de París de todo lo que podia interesar su corazon de madre, suspender o favorecer su fuga, pasó muchos dias oculta en el palacio de Ligny. Hallábase allí devorada de inquietud acerca de la suerte de su hijo segundo el duque de Chartres.

En el momento en que la princesa se escapaba de la Cámara de diputados habia sido separada de sus hijos por el pueblo que inundaba los salones, las escaleras i los pasadizos. El duque de Chartres habia caído bajo los pies de la turba; los gritos de su madre le reclamaban en vano. Las olas de pueblo eran sordas como las de un Océano.

Algunos diputados i empleados de la Cámara le habian prometido traerle inmediatamente su hijo; la habian conjurado para que no se perdiese ella misma como el conde de París obstinándose en permanecer en un tumulto que podia amenazarla, sofocarla o

detenerla cautiva. Efectivamente dos hermanos, ujieres de la Asamblea, llamados Lipmann, alsacios de origen i adictos de co-razon a la princesa, agotaban sus esfuerzos por encontrar i salvar al jóven príncipe; miéntras que uno de ellos llamado Jacobo Lipmann, alza al pobre niño, lo toma en sus brazos para hacerlo respirar i lo sustrae a los golpes de la muchedumbre, el otro sostiene a la entrada de un corredor el peso del jentío que amenaza derribarle bajo sus ondulaciones. El ujier Lipmann, lleva al niño a su habitación contigua al palacio; le acuesta, le cuida, advierte a M. Lespée, cuestor de la asamblea, del depósito que el azar del día ha puesto entre sus manos. A las ocho de la noche M. de Lespée que suponía a la duquesa de Orleans todavía en los Inválidos, viene a tomar en casa de M. Lipmann al duque de Chartres. M. Lipmann lleva al príncipe en sus brazos vestido como un muchacho del pueblo. La duquesa había partido. M. de La-Valette i M. de Elchingen lo confían a los cuidados de M. i de Madama de Mornay. Permanece dos días enfermo en la casa de una pobre mujer de la calle de la Universidad a quien M. de Mornay le había confiado a fin de sustraerle a las pesquisas. Tranquilizados por el espíritu del gobierno, M. i Madama de Mornay le llevaron de nuevo a su casa; le colmaron de cariñosas atenciones i le entregaron sano i salvo en brazos de su madre.

La princesa, parte disfrazada del palacio de Ligny para Versailles. Un coche preparado por sus amigos la conduce a Versailles. En Asnières toma el ferro-carril de Lille, i pasa la noche en vela rezando junto al lecho de sus hijos.

La sombra de la revolucion la perseguía siempre. En el umbral de Francia temblaba todavía ser detenida i abandonar sus hijos a la suerte de los hijos de Maria Antonieta; pero no existía ya la Francia sin justicia i sin piedad, la Francia de las prisiones i de los cadalsos.

El jeneral Baudrand, ayo del conde de Paris i consejero de la princesa se había hecho conducir, aunque se hallaba enfermo e incapaz de movimiento alguno, a su puesto en el palacio en el momento de la invasion del pueblo. Cuando el pueblo entró en busca de la duquesa que acababa de salir, el jeneral dijo a los invasores que se hallaban en las habitaciones de la viuda del duque de Orleans. A estas palabras los invasores se habían descubierto; habían respetado las habitaciones i colocado espontáneamente centinelas en las puertas a fin de preservar los recuerdos

de la madre i de la viuda. Combatian contra el trono, se inclinaban ante la naturaleza.

La princesa contaba con algunos amigos entre los jefes que mandaban en Lille; el numeroso ejército que componia la guarnicion de esta plaza podia ser tentado por su presencia i arrebatado a la república por su entusiasmo hacia una mujer i un niño. La princesa tuvo durante esta última noche el pensamiento de presentarse a las tropas i revindicar el trono para su hijo. El crimen de la guerra civil se le apareció entre el trono i este pensamiento; renunció a él: salió de Lille, ganó las orillas del Rhin con el nombre de condesa de Dreux, se unió a su madre en Ems, se refugió en los purísimos recuerdos de su dicha pasajera en Francia, de su duelo, de su desgracia, del trastorno de su destino por las faltas de otro; i en su resignacion a las voluntades de su segunda patria en la que su nombre no inspiró jamas a los hombres de todos los partidos mas que admiracion, ternura i respeto.

VII.

El duque de Nemours salió de Francia sin obstáculo tan pronto como cumplió sus deberes para con su padre, su cuñada, i su sobrino. Se habia mostrado mas digno de su popularidad en el infortunio que en la prosperidad; intrépido, desinteresado, no habia vacilado en arriesgar su vida ni sus derechos a la rejencia por salvar la corona al hijo de su hermano. La historia le debe la justicia que no le hacia la opinion.

Dos princesas habian sido separadas del rei i de la reina en el momento de la salida precipitada de las Tullerías. Era la princesa Clementina esposa del duque de Saxe-Cobourg i la duquesa de Montpensier. El duque de Montpensier acompañando a su padre hasta los carruajes que le esperaban en la plaza de la Concordia, habia creído poder volver sin obstáculo a las Tullerías i velar él mismo por la salvacion de su mujer a quien un embarazo avanzado tenia inmóvil hacia muchos dias en sus habitaciones. La muchedumbre que se precipitaba por todas las salidas a los jardines, habia demostrado bien pronto al principe que era imposible el regreso. Al tiempo de partir habia confiado la princesa a los cuidados de algunos hombres de su casa i a la solicitud de M. Jules de Lasteyrie, cuya lealtad, nombre i popu-

laridad, le tranquilizaban en cualquier evento. Habia montado precipitadamente a caballo i seguido al rei a Saint-Cloud.

En el momento de la invasion del palacio M. de Lasteyrie habia dado el brazo a la princesa, se habia perdido con ella entre la turba demasiado confusa i demasiado tumultuosa en este momento para prestar atencion a una jóven atravesando el jardin.

M. de Lasteyrie esperaba llegar bastante pronto al puente Tournant para hacer partir a la duquesa de Montpensier con seguridad en compañía de la familia real. En el momento en que él salia de los jardines el coche lleno i precipitadamente cerrado por M. Cremieux habia partido al galope dejando a la princesa Clementina abandonada, errante, i no pudiendo ni seguir ni retroceder. Felizmente divisó a M. de Lasteyrie i a la duquesa de Montpensier su cuñada; se unió a estos restos de su familia.

M. de Lasteyrie condujo a las dos jóvenes a casa de su madre sin ser reconocido ni interrogado en el camino. Esta casa popular por el doble nombre de Lafayette i por las virtudes de su hija madama de Lasteyrie era un asilo inviolable a las sospechas i a las pesquizas del pueblo. Algunos instantes despues la princesa Clementina salió de allí i se reunió con su padre en Trianon. La jóven duquesa de Montpensier continuó hasta el 25 en el hogar i bajo la proteccion de madama de Lasteyrie. Su marido le habia hecho decir por el jeneral Thierry, su edecan, que se le reuniese en el palacio de Eu; creia entonces que el rei podria trasladarse allí i hacer de este palacio su residencia. La rapidez de su fortuna le habia precedido sobre el mismo camino de este destierro. Andaba errante por las orillas del Occéano.

VIII.

Llegada a Eu la jóven princesa se apea en el palacio i lo halla desierto. Rumores alarmantes anuncian la llegada de una columna de obreros de Ronen que vienen segun se dice a saquear como en Neuilly la habitacion del rei. La duquesa deja el palacio de su padre i pide un asilo a M. Estancelin diplomático agregado a la embajada de Munich. A la caida de la tarde continúa su partida hácia la Béljica acompañada de M. de Estancelin i del jeneral Thierry; la encaminan hácia Bruselas.

En Abbeville el paso de un coche conmueve i agrupa al pueblo; detienen los caballos; gritan que son los principes que se

escapan. M. Estancelin se asoma a la portezuela; su nombre era conocido en el país. Asegura que la princesa es su esposa con quien regresa a su puesto en el extranjero. Con el objeto de desviar mas las sospechas manda al postillon que conduzca el carruaje a casa de uno de sus amigos cuyas opiniones republicanas son una garantía para el pueblo. Se apea en la puerta de la casa de este amigo; le confía en voz baja el nombre, el rango i la fuga de la jóven. El hombre de corazon débil o árido tiembla o se endurece; teme que este misterio descubierto lo despolarice o comprometa su vida; en vano el jeneral Thierry i M. Estancelin insisten, conjuran, suplican; le representan la inviolabilidad de la desgracia, de la edad, del sexo, del estado de embarazo i de aniquilamiento de una mujer a quien su negativa va a entregar a las turbulencias de un motin, al terror de una cautividad, o al azar de una fuga imposible a pié. El miedo es sordo; el egoismo implacable. Viendo los viajeros que algunos hombres del pueblo se agrupaban al rededor de la puerta, se apean del carruaje dejándolo vacío en la calle i van a buscar otro refugio un poco mas léjos. Se separan. M. Estancelin indica al jeneral Thierry la direccion de una de las puertas de la ciudad. Conviénese en que el jeneral la pasará con la duquesa i que despues de haber salido de este modo de la ciudad con su depósito, esperará a orillas del camino de Béljica el carruaje que M. Estancelin traerá entre 11 i 12 de la noche.

M. Estancelin se aleja para ir a solicitar de otros amigos los medios de procurarse caballos.

El jeneral Thierry i la jóven andan errantes sufriendo una lluvia helada i entre las mas densas tinieblas de una ciudad desconocida; el viento de la tempestad habia apagado los reverberos. Avanzaban casi a tientas en la direccion que se les habia indicado. Despues de muchos errores i rodeos llegan al fin bajo una puerta de la ciudad en construccion cuyo arco lleno de andamios i de cimbras de madera estaba cerrado por algunos tablones del lado del campo. Retroceden; se deslizan por una puerta lateral estrecha i baja dejada franca por los constructores para la entrada i salida de los peones. Se aventuran en ella i se creen fuera de la ciudad.

Pero este falso camino encenagado por la lluvia i las carretas, inundado de charcos de agua, obstruido por los materiales i las piedras de sillería conduce a una cantera sin salida visible. La jóven embarazada se sumerge en los charcos hasta los tovillos;

pierde su calzado en la arcilla humedecida. El jeneral se desespera; teme que el exceso de la fatiga i de la intemperie hagan espirar sin socorro a una niña que lleva a otro niño en su seno. Hace sentar a la princesa en una piedra, la cubre con su capa i le dice que le espere allí inmóvil mientras que vá a entrar de nuevo en la ciudad a implorar de la casualidad o de la piedad un techo o un guía.

Vacila en llamar a una puerta temiendo que esta puerta no se convierta para la princesa en un lazo en lugar de un refugio. Cuando un desconocido amigo de M. Estancelin i enviado por este jóven para encontrar i guiar a los fujitivos se acerca al jeneral, se hace reconocer, corre con él a reunirse con la princesa, conduce los fujitivos fuera de la ciudad, i deposita a la jóven bajo el sotechado sin fuego de un tejat abandonado.

Allí el jeneral Thierry i la duquesa de Montpensier cuentan lentamente las horas. El carruaje no se hizo esperar demasiado. Lleva finalmente la duquesa de Montpensier hácia Bruselas i hácia su esposo.

La princesa habia sido esforzada como una heroína e indiferente como un niño durante esta noche de angustia i de agonía. En el momento en que buscaba en vano sus zapatos en el lodo i caminaba con los pies descalzos por la quebrada: «qué estrañas aventuras durante esta terrible noche, le decia el jeneral Thierry, para animar su valor por la satisfaccion al ménos de una imajinacion romancesca!—Oh, sí,» respondia; pues bien, prefiero estas aventuras a la monotonía de la mesa redonda de costura en los abrigados i suntuosos salones de las Tullerías.»

IX.

El duque de Wurtemberg esposo de aquella princesa María a quien así como la corte de su padre, las bellas artes habian llorado tambien, fué el último principe de esta familia que quedó en Paris. Lamartine hizo llegar a sus manos pasaportes con un nombre ménos conocido para regresar a Alemania.

Tal fué la emigracion de esta familia engrandecida por la revolucion, espulsada por la revolucion; venida del destierro, ascendida al trono i regresando espontáneamente al destierro. Ninguna imprecacion la seguia en el umbral de la Francia; muchos de sus miembros llevaban consigo la veneracion; otros el aprecio; las esperanzas otros. La nacion permanecia justa, digna

en su emancipacion. La república nacida de la idea i no de la cólera, se contentaba con hacer campo al reinado del país. Ella no proscribía a los príncipes ni a las princesas; separaba el trono; contemplaba ya en lontananza el momento en que se encontraría bastante reconocida i bastante fuerte por sí misma para devolver su parte en la patria a aquellos que no reconquistarían jamas mas que el lugar de franceses i de ciudadanos. Los republicanos irreflexivos que sitiaban al gobierno provisorio con órdenes i consejos, propusieron entónces muchas veces la confiscacion de los bienes del rei, de los príncipes i de las princesas; fué unánimemente desechado. Los miembros del gobierno no querían a ningun precio fundar la república sobre una espoliacion i sobre una injusticia; decretaron únicamente en socorros alimenticios a los obreros sin pan el millon atrasado que la nacion pagaba mensualmente a la casa real.

En cuanto a la situacion pecuniaria que la república daría al rei i a los príncipes, se aplazó el decreto hasta el momento en que la tranquilidad hubiera devuelto al pueblo toda su sangre fría i toda su equidad. Convínose tan solo en principio que los bienes personales del rei i de los príncipes permanecerían siendo su propiedad inviolable. Que en caso de insuficiencia la nacion proveería al rei desterrado con una cantidad proporcionada a su rango i a las necesidades de su casa; que en caso de excesiva fortuna personal conservada en el territorio frances por el rei o los príncipes sus hijos, la nacion las tendría en tutela por los primeros años de la fundacion del nuevo gobierno; que daría una parte adecuada de las rentas a estos príncipes; que capitalizaria el resto en beneficio de los mismos para serles entregado en cualquiera propiedad, tan pronto como se demostrase imposible cualquiera sueldo de guerra civil en su favor; que finalmente la nacion ofrecería a la duquesa de Orleans i a su hijo un subsidio digno del rango que habia ocupado en Francia i de los sentimientos que habia inspirado. Nombróse administrador i liquidador de estos bienes a un hombre de unánime celebridad, M. Lhervett, antiguo miembro de la Cámara de Diputados, aceptable simultáneamente por la nacion i por el trono; M. Lhervett rehusó por un escrúpulo de delicadeza. Suplicóse a M. Vavin que aceptara. En cuantas ocasiones se reprodujo la cuestion ante el gobierno, fue tratada i resuelta en este sentido por la mayoría del consejo. En este pensamiento i en este régimen intermedio, el gobierno aguardó la reunion de la Asamblea nacional;

ella los adoptó dándoles la autoridad i la dignidad de un gran pueblo.

Lamartine trató muchas veces en este sentido estas cuestiones de propiedad privada de los principes i de las princesas con los ministros de España i del Brasil. Todo lo que se cuenta al otro lado del canal de la Mancha de la rapacidad i de la dureza de la república para con el rei, los principes, las princesas i los ministros es una calumnia. Ved ahí las proscripciones i las espoliaciones de su primer gobierno.

X.

Los temores de guerra civil que la presencia del duque de Aumale a la cabeza del ejército de Africa dejaban en los espíritus no tardaron en disiparse. El gobierno habia nombrado al jeneral Cavaignac gobernador jeneral de la Arjelia. Este nombre de Cavaignac era sagrado entre los republicanos por el recuerdo del hermano mayor de este oficial. Godofredo Cavaignac era en la opinion republicana un nombre que se hallaba a la altura del de Carrel. Habia muerto ántes del advenimiento de su idea; su idea llevaba su duelo; ella le tributaba homenaje en la persona de su hermano. Su hermano era así mismo un oficial de reputacion; habia sabido merecer por su valor la confianza del ejército; i sin repudiar las tradiciones de su hermano i las aspiraciones de su madre a la república, habia conquistado la estimacion i la confianza de los principes. Le escudaba la franqueza de sus opiniones; la sinceridad no conspira; Cavaignac era incapaz de traicionar. Al saber el duque de Aumale la abdicacion de su padre, dirijió a su ejército una proclama i una orden jeneral digna de los tiempos de la primera república en que no se tenia cuenta del hombre tratándose de la patria.

«Habitantes de la Arjelia:

Fiel a mis deberes de ciudadano i de soldado he permanecido en mi puesto mientras que he podido creer mi presencia útil al servicio del pais. Ya no lo es. El señor jeneral Cavaignac ha sido nombrado gobernador jeneral de la Arjelia; hasta su llegada a Arjel el jene al Changarnier queda encargado de las funciones de gobernador jeneral de Arjel ad interim.

«Sumiso a la voluntad nacional, me alejo de vosotros; pero desde el fondo del destierro todos mis votos serán por vuestra

prosperidad i por la gloria de la Francia que hubiera querido servir por mas tiempo.»

H. de Orleans.

«El jeneral Changarnier desempeñará interinamente las funciones de gobernador jeneral hasta la llegada a Arjel del señor jeneral Cavaignac nombrado gobernador jeneral de la Arjelia. Al separarme de un ejército modelo de honor i de valor en las filas del que he pasado los mas bellos dias de mi vida, le deseo nuevos triunfos; una nueva carrera va a abrirse quizás a su valor. Tengo la firme convicción de que llenará gloriosamente su deber.

«Jenerales, oficiales i soldados; habia esperado combatir todavía con vosotros por la patria; se me niega este honor, pero desde el fondo del destierro mi corazón os seguirá en todas partes i os recordará la voluntad nacional. El triunfará con vuestros triunfos i todos sus votos serán constantemente por la gloria i la felicidad de la Francia.»

H. de Orleans.

XI.

Tranquilizada acerca de este punto la voluntad nacional se inquietaba mas i mas de nuestras rentas. Estremeciase del congreso de los asalariados en Luxemburgo. Era indudablemente un peligro; pero la historia deberá reconocerlo. La palabra i la intervencion de Luis Blanc, poderosas en el principio sobre doscientos mil obreros, tenian al mismo tiempo una accion moderadora sobre las pasiones del pueblo. Les presentaba falsos sistemas; pero no les predicaba malos sentimientos; habia en sus teorías esperanzas enfermizas i exajeradas pero no venganzas. Prometia quimeras pero no ocasionaba desórden, ni violencias ni sangre. El Luxemburgo por su insinuacion contribuyó mucho a intimidar los capitales; pero contribuyó tambien a mantener el orden, a evitar los despojos, a despopularizar la guerra i a hacer prevalecer en las masas el instinto de humanidad. Una idea falsa puede quizás ser honrada i lo que es honrado no se inutiliza por aliarse en industria a algunos errores; tal era en el principio el carácter de las lecciones de Luis Blanc en el Luxemburgo.

XII.

Los otros miembros del gobierno soportaban este congreso como un mal sin duda, pero como un mal inevitable i que producía un bien mucho mayor. Luis Blanc, arrojado del gobierno, impulsado del Luxemburgo i convertido por esta persecucion en el idolo i el Mazaniello elocuente de dos o trescientos mil obreros ociosos i fanatizados en Paris, hubiese sido un elemento de trastorno mucho mas peligroso que Luis Blanc di-ertando en el Luxemburgo, contenido por su solidaridad con el gobierno, conteniendo estas masas en un circulo fantástico del que no las dejaba salir. No se podia conceder ménos a los obreros soldados de esta revolucion hecha en nombre del trabajo que una indagacion sincera i libre sobre estas cuestiones de trabajo que eran su politica i su vida. Sin embargo a fin de prevenir la alarma que crecia por instantes; se bosquejaron algunas medidas con el objeto de tranquilizar la capital, el trabajo i el crédito. Contestóse a la palabra bancarrota arrojada en los espíritus por un decreto que anticipaba por algunas semanas el pago de la renta a los acreedores del Estado. Era responder con un hecho a suposiciones de ruina; era un reto arrojado a la desconfianza. Esta medida no bastó a tranquilizar las imaginaciones; los banqueros vieron en ella una bravata para disfrazar el miedo. Calcularon que pagada una vez la renta no quedaria un real en el tesoro. Propagáronse las inquietudes; ocultóse el dinero. Los setecientos millones que el Estado debia a la caja de ahorros, a los portadores de bonos del tesoro, a los servicios públicos, abrumaron al ministro de hacienda. El preveyó siniestras eventualidades a las que se estremecía de unir su nombre. Garnier Pagès habia tomado la carga del ministerio de hacienda. No se le ocultaba la extremidad de los peligros. Cedió ménos a las instancias de sus colegas que a la propia impulsión de su valor. Es uno de estos hombres a quienes tienta el peligro i que se engrandecen con las crisis. Se sacrificó él, su nombre i su vida. Elijió por subsecretario a Duclerc tan esforzado i tan infatigable como él.

XIII.

Estos dos hombres sondearon en pocas horas las rentas. Recobraron la confianza i la inspiraron al gobierno. Antes del 8 de marzo, Garnier Pagés presentaba ante el Consejo todas las ulceras i todos los remedios de la situacion.

La Francia se hallaba mas gravada por quince años de paz que lo que hubiera sido por una larga guerra. Las rentas estaban empuñadas hasta el punto de no permitir libertad alguna de accion al pais, si graves necesidades extraordinarias llegasen a apoderarse de él impensadamente. El trono habia hecho su sistema financiero a su semejanza. Todo estaba empeñado para una larga paz. Este sistema bueno de intencion, habia tenido su exceso en las innumerables acciones industriales, moneda ficticia que llenaba las carteras de los particulares i de los banqueros; que no representaba todavia mas que capitales problemáticos que no producian renta i que servia al juego de ajiotaje.

Habia por lo menos un valor de dos mil millones: estas acciones iban a desvanecerse o inmovilizarse en las cajas de los industriales i de los propositores de grandes trabajos públicos. Las sumas necesarias al servicio de un año fijado en el presupuesto se elevaban a setecientos doce millones: quinientos catorce millones estaban prometidos i debidos a trabajos que se ejecutaban en la actualidad. La deuda pública constituida ascendia a cinco mil ciento setenta i nueve millones. Esta deuda habia tenido un aumento de novecientos millones en siete años. El trono habia sido pródigo del porvenir. La república iba a cargarse con el peso, las responsabilidades i las impopularidades de una liquidacion que no le competia. Ni la deuda ni la revolucion eran obra de las que iban a sufrir la odiosidad. El trono habia contraido la deuda i sus ministros habian dejado efectuar la revolucion.

Pero ademas de este presupuesto de mil setecientos millones, de estos trabajos emprendidos, valorizados en quinientos millones, de estos dos mil millones de acciones industriales arrojados a la Bolsa por el gobierno i de estos cinco mil millones de capital de la deuda, el trono dejaba novecientos sesenta millones de deuda a corto plazo o inmediatamente exigibles en trescientos veinte millones de bonos del tesoro i de fondos de cajas de ahorro, simple depósito entre sus manos.

El tesoro debía pues hacer frente en el instante a mil millones de fondos exigibles, además a setenta i tres millones para pagar el semestre de renta del 22 de marzo, a los servicios ordinarios además i a las eventualidades repentinas de un país en revolucion i quizas en guerra consigo mismo i con la Europa.

Para proveer a tan grande descubierto el gobierno hallaba en arcas ciento noventa i dos millones; un empréstito en via de ejecucion de doscientos cincuenta millones; pero que los prestamistas se negaban a satisfacer i un impuesto directo e indirecto que iba a agotarse bajo el mal-estar i la alarma jeneral de los capitalistas i de los consumidores i bajo la desaparicion del oro i de la plata.

El banco de Francia, instrumento para el gobierno independiente del crédito i de los recursos momentáneos, habia sufrido la falta de numerario pocos meses ántes. Algun tanto se habia reparado con el ingreso de cincuenta millones en especie venidos de Rusia. La letra de cambio que suple a una inmensa cantidad de numerario entre los particulares, se retiraba, se suspendia o se anonadaba por el temor de una liquidacion jeneral. De manera que solo el numerario en las solas manos del gobierno iba a tener que alimentar sin otro auxilio toda la vida i toda la circulacion del país. Por una coincidencia aun mas desgraciada, a toda la Europa afectaba una crisis semejante. Nadie podia socorrer a nadie. Los negocios se habian multiplicado desde San Petersburgo a Lóndres, a Viena, a Berlin a Paris en una proporcion sin armonia con el capital circulante. El oro i la plata escaseaban i el papel ya no valia nada.

XIV.

El problema presentado por semejante penuria ante un gobierno revolucionario que simultáneamente tenia que alimentar a un pueblo de obreros, reclutar i equipar un ejército, hacer frente al crédito estinguido, a la miseria, a los pobres, al orden en el interior, a la guerra en el extranjero, i reemplazar por si solo el numerario, el crédito, la industria, el trabajo, sin recurrir a las exacciones i a los enconos de las revoluciones: este problema era de naturaleza capaz de hacer temblar i huir a los hombres de mas enérgico temple.

Garnier Pagès lo abordó con esa resolucion que hace milagros, porque se atreve a esperarlos cuando todo el mundo los cree

imposibles. Tuvo como sus cólegas la fé de la honradez i la providencia le recompensó. Concibió por inspiracion el único plan que podia salvar a la república de la bancarrota. Si faltaron algunos detalles o fueron fallidas algunas medidas para este plan en la ejecucion, el conjunto al ménos fue tan lógico como era atrevido.

El gobierno ante todo necesitaba dinero; no habia mas que tres medios de obtenerlo. El crédito, el papel moneda o las exacciones. Las exacciones eran la sangre a la primera resistencia. El gobierno queria a toda costa vivir o morir puro; los asignados eran la alarma jeneral i la sepultura del último escudo; para hacerlos volver a aparecer era necesario proceder con crueldad. La crueldad en revolucion es la proscripcion, la confiscacion, la muerte; la mayoría del gobierno fue siempre inflexible a las proposiciones de los asignados. Quedaba el recurso del crédito; pero la revolucion lo habia arrebatado al gobierno. Era preciso volverlo a encontrar en una institucion independiente de él i que fuese por decirlo así su cancion ante la Francia. Esta institucion bien débil todavia en proporcion del papel que se pretendia darle, existia en el banco de Francia. Dos medios habia de servirse de ella; apremiarla o protegerla. Algunos querian apremiarla. Resolvióse protegerla.

Garnier Pagès salvó tres veces el banco de Francia, negándose en un principio obstinadamente a conceder al comercio de Paris los tres meses de suspension de sus compromisos para con el banco; rechazando despues el papel moneda que lo hubiera sumerjido; tomando en seguida la medida atrevida pero feliz de autorizar la aceptacion forzada de los billetes de banco como moneda. Salvado de este modo el banco, salvó a su vez al gobierno: prestó doscientos treinta millones, se asoció con inteligencia i patriotismo al Gobierno. Mr. D'Argoult, director del banco, olvidó sus antiguos vinculos con el trono caído para contraerse esclusivamente a la salvacion financiera de su pais. Fue simultáneamente el hombre del banco i el hombre del tesoro. Mostróse verdaderamente patriota i hombre de Estado por su intrepidez en el conflicto i por su fecundidad de recursos en las dificultades. El banco hasta entonces solo era útil al comercio; hizose útil a la patria. No contaba mas que con el aprecio i algunas veces con la envidia de la opinion. Mereció el reconocimiento de la nacion: el gobierno provisorio no tardó, bajo la inspiracion de Garnier Pagès, en fundir i nacionalizar en el cré-

dito central del banco de Francia, los otros bancos de la república

XV.

Pero para que el banco de este modo protegido i centralizado pudiese prestar centenares de millares al gobierno le era indispensable una hipoteca moral. Esta hipoteca era la certidumbre de que el tesoro impensadamente agotado, se llenaria de nuevo. Los impuestos territoriales se pagaban con exactitud; el entusiasmo mismo de los contribuyentes anticipaba la recaudacion. Todo el mundo venia en ayuda de las buenas intenciones del gobierno para quitarle la tentacion o la necesidad de recurrir a las estremidades revolucionarias. El clero predicaba el impuesto como una virtud pública. Los ricos entregaban el año anticipado; los pobres traian sus diezmos. Las oficinas de percepcion de impuestos se hallaban obstruidas para pagar como lo hubieran estado para recibir. Habia emulacion de pagos; tanto penetraba el sentimiento de que el peligro consistia en lo vacío del tesoro.

Un empréstito nacional de entusiasmo i de salvacion comun era posible i hubiera sido productivo durante este primer arrebató del espíritu público. Muchos miembros del gobierno lo exijian a Garnier Pagès con la impaciencia de la hora que huye. Consideraciones de crédito le impidieron consentir en jeneralizar esta medida; pasó el momento de ella; estinguióse el fuego. Limitáronse a pagar el impuesto; fué aquella una falta del gobierno.

Pero los impuestos indirectos, productos inmediatos i cotidianos del consumo i de la produccion, se agotaban. El ejército reclamaba una organizacion pronta i onerosa; el tesoro podia ser sorprendido sin recursos i dejar de este modo en descubierto la patria misma. Los socorros siempre en aumento que habia que dar a los obreros sin salario i por consiguiente sin pan, el sueldo i el equipo de la guardia móvil, las cajas de descuento que se habian de crear en todas las ciudades manufactureras, los préstamos de dinero a los grandes centros de industria, los trabajos públicos que era conveniente mantener en cierta proporcion a fin de evitar un desbórde de los ociosos en los departamentos, la marina, las relaciones exteriores, las elecciones, la justicia, finalmente la administracion interior a cuyos agentes no se les podia dejar en la miseria permitian vislumbrar

la siniestra eventualidad del tesoro vacío. Un día de insuficiencia en los recursos hubiera sido la señal de una catástrofe jeneral. Los funcionarios i los capitalistas podian aguardar; el hambre no dá espera. Seis millones de obreros vivian del auxilio público; un día de retardo en su sueldo habria sido la señal de una inmensa sedicion de la desesperacion i del hambre. Era necesario proveer i prever.

Resuelto el gobierno a evitar a todo precio la bancarrota, no tenía mas eleccion que la creacion de un papel moneda i un impuesto de crisis como en 1815 i en 1830. Tratábase de salvar la propiedad. A la propiedad competia salvarse a si misma. Los asignados hubieran perdido quizás al día siguiente de su emision la mitad de su valor. El dinero contra el que se habria querido cambiarlos se habria ocultado; las mercaderias hubieran subido en proporcion al descrédito de los asignados. Habria sido necesario crear los máximum para conservar estas mercaderias al alcance del pobre. El máximum orijina carestia; la carestia, la desesperacion, la desesperacion los crímenes. Ibamos en 45 días a los asignados i a los cadalsos. Quedaba pues el impuesto sobre las fincas que reasume todas las cargas, como reasume tambien todas las riquezas en los momentos en que desaparece todo valor convencional.

Garnier Pagès i el gobierno se decidieron a decretar un suplemento de este impuesto de 45 céntimos sobre todas las imposiciones. Este impuesto ocasionó los murmullos de la propiedad, pero la salvó; salvó a los proletarios del hambre, al trabajo de la estagnacion, al tesoro del déficit, a las grandes ciudades industriales de las sediciones de la ociosidad i de la miseria; i a la patria en fin de los peligros exteriores, permitiendo al gobierno sostener el crédito, establecer cajas de descuento donde quiera que las ciudades importantes lo exigian; de enrolar en la guardia móvil el superfluo mas agitador de la jóven poblacion de Paris; de fortificar el ejército; de hacer frente a sus sueldos, de alimentar un millon de trabajadores indijentes, de calmar la escitacion contra los ricos, i los murmullos contra el egoismo de la propiedad; de suprimir el impuesto del sello sobre el pensamiento; de abolir casi inmediatamente el impuesto de la sal; de reducir los derechos de entrada de las carnes en Paris, i de reducir a la mitad el derecho que gravaba los vinos en las puertas de Paris. Este impuesto debia producir al tesoro ciento noventa millones si hubiese sido repartido sin induljencia i percibido de la totalidad de los

contribuyentes. El Gobierno autorizó a los recaudadores a apreciar equitativamente las fuerzas contributivas de los propietarios pobres i a no exigir el pago mas que de los ricos. Estas consideraciones aconsejadas tanto por la justicia como por la política reducian el producto a ciento sesenta o ciento cincuenta millones. Estos 150 millones i los 230 adelantados por el banco con la prenda de los bosques del Estado fueron suficientes para todo; dejaron todavía en arcas las sumas necesarias para cubrir todos los gastos ordinarios i extraordinarios del año de 1848, empleando un millon diario en trabajos para los brazos desocupados. Tal fue el precio de una revolucion; ninguna costó ménos caro a un pueblo i sin embargo este impuesto de prudencia, de salvacion, de crédito, de trabajo, de asistencia al pueblo que sufria, este impuesto que se colocó entre la bancarrota i la república, entre la propiedad i el proletariado, entre la patria i el extranjero, entre la vida de los ciudadanos i las violencias del hambre, escitó mas tarde tantos murmullos como si el gobierno hubiese violentado la propiedad, saqueado las fortunas, martirizado el país. Los ricos a quienes habia salvado este impuesto, los pobres cuyas cargas habia aliviado, los proletarios que lo habian consumido en socorros, se unieron en una comun maldicion. El mismo pueblo de Paris se sublevó; no contra los nuevos gravámenes, sino contra las suavidades del impuesto en su beneficio sobre la carne i sobre el vino. La historia juzgará el egoismo de los propietarios i la ingratitud de los proletarios. Ella proclamará la verdad; i la verdad es que el impuesto de 160 millones por los 45 céntimos fue al mismo tiempo la necesidad, la prudencia, la paz, i la salvacion de la república. La Francia se ruborizará cuando compare este precio con el que le costaron en sangre i oro la primera república, el imperio, la restauracion, la invasion de Bonaparte en 1815, la segunda restauracion i la revolucion de 1850.

XVI.

Como coronamiento de su plan, Garnier Pagès tenia el proyecto del rescate de todos los grandes ferro-carriles de la época; las acciones de estos ferro-carriles habian bajado a precios ruinosos para las compañías que las poseian. Rescatándolas a precio disputado i equitativo, la república hacia ascender en el instante sus valores por la garantia del Estado i volvia a poner en el momento en circulacion una propiedad muerta o desacre-

ditada: restituía de este modo una fortuna a los particulares en vez de una ficción en sus carteras; acababa las líneas; aseguraba las explotaciones; conseguía finalmente un empréstito de mil millones en muchos años hipotecado sobre este valor de tres o cuatro mil millones. Las mismas compañías reclamaban con instancias del gobierno estas medidas de su salvación, mientras que otras le acusaban de espoliación a fin de hacer subir el precio del rescate. Lamartine apuraba con todos sus esfuerzos la ejecución de esta medida que suspendió harto tiempo el consentimiento de las compañías. Preveía demasiado que este tratado entre las compañías i el Estado, posible con un gobierno concentrado i dictatorial, llegaría a ser impracticable con una asamblea soberana trabajada en sentidos diversos por la influencia de las compañías mas exigentes. El retardo con que se condujo este negocio fué la única falta que no cesó de echar en cara al ministro de hacienda.

Pero el gobierno que de este modo hacia frente al pago de los intereses de la deuda i a los servicios públicos no podia sin crear un papel moneda pagar a próximos plazos la totalidad de setecientos millones de capitales de la deuda flotante. Se aplazó el reembolso de los bonos del tesoro i de las cajas de ahorros; medidas dolorosas pero necesarias suavizadas por los aumentos de interes entre las manos de los acreedores i por los reembolsos parciales i subdivididos a los depositarios indijentes.

XVII.

Mientras que así salvaba el gobierno provisorio la república de las incalculables consecuencias de una bancarrota, el ministro de guerra activaba con todo el poder del tesoro público las medidas adoptadas para poner el ejército en un pié proporcional a nuestros peligros exteriores.

Los primeros síntomas de indisciplina, resultado inevitable de la anarquía momentánea de París el día siguiente de una revolución no habian tardado en reprimirse por sí mismos. Los soldados, desbandados un momento, habian vuelto a entrar en sus regimientos i vuelto a tomar voluntariamente ese yugo de la disciplina que el patriotismo convierte en deber, i el honor en virtud. El espíritu de la Francia se manifestaba en su ejército. La agitación revolucionaria no pasó el umbral de los cuarteles. La sociedad conocía que necesitaba de su fuerza. El ejército se la

conservó intacta. Apenas una o dos ligeras sediciones tan pronto reprimidas como conocidas en uno o dos regimientos de caballería i de artillería aflijieron al gobierno. Algunos sarjentos intentaron sembrar en ellas la rebelion por medio de discursos en los clubs. El buen sentido de los soldados, la impasibilidad de los oficiales, la enerjia del ministro, sofocaron en un instante estos jérmenes de desorganizacion militar. Nunca ejército nacional presentó mas bello modelo de reposo en medio de la desorganizacion jeneral; de obediencia razonada a sus jefes, de fidelidad a la bandera, de adhesion al centro del poder. El ejército fué el instinto armado de la patria. Estos cuatro meses de incorruptibilidad en el desórden, de resignacion en el alejamiento forzado en que se le tenia de Paris, de respeto hácia sus jefes, de impaciencias contenidas sobre nuestras fronteras, de moderacion para con el pueblo, son para el ejército frances una de las mas gloriosas campañas de la historia. El demostró qué transformacion habian producido en el pueblo la libertad i la instruccion vertidas en el seno de nuestras poblaciones rurales desde el fin de las guerras del imperio; porque el ejército es siempre el sintoma del estado verdadero del pueblo. Cuando despues de una conmocion intestina el soldado permanece soldado, se puede asegurar que la revolucion no dejenerará en anarquía.

Un solo sintoma doloroso contristó el alma del país i recordó las odiosas escenas de la primera revolucion francesa. Este sintoma no fué la deshonra del ejército activo. Estalló en la sociedad de ese establecimiento fastuoso que Luis XIV habia erijido a los veteranos de la guerra, los inválidos. Es justo i glorioso para una nacion proveer por medio de pensiones i retiros a la vejez i a las enfermedades de los que por ella han derramado su sangre i perdido sus miembros. Pero estas pensiones, estos retiros, estos honores, deberian ser pagados en la residencia de la familia del inválido. Una reunion de tres o cuatro mil militares ociosos i bajo una disciplina necesariamente tolerante en un centro de desarreglo i de vicio como una grande capital, es una pompa para el país, pero un peligro para las costumbres, para el órden i para el régimen militar. Una administracion mas modesta, pero mas verdaderamente remuneradora del servicio militar disolveria estas reuniones de ociosidad i remitirian a las cabañas los socorros dilapidados en los palacios.

Existia hacia mucho tiempo en el hotel de los Inválidos no sé

qué queja perpetuamente reproducida acerca del alimento del soldado. Acusábase a la administracion interior por esos murmullos sordos que preceden a las sediciones.

Una tarde de los últimos días de marzo, Lamartine acababa de entrar en el Hôtel de Relaciones Exteriores despues de una sesion de nueve horas en el Hôtel de Ville. Anunciáronle que una diputacion numerosa de Inválidos exaltados por la cólera i el vino se habian presentado durante su ausencia en el ministerio. Estos hombres habian hecho alarde en términos violentos e insolentes de pretensiones inconciliables con el orden i el régimen del establecimiento. Se habian retirado al saber la ausencia del ministro.

Apénas habia sido informado Lamartine de este rumor i de estas amenazas, cuando vinieron a participarle la insurreccion de los Inválidos. Algunos furiosos amotinando sus camaradas habian forzado la habitacion del jeneral Petit. El jeneral Petit sub-gobernador del Hôtel, valiente i leal oficial, reliquia i honor del ejército frances, era históricamente célebre por el abrazo que habia recibido del emperador Napoleon en la trágica escena de la despedida de Fontainebleau. Sin respeto a este recuerdo, a las canas, a la autoridad del mando, este grupo de sediciosos habia a vista i paciencia de tres mil veteranos mudos o cómplices, arrancado de sus habitaciones al anciano jeneral; le habian arrastrado hasta el patio i amarrado como a un criminal sobre un carro. Habian salido acompañados de un asqueroso séquito de estos hombres i de estas mujeres de presa que presentan las victimas o las siguen. Dos o tres inválidos subidos detras de la carreta i sable en mano hacian oír imprecaciones i gritos al pueblo; iban, decian, a pedir justicia de su comandante al gobierno. Seguian los malecones del Sena; se temblaba que un crimen nocturno precipitase al jeneral en sus aguas.

XVIII.

A esta noticia Lamartine, que acababa de sentarse a la mesa, interrumpe su comida. No espera que le traigan un carruaje; corre a pié acompañado solamente de un secretario hácia los malecones en donde se les dice habia sido encontrado el odioso acompañamiento. Resuelto a precipitarse entre los sediciosos i su víctima i a cubrir con su cuerpo al desgraciado jeneral, se estremecia de las consecuencias siniestras de un primer atentado. Se

indigna de este primer ejemplo del crimen dado por los veteranos a un pueblo dulce i humano hasta entónces; al que semejante acontecimiento puede corromper. Se informa en todos los puestos i de todos los transeuntes del camino seguido por el carro; envia a prevenir al jeneral Duvivier comandante de la guardia móvil i al Estado Mayor de la guardia nacional. Prosigue su carrera en medio de una lluvia copiosa tras la huella del carro que datos confusos le hacen muchas veces perder i volver a encontrar. Llegado al Hôtel de Ville pregunta en vano a M. Marrast. Va a la prefectura de policia: M. Caussidière lo ignoraba todo. Vuelve a continuar su marcha por los malecones en una agonía inesplicable; tiembla que no se haya llevado a cabo el crimen envuelto en las tinieblas en alguna de las orillas del Sena. Sabe por fin que el desgraciado jeneral arrebatado a los sediciosos en el camino del Hôtel de Ville por el jeneral Courtais, ha recibido un asilo durante la noche en el Estado Mayor de la plaza i que su vida no corre peligro. A la noche el gobierno horrorizado deliberó con indignacion acerca de las consecuencias i de la represion de este atentado. La guardia Nacional aguardando su reorganizacion no existia ya sino en su Estado Mayor, en sus cuadros, i en algunos buenos ciudadanos voluntarios que volaban espontáneamente al peligro. No habia tropas en Paris. Dejar impune semejante crimen era abandonar las riendas del ejército, sancionar la indisciplina i la sedicion por la impotencia de aprender a los culpables. Apresarlos en medio de tres mil hombres que tenian artillería era intentar un imposible i exponerse a ver la autoridad del gobierno hecha pedazos escandalosamente en su mano. Este último partido, aunque desesperado, era sin embargo el del honor i del deber. El gobierno lo elijió.

El ministro de guerra, M. Arago, el jeneral Courtais i M. Guinard jefe de Estado Mayor de la guardia nacional, se encargaron de la ejecucion. Reunieron al día siguiente algunos hombres de corazon; escoltaron al jeneral Petit i marcharon al campo de Marte en donde trabajaban dos o tres mil obreros de los talleres nacionales. M. Arago i el jeneral Courtais les refirieron los ultrajes de que esta viva reliquia de nuestra gloria habia sido objeto de parte de aquella milicia indisciplinada; i les hicieron conocer la necesidad de prestar auxilio al gobierno contra atentados que deshonorarian la nacion i aniquilarian el ejército. El sentimiento i la razon hablaban entónces enérgicamente al corazon del pueblo. Los obreros gritaban: *viva el jeneral! viva Arago! viva Courtais!*

Ofreciéronse a ir ellos mismos a imponer la reparacion i la obediencia a aquellos indignos soldados. M. M. Arago, Courtais, Guinard, entraron a la cabeza de estos hombres en el patio del Hôtel. Reunieron los inválidos, les representaron su deshonra i su crimen, hicieron tomar i poner presos sin resistencia a los principales culpables i reinstalaron al jeneral Petit en medio de las aclamaciones i del entusiasmo.

Este acto i dos o tres actos semejantes de vigor ejecutados por el jeneral Subervie i por M. Arago consolidaron el ejército i contuvieron toda tentativa de desorganizacion en los cuerpos. Estos dos ministros no dudando de su autoridad la habian hecho indisputable en adelante. El ejército por su parte hacia justicia al gobierno: no toleraba inquisicion alguna acerca de la opinion de los oficiales. Adoptaba en nombre de la república todo lo que servia a la patria.

Acababan de agregar el ministerio de la guerra al ministerio de marina i de ponerlo a cargo de M. Arago. Este acto del gobierno habia sido una muestra de deferencia i de merecida confianza a M. Arago; una injusticia para con el jeneral Subervie; una sorpresa para algunos miembros del gobierno. He aquí como se verificó el cambio.

Hacia algunos dias se quejaban vagamente del ministro de la guerra. Suponíase que los años del jeneral Subervie perjudicaban a su actividad o finjase al ménos creerlo, porque el jeneral Subervie habia vuelto a hallar en el servicio de la república el fuego de su juventud. El verdadero motivo era mas bien que el nuevo ejército se apresuraba a repudiar a los veteranos del antiguo. Los jóvenes oficiales de Africa deseaban tal vez sin darse cuenta a sí mismos tomar en los consejos del ministro de la guerra la autoridad dominante i esclusiva que esperaban conservar mas completamente bajo un ministro extraño al ejército que bajo un anciano jeneral de la república i del imperio.

Hacia algun tiempo los jenerales reunidos en consejo de defensa afectaban deliberar independientemente del ministro de la guerra, i comunicar directamente i sin su conocimiento con el gobierno. Algunos artículos del *Nacional*, que se le suponía por equivocacion órgano del gobierno, acababan de atacar inesperadamente al ministro de guerra i de representarle como fatigado o aniquilado de un peso desproporcionado a su edad. Estos artículos parecían revelar los primeros hilos de una trama urdida en el mismo seno del gobierno contra el jeneral Subervie. No era

así; pero la aptitud del ministro parecia debilitada por esta sola sospecha; sentiase justamente herido de una oposicion que parecia tener sus cómplice sen el mismo gobierno. Quejóse una o dos veces a Lamartine que trató de tranquilizarle i que se hallaba resuelto a sostenerle. Una sesiva incompleta del gobierno a la que no asistia Lamartine, ni Flocon, ni Ledru-Rollin hizo estallar el pensamiento del Nacional i de los militares opuestos a Subervie: este jeneral fué destituido i M. Arago recibió el ministerio provisorio de guerra. Léjos estaba de desearlo; hasta resistió por mucho tiempo a la responsabilidad de esta doble carga.

(Continuará).

CONRADO WALLENROD ⁽¹⁾

NOVELA HISTORICA

POR ADAN MIÇKIÉWICZ.

(TRADUCIDO DEL FRANCES PARA LA REVISTA.)

*Dovete adunque sapere come sono
due generazioni da combattere.... Bi-
sogna essere volpe e leone.*

Desde hace un siglo la órden teutónica nada en la sangre de los idólatras; el Prusiano, se halla esclavo o fujitivo; i huyendo de su patria solo salva su vida; el Jermánico persiguiéndolo hasta las fronteras de la Lituania lo asesina o lo vuelve otra vez a sus cadenas.

El Niémen separa a los Lituánianos de sus enemigos, a la derecha vense brillar las cumbres de los templos, se oye susurrar los espesos bosques, asilo de los Dioses; a la izquierda, vese, sobre una colina, elevarse la cruz, enseña de los Jermánicos. Su frente ocúltase en el cielo, i sus amenazadores brazos se estienden sobre la Lituania, como si desde arriba quisiesen estrechar todas las tierras de Palemon (2) i someterlas a su lei.

Por un lado una turba de jóvenes Lituánianos, con la pantera en la frente, el oso sobre la espalda, colgado el arco i llena la

(1) Este poema fué publicado por el autor en San Petersburgo.

(2) Muchos historiadores aseguran que la Lituania debe su origen a un emigrado romano, llamado Palemon.

mano de flechas (5), recorría la ribera, espionando las maniobras de sus enemigos; al lado opuesto, el caballero germano, inmóvil, armado con su casco i su coraza, i con la vista fija en la viviente muralla de los Lituanianos, carga su mosquete i repasa las cuentas de su rosario.

Unos i otros defienden el paso. Así el Niémen, otro tiempo afamado por la hospitalidad de sus riberas, que unen dos pueblos hermanos, es ahora para ellos el dintel de la eternidad, i, nadie puede, so pena de muerte o de esclavitud, pasar sus ondas prohibidas. Solamente la enredadera de Lituania enamorada del álamo de Prusia, encaramándose a lo largo de los sauces i las algas del Niémen, estiende como ántes sus atrevidos brazos, i, cruzando las ondas con una guirnalda verde, va a unirse a su amante en la ribera opuesta. Solamente, los ruseñores de los bosques de Kowno alternan, como ántes, sus melodías lituanianas, con sus hermanos de la montaña de Zapuszcza, o, alzando el vuelo, vienen a encontrarse en las islas del río.

I los hombres? oh! Los hombres se hacen la guerra. La amistad entre prusianos i lituanianos, esa antigua amistad.... la han olvidado.... El amor solo el amor une a veces dos seres.... Dos he conocido yo que se amaban!

O Niémen! pronto frenéticas bandas, con el hierro i la llama en la mano combatirán en tus ondas; el hacha despojará tus orillas, respetadas hasta hoy, de tus verdes coronas.

El estampido de los cañones desterrará al ruseñor de tus bosques; la cadena de oro, que une a todos los seres en la naturaleza, la habrá roto el odio de los pueblos: sí, todo será dividido!... pero los corazones de los dos amantes se unirán todavía en los cantos de los Vaydelotes.

I.

La eleccion.

La campana del atalaya resuena en el castillo de Marienbourg, el cañon zumba i los tambores baten. Es dia de fiesta para los caballeros cruzados: de todas partes los Komthours se apresuran a

(3) Los antiguos lituanianos se vestian con las pieles de diferentes animales. Los huesos i los cuernos servianles tambien de armas.

venir a la capital, en donde reunidos en capitulo i despues de haber invocado al Espiritu Santo, decidirán qué pecho decorarán con la gran cruz i a qué manos es preciso confiar la gran espada (4). Un dia i otro dia se pasa en deliberaciones. Muchos caballeros aspiran al supremo mando, todos ellos de alta alcurnia i que han hecho grandes servicios a la órden; sin embargo, la unánime eleccion de los hermanos designa como el mas meritorio de todos esos nombres al de Conrado Wallenrod.

Wallenrod es extranjero. Desconocido entre los caballeros, habia llenado con su gloria las cortes mas apartadas; ya en la persecucion de los moros en los montes de Castilla, ya en la toma de los bajeles musulmanes en el mar. Siempre era el primero en la pelea, el primero en el asalto, en el abordaje i en los torneos; si entraba en la liza, i se dignaba alzar la visera, nadie se atrevia a combatir a muerte con él, i cada uno le cedia gustoso la primer corona.

No solamente con la espada ilustró Wallenrod su juventud, sino tambien con grandes virtudes cristianas: la pobreza, la humildad i el desprecio del mundo.

Wallenrod no ambicionaba brillar en el enjambre de palaciegos, por su lenguaje cortesano ni por su maneras elegantes; jamas por un vil salario, vendió su espada a los barones en guerra. Habiendo pasado su juventud en la austeridad del claustro, desdeñaba los aplausos de la multitud i las altas dignidades. Reconcompensas aun mas dulces i mas dignas, los cantos de los menestrales i los favores de la belleza, conmovian apénas su alma impenetrable. Wallenrod escuchaba las alabanzas con frialdad, arrojaba sobre las bellas una mirada lijera i huia las dulces conversaciones de amor.

¿La naturaleza lo habia creado insensible i fiero o llegó a serlo con la edad?... No se sabe, jóven aun, tenia los cabellos grises i sus marchitas mejillas anunciaban ya la vejez del sufrimiento...

Sin embargo, no siempre se negaba a las diversiones juveniles, aun a veces escuchaba con placer las conversaciones femeninas; a las agudezas de los cortesanos respondia con otras i hacia mil llares de galanterias a las damas, pero con sonrisa fria, como cuando se dan golosinas a los niños.

Estos eran raros instantes de olvido.... De repente una palabra indiferente, sin sentido para otro, despertaba en él apasionados

(4) La gran cruz i la gran espada eran las insignias del gran maestro de la órden teutónica.

movimientos: las palabras patria, deber, amor, una pulla a las cruzadas o la Lituania, turbaban al momento la serenidad de Wallenrod; luego que la oía volvía la cabeza, quedaba insensible a todo i se abismaba en misteriosas soñadurías.... Quizas al recordar su misión santa, reprochábase profanos placeres.... Pero él no se afanaba por otras dulzuras que las de la amistad, i, entre todos los que le rodeaban, había escogido un solo amigo, mas santo aun por su virtud que por su ministerio. Era un monje de caballos blancos i que tenía por nombre Halban. Solamente él compartía el aislamiento de Conrado; era al mismo tiempo el director de su alma i el confidente de sus penas. Feliz amistad!... Santo es entre los hombres, el que ha podido vivir en amistad con los santos!

Asi ensalzaban los jefes de la asamblea monástica las virtudes de Conrado; pero este tenía un vicio.... i ¿quién no tiene alguno? Conrado evitaba los placeres mundanos, aborrecía las bulliciosas orjías; pero, solo, encerrado en su retiro, sintiéndose devorado por el remordimiento o el hastio, buscaba el olvido de ellos en los licores fuertes; entónces se transfiguraba; una rojez extraña pintaba su pálido i severo rostro, i sus grandes pupilas azules, cuyo brillo había el tiempo empañado, lanzaban las chispas de su antiguo fuego; escapábanse de su seno suspiros de pesar; lágrimas temblaban en sus párpados; su mano buscaba una lira i su boca dejaba caer estrofas en una lengua desconocida i solo comprendida por las almas de sus auditores: porque bastaba entónces escuchar esa música lúgubre, observar la apostura del poeta, ver el esfuerzo del recuerdo pintándose en sus facciones, cuando arqueadas las cejas, sesga la mirada, parecía que veía un fantasma alzarse de la tierra.... Pero cuál era el sentido de esos himnos de muerte? Sin duda que, en los arranques de un pensamiento vagabundo, perseguía su juventud por sobre los abismos del pasado.... Pero dónde estaba su alma?... Su alma estaba en el país de los recuerdos.

Sin embargo nunca esta mano en sus éxtasis melódicos, ha arrancado de su laud acentos mas suaves; sus facciones parecían tener tanto temor a las inocentes sonrisas como a los pecados mortales. Todas las cuerdas se animaban alternándose, escepto una sola: la felicidad! todos los sentimientos se propagaban de esa alma a las almas de los auditores, escepto un solo sentimiento: la esperanza!

Muchas veces lo habían sorprendido los hermanos que se que-

daban pasmados con semejante metamorfosis. Conrado, vuelto en sí, se enojaba, amenazaba, tiraba su laud, cortaba sus cantos i proferia impías blasfemias.

Despues, decia algunas palabras en secreto a Halban, prorrum-pia en gritos de guerra, daba órdenes i desafiaba a un enemigo invisible. Los hermanos se espantaban; pero pronto sentábase Halban i fijaba en la faz de Conrado su mirada; mirada penetrante, fria i severa, llena de no se qué misteriosa elocuencia. ¿Quería recordar una memoria o dar un consejo? Quería infundir la turbacion en el alma de Wallenrod?... Este serenaba al instante su hosca frente, apagaba el fuego de sus ojos i recobraba la palidez de sus mejillas.

Así en un circo, si el guardian de los leones, delante de damas, señores i caballeros, abre la jaula de fierro i toca la trompa, cuando el real cuadrúpedo ruje desde lo íntimo de sus entrañas i hie-la de pavor a los espectadores, solo el guardian queda impassible; i con los brazos cruzados domina al animal con sus miradas i por el talisman de un alma inmortal impresa en sus ojos encadena i subyuga la ferocidad del leon.

II.

La reclusa.

La campana del atalaya resuena en el castillo de Mariembourg; el decano de los komthours, seguido de los grandes dignatarios, capellanes, hermanos i de un enjambre de guerreros, va de la sala del consejo a la sala del capítulo. Todos vienen para asistir a las vísperas i cantar un himno al Espíritu Santo.

HIMNO.

Santo Espíritu, claridad divina, paloma de Sion, aparece hoy al mundo cristiano, tarima de tu trono, i ven a estender tus alas sobre los hermanos de Sion; que un rayo de esplendor, dimanado de tus alas, brote como una aureola de oro en la frente del mas digno de tu santo favor, i al instante, hijos de los hombres, nosotros nos prosternaremos ante el elegido de los cielos en quien brille la proteccion de tus alas.

Hijo de Dios, salvador del mundo, que un signo de tu omnipo-

tente mano designe entre nosotros al que ha de revestir el sagrado símbolo de tu pasión; al que ha de mandar con la espada del apóstol a los soldados de la fé i tremolar a los ojos de los infieles el estandarte de tu reino; a fin de que los hijos de la tierra humillen sus frentes i sus almas ante el hombre predestinado cuyo pecho brilla bajo la estrella de la cruz.

Concuidas las preces, la asamblea se retira. El archikomthour la invita a reunirse en el coro despues de un corto descanso, a fin de implorar a Dios para que se digne iluminar el espíritu de los capellanes, de los electores i los hermanos.

Salieron a gozar del fresco de la noche; unos se establecieron debajo de las galerías del castillo, otros se espaciaron por los boscajes i los campos. La noche era serena i bella como una noche de mayo: un albor incierto aparecia en el horizonte; la luna, al fin de su carrera, la luna con su cambiante frente, su móvil mirada, adormecida ya bajo una densa nube, i ya centelleando bajo un plateado velo, inclinaba su disco triste i solitario; así un amante que sueña en el desierto recorre con el pensamiento todo el curso de su vida, con sus esperanzas, sus placeres, sus tormentos, i tan pronto derrama lágrimas como alza gozosas miradas, i despues, dejando caer su cabeza sobre su pecho se duerme con el sueño de la melancolía.

Otros caballeros se paseaban a los alrededores. Pero el archikomthour, no pierde el tiempo precioso; hace llamar a Halban i a algunos hermanos escojidos; los lleva aparte para saber los pensamientos de ellos i comunicarles los suyos. Parten del castillo i se apresuran a ir al llano. Caminando i conversando entre sí, poco atentos al camino que iban haciendo, ya hacia algunas horas que vagaban por los alrededores a lo largo del adormecido lago. Ya viene el día; es tiempo de volver a la ciudad. Se detienen ... una voz... de dónde viene? de la torrecilla que está en la punta saliente de la muralla. Escuchan con mas atencion... es la voz de la reclusa. Allí, en ese torreón, es donde una religiosa desconocida, llegada hace algunos años a la ciudad de María, sea que fuese inspirada por el cielo o que quisiere con la expiacion aliviar el remordimiento de una conciencia culpable, ha venido a buscar su último refugio. Allí es, donde viva, habita una tumba.

Largo tiempo los prelados no accedieron a su petición; pero al fin, cansados con las insistencias de su súplica, le concedieron el asilo que ella imploraba en el torreón solitario. Apenas salvó

ella el dintel sagrado, cuando la taparon con piedras i mezcla, i la reclusa quedó sola con sus pensamientos, sola con Dios!.... La puerta que la separa de los mortales no volverá a ser abierta sino por los ángeles en el día del juicio!

Allá arriba, por una enrejada ventanilla le daba el pueblo sus ofrendas, el cielo sus brisas ligeras i el día sus rayos. ¡Pobre pecadora!... el odio al mundo ha agriado tanto tu alma jóven, ¿qué temes al sol i al brillo de un cielo puro? Nunca, desde que está encerrada en su tumba, nadie la ha visto en la ventanilla del torreón aspirar el fresco hálito de los zéfiros, ni contemplar el cielo azul en su serenidad, ni mirar las dulces flores en la fragante grama, ni tampoco los rostros desus semejantes mucho mas dulces aun.

Vive todavía: he aquí todo lo que de ella se sabe. A veces por la noche, el peregrino que vaga cerca de su asilo es detenido por un sonido melodioso, sin duda los trinos de algun aguilardo; i cuando los niños de las aldeas prusianas se juntan i trizean por la noche en el valle, se vé en la ventanilla una blancura como un rayo de la estrella de la mañana, ¿es un bucle cano de sus cabellos? es el brillo de su manecita de nieve bendiciendo esas cabezas inocentes?

El komthour, que habia dirijido sus pasos hácia el torreón, oye estas palabras al pasarlo: «Tu, Conrado! oh Dios... los destinos se cumplen... tú, gran maestro para asesinarlos!.... ¡Qué! no te reconocen aun?... De qué te sirve disfrazarte? Aunque cambiases de piel como la serpiente, siempre viviría en tu alma el pasado que existe aun en la mia!.... Aunque volviesses convertido en vampiro, los cruzados te reconocerian al ver tu cadáver!....»

Los caballeros escuchan: es la voz de la reclusa. Miran al enrejado, parece que ella está inclinada, con los brazos estendidos hácia alguno que está en la tierra.... pero hácia quién? no hai nadie al rededor.... solo el acero de un casco brilla a lo léjos como un relámpago, i en el suelo resbala algo como una sombra... ¿Es un manto de caballero?... Despareció. Sin duda es alguna vision engañadora, o la centella de un rayo de la aurora.... Las sombras de la mañana pasaron por sobre el llano.

« Hermanos! esclama Halban, demos gracias a Dios! la voluntad de él, no lo dudemos, es la que nos ha conducido a estos muros: tengamos fé en las proféticas palabras de la reclusa. Habeis oido?... hablaba de Conrado, i Conrado es el nombre de bautismo

del ardiente Wallenrod. Detengámonos, que el hermano dé la mano al hermano, ¡mañana, palabra de caballero, después del Consejo, ha de ser nuestro gran maestro!—¡todos exclamaron: Conrado ha de ser nuestro gran maestro!

I se iban gritando—Por largo tiempo repitió el valle como una aclamación de triunfo i de alegría: «Viva Conrado! viva el gran maestro! viva la gran Orden! mueran los paganos!!! Halban quedóse pensativo. Acompaña a los hermanos con sonrisa de desprecio, echa una mirada a la torre i canta a media voz alejándose las siguientes estrofas:

Canto de la Willia.

Willia que nuestros campos fecunda siempre pródiga
Rodando arenas de oro en su corriente fiel,
La bella Lituania amante de sus ondas
El alma tiene i frente tan puras como él.

Willia entre flores cruza de Kowno el valle plácido,
Bañándolas a todas con su húmedo cristal,
Son mas hermosos que ellas nuestros guerreros jóvenes,
Postrados a las plantas de anjélica beldad.

Willia ya fatigada de su carrera rápida
No busca mas que al Niémen su torvo vencedor
La hermosa Lituania su madre deja porque
Un extranjero es dueño ya de su corazón.

Willia ya para siempre se aleja de sus márgenes
El Niémen con sus brazos la estrecha de Titan
La arrastra por los bosques i estepas desoladas
I al fin ámbos perecen hundidos en la mar.

Willia muere cautiva i su alma solitaria
Lejana de su patria destrózase al dolor,
También, sola en la tierra, perecerás i huérfana
Al golfo del olvido irás sin compasión.

Willia sin cesar huye, su amor la virgen guarda.
Al pecho i al torrente es vano comprimir.
Willia se entrega al río que adora delirante
I la reclusa aun ama a la hora de morir.

III.

La conversacion.

Despues que el gran maestro hubo besado el libro de las leyes divinas, acabado las oraciones i recibido de manos del Komthour la espada i la gran cruz, insignias del poder supremo, alzó orgulloosamente su frente tempestuosa; recorrió la asamblea con una mirada centelleante de cólera i de siniestra alegría; una sonrisa pasajera, huésped apénas conocido, vino a razar sus facciones, imperceptible i fujitiva como el rayo que atraviesa una nube matinal, i que anuncia al mismo tiempo la venida del sol i la de la tempestad.

Esa emocion del gran maestro, ese aire de amenaza, hinchen los corazones de placer i de esperanza: ya todos se figuran los combates i los ricos despojos que se les esperan, ya se figuran ver correr a raudales la sangre pagana! Quién podria resistir a semejante guerrero, afrontar sin miedo el filo de su espada o el fuego de sus miradas! Temblad lituanianos! vuestra hora se acerca, i la santa cruz va a resplandecer en lo alto de los templos de Vilna!

Vana esperanza! Los dias, las semanas corren i el año entero se pása en un cobarde reposo. La Lituania amenaza; Wallenrod no piensa en combatir ni en llevarlos al combate; i, si se despierta, si parece querer obrar es para obrar al revés de la regla. Sin cesar afirma que la Orden ha salido de sus antiguas costumbres, que, los hermanos han violado sus votos! «Oremos, dice; que el amor a la paz i a la virtud reemplazen el gusto por las riquezas i las vanidades mundanas!» Ordena ayunos, impone largas penitencias; no mas placeres inocentes, no mas goces apacibles; el destierro, los calabozos, la espada son los castigos que destina aun a las faltas mas ligeras.

En tanto el lituaniano, que ántes huía de los muros de la ciudad teutónica, ahora incendia todas las noches las aldeas de los alrededores, arrastra por esclavos las jentes indefensas del campo i por la primera vez tiemblan los niños en el hogar paterno a los roncós sonidos del cuerno samojitiano.

I sin embargo hubo alguna vez una estacion mas favorable para los combates? Las discordias intestinas despedazan el seno

de la Lituania: aquí el belicoso ruso, allá el inquieto *Sármata*, acullá el khan de Crimea, juntan contra ella hordas aguerridas. Vitold destronado por Jagellon, viene a buscar el apoyo de la Orden; promete en cambio tesoros i feudos opulentos i espera vanamente los socorros.

Los hermanos murmuran, el consejo se reúne; el gran maestro es el único que no asiste. El viejo Halban corre a buscarlo. No hai nadie en el castillo, nadie en la capilla. Dónde está?... Sin duda bajo la torrecilla en la punta saliente de la muralla. Los hermanos han espiado sus paseos nocturnos: saben que todas las noches, cuando las mas densas sombras envuelven a la tierra, un caballero dirige sus errantes pasos hácia las márgenes del lago; pegado a la muralla, de rodillas i cubierto con un manto; a lo léjos brilla como una estatua de mármol i así pasa largas noches sin dormir. Muchas veces, a la voz de la reclusa, que lo llama en voz baja, se levanta i le responde del mismo modo. De léjos no se podria comprender el sentido de sus palabras, pero por los bruscos destellos de su cimera, por sus manos que tiemblan i los movimientos de su frente alzada, se comprende que la conversacion rueda sobre asuntos graves.

Canto de la torre.

Quién contará mis penas, mis quebrantos?

Mi corazon te adora o noche oscura!

Hai en mi corazon tanta amargura

Que las rejas se empapan con mis llantos!

Los lloros de mis ojos, ai! sin cesar cayendo

Como en un seno amigo las piedras van abriendo.

En el fuerte del grande Swentorog

Un fuego hai que del rayo se alimenta;

Un humeante crátero fomenta

El invierno en la tumba de Mendog.

Ai! nadie, nadie alivia mis penas, mis quebrantos,

Sangrea mi alma i siempre hai en mis ojos, llantos.

Juegos, cariños, ósculo materno,

Días llenos de gusto, de ilusiones,

Noches gratas sin sombras ni visiones

Tal fué mi sino, que creyera eterno!

El amor e inocencia guardianes apacibles

Me estaban siempre al lado velándome invisibles.

Do con mis tres hermanas yo vivia
 Mas de un gran rei me quiso por esposa:
 Pais querido, juventud dichosa,
 Ah! quién me dijo que otra dicha habia?
 Hermoso caballero por qué haberme enseñado
 Lo que sin ti yo nunca hubiera sospechado!

Que hai un Dios, que hai espíritus a millares,
 Ciudades de oro do la fé florece
 Do, prosternados en piadosas preces,
 Los guerreros adoran los altares;
 Valientes cual los nuestros si la honra los reclama,
 Cual los pastores dulces si el amor los inflama.

Do, despojando su cadena impía
 El alma se huye al cielo, patria amada!
 Yo seguia tu voz idolatrada
 Porque oyéndote el cielo presentia!
 I desde ese buen tiempo oigo i en sueños veo
 Solo tu voz i el cielo que abriste a mi deseo!

Tu cruz negra encantaba mis amores.
 Porque ella la otra vida certifica;
 Mas luce, i su brillar me sacrifica:
 I todo es muerte, ruinas i dolores!
 Nada siento i bendigo la angustia que me alcanza,
 Quitándome Dios todo... dejéme la esperanza.

« Esperanza!... » I el eco repetia « Esperanza! » por entre las
 ondas, los valles i los bosques...

« ¿Dónde estoi? i qué voz habla aquí de esperanza? » esclama
 sonriendo de rabia Conrado, a quien esta palabra hace volver en
 sí. Por qué esos cantos?... He olvidado acaso tu antigua dicha?
 Tu madre tenia tres hijas, todas bellas como tú, i tú fuiste la
 primera a quien te pidieron por esposa..... Infelices! infelices de
 vosotras, rosas encantadoras! una serpiente se arrastra en vues-
 tro jardin, i por donde pasa su pecho, muere la yerba, se mar-
 chita la rosa i queda livida como el vientre del reptil. Trae a tu
 memoria los dias que pasaron, esos dias que todavía estarian para
 ti llenos de dicha, sin.....

« Callas! Sí, canta i máldiceme! Que esa lágrima de fuego que
 horada la piedra, caiga aquí, sobre mi cabeza! que no corra inú-
 tilmente! me quitaré el casco para que me queme la frente; que
 caiga porque quiero sufrir; así sabré el suplicio que me espera
 en los infiernos! »

UNA VOZ DEL TORREON.

Perdona, o mi amante, yo soi la única culpable!... Pero vuelves tan tarde, es tan penosa la espera i apesar mio yo no sé que cancion de mi juventud... Silencio! ya no oirás mas esos cantos! I de qué podria quejarme?... Cerca de tí mi bien amado, cerca de tí pasé un instante de mi vida, i ese instante, no lo cambiaria por una eternidad pasada entre la turba monótona i muda. Tú mismo me has dicho que esos seres vulgares son como esas conchas sepultadas en el fango: apénas una vez cada año la tempestad las echa a la superficie; entónces se abren a los rayos del dia, lanzan un suspiro hácia los cielos i al punto vuelven a bajar a su tumba de lodo..... Oh! yo no habia sido creada para semejante dicha. Aun en mi patria, pasando mi apacible existencia en medio de mis hermanas, sentia apoderarse de mi alma no sé qué incógnitos deseos; suspiraba sin objeto i sentia latir mi corazon..... muchas veces huia de la pradera estendida a mis plantas, subia a la cumbre de la mas alta colina i alli me decia: Si cada una de esas alondras me diese una pluma de sus alas, yo las seguiria a los cielos! i no querria cojer mas que una florecilla de estos montes.... la flor del recuerdo... despues, habria querido volar bien alto, mas allá de las nubes... i... desaparecer... Tú me escuchaste, águila, reina del espacio, me levantaste hasta ti.... Rápidas aves ya no os pido nada.... A dónde podria seguiros.... a qué otro deleite puede aspirar aquella a quien fué dado adorar al soberano señor en el cielo, i amar a un grande hombre en la tierra.

CONRADO.

La gloria ánjel mio! i siempre la gloria!... ¡pero ella sola es la que causa nuestros tormentos! Consuélate! algunos dias mas, falta ya tan poco!... Todo está concluido! no mas pesares! es ya demasiado tarde; lloremos ahora para que el enemigo tiemble... Conrado llora, pero es porque quiere degollar... Que vienes a hacer aqui... léjos de los muros del claustro, del asilo de la paz?... Te consagré al servicio de Dios; ai! cuanto mas no hubiese valido llorar i morir lejos de mi en esos muros sagrados que aguardar la muerte en este país de mentira i de asesinato, en esta torre sepulcral donde vendrá la muerte acompañada de

prolongados tormentos; cuanto mas no hubiese valido morir lejos de mí en esos muros sagrados que abrir los ojos desesperados i mendigar socorro por entre los barrotes de esta inflexible reja!... I yo!... testigo del martirio de tu larga agonía tengo que quedarme aqui abajo i maldecir mi alma porque ha conservado aun un poco de sentimiento.

LA VOZ DEL TORREON.

Oh! Si vienes a maldecir, no vengas mas aqui! Volverás inútilmente, me suplicarás bañado en lágrimas, pero no me volveras a oír! Dejo esta ventana i para siempre desciendo a mi oscura noche a devorar mis silenciosas lágrimas... Adios, mi único amor, adios para siempre! Perezca el recuerdo de esta noche en la cual no tuviste compasion de mí!

CONRADO.

Ténme compasion a mí, tú que eres ánjel! aguarda, i si mi ruego no te detiene, me romperé el cráneo en la esquina de esta torre; aguarda, o de nó tendré que morir como el fraticida Cain.

LA VOZ DEL TORREON.

Compadezcámonos ambos! Piensa, amigo mio, en que si en esta tierra inmensa por grande que sea, no estuviésemos mas que los dos: seríamos como en las arenas del mar dos gotas de rocío que el menor soplo de viento podria hacer desaparecer!... Ojalá pudiésemos morir juntos! Acaso he venido aquí para turbar tu reposo? No quise tomar el velo i prometer a Dios este corazon poseído por un amante mortal! Quise solamente quedarme en el claustro i consagrar con toda humildad mi vida al servicio de las religiosas. Pero allí, en mi rededor, todo era tan nuevo, tan extraño, estaba tan desierto sin tí! Me acordé de que pasados muchos años tú habias de volver a la ciudad de Maria para tomar venganza de un poderoso e enemigo i sostener la causa de un pueblo oprimido... La esperanza acorta los años. Ya vuelve quizas, me decia a mi misma, cuando venia a enterrarme viva en esta tumba; no me será dado volverte a ver i morir cerca de tí? Iré, dije, a encerrarme en una hermita encima de un roto

peñasco, al lado de un camino!... Quizás un caballero al pasar pronuncie el nombre del que amo. Quizás entre los cascos de los guerreros pueda yo distinguir su penacho! Aunque haya cambiado de armadura, cambiado de escudo i divisa, cambiado de rostro, por lejos que aparezca, mi alma adivinará al punto a mi amante! Si obedeciendo a un deber terrible, difunde en toruo de si la muerte i la matanza, si todos lo execran i maldicen; desde lejos un alma fiel se atreverá a bendecirlo!... Aqui es donde he escogido mi refugio i mi tumba, en este lugar desierto i pacifico a donde ningun sacrilego extranjero vendrá a sorprender los plañideros acentos de mi corazon. Yo sé que a ti te gustan los solitarios paseos. Quizas, me decia tambien, una noche, alejado de sus compañeros, venga a conversar con los vientos i las olas del lago bien amado; entonces oiré mi voz, me consagrará un pensamiento... El cielo satisfizo estos inocentes deseos. Te esperaba, i hete aquí! Has comprendido mis acentos... Poco há rogaba a Dios que me dejase al menos en sueños ver tu consoladora imájen, i nada mas que tu imájen!... i hoi, cuánta felicidad!... Podemos... si! podemos llorar juntos!...

CONRADO.

¡A qué, esos llantos? Gran Dios! cuántos no he derramado desde el dia en que me arranqué de tus brazos, ai! para siempre! ese dia en que yo sofoqué voluntariamente dentro de mi corazon toda alegría i todo deleite para cumplir mi sangriento destino! Mi martirio espera su corona; mis deseos van a cumplirse, i cuando voi a vengarme de todos mis enemigos vendrias a arrebatarme la victoria!... Ai! desde el dia en que se encontraron nuestras miradas en la reja de tu calabozo, no hai ya para mi en el mundo entero mas que este torreón, esta reja i esa mirada. Cuando, todo en torno mio, respira guerra, en medio del ruido de los atambores, del chasquido de las armas, yo no espio mas que el sonido de tu anjélica voz. Todo el dia no hago mas que esperar, i cuando la noche llega, la quiero prolongar con el recuerdo. Mis dias verdaderos, son nuestras noches. En tanto la Orden impaciente murmura de mi inaccion; pide a gritos la guerra, la guerra que ha de arruinarla, i el rencoroso Halban no me deja un momento de descanso. Me recuerda mis juramentos, los campos devastados, las aldeas entregadas al furor de los soldados; o si resisto a sus quejas, con un suspiro, un jesto, una mi-

rada, sabe reencender en mi seno todos los fuegos de la venganza. Mi destino se cumple. Esa guerra que piden, la tendrán. Ayer un mensajero de Roma ha venido a anunciarnos que innumerables falanjes armadas en todos los puntos de la tierra por un santo zelo, se preparan a combatir a los infieles. Todos quieren que yo los lleve con la espada i la cruz a las murallas de Vilna; i mientras que se ajitan los destinos de las naciones, con rubor lo confieso, yo pienso solamente en ti, e imagino retardos para vivir un dia mas contigo! O juventud, cuan inmensa es tu abnegacion! Jóven, sacrifiqué por la causa de mi patria sin miedo ya que no sin pesar, amor, cielo i felicidad; i hoi viejo, cuando Dios, el honor, la desesperacion, cuando todo me ordena ir al combate, no puedo separar de estas paredes mi cana cabeza i temo perder.... un momento de conversacion!

Calla. Solo sollozos se oyen salir de la torrecilla. Las tardías horas pasan en silencio. Disipase la noche, i ya los rayos de la aurora colorean el seno de la onda tranquila. La brisa de la mañana pasa i repasa por entre el adormecido follaje de los bosquecillos; las aves ensayan un tímido canto i vuelven a callarse.... creyendo que han adelantado el momento de despertar....

Conrado está de pié; alza a la reja una larga mirada de dolor, pero ya canta el ruiseñor i he ahí la mañana!.... Cala la visera, se tapa el rostro con los pliegues de su manto, saluda con la mano a la reclusa i se pierde entre los matorrales. Así, al son de la arjentina campana de la mañana desaparece de la puerta de la hermita el jénio de los infiernos.

(Continuará)

HIMNO A MARIA. ⁽¹⁾

Madre de gozos i de amores madre,
Hija i Esposa del Señor que albergue
Halla en tu seno inmaculado i puro,
Virjen María.

¿Cuál hai mas dulce que tu dulce nombre?
Oigo en el bosque solitario i quieto,
Ténue el ruido que las hojas forman,
I es ménos blando.

Céfiro errante que el pensil halaga,
Suave columpia las dormidas flores,
I es de tu nombre el musical susurro,
Débil remedo.

Tuyo es el nombre que el infante aprende
Del casto lábio de la madre amante;
Grata palabra que repite en ansias
Todo el que sufre.

Que ansias i penas en la vida un día,
Harto amargaron tu sensible pecho,

(1) Sr. D. Guillermo Matta.

Diciembre de 1850.

Querido amigo:

¿A quién podría dedicar estos versos sino a tí que los leiste i aplaudiste en el borrador? Tú, que me empeñaste a revisarlos i corregirlos, eres el dueño de ellos. Sin tí, tal vez nunca hubieran llamado la atencion de tu amigo.

H. DE IRISARRI.

Harto la espina del dolor conoces....
Dél te apiadas.

Tú la conoces i por eso te alzas
Sobre tu trono de esplendentes nubes,
I la demanda del favor acojes
Ruegas... i alcanzas.

Tal poderío solo a tí te es dado,
Tanta ventura sola tu la obtienes;
Porque la madre de aquel Dios hecho hombre,
Fuiste tú sola.

Tuyo fue el seno que exprimiera el Niño
Néctar i vida recibiendo a un tiempo;
Tú, de su andar i balbuciente labio,
Báculo i guia.

Lágrimas saltan de tus bellos ojos....
Sueñas perdido al inexperto infante;
Le hallas i miras que en Sion conquista
Públicos triunfos.

Brama entre tanto el populacho airado....
No es el infante quien te apena ahora....
Pero es el hombre que a morir condenan,
I él es tu hijo.

Por cada gota de divina sangre,
Por cada espina que su frente clava,
Sientes la espina del dolor, i lloran
Sangre tus ojos.

I a tí se vuelve tu Jesus amado,
I a su discípulo adorado dice;
Tú por mí madre velarás, Juan mio,
Que ella es tu madre.

Madre de Cristo i de los hombres madre,
Tú, la esperanza del perdido humano,
Tú, que le llevas al deseado puerto,
Faro luciente.

Dulce consuelo de indijencia triste,
Tú que en el alma del dormido niño
Sueños de gloria i de ventura envuelves
Sin que lo sepa.

Tú eres el lirio del oculto valle,
Que nace i crece en ignorado sitio,

I que mas blanca que la nieve andina,
Alza la frente.

Tú eres la palma del desierto estivo
Bajo tu sombra el caminante duerme;
Tú, de esta tierra abrasadora i seca,
Puro rocío.

Son tambien tuyos los honores, tuyos
Templos i ritos, i el incienso sacro
Que en varios jiros de olorosas ondas
Hasta tí sube.

Tuyo es el trino de canoras aves,
Tuyas las flores que los campos crian,
Que no hai alguna que el camino ignore
De tus altares.

Huella tu planta a la serpiente el cuello
El mal se acaba i nuestra paz renace
I al despertarte de esta vida, en otra
Hallas un trono.

Hallas un trono do del sol vestida,
Calza tus plantas la brillante luna,
I el claro manto de estrelladas luces
Tiendes al globo.

Con él me escuda que a cantar me atrevo
Tus alabanzas, i mi canto ¡oh Virjen!
Haz que a tí suba, como al sol se encumbra
Aguila altiva.

Junio de 1847.

HERMÓJENES DE IRISARRI.

A mi amigo Hermógenes de Irisarri, por la dedicatoria de su
bellísimo «Himno a María.»

Gracias poeta, gracias! Desde el cielo
Tu Himno sagrado, al escuchar María
Con anjélica risa sonreía
I a tu mente, su aliento descendió.

Ella inspiró tu musa, i tus cantares,
Como el perfume que la flor le envía,
Como el incienso que arde en sus altares,
En acorde i sublime melodía
Hasta su trono, un ánjel los llevó.

GUILLERMO MATTA.

ORIJEN,

PROGRESOS I EXTINCION

DE LA

ORDEN DE MALTA.

ARTÍCULO PRIMERO.

Tres Ordenes de caballeros se aventajaron a todas las demas fundadas en los lejanos climas de Oriente por los peregrinos europeos, cuando las guerras i conquistas de la Tierra Santa: la del Santo Sepulcro, que fué la mas antigua, la de los Hospitalarios de San Juan Bautista, i la famosa de los Templarios. Pudiera añadirse a éstas las de San Lázaro de Jerusalem, que tuvo por algun tiempo existencia independiente i gozó de grandes consideraciones, sino hubiese sido meramente una derivacion de la de los Hospitalarios. De esta, pues, trataremos en el presente artículo, prefiriéndola desde luego, en primer lugar porque su historia en los tiempos primitivos puede servir, por decirlo así, de epitome a la de las restantes, i en segundo por la reputacion i estabilidad en que se mantuvo, pues la del Santo Sepulcro, quedó reducida a la nada al cabo de algun tiempo, en virtud de la bula de incorporacion expedida por Inocencio VIII, i los Templarios fenecieron tan trájica i ruidosamente cómo todos saben.

Afirman algunos que el orijen de los Hospitalarios coincide con la toma de Jerusalem por los cristianos el año 1099; otros

con mas fundamento aseguran que ántes de esta época hubo algunos comerciantes de Amalfi, ciudad de Nápoles, que mediante un tributo anual, obtuvieron permiso del califa de Egipto para fundar una hospedería en frente a la iglesia patriarcal del Santo Sepulcro, donde hallasen acogida los viajeros de su nacion que cada dia acudían en mayor número a visitar los lugares santos. De tan pequeños principios, como acaece ordinariamente, se levantó una institucion con el tiempo poderosísima; el modesto oratorio de rito latino, dedicado primeramente a la Virgen Maria, i despues con mas ámplias dimensiones a Magdalena la penitente, se convirtió en un monasterio i hospital contiguos al célebre templo de Salomon, bajo la advocacion de San Juan Bautista; i acrecentándose por una parte el número de los que entraban en aquella congregacion, i por otra su importancia en vista de los benéficos auxilios que prestaban a todos los peregrinos del Occidente, adquirieron en breve tiempo grandes consideraciones i pingües patrimonios ajeos a los legados i limosnas que se les hacian.

No es fácil sin embargo averiguar mas particularidades de su historia hasta la conquista de Jerusalem, ocurrida, como dejamos insinuado, el año 1099; solo se sabe positivamente que entónces, i aun ántes de esta época, tenían los Hospitalarios por superior, con el título de administrador o abad, a un tal Gerardo de Saint-Didier; natural de Picardía, el cual fué propiamente quien arregló la congregacion, dándole el nombre de su patrono San Juan Bautista. Godofredo de Bouillon, tronco de la efímera dinastia fundada en la ciudad Santa, i su hermano i sucesor Balduino I, contribuyeron mucho a sus progresos con la proteccion que le dispensaron; i algun tiempo despues, en el año 1113, confirmando la nueva institucion el pontífice Pascual II, dispuso que al fallecimiento del abad Gerardo i en lo sucesivo, únicamente los mismos Hospitalarios tuviesen el derecho de eleccion de superior, i al propio tiempo dictó los estatutos que debian observar, segun el carácter de congregacion relijiosa que habian tomado. En efecto los adoptaron los Hospitalarios, i habiendo muerto Gerardo en 1118 nombraron para que le sucediese a Raimundo de Puy, caballero del Delfinado, que fué quien primero se tituló gran maestro del hospital de San Juan Hierosolimitano.

De alli a poco, el año 1120, aprobó el papa Calisto II los estatutos que acabamos de mencionar, e hizo tres divisiones de los individuos de la Orden. En la primera clase comprendió a los no-

bles con el nombre de caballeros de justicia; i como jente todos ellos dedicados a la profesion de las armas, entendian en la parte de hostilidades, ya concurriendo a los campos de batalla, ya protejiendo a los peregrinos contra las agresiones de los infieles. Los clérigos i sacerdotes, pertenecientes a la clase media, i destinados a desempeñar los deberes puramente eclesiásticos, formaban la division segunda; i por fin la tercera clase, que era la de los sirvientes, tenia a su cargo la asistencia i curacion de los peregrinos enfermos, i cuando era menester, acudian tambien a la guerra como los primeros. La regla de los nuevos caballeros era la misma que profesaban los religiosos de San Agustin; de sus estatutos particulares, de las dignidades de la Orden, fórmulas de recepcion de sus individuos i otros asuntos relativos al réjimen interior de aquella, daremos mas adelante algunos pormenores.

Treinta años habian transcurrido escasamente desde la ereccion formal de la misma, i ya su fama se habia propagado por toda Europa: los pontífices se apresuraban a confirmar sus estatutos i conceder nuevas gracias i privilejios; los reyes a dispensarle todo jénero de proteccion i auxilios; los principes i nobles del Occidente a enriquecerla con cuantiosos dones, pues, como dice nuestro historiador Mariana: «varones i mujeres a porfia, principes i particulares daban para este efecto pñeblos, castillos i heredades.» Mucho contribuyeron indudablemente a su prosperidad i aplauso las hazañas de sus caballeros, las virtudes i heroíca abnegacion de los propiamente llamados Hospitalarios; pero sobre todo debe atribuirse tan rápido engrandecimiento al prestigio universal de que gozaba ya el espíritu de asociacion religiosa, i al deseo que animaba a los cruzados de dejar en los nuevos paises establecimientos que asegurasen sus conquistas i la subsistencia de la fé católica. No fué en España donde ménos parte cupo a los caballeros de San Juan de tan jeneroso desprendimiento, en prueba de lo cual bastará recordar el ejemplo del rei de Aragon don Alonso el Batallador, malamente reconocido por algunos como soberano de Castilla, el cual por su testamento otorgado el año 1151 en el asedio de Bayona de Francia, no teniendo sucesion, dejó todos sus estados a los Templarios, a los Hospitalarios, i a los que guardaban el Santo Sepulcro de Jerusalem, con ánimo de que los caballeros de estas Ordenes los repartiesen entre si i poseyesen su soberania: monstruosa aberracion de un juicio fascinado con mil supersticiones, como así lo

conocieron los mismos interesados; abuso inconcebible de la potestad real, que cubria tan grande exceso con los laureles de cien victorias.

Las Ordenes de Jerusalem corrieron en lo sucesivo la misma suerte que las armas de las cruzadas; i aunque para seguir los progresos de las primeras seria menester trazar lijeramente una reseña de las expediciones de las segundas, por no alargarnos demasiado, indicaremos aquí meramente lo que convenga a nuestro propósito. Saladino, visir en un principio del califa de Egipto, dueño mas adelante de este pais, de la Siria i otras provincias de aquellas rejiones, acometió a los cristianos de Palestina, que faltos por una parte de los socorros de Occidente, desavenidos entre si por otra, i amortiguado el fervor de los primeros tiempos, apenas pudieron oponerle una breve resistencia. A la completa derrota que en la batalla de Hittin experimentaron, i al cautiverio de Guy de Lusignan, último rei de Jerusalem, siguióse en 2 de octubre de 1187 la pérdida de esta ciudad en que tenian todos cifradas sus glorias i sus esperanzas. La mano del soberbio conquistador se extendió a otros muchos puntos ocupados por los europeos, i todos cayeron en su poder, unos dándole fácil entrada, otros puestos a fuego i sangre por la misma temeridad de sus defensores.

Perdida Jerusalem, se refujaron en Trípoli los caballeros de San Juan que pudieron librarse de la muerte, i allí se mantuvieron, hasta que ganada tres años despues la ciudad de San Juan de Acre, llamada en lo antiguo Tolemaida, fijaron en ella su residencia. Los cristianos encerrados en la nueva fortaleza, que podia llamarse, i realmente lo era, la capital de su dominio, formaban un conjunto poco uniforme, pues cada nacion o pueblo tenia destinado su cuartel o distrito, entre los cuales habia una diferencia tal, que estaban sometidos a diversas leyes i hasta se arreglaban por distintos pesos i medidas. Contábanse tantas jurisdicciones cuantos eran los estados de que existian allí súbditos i naturales; en una parte se hallaba la de los reyes de Jerusalem; en otra la de Nápoles i Sicilia, i lo mismo las del principe de Antioquia, el legado del papa, los condes de Trípoli i otros varios: la del gran maestre de los Hospitalarios ocupaba el décimo lugar en la escala de division, de la que sin duda provino la de las lenguas que despues veremos; i así como primitivamente se dió a conocer esta Orden con el nombre de San Juan de Jerusalem, así adoptó a la sazón el de San Juan de Acre, segun la

llamó el rei de Castilla don Alonso el Sabio en la escritura de donacion del heredamiento de Alhadin que concedió a los caballeros de la misma.

De ella puede decirse que sin embargo de los contratiempos ocurridos, no experimentó en sus progresos menoscabo alguno. Es verdad que se aminoró bastante el número de sus individuos, i por consiguiente su fuerza material en los últimos combates; pero en cambio adquirió mayores méritos para con los pueblos de la cristiandad que a porfia se propusieron acrecentar sus rentas i posesiones. Porque no solo los soberanos i señores de Italia i Francia, que parecían los mas interesados en aquellas empresas, sino los de Inglaterra i Alemania, i los españoles principalmente, se apresuraron a aumentar el número de prioratos, bailias i encomiendas que en todos los mencionados reinos disfrutaban. De otra suerte no se comprenderia cómo en medio de la decadencia i descrédito, por decirlo así, que comenzaban a padecer los proyectos de los cruzados, solo aquella institucion pudo salvarse de la universal ruina; i cómo mientras mas o ménos aceleradamente se encaminaban a su fin otras fundadas sobre las mismas bases i con el propio objeto, únicamente la nuestra prometia largos años de prosperidad i vida.

Mantuviéronse en Acre los cristianos hasta 1291, en que hubieron de hacer frente a la invasión de un poderoso ejército de mamelucos, que acabando de enseñorearse de los reinos de Damasco i Alepo, pretendían lanzarlos de sus postreros atrinchamientos. En efecto, tardaron poco aquellas tribus orgullosas en conquistar la capital del condado de Trípoli i algunas otras poblaciones; la ciudad de Tiro se les rindió por capitulacion: pasó tambien a su poder el principado de Antioquia: ¿qué podían hacer los cristianos encerrados dentro de los muros de Acre? Meditado el caso, resolvieron seguir el partido mas prudente, solicitando una tregua que afortunadamente les concedieron: pero aun este recurso tenia tambien graves inconvenientes, porque ¿cómo sostenerse tan numerosa poblacion en una plaza aislada, i mucho menos sin esperanza de socorro i con escasos mantenimientos? Así fué que de allí a poco comenzando a apretar la necesidad, se vieron obligados a salir al campo, primero las jentes del papa, i tras ellos otros muchos que no querían sufrir los azares de un cerco largo i calamitoso.

De este pretexto se valieron los enemigos para decir que no permaneciendo los cristianos en la ciudad, la tregua era ilusoria.

¡ por lo tanto forzoso el rompimiento. Vinose pues a las manos: los cristianos, viéndose en tan gran conflicto, se alejaron de Acre apresuradamente, i solo quedaron en la ciudad los caballeros Templarios i los de San Juan con unos doce mil hombres, la mayor parte heridos, i todos en la situacion mas desesperada. Los Templarios perdieron a su maestre, cuyo golpe acabó de desalentarlos; los de San Juan, superiores al peligro en que se veian, e insensibles al triste espectáculo que tenian delante, combatieron hasta el postrer momento con extraordinario brio; i cuando entrada la ciudad por asalto, no les quedó ya esperanza de defenderse, los unos murieron como valientes en lo mas unconado de la pelea, los otros se refujieron a sus naves para tener nueva ocasion de entrar en lid con sus enemigos. Asi eternizaron su nombre, mostrándose dignos de la preferencia con que se los miraba, dignos del título de caballeros, i últimos defensores del pendon de la Cruz en las playas abandonadas de la Siria.

Transcurrieron algunos años despues de la pérdida de Acre sin que la Orden tuviese residencia determinada; por el contrario sus galeras se mantuvieron en los mares de Egipto i Grecia, ya recorriendo sus costas, ya dando caza a las embarcaciones enemigas; i aunque este ejercicio era tan análogo al espíritu de la época, tan propio de unos guerreros que aspiraban a ser el terror de los adversarios del nombre cristiano, llegaron a disgustarse al fin de aquella vida de piratas, i resolvieron acometer alguna empresa que les granjease mayor provecho i nombradia. Con este designio pusieron sus miras en la isla de Rodas, dependiente del imperio griego, i puesta como un antemural entre las costas de este i las de los estados turcos; su capital, que llevaba el mismo nombre, habia sido famosísima en otros tiempos por la escelente Academia de bellas letras i filosofia en que siguieron sus estudios Ciceron, César i otros hombres ilustres de la antigua Roma; al presente no ofrecia otro interes que su posicion jeográfica, de la cual podian seguramente sacar algun partido sus poseedores.

La malograda defensa de Acre forma uno de los títulos mas gloriosos de aquella Orden; pero la conquista de Rodas añadió un nuevo triunfo a la historia de sus proezas. ¡ Lástima que la verdad de aquel suceso la hayan adulterado algunos con fábulas inverosímiles! De este mal adolecen muchos de los anales de la antigüedad, i sobre todo los que tienen relacion con los mara-

villosos hechos de la caballería; que algunos por mas ensalzarlos los han colocado sobre la esfera de lo posible, creyendo que de este modo serian recibidos con mayor aplauso. Cuéntase en efecto que los caballeros de San Juan, o por carecer de fuerzas bastantes para la empresa, o por no debilitar las que tenían, idearon una estratagemá parecida a la del caballo de Troya, i fué, que disfrazándose de pastores los principales de ellos, cubrieron con pieles de carnero a sus mejores soldados, i haciéndolos andar en cuatro pies, se acercaron a las puertas de la ciudad, como si fuesen rebaños que habian de entrar en ella. Abiertas aquellas, se apoderaron de los principales puntos i dieron sobre los habitantes, que embargados con la sorpresa, se apresuraron a escapar por el lado de la marina; pero la escuadra de los caballeros prevenida por aquella parte, hizo en ellos terrible mortandad, i acabó de coronar la invención con el resultado que apetecian. De esto cada cual presumirá lo que le parezca; lo cierto es que Rodas quedó por nuestros caballeros el año 1508 o 9, aunque no faltan autores de mucho crédito que refieren esta conquista al año siguiente de 1510.

Con esto el nombre de Acre que habian tomado los antiguos Hospitalarios se mudó a la sazón en el de Rodas, habiéndoles confirmado la posesión de la isla el pontífice Clemente V. Andres Favín, hablando de esta Orden, refiere como cosa singular, i lo es efectivamente, el uso que despues de la época citada se introdujo en Francia: los nobles acusados de crimen capital eran desterrados a Rodas, donde acababan sus dias en defensa de la relijion, peleando contra los infieles; i cita en apoyo de su asercion el ejemplo de un caballero llamado Antonio de Chabanes, sentenciado por el tribunal del departamento de Paris en 1463 a la pérdida i confiscacion de todos sus bienes, i a destierro perpétuo en la ciudad de Rodas. La Orden se mantuvo en posesión de la isla por mas de doscientos años, en cuyo tiempo la mejoró extraordinariamente, dejando recuerdos de su pacífica soberanía que acaso conservarán todavía con aprecio sus habitantes, pues el baron de Tott en sus Memorias impresas en 1785, afirma que se guardaban en la capital muchas armaduras de los antiguos caballeros.

El engrandecimiento del imperio Otomano bajo el reinado de Selim I sujirió a su hijo Soliman, por sobrenombre el Grande, la idea de varias conquistas, i entre ellas la de Rodas, apetecible no menos por su situacion, que por el brillante estado en que

la tenían los caballeros. A este fin aprestó en 1525 un ejército de 200,000 combatientes, i una flota de 400 velas, i sin pérdida de tiempo estableció el sitio con resolucion de salir airoso o perecer en la demanda. Los caballeros por su parte juraron venderle cara la victoria, pues careciendo de toda esperanza de auxilio, i reducidos por consiguiente a sus propias fuerzas, no podian hacer mas que prolongar la defensa cuanto les fuese dable. Era entonces gran maestro Felipe de Williers de l'Isle Adam, animoso caballero, celoso defensor del honor de la Orden, i enemigo irreconciliable de los turcos: con su ejemplo i sus palabras alentó a los mas débiles, i exaltó el entusiasmo de los mas resueltos; de tal manera, que mas de una vez llegó Soliman a desesperar enteramente del triunfo. Seis meses habian ya transcurrido desde que se comenzó el asedio; la obstinacion de los sitiadores se estrellaba contra el invencible esfuerzo de los sitiados; los unos proseguian la empresa con la esperanza del vencimiento; los otros apuraban su resistencia con la desesperacion de la desgracia, hasta que fatigados de luchar en vano, i viéndose expuestos a quebrantos mas sensibles aun que la misma muerte, determinaron capitular, i aceptadas sus proposiciones abandonaron la plaza el 25 de diciembre, saliendo con el honor de vencedores, i como dice el mencionado baron de Tott, dejando únicamente a los enemigos el campo de batalla.

La Orden se refugió por el pronto en Viterbo, ciudad de los estados pontificios, a invitacion de Clemente VII, i allí se mantuvo hasta 1550. En este año Carlos V, que profesaba particular predileccion a tan distinguidos caballeros, les cedió las islas de Malta i Gozo, con la ciudad de Trípoli, en Africa, en virtud de un tratado concluido el 24 de marzo, pero bajo el concepto de feudo de los reyes de Sicilia, a quienes anualmente debia enviar la Orden un halcon como en señal i reconocimiento del dominio directo, obligándose ademas, siempre que quedase vacante el obispado de Malta, a presentar a los mismos soberanos tres individuos para que elijiesen el que habia de ocupar aquella silla. En el mismo tratado quedaba reconocido el derecho de reversion de la isla a la corona de Sicilia, si alguna vez trasladaba la Orden a otro punto su residencia. Desde esta fecha tomó la misma la denominacion de Malta que en la actualidad conserva; i si recientemente en Rodas i primero en Acre, habia sabido conquistar laureles inmarcesibles, nuevos i mas preciosos aun le

estaban reservados en el último teatro de su gloria i de sus hazañas.

Está asentada Malta en el mar que baña las costas de Africa i de Sicilia, hácia la parte meridional de ésta, i separada de aquella rejion unas 190 millas. Cuando se instaló en ella la Orden no ofrecia mas que una extension de tierra estéril i poco habitada; mas en breve tiempo, a pesar de la natural dureza de su suelo, adquirió bastante fertilidad i cultivo, con lo cual, i con las plazas que en ella se construyeron, de bello aspecto, fuertes i suficientemente guarnecidas, pudo corresponder a su ventajosa situacion jeográfica que la hacia como la llave de Sicilia i la puerta por aquel lado de lo demas de Europa. Todas estas razones, i mui principalmente el deseo de vengar los daños que continuamente recibian los turcos de los malteses, movieron a Soliman a intentar la conquista de la isla: recordaba el suceso de Rodas, la pérdida de Trípoli, que habia caído en poder de los suyos en 1551; i como la ambicion todo lo encuentra llano, creyó que sin necesidad de tomar parte en la empresa, con solo confiarla a dos de sus mas expertos capitanes, lograria extender los limites de su imperio i difundir el terror por los estados de sus enemigos.

Inmediatamente lo puso todo en ejecucion. Aprestó una armada de doscientos navios de todas clases, cuya direccion encomendó al húngaro Piali, i un ejército proporcionado de combatientes al mando de su pariente Mustafá, hombre de mucha edad, pero fuerte aun, i acostumbrado a combates i victorias. Hizose a la vela la formidable expedicion, i antes de espirar el mes de mayo del año 1565 se presentó delante de Malta: desembarcaron las tropas en la playa i dieron principio a los trabajos i preparativos del asedio. No estaban tan desprevenidos los malteses que los cojiese aquella tormenta de improviso: el gran maestre, llamado Juan de La Valette, natural que era de Provenza, tenia con anticipacion noticia de estos proyectos, i así pudo tomar las debidas precauciones i pedir socorros al pontífice i al rei de España, que sin dificultad se los prometieron. Felipe II encargó al virrei de Sicilia, D. Garcia de Toledo, que acudiese en ayuda de los sitiados; i pasando éste sin detenerse a Malta, conferenció con el gran maestre, vió el estado en que se hallaban las fortificaciones, dispuso que se hiciesen algunas obras para mejorarlas, i ofreció volver con su armada i fuerzas suficientes para obligar al turco a desistir de su proyecto.

Arreglado ya todo lo necesario, rompieron el fuego los enemigos contra la fortaleza de San Telmo, punto el mas avanzado de la isla por la parte en que habian efectuado el desembarco: su defensa estaba a cargo del gobernador Luis Brolla, saboyano de nacion i hombre de valor, aunque de edad mui avanzada. La artilleria de los contrarios comenzó a hacer horroso estrago en las fortificaciones; al fuego se siguió un asalto mortifero i tenaz, pero solo sirvió para acrecentar el denuedo de los sitiados, porque habiendo reemplazado a Brolla por órden del gran maestre el valeroso valenciano Melchor Monserrat, i Juan de Miranda, que mandaba un corto número de españoles, cada cual hizo prodijios de valor, i de tal manera se arraigó el entusiasmo en los corazones, que parecia desesperacion el ansia con que se esponian todos a la muerte. Dias i noches transcurrieron en aquella violenta agitacion; ni sitiados ni sitiadores alojaban un punto en la pelea; los nuestros recibian continuos esfuerzos para suplir la falta de los que morian; Dragut, el famoso pirata, vino en auxilio de los contrarios; i así, a cada hora, a cada instante se empeñaba la lid con nuevo encarnizamiento,

En breve sin embargo se vieron los defensores en el postrer apuro, porque avisados los turcos de que les llegaban nuevas tropas, interceptaron las comunicaciones i no fué ya posible socorrerlos con un soldado. Crecia la mortandad; crecia el rigor i audacia de los enemigos, i esto que hubiera producido desaliento en los mas intrépidos, en los nuestros solo servia para exaltar mas su entusiasmo, para despertar el heroico esfuerzo que era en aquellos tiempos, i en los presentes lo hubiera sido, el asombro de entrambos mundos. Repitieron los turcos sus embestidas i todas fueron en vano; pereció Monserrat en una de ellas, i ocupó al punto su puesto el animoso aragonés Eguiara; éste i Miranda cayeron tambien heridos, pero al siguiente día se renovó el asalto con inaudita saña, i cuando mas confiado se hallaban los turcos en la victoria, vino a arrancársela el jeneroso Miranda, ofreciendo un espectáculo tan interesante como sublime.

Llevado en brazos de sus soldados, i sentado en una silla, empuñó una lanza i mandó que le colocasen donde mas recia andaba la pelea: defendióse allí con heroica serenidad e incomparable esfuerzo: Eguiara compañero de su desdicha, quiso serlo tambien de su gloria i de su muerte, i haciendo una hacha de dos filos, segó vidas sin cuento entre la atropellada multitud de los infieles. Al cabo hubieron de ceder, no a la superioridad del valor, sino

a la del número, i a la suerte que tan adversa se les mostraba, pues oprimidos por todas partes, exánimes i puestos en el mas triste aislamiento, murieron como vencedores, dejando eterna memoria de su heroísmo. Un mes duró la resistencia de San Telmo, dónde perecieron muchos caballeros esforzados i muchos soldados no ménos animosos; los defensores habian quedado reducidos a un número insignificante; los ayes de los heridos i los quejidos de los enfermos hacian desalentar al corazon mas insensible. Cerca de dos mil hombres faltaban en la fortaleza, i así era imposible sostenerla por mas tiempo: los enemigos que habian sacrificado seis mil valientes, i entre ellos al mismo Dragut, entraron al fin en ella, pero llevados de su feroz instinto, abusaron vilmente de la victoria, degollando a todos los infelices que cayeron en sus manos, como si esta brutal venganza hubiese añadido mas mérito a su trofeo.

La sangre de aquellas victimas puede decirse que fué el precio de la salvacion de Malta, porque habiendo intentado en seguida los enemigos el ataque de la fortaleza de San Miguel, del castillo del Anjel i otros puntos, no obtuvieron resultado alguno. Un volúmen entero seria menester si hubiésemos de referir circunstanciadamente los hechos de aquellos ilustres caballeros, con quienes rivalizaron a veces los habitantes de la ciudad entusiasmados con tan glorioso ejemplo: el incesante combatir de tantos i tan porfiados asaltos, la continua vijilia, los ásperos trabajos de levantar parapetos i fortificaciones i de abrir zanjias i contraminas, en vez de enervar sus fuerzas, parecia que les daban nuevo vigor i mas invencible audacia. El gran maestre La Valette, digno caudillo de aquellos héroes, se mostraba superior a todos en esfuerzo i prudencia, en serenidad i sufrimiento; ni los riesgos le intimidaban, ni los triunfos le ensoberbecian; su espada brillaba primero que ninguna en todos los combates; en su escudo, como en la éjida de Palas, perdian toda su fuerza los tiros de sus adversarios. Nunca ofrecerá la historia en sus gloriosas páginas carácter mas noble ni heroico que el de este principe, cuyo nombre inmortal hubiera merecido en la antigüedad honores casi divinos.

Mas a pesar del denuedo de los malteses i de su admirable defensa, no hubieran desistido los turcos de su empeño, sin el feliz arribo de la escuadra de Sicilia. Al hablar de ella no podemos olvidar las amargas reconvenções que hacen al virei Toledo i al mismo soberano Felipe II los escritores estranjeros, i

en especial Vertot, que publicó en el primer tercio del siglo pasado la historia de la Orden i todas sus vicisitudes. El virei de Sicilia tuvo que obrar con precaucion en aquella empresa; las huestes aguerridas de Soliman, su numerosa escuadra i el poder de su pujante imperio hubieran hecho a los principios muy dudosa la victoria; perdida esta, por las armas del rei católico ¿quién ponía a salvo las costas de Italia de las depredaciones de los turcos? ¿quién era capaz de calcular hasta dónde llegaría su orgullo favorecido por la fortuna? En cuanto al rei Felipe ¿habrá quién dude de sus buenas intenciones i del deseo que tenía de alejar de Europa a los que eran tambien sus enemigos? ¿No declara el mismo Vertot que don Garcia de Toledo fue castigado despues por su irresolucion en socorrer a Malta? ¿Cómo pues pretende hacer responsable a aquel monarca de su conducta?

Llegó, segun hemos insinuado, el socorro de Sicilia con suficiente número de tropas, de caballeros, nobles i cruzados de varias naciones que acudían atraídos por la fama de aquella guerra, todos los cuales efectuaron su desembarco junto a la ciudad de Medina, lejos de los reales de los contrarios. Estos, sabida la nueva, se apresuraron a levantar el campo, i lo efectuaron en tan breve tiempo, que ántes de dar a entender su resolucion se advirtió su falta. Mustafá se dirigió contra los auxiliares con las reliquias de su menguado ejército, pero a pesar de cuantos esfuerzos hizo no pudo vencer la repugnancia que sentían los suyos a pelear, i tuvo a toda priesa que ponerse en salvo. El sitio de Malta duró mas de cuatro meses; los ataques fueron innumerables; los defensores tuvieron 9000 hombres de pérdida; la de los enemigos, por un cálculo que no debe parecer exagerado, se presume que pasó de 50000.

La noticia de esta victoria llenó de júbilo a toda Europa, i en todas partes se celebró como un acontecimiento de grande importancia. La moderna Malta lleva el nombre de *La Valette*, a quien Pio IV i el rei de España honraron con nuevos títulos i magníficos presentes; en aquella ciudad quedó por largo tiempo la costumbre de celebrar un solemne aniversario con procesiones i alabanzas al Ser Supremo; la Orden recibió universales parabienes, i entró, por decirlo así, en posesion del prestigio a que la hacía acreedora tan ilustre hazaña; las memorias de aquella edad i las escritas posteriormente, todas están conformes en tributar aplausos a los heroicos varones que dieron tan alto ejemplo de constancia i de valor, de pundonor i aun de patrio-

tismo. Entonces llegó la antigua congregación de los Hospitalarios a la cumbre de su prosperidad i gloria, en la que se sostuvo por muchos años, hasta que el espíritu de los siglos futuros creyó inútil i anómala su existencia como lo referiremos con la posible brevedad en el siguiente artículo.

CAYETANO ROSELL.

(El laberinto.)

MORIR DE AMOR.

I.

Es ya de quince años Luisa
I de belleza modelo,
Tal que si álguien la divisa
De su mal halla consuelo;

Porque la humana belleza
Incentivo del amor,
Si en el mundo vil empieza
Nos lleva a mundo mejor.

Pero ella, Luisa la hermosa,
Todavía no lo siente,
I pobre, vive gustosa,
Que es como bella, inocente.

Su corazon no se afana
Por agradar a los hombres
Que encubren pasion villana
Con mui misteriosos nombres.

Mas es pobre i tiene madre;
Forzoso es buscar la vida,
I hallar oficio que cuadre
A su juventud florida.

I para eso diligentes
Vánse ámbas mui de mañana;
Ven toda especie de jentes,
Mas su intencion sale vana.

Que en Paris la populosa,
El emporio de las artes,
Vése la miseria odiosa
Arrastrarse en todas partes,
Por conseguir un oficio

En que ganar un mendrugo;
Si no halla ahí está el hospicio
El calabozo o verdugo.

Ya vuelven sin esperanza
A su pobre bohardilla:
Hondos ayes Luisa lanza
I el lloro en sus ojos brilla.

Mas al torcer de una esquina
Un hombre la mira atento,
I absorto en su faz divina
Lanza un grito de contento.

Con sonrisas de agasajo
Les dice así;—«Perdonadme!
¿Andais buscando trabajo?
Si lo quereis contestadme.»

—«Si señor,» luego responde
La madre, «podria acaso
Usted dárnoslo?—Si—Dónde?»
—«Aquí en mi taller, a un paso.»

I se echa a andar adelante;
I aunque caminan aprisa
El se vuelve a cada instante
Para ver la faz de Luisa.

Suben a su habitacion
De cuadros toda cubierta;
Late a Luisa el corazon
I a comprenderlo no acierta.

Dice él con desenvoltura:
« El pincel es mi desvelo,
« I es tanta vuestra hermosura
« Que os quisiera por modelo.
« I si vuestra madre quiere
« A esto, no poner atajo,
« Pagaré cual mereciere
« Vuestro precioso trabajo.»—

No le puso inconveniente;
I despues de hablar un rato,
Acordes perfectamente
Acabaron el contrato.

II.

Desde entónces Luisa viene
Con su madre cada día;
I con su beldad mantiene
Del pintor la fantasia.

En ella su inspiracion

El busca, en ella se excita
Su alma i ya su corazon
Solo por ella palpita.

Pero Luisa su inocencia
Siempre guarda i su candor,
I sin sentir su violencia
Tambien la mueve el amor.

Mas un dia cayó enferma
Su madre, i ella officiosa
Se va al taller; que el pan merma
Si el obrero se reposa.

Nunca pintura el pintor
Sus facciones celestiales
Con mas gracia i mas primor,
Que en esos dias fatales

Perfumados del amor,
En que unieron su violencia,
La audacia con el candor
Para vencer la inocencia.

III.

Pasó un mes, dia tras dia,
Cobró su madre el vigor,
I ella pierde su alegria,
Porque se le huye el amor.

Se forja en vano ilusiones
Para reasir su ventura,
Prodiga en vano los dones
De caricias i ternura.

Su amador inconsecuente
Huye ya de sus abrazos,
I que están por siempre siente
Deshechos todos los lazos,

Que eternos ella creyó—
Ai Luisa! llora tu suerte
Tu ventura ya voló
A la rejion de la muerte!

Ya tu amor es flor marchita
Por el viento arrebatada;
Su fruto, planta maldita
Antes de abrir, agostada.

Llora, llora tu desdicha,
Ai! i tu seno fecundo;
Ya nunca puedes la dicha
Encontrar en este mundo.

IV.

Muchos dias se pasaron,
Luisa al taller no tornó;
Sus penas mas se aumentaron
I un dia desapareció.

Ninguno salir la viera
De su habitacion oscura;
I de ella nadie supiera,
Menos su amiga a quien manda
Esta carta tierna i pura.

«Quién Rosa creyera
Que en dulces aliños,
La suerte me diera
En vez de cariños
Ponzoña i dolor!

Cuán pronto volaron
Las gratas caricias!
Cuán pronto acabaron
Las tiernas delicias
De anjélico amor!

No quédame ahora
De tanta alegría,
Sino la roedora
Memoria que un dia
Gusté su dulzor.

Los dias risueños
Por siempre volaron!
Los dulces ensueños
Hiel ail se tornaron!
I muero de amor.

Jamas temió mi alma
Gozando la dicha,
En plácida calma,
Amarga desdicha;
Pero ail con furor

Soplaron los vientos,
Llevando cual hoja
Sutil, mis contentos,
I en dura congoja
Me mata el amor!

Ah! cuando en mi seno
El fruto llevaba,
De amor tan sereno,
El, él me olvidaba

Ingrato i traïdor.

A mí, su amor tierno,
Rosa era florida
En medio el invierno
De mi triste vida:
¿Mas dónde su amor?

Sin su amor mi vida
Será todo, llanto.
Ai! alma aflijida,
¿Amé solo tanto
Para mas dolor?....

Ya nada yo espero!

O Dios bondadoso
Perdona si muero.
Vivir me es odioso,
Me mata el amor!

.....
I su madre se desola

Buscándola i no la encuentra
Mas qué hacer?—Misera i sola
Al fin a la *Morgue* se entra.

Que allí van los desdichados
Que cansados de sus vidas,
I de penas agobiados
Al fin se hicieron suicidas.

Entra, mira i oh! qué horror!
Hinchado un cuerpo divisa...
I exánime de dolor
Cae a los pies de su Luisa.

M. A. MATTA.

BALADA.

EL DIOS I LA BAYADERA.

(DE GOETHE.)

Mahadeh, dueño de la tierra
Por sesta vez baja al suelo,
I tomando humano velo
Quiere sufrir i gozar.
El se prepara acá abajo
Para que todo le estrene,
I ve, perdone o condene
Como hombre, la humanidad.

Despues de interrogar como viajero
La ciudad, de espiar los poderosos,
De observar los pequeños con esmero,
Vá en la noche a otros puntos silenciosos.

I en un suburbio distante
Halla una niña extraviada
Con la mejilla pintada:
«Salud niña!—¡tal favor,!
Gracias; yo vuelvo al instante,
Aguárdame aquí—¿Tu nombre?
—Bayadera; i no te asombre
Ver la casa del amor.

I llena de emocion pára la danza
Los cimbolos ajita, salta airosa,
Se inclina, se doblega, no se cansa
I le presenta un ramo, cariñosa.

Con gracia afable le atrae

Al umbral. « Bello extranjero
Espera que arda primero
El fuego en mi choza fiel.
Yo aliviaré tus fatigas
Tus pies dolientes; ¡ cuánto
Quieras tendrás; muelle encanto
O voluptuosa embriaguez »
Ella alivia con pronta ¡ suave mano
El finjado dolor; el Dios rebosa
De dicha al ver un corazón humano,
Bajo una corrupción tan espantosa.

Si le dá trato de esclava
Mas goza ella; ¡ lo que era
Arte, en la niña hechicera
Naturaleza es despues.
Como la flor pasa a fruto,
Así, si en el alma impera
Esa abnegación sincera,
El amor llegará a ser.
Mas siempre el juez de abajo ¡ allá arriba
Se injenia por probarla en su delirio
¡ elije al par la voluptad mas viva,
El espanto funesto ¡ el martirio.

Besa su tinta mejilla.
El amor su alma lacera,
¡ entónces, por vez primera
Llora presa de su ardor;
Se echa a sus plantas no a impulso
Del oro, o de los sentidos.
Mas ¡ sus miembros rompidos
Rehusan toda función.
Ya sin embargo las nocturnas horas
Comienzan a tender su denso velo,
Que a las fiestas de amor embriagadoras,
Favorece con rápido consuelo.

Tardíamente adormida
Con placer, despierta al rato,
¡ halla a su huésped tan grato
Muerto sobre el corazón.
Le llama a gritos, no puede
Despertarle; ¡ llevan luego
A su sepúlcro de fuego
Sus miembros ya sin calor.
Oye del sacerdote el triste canto,

Se lanza sin razon, hiende el jentio.

—¿Quién eres tú que marchas sin espanto?

—¿Quien impele a la hoguera tu albedrío?

Corre al ataud i llena

El aire a gritos—«Mi esposo;

Le buscaré sin reposo

Hasta en la tumba de horror.

¡Qué! tu belleza divina

Se cambiará en polvo frio?

Ai! entre todos, fué mio,

Solo una noche de ardor!»

Cantaba el sacerdote de esta suerte:

« Llevamos a los viejos destruidos

Por la edad, i esperados en su muerte;

Al jóven a la par; en sus descuidos.

Oye las palabras sacras:

Tu esposo ese jóven no era,

Pues siendo tú Bayadera

No tienes ningun deber.

La sombra a su cuerpo sigue

En el reino silencioso.

La esposa solo al esposo

Gloria i deber a la vez.

¡Sonad clarines por el santo duelo;!

¡Atraed, o vosotros inmortales,

De la hoguera, ese jóven de consuelo,

Honor de nuestros tiempos celestiales!»

Así sin piedad el coro

Llena su alma de quebranto;

Sus brazos tiende entre tanto

I corre al fuego cruel.

Mas del seno de las llamas

Se eleva el jóven divino;

Su amada sigue el camino

Por los aires junto a él.

Se goza la deidad si se arrepiente

El pecador; los Dióses inmortales

En sus brazos de fuego renaciente,

Atraen hácia el cielo los mortales

Perdidos en el misero tropel.

F. M.

EL MORO.

(IMITACION DE L. CARRER.)

I.

Oye, o Moro: grande suma
De zequies te prometo;
Pero escúchame en secreto
I sé fiel esplorador.

—Narentinós, Jenoveses
He vencido, pero en vano;
Tengo de Anina la mano,
Mas no consigo su amor.

Busco en vano entre las bellas
Que diviso por do quiera,
Mas hermosa cabellera
O na: puro sonreír.

De los maridos envidia,
De los jóvenes deseo;
Solo conmigo la veo
Indiferente jemir.»

Asi hablaba el altanero
Almirante Veneciano;
Que de Anina hubo la mano
Mas no ha obtenido el amor.

Al mando, el negro, avezado
Los brazos cruza al momento:
Basta, dice, un solo acento,
Soi esclavo, i vos señor.

II.

Allá en su alcoba, sola entretanto
En tedio Anina, sumida está;
Huye el teatro, desdeña el canto,
Danzas, festines, desprecia ya.

Tiene los ojos fijos al suelo,
O bien levántalos hácia un altar;
Parece un ángel que huyó del cielo,
Aunque ella ignora lo que es pecar.

I cual en valle, cóncavo, ardiente
Vapor se junta sobre vapor,
A cada día que pasa, siente
Que el triste tedio se hace mayor.

La amarga pena que la devora
Oculta a todos quiere tener;
Consigo lleva quien, ai! explora
Su eterno tedio, su padecer.

Oh! cuánto aumenta su acerba pena
Ver un testigo de su jemir:
Ai! de la suerte férrea cadena
Que allí la ha atado para sufrir!

Si un sueño dulce, su alma acosada
Aroma i radia con su fulgor,
Encuentra al lado torva mirada
Que vuelve al punto su cruel dolor.

Parece rueda que nunca cesa
En torno al perno de circular;
El dolor íntimo, en su alma opresa
Jira, rejira sin descansar.

En el empíreo radia la luna
Su luz alegre todo mortal;
Mas en su rostro no hai luz ninguna,
Dicha o fastidio siempre es igual.

Música dulce no hai para ella
Ni de la tarde blando frescor;
No halla de flores corona; bella,
Que las marchitan llanto i dolor.

Ah! quien en su alma lleva el hastío
A nada puede jamas reir;

Triste es el mundo i el sol umbrio,
Desierto lóbrego el porvenir!

III.

Lo aborrece? Aquella alma inocente
No aborrece ni a nadie desdeña,
Ser nacida para otro se siente,
Mas con nadie tampoco ella sueña.
Para todos misterio será,
Ni lo sabe ella misma quizá.

Si tan solo, una vez, el acento
Del que adora, la triste escuchára!
A gozar, olvidando el tormento
Su alma, en alas de amor se lanzára!
Mas ese *uno* jamas se mostró,
O fué un sueño que raudo pasó.

Si despierta, a su lado, en el lecho,
Halla siempre el martirio de su alma,
Que le cuenta los ayes del pecho
I arrebatada su plácida calma;
Un fantasma mostrando el deber
Tras los sueños de gloria i placer.

Ese tiene cien ávidos ojos,
Siempre atentos, tambien cien oidos;
Él le trueca la flor en abrojos,
Él le cambia la voz en jemidos.
¿A! qué espera entre tanto sufrir?
Solo espera, infelice, morir!

De un devoto buscando el consuelo
A las plantas se postra llorosa;
I los ayes ahogando de duelo
Decir quiere el pesar que la acosa.
Tristes voces al fin sollozó,
I a los otros i a sí se acusó.

Del piadoso señor la respuesta,
Fué tan solo; paciencia! paciencia!
En el cielo tener su fè puesta
Dar limosna, oracion, abstinencia.
La virtud solo pena halla acá:
La guirnalda esperada está allá.

IV.

Al fin un dia prorrumpió ella:
Porque ese moro sigue mi huella?

Talvez que andase siempre a mi lado
Por mi marido le fué mandado?

Vergüenza! siempre tener delante
Lleno de furia, su vil semblante.

Dice: su rostro se enciende en ira
I con desprecio, su ultraje mira!

Entre sí el Moro, por qué, dice, ella
Tan desdeñosa no es ménos bella!

Oh! si supieses la pena mia,
I con qué ahinco mi ojo te espia.

Ménos airada me mirarias,
Que digo? necio! mas me odiarias!

Odiame! i pueda tu atroz desvío
Zelar la audacia del siervo impio.

Odiame! i bellos, aunque con ira,
Hácia mi siempre tus ojos jira.

Burla, e insulta mi atroz tormento
Para que escuche tu dulce acento.

De tu altanero, señor protervo,
Ya no me tienen, las iras siervo.

Donde tu vives vivir prefiero:
Nunca a mi patria volver ya quiero.

Allí entre flores, no aroma bello
El suave esuvio de tu cabello!

Veré en el cielo, la luz radiante,
Mas no la risa de tu semblante!

De las florestas oiré el ruido
Mas no el del roce de tu vestido.

Tronco horadado, de fieras nido,
Seré volviendo donde he nacido!....

Cuando contemplas de la terraza
Del mar hirviente, la onda que pasa;

Desde la orilla la imájen miro
De tu semblante caro i suspiro.

Oh! cuántas veces, allí al mirarla

Ahogarme quise por abrazarla,

I entre sus aguas algun consuelo
Hallar al lóbrego, intenso duelo!

Oh! si supieses, durmiendo en calma,
Las ideas tétricas, que acosan mi alma;

Pienso en el hombre, que en tal momento
Dormir te mira, bebe tu aliento.

En el impío que insano ahora
Me roba el fuego que me devora!

Que a mis tormentos, al fin yo ceda,
Porque tranquilo vivir él pueda.

Cruel! mas ¡guai! ¡guai! si revienta
Mi odio i ansío lavar mi afrenta!

Sabré mostrarle, con esta mano,
Cómo no se ama, ni se odia en vano!

V.

Entre olmos i plátanos
Hai sitio escondido,
Do raudo camina
El límpido Sil.

Goza allí la mísera
Con su hosco marido
La esencia divina
Que brota el pensil.

—No miras cuán plácido
El río murmura?
No escuchas del viento
El vago rumor?

Parece que indómita
Oculta amargura
Te quita el contento!
Cuál es tu dolor?

—Preguntas inútiles
Ai! cesa te ruego!
Esta alma, placeres
No nació a gozar.

REVISTA DE SANTIAGO.

Yo nunca, recuérdalo,
He hallado sosiego,
Por qué, por qué quieres
Mi pena aumentar?

—Mi amor en tí pérfida
Jamás respuesta halla.
Tenaz mi decoro
Manchaste también.

La sangre a la mísera
Rebulle, mas calla.
I rueda entre el lloro
Disuelto el desden.

Pero él, mas cólerico
Perdida la calma,
Encuentra en el llanto
De crimen razón.—

Soi reo porque el pérfido,
Combato de tu alma,
Asíduo quebranto,
Continúa aflicción?

I siempre solícito
Yo de ella he apartado,
Esa ansia de amores
Contraría al deber?

—Tu cólera Foscari
Sufrió demasiado,
Tan necios furoros
Podrante doler.—

Qué? insultas? i tórbida
La mente, a una ofensa
Mas vile ultrajante
La mano elevó.

Al impetu hallándose
Anina indefensa,
Esquiva el semblante
I rápida huyó.

Tropieza en los céspedes,
I Foscari, viendo
Caída a la esposa
Aquiétase al fin.

En casa, su cólera
Burló; mas cayendo,
Su collar la hermosa
Perdió en el jardín.

Ahogan las lágrimas
Su pecho angustiado
I el tedio allí oculto
Le arranca el solaz.

La injuria, ella, lívida,
Del hombre malvado,
El bárbaro insulto
Mostraba en la faz.

VI.

El palacio en desórden se ha alzado.
Traicion! El señor ahorcado
En su estancia se mira, espirante,
Con su sangre teñido el semblante
Por la sogá del Moro fatal.

Se persiga al inicuo, se prenda,
Se encadene, mas nadie lo ofenda,
I el proceso, el castigo que sea
Un ejemplo a la impia ralea;
Que lo juzgue el mayor Tribunal—

Tales gritos, do quiera, resuenan,
Duros grillos su mano encadenan;
Ya una rápida barca lo guía,
De Venecia a la cárcel sombría
Do el sol nunca, su luz penetró.

De sus jueces llevado a presencia:
Pronto, esclama, dictad la sentencia.
El delito negar no deseo
Defenderme no quiero, soi reo,
Con mi muerte, la de él pague yo—

Consejero no hubisteis? Del hecho,
Esperábais sacar cuál provecho?—
Yo le odiaba, con odio furente,
I ver quise ese rostro insolente
Cual quedaba en el ánsia mortal.

Él de «negro» el apodo me daba,
I «tizon infernal» me llamaba!....

Quiero, al cuello esta soga apretarte,
Yo me dije, i tan negro dejarte
Que no tenga la Nubia otro igual.

I asi lo hice! Si hubiéseis mirado
Ese rostro en su sangre manchado!
Mas él nunca escupió vuestra frente,
No le oiste el mandato insolente
Ni su látigo nunca os hirió!

Impasibles, vosotros juzgadme,
Jente altiva, absolved, condenadme;
Resignado yo aguardo el momento;
Mas del alma el oculto tormento
Mientras viva jamas diré yo.

Castigadme, juzgadme, estoi pronto;
Ménos dura es la muerte que afronto
Que esa vida infelice i esclava,
Donde un necio señor me obligaba
La cadena a arrastrar del baldon. —

Calla el Moro! I doblada la frente
Ya camina el cortejo doliente
Que conduce al patibulo al preso,
Entonando el católico rezo
Demandándole al cielo perdon!

VII.

El collar encontró despues Anina,
Que en el fatal jardin perdido habia
I que encerrado en un papel venia;
Donde en estilo rudo se leia.

«Para ultrajaros yá, mujer divina,
Nadie alzará otra vez la mano impía.
Lo jura el Moro.»—Apena hubo leído
Le faltaron las fuerzas i el sentido.

GUILLERMO MATTÁ.

Noviembre de 1850.

CRÓNICA.

SANTIAGO, ENERO 10 DE 1851.

Exterior.—En el Perú se sabía ya casi completamente el resultado de las elecciones. El jeneral Echeñique, que de tiempos atras trabajaba su candidatura, ha sacado mas votos hasta la fecha. Sus competidores Vivanco i Elias le siguen mui de léjos en el número de votos i quedarán fuera de combate.

Los destinos del Perú parecen asegurados hasta aquí. Pero una convocatoria extraordinaria en estos momentos bajo la suposicion de que puede el congreso ser necesario en algunas dificultades electorales, ha esparcido en las poblaciones peruanas alarmas racionales. La constitucion tiene de antemano sanjadas las dificultades para que sea preciso convocar al Congreso que nada podria innovar ni determinar. La posicion del jeneral Castilla al entregar el mando puede serle favorable en el caso de alguna pretendida infraccion constitucional, que parece oler ya de léjos segun su manifiesta intencion de convocar el Congreso extraordinario. Si le faltan ejemplos, aquí tiene a Ochagavia i Lircay.

El ardor de los partidarios de Vivanco, la satisfaccion de los que elevan a Echeñique, esa movilidad e inquietud que ribeteen en cierto modo la indolencia peruana, hacen posible cualquier trastorno, cualquiera pacificacion a lo Santa Cruz, cuyo remedio no

le es desconocido al jeneral Castilla. Entre tanto confiemos en la resignacion de este presidente *in extremis*; esperemos algo de la popularidad de Echeñique i, en caso necesario, de su brazo si pretenden no dejarle vestir la casaca de presidente.

El Ecuador habia tambien reclutado sus electores para saber a quien encomendar su cuello. Novoa i Elizalde que son las personas capaces de encargarse mejor de este cuidado, serán los llamados segun las diversas correspondencias llegadas de ese pais. El yunque en que se forjan los presidentes no ha estado ocioso en este año. I como el martillo popular los hace a prisa i de mala gana, no es estraño que el temple de ellos sea tan jeneralmente malo.

En Bolivia vuelven de nuevo a renacer las cabezas de la hidra revolucionaria. Ya no es solo Ballivian, que aun no ha dejado su guarida en su pais; son otros caudillos los que en el interior sublevan las poblaciones. El presidente Belzú, que parece resucitado para condecorar a sus médicos, comienza a temer por su salud i a sentir por cierto, sus anticipadas recompensas.

Del otro lado de los Andes las cosas no avanzan, aunque el gobierno frances parece hoy mas decidido a cortar este nudo gordiano. Como estas esperanzas, ha habido en los tiempos pasados infinitas, i es probable que se prolonguen aun en el porvenir mas venturosamente a impulsos de la costumbre i de la resignacion providencial. La corte imperial tambien ha venido a poner el peso de su diadema en la balanza; todo eso puede ser brillante; pero tiene para los arjentinos poco prestigio su fuerza; i para destruirlos se necesita algo mas que amenazas, protocolos i buques a la vista. Rosas quiere habérselas con el emperador i trocar tal vez su chiripá rojo, por el manto de púrpura tachonado de avejás; sabe que mas reluce en su mano un puñal, que el globo imperial en manos de un eunuco.

Interior.—No se ha estrenado el año nuevo con ninguna novedad. I si hubiésemos de hacer una revista del año transcurrido, tal vez una inmensa melancolia velara nuestros pensamientos; seria un penoso trabajo volver a levantar ese velo del tiempo; seria tambien inútil rever en un pasado tan vacio las cosas que aun permamecen a nuestro alrededor.

Chile en el año 50 acaba de gastar casi un siglo de organizacion, de mejoras; hai hombres que consideran su progreso como una rápida sucesion de triunfos i quisieran en la mitad del siglo

clavarlo como un límite indestructible. Para los que han dirigido nuestros destinos políticos ya a influjos de la guerra, el favor, la intriga, la nación no debe marchar resueltamente; es para ellos un niño cuyos ayes deben inspirar solo sus pensamientos, i que no deben dejar partir sin moderar sus pasos.

El año 50 ha visto perecer dos ministerios; el de Setiembre que aun permanecía vivo en su muerte prematura, inesperada a influjos de una aplopejía fulminante; el ministerio de Junio, ese ensayo de una época nueva, ese nido de niños precoces que anticipándose a su edad, engañaron a los que los creían unos profundos políticos. Llegaban estos hombres, a nombre de las ideas i de la opinion, i no tuvieron valor para formularla; adoptando un sistema conservador i liberal, al mismo tiempo, fastidiaron a los ultras, con cuyos zancos se habian elevado en su indolencia para hacer algo nuevo, i destruyeron a los liberales, cuyas esperanzas burladas los lanzaba en una oposicion temeraria, indócil, e impotente.

Los conservadores de Junio que en la «Tribuna» anunciaban una era nueva; que tiraban una línea de division entre los pelucos desterrados a su club de la Compañía i los pipiolo coligados, entretenidos en masticar una indijente candidatura, desaparecieron de la escena politica sin llevar tras sí ni gratitud, ni gloria. Aun despues de la caída de este núcleo de partido, sus jefes espantados del escaso bagaje con que se retiraban vagaban, en el reino de los inocentes, en busca de sus pobres almas estropeadas.

El ministerio de Abril vino entónces a tomar en su mano las riendas del gobierno; venia en su principio, por la debilidad de su situación, con caricias liberales, con modestia calculada; mendigaba proteccion, como un marino que prevé el naufragio. Era solo un momento este ensayo; el club que ántes habia quedado fuera de la politica metia su brazo en este nuevo ministerio; lo empujaba, le daba sus inspiraciones, sus hombres, sus armas, sus intrigas.

Los ultra-conservadores, que en Junio se habian retirado tristes a sus tiendas, simulando temores i disgustos ministeriales, volvieron a atrapar la errante fortuna con todo el buen suceso de los primeros tiempos. La oposicion entónces aumentaba su ardor próxima a morir; los ultra redoblaban entónces sus esfuerzos; la fiera opositora asaeteada diariamente en su arena sangrien-

ta se cansa de gritar i expira en una casual e imprevista asonada de San Felipe como un miserable reptil. Era mas bien el burro con la piel del leon metiendo miedo en los bosques.

No les ha faltado a los ultra-conservadores ni sitio, ni asonadas, ni golpes de mano, estas tres furias que le han acompañado desde sus primeros tiempos. El asalto dado al club de la Patagua con bastones de este mismo palo, las disenciones entre jueces i jueces, el furor de la prensa opositora; todo esto pertenece al partido reinante. Cosa horrible sin duda cualquiera que haya sido el resultado; pero la causa seguida a los asaltadores da bien a conocer el orijen de la intriga i las medidas violentas que se siguieron para cubrirlo.

No contento el partido ultra-conservador con echar del ministerio a los de Junio, con apalea a los cublistas, con quitarles la mayoría parlamentaria, la seguridad i la libertad por 70 dias, impone al ministerio de Abril una candidatura oficial. De esta manera quedaba todo concluido i las esperanzas i proyectos reasumidos en el hombre que ellos designaban para la presidencia.

El señor Montt ha sido el elegido, el representante de todas estas cosas i hombres. Su intelijencia no ha podido ver el peligro en esta resurreccion inesperada de su nombre; restrictivo en sus ideas él viene a dar con su candidatura la medida de su capacidad i la clase de ideas i hombres que elevan su pedestal en la basura. Su ambicion natural no nos admira; hemos visto tantos elevados con ménos derechos que él; segun sus mismos partidarios todas las antipatías lo llaman a este lugar. Puede ser. Mientras el ministerio lo sostenga bien pueden creer que puede pasarse sin el odio o el amor de sus conciudadanos. El ministerio de Abril es el único sentido comun, el único pueblo que existe; su eleccion será un favor del presidente a quien por desgracia debemos tantos, que dudamos pueda la nacion pagárselos como debiera. Entre tanto la oposicion yace muerta, apenas removida por las quejas de sus desterrados; el partido conservador progresista que los señores García i Tocornal dejaron morir en su infancia apenas dá señales de vida; el que no tiene mordaza, viaja. ¿Se puede ilustrar la opinion con semejantes hombres públicos? ¿Se puede fiar en hombres cuyo carácter cambia sin la menor dificultad? El sentido comun del pais dice bien que desea una eleccion libre, que ansia por la libertad en todos sus ramos; esta parte del pueblo es tambien por desgracia la mas numerosa, la ménos politica; su número i su indolencia son fácilmente explotados por

unas cuantas minorías ambiciosas que sacan su fuerza de la pusilanimidad nacional, del egoismo de los unos, de los intereses de los otros, i de las rivalidades ambiciosas entre los llamados a figurar.

En la marcha fatal de los sucesos los partidos antiministeriales separándose del camino dejan pasar a todo escape a su enemigo. Son espectadores bulliciosos nada mas; va en la partida el país i la perderán por cobardía. Es preciso que no se lisonjeen con supuestas dificultades. En la actualidad no hai mas salvacion que la que inspire la jenerosidad i el desprendimiento. Salvar por lo ménos el principio si se pierde un hombre. La naci6n i los partidos quieren una eleccion legal; ámbos pueden considerarse fuertes. ¿Pero el ministerio puede tomar parte como la ha tomado hasta aquí? ¿La opinion pública oprimida por esta posicion ilegal de su gobierno, quedará silenciosa en su indolencia i se dejará imponer una humillacion?—La oposicion i el ministerio no pueden estar en cuestion delante del país; el uno por sus aberraciones i delirios anarquistas; el otro por sus ideas retrógradas, por su despotismo i sus influencias oficiales en el voto de los pueblos. La mayoría de ciudadanos no se ha alistado en estas líneas de indignidad i deshonor nacional; esta debe ahora hablar a nombre del país, del sentido comun; i la naci6n tendrá una candidatura que sea la espresion pura de su corazon, la conciencia misma de su libertad en sus mas augustas funciones de soberana.

Si pasamos ahora a considerar los proyectos ministeriales hallaremos en algunos de ellos grande ignorancia de los intereses del país i una gran fatuidad de competencia. Del mismo modo que sacrifican la libertad del mar a unos pocos dueños de buques viejos, verdaderas emboscadas ambulantes; así como tambien arruinan a Valdivia i Chiloé por hacer vender a los mercachifles de Valparaiso unos 40000 pesos en trapos, tambien arrojan del erario unos 50000 pesos a la Compañía del Pacífico. Felizmente el Diputado Bello pudo deshacer toda esa palabrería ministerial i aun parar el golpe traicionero dado a su informe, mediante una enmienda tonta. El Senado aceptó los 56000 pesos de subvencion. I se le ha puesto al ministerio no querer tener buques de vapor; por ir contra la Francia {cuyos paquetes mas caros, ménos andadores son preferidos a los del comerciante; a la Inglaterra que hace lo mismo; al Austria en fin en los mares del levante. ¿No le bastan estos ejemplos a los ministros?

Ya que les ha entrado esta loca i rápida simpatía por el sur

¿por qué no disminuyen su marina diminuta? Si quieren mover sus buques de guerra gastan inoficiosamente, en provisiones, en pertrechos, trabajan para pura pérdida. Con los vapores, tienen mas seguridad en los gastos, en el tiempo, i ademas tienen entradas que no pueden proporcionarles sus buques de guerra. Antes de seis meses podeis tener dos pequeños vapores sin gastar un real, dejando de gastar en dos o tres de vuestros buques de vela. Es verdad que así no favoreceis a los proveedores de la marina de guerra, ni a los directores de la Compañía del Pacifico. ¿No aborrateis a la nacion siquiera 50000 pesos por unos cuantos votos perdidos? Os creemos capaces de tal virtud i lo hareis. Ademas si tanto os apura esta comunicacion del sud pagad miéntras llegan los vapores, 4000 pesos por cada viaje a vuestros solicitantes de Valparaiso; pagad ménos al vapor del señor Lambert. Todas estas soluciones aun en este caso son mas favorables que las vuestras; porque se os ha puesto que vais a especular, que no podeis manejar buques de vapor. Pero podeis comprar buques de guerra, podeis vestir al ejército, podeis dar en remate el diezmo. Es cosa singular que pretendais no aborrrar nada, que no querais entradas. ¿Entónces con qué vivireis?— Cansa a la verdad tener que repetir estas vulgaridades a hombres envejecidos en la rutina e infatuados por su buena fortuna.

Opera.— La compañía francesa ha continuado con buen suceso sus funciones. El baile sobre todo ha concluido por arrancar grandes aplausos, i aunque ojos inquisidores han llegado a penetrar hasta en las sendas ocultas de la buena sociedad, sin embargo las bailarinas han podido cubrir esos avanzados i temerarios ojos, echando grandes piezas de jénero sobre ellos. El Intendente a influjos del juez eclesiástico ha decretado esta medida púdica; nos gusta esta tendencia sobre todo en tiempo de elecciones. Solo podia ocurrirseles a estos espías del pudor, estos buzos de la moral, que el baile es una profesion, es una industria como cualquiera otra, mas delicada, mas aérea, como hai muchas que no se atreveria a velar el Intendente; i que prueba mal corazon el conato de suscitarles perjuicios i preocupaciones injustificables. Si el pudor os lleva hacedlo mui en silencio. Nos admira sobre todo, que un antiguo calavera, como es el intendente, pase a ser jesuita; eso es aspirar a dos coronas en un tiempo en que apénas una puede ganarse.

Pero la *Silfide*, esta bella sombra que sigue a las bailarinas, ha

sabido vengar este ultraje a su libertad. Este periódico ameno donde resplandece a cada paso la gloria de la Dimier i la Soldini quedará para las Santiaguinas como la huella misma del carro de estas bayaderas. I cuando ellas hayan pasado, allí brillarán de nuevo las piedras preciosas que arrojaron en su tránsito. Al mismo tiempo que desaparecia el primer estornudo del *Album*, llega a sustituirle la *Estrella del Sur*, rival segun parece de la *Silfide*. El firmamento i el aire toman sus mas radiantes formas para hablar al público Santiaguino en un pedazo de papel. Ya saben el recibimiento de nuestros lectores en un país donde no se necesita saber leer ni escribir para ser ministro o presidente. La bella literatura i la política, aun la ciencia, han brillado tambien en el año 50. En el nuevo año aparece la *Estrella del sur* conduciéndonos quién sabe adonde; si hubiese aparecido durante el sitio los opositores habrian sabido que iban a Magallanes. Habrian dicho que era la estrella del ministerio de Abril.

El primer número del *Courrier des mers du sud*.

—El año nuevo ha visto aparecer en el horizonte de la prensa un nuevo astro tiempo há anunciado. M. Lenoir ha cumplido su promesa; la redaccion de su periódico semanal ha satisfecho nuestras esperanzas. Un periódico frances, una voz cercana de ese gran pueblo, un eco perdido aqui en lejanas costas de esa nacion cosmopolita, cuya alma se halla esparcida en todo el universo, cuyas gotas de sangre han servido siempre a la humanidad en sus convulsiones progresivas, todo esto i las simpatías personales por un país que conocemos nos hace saludar cordialmente al nuevo periódico i felicitar a M. Lenoir por su inspiracion. Ninguna diferencia de ideas en política o literatura, nos hará considerar al nuevo esparcidor de la intelijencia como un huésped incómodo. La ruta del espíritu es inmensa, un colaborador mas es un nuevo Colon. Innumerables bajeles cruzan el océano con mas o ménos fortuna; dos periódicos i millones mas pueden tambien surcar el mar de la prensa, con esa proteccion noble del marino, dándose ayuda siempre, i deseándose a la par buen viento i puerto a que arribar. El espíritu no tiene límites, la intelijencia esta brújula imperfecta se extravía en su inmensidad i cuanto mayor sea el número de los pescadores de la verdad, mas cercanos estarán los límites, i mas perfectos serán los instrumentos. M. Lenoir tiene el Evangelio por guía en sus ideas; esa es la divisa de su República. Sus talentos son un nuevo hallazgo para el periodismo.—F. M.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

Lamartine recibió a las 6 de la tarde al retirarse del Hôtel de Ville en donde había pasado el día la visita del jeneral Subervie. El jeneral le refirió lo que acababa de pasar en el Luxemburgo. «Veis, le dijo, como mis sospechas eran fundadas i como no se esperaba mas que vuestra ausencia i la de algunos de vuestros colegas para ejecutar la proscripción aconsejada por el Nacional i sus amigos.—Nada hai hecho respondió Lamartine; un acto tan importante como la destitución i el nombramiento del ministro de la guerra no puede llevarse a cabo sin noticia del ministro de Relaciones Exteriores i en ausencia de dos o tres miembros del gobierno. Os he prometido sosteneros con todos

« mis esfuerzos. Cumpliré mi palabra o me declararé en escision
« con el gobierno. Pediré mañana una nueva deliberacion; reclama-
«aré contra una resolucion que os sustituye i haré votar sobre
« la cuestion a todo el gobierno. Confio que la república no se ve-
«rá privada de los infatigables servicios que le habeis tributado
« desde su hora primera.—No, replicó el jeneral, me basta sa-
«ber que me cumpliríais vuestra palabra i que soi víctima sin
« vuestra participacion de una hostilidad o de una ambicion. No
« quiero la reparacion que me ofreceis; seria una desgracia para
« mí que mi nombre sirviese de texto a una division en el gobier-
«no. Por otra parte veo que tengo enemigos en su seno o en
« torno de él que no me perdonarian mi triunfo i que preten-
«diendo perjudicarme perjudicarian la cosa pública. Soi de la
« fecha de aquellos soldados que en nada se estimaban i que se
« sacrificaban espontáneamente por la patria. Quiero ser digno
« de mi época.» Abrazó a Lamartine i se retiró.

Tan luego como M. Arago se hubo hecho cargo del ministerio, los jenerales miembros del consejo de defensa se ocuparon bajo su presidencia de la reorganizacion del ejército sobre las bases propuestas por Lamartine como ministro de Relaciones Exteriores. El antagonismo que se habia revelado entre ellos i él con motivo de los cuarenta mil hombres que queria hacer venir de Africa i que estos jenerales deseaban conservar allá, subsistió siempre. Estalló muchas veces en disenciones casi acerbas i acabó ahogándose en el secreto de las deliberaciones del consejo de defensa, trabajando sin la intervencion del gobierno bajo la sola responsabilidad del ministro de la guerra. La ilustracion, la actividad, la enerjia de este consejo, correspondieron sin embargo en todo lo demas al pensamiento del gobierno. M. Arago con el concurso de los jenerales prosiguiendo los planes del jeneral Subervie, hicieron ascender el ejército en pocos meses de 370 mil a 465000 hombres. Los caballos de 46000 a 75000; las armas, los equipos, los uniformes, la defensa de las costas, el armamento de las plazas fuertes, siguieron una proporcion análoga de desarrollo. La república comprendiendo sus fuerzas navales i su guardia móvil iba a tener ántes del mes de Octubre un ejército de 580 mil hombres sin comprender los 300 batallones de guardia móvil departamental pedidos mas tarde como reserva por Lamartine i por Flocon, decretados por el gobierno provisorio i votados por la Asamblea constituyente. Volveré a ocuparme del doble motivo de esta creacion, pensamiento perseverante de Lamarti-

ne en el interes de la fuerza exterior i de la federacion interior de la república contra los asaltos previstos dados contra la sociedad.

XIX.

M. Bethmond, ministro del comercio i de la agricultura, se ocupaba en este momento en que estaba suspendido todo comercio, de consolar i dulcificar las angustias de la industria; ningun carácter mas aparente que el suyo para desempeñar semejante papel: paciente, sereno, resignado, atento, elocuente, lleno de alma i de compasion por las agonias de sus semejantes, M. Bethmont daba a la República el carácter de probidad, de solicitud i *de simpatia que contenia en si mismo*; asiduo i reflexivo en las sesiones se aprovechaba de los momentos de descanso que le permitia su ministerio para asistir al consejo del gobierno; allí se plegaba siempre al partido de la moderacion, de la legalidad i del orden republicano: bajo el tipo de los grandes majistrados de la Asamblea de 1790 su lugar hubiese sido a la cabeza de la majistratura.

M. Marie, de temperamento mas activo, de ideas mas atrevidas, mas universal i mas emprendedor, contemporizaba con los trabajos públicos harto suspendidos i harto rutineros una de las soluciones políticas i sociales de la crisis; habia sido, en concepto de algunos miembros del gobierno un vasto reclutamiento de hombres ociosos repentinamente destinados a algunos trabajos de fecundidad del suelo frances. Lamartine a este respecto pensaba como ellos; algunos socialistas entónces moderados i políticos, despues irritados i facciosos reclamaban en este sentido la iniciativa del gobierno; una gran campaña en el interior con herramientas o instrumentos en vez de armas como esas campañas de los romanos o de los ejipcios para la construccion de canales o la desecacion de los Lagos Pontinos, les parecia el paliativo indicado a una república que queria conservarse pacífica i salvar la propiedad protejiendo i ensalzando al proletario; era el pensamiento del momento: un gran ministerio de obras públicas habria sido la era de una política apropiada a la situacion. Una de las mayores faltas del gobierno fué aguardar demasiado ántes de realizar estos pensamientos; miéntras que aguardaba, los talleres nacionales hinchados por la miseria i la ociosidad se

hacian de día en día mas pesados, mas estériles i mas amenazadores al órden público.

En este momento todavía no lo eran; no eran mas que un espediente de órden i un bosquejo de asistencia pública impuestos el día siguiente de la revolucion por la necesidad de alimentar al pueblo i no alimentarle ocioso a fin de evitar los desórdenes de esta ociosidad. M. Marie los organizó con intelijencia pero sin utilidad para el trabajo productivo; formó brigadas; les dió jefes; les inspiró un espíritu de disciplina i órden; hizo de ellos por el espacio de cuatro meses en lugar de una fuerza a la merced de los socialistas i de los motines, un ejército pretoriano, pero ocioso en manos del poder, mandados, dirigidos, contenidos por jefes que tenían el pensamiento secreto de la parte anti-socialista del gobierno; estos talleres contrabalancearon hasta la reunion de la Asamblea nacional los obreros sectarios del Luxemburgo i los obreros sediciosos de los clubs; su masa i la inutilidad de sus trabajos escandalizaban a París; pero lo protejieron i salvaron muchas veces, sin que él mismo lo supiese; bien distante de estar a sueldo de Luis Blanc, como se ha dicho, estaban inspirados por el espíritu de sus adversarios.

No ascendian en un principio mas que a veinte mil; pero cada día les traía un nuevo reclutamiento de miseria o de huelga. La obra imprevisora i repentina de las fortificaciones habia atraído i fijado en París una masa de cuarenta mil obreros de mas, los que una vez establecidos en la capital, no querían salir ya de ella; estos obreros, terrapleneros o albañiles no tenían ninguna de las condiciones de una poblacion domiciliada: así expiaba la República la imprudencia de la monarquía. Los trabajos de lujo que son los primeros afectados por la crisis cesaban en todas las fábricas de París: las economías de los obreros se agotaban; las necesidades de sus familias se hacían sentir cruelmente. Los fabricantes ricos i jenerosos para con sus obreros conservaban una parte de ellos a medio salario; en ciertas manufacturas la mitad de los obreros en vez de trabajar toda la semana trabajaban cuatro días mientras que la otra mitad holgaba; despues abandonaban el taller para holgar a su turno i dejaban el lugar a sus camaradas; pero de semana en semana se cerraban grandes fábricas i los docientos mil obreros que poblaban los talleres de París venían de este modo a enrolarse sucesivamente en este ejército temporal de los talleres nacionales.

A estos obreros de mano se unieron bien pronto los de las ar-

tes liberales que habian apurado sus últimos recursos, artistas dibujantes, correctores de imprenta, empleados de libreria, manebos de tiendas, escritores, letrados, actores, hombres que no habian manejado jamas mas que el buril, la prensa o la pluma, venian esforzadamente a pedir en los talleres el azadon o la pala para remover la tierra en el campo de Marte o en las diversas canteras a que se les destinaba.

Encontrábanse en la mañana en los boulevards, en los Campos Eliseos, en todos los barrios de los arrabales pequeños destacamentos de veinte a cien hombres de todas las edades i de todos los trajes, trasladándose al trabajo precedidos de una bandera i conducidos por un brigadier; las fisonomías de estos hombres eran tristes; pero serias i pacientes entónces; veíanse marcadas por el honroso sentimiento del doloroso deber que cumplian para con sus familias i de los deberes que el gobierno llenaba para con ellos socorriéndolos por medio del trabajo; desgraciadamente este trabajo mal organizado no era mas que un pretexto de asistencia pública, un espediente de urgencia con el objeto de prevenir la carestia, las conmociones, la desesperacion; recojíanse a la tarde en el mismo orden a sus respectivos barrios, de los que ellos mismos formaban la policia i ejercian una disciplina voluntaria i mútua, se les pagaba el sueldo todos los sábados; no era una organizacion del gobierno como mas tarde se ha pretendido hacerlo creer; era una limosna sagrada e indispensable del Estado, honrada por la apariencia del trabajo; estos talleres de Paris que una misma necesidad hizo por instinto organizar en todas las ciudades industriales desacostumbraron, es cierto, a muchos obreros del trabajo sério; pero salvaron a las masas del hambre i de la desesperacion, a la sociedad de las conmociones i a la propiedad del saqueo.

El gobierno no cometió mas que una falta en un principio i fué la de no aplicar estos talleres a grandes trabajos de utilidad pública i no dispersarlos a distancia de Paris i de las grandes ciudades, hogares de sedicion; cuando se intentó era demasiado tarde: su ejército ascendia a ochenta i a cien mil hombres en Paris; hubiera sido necesario otro ejército para obligarlo a evacuar la capital, se les toleró por humanidad i por fuerza hasta que atravesada la época revolucionaria permitiese al trabajo privado reabsorver estos elementos i a la fuerza pública reconstituida dominar el desborde de ellos.

Tales fueron los talleres nacionales que se han presentado co-

mo un sistema i que no eran mas que un espediente pasajero, terrible pero necesario. Los hombres previsores del gobierno no cesaban de considerar con temor el momento en que la sedicion se introdujese en este núcleo de miseria i de ociosidad, i en que seria necesario disolverlo por medio de la prudencia o de la fuerza; la sedicion no se introdujo en ellos sino despues de la reunion de la Asamblea nacional en Paris; fué el escollo casi inevitable del primer gobierno regular de la república. Veremos mas tarde como era preciso fracasar en él.

XX.

De todas las instituciones republicanas la enseñanza pública i la institucion elemental gratuita dada al pueblo era una de las mas orgánicas i de las mas vitales. El jérmen de la civilizacion de un pueblo está en sus instituciones de enseñanza; miéntras que una jeneracion crece i muere, otra jeneracion nace i se avanza tras sus pasos para reemplazarla; las tradiciones de la primera son el patrimonio de la segunda. De esta manera la humanidad tiene siempre un eterno niño que instruir i educar.

Demasiado preocupado el gobierno de la tempestad contra que luchaba en el interior i el exterior no tenia tiempo de madurar en algunos dias i en algunas noches dilapidadas en las tempestades de la plaza pública los planes completos de una educacion popular; pero queria cumplir esta promesa de la república al pueblo i preparar el campo a la Asamblea nacional.

Un hombre de temple antiguo, de alma sensible, de espíritu enérgico, desconocido i calumniado despues por algunas palabras firmadas imprudentemente en el tumulto de los incesantes trabajos, e interpretadas por la malignidad del espíritu de partido en un sentido desmentido por su naturaleza i por toda su vida, M. Carnot, fué encargado de esta obra. El pensamiento de la revolucion era el que debia ser: prodigar la enseñanza al pueblo por medio de una institucion instructora que emanase de la república misma; hacer obligatoria la parte elemental jeneral i neutra de esta enseñanza; especie de sentido de la luz intelectual que una sociedad verdaderamente moral debe a todos los que nacen en su seno; no subyugar el alma de los niños al monopolio de un cuerpo docente; dar a la sociedad lo que le compete, a la familia lo que a la familia toca i a Dios lo que a Dios pertenece. La enseñanza republicana puede combinar todo esto en una sólida

organizacion de la universidad i en un completo sistema de libertad de enseñanza en concurrencia con la institucion instructora del Estado.

La república racional no podía querer ni encadenar la civilizacion i la conciencia al clero, ni interponer una mano profana entre la religion del padre i el alma del niño; debia pues, emancipar la conciencia religiosa de la tirania del Estado, como debia emancipar la intelijencia del pueblo de la supremacia impuesta de los dogmas. Su pensamiento i el del porvenir era la libertad intelectual como tambien la libertad civil de los cultos, la fé individualizada en el hombre. Dios, libre de manifestarse i de brillar por medio de la razon siempre en aumento en el espíritu humano; el sentimiento religioso solamente bajo todas sus formas; pero instituido, propagado, honrado, cultivado como dogma universal de toda sociedad espiritualizada.

M. Carnot pensaba i obraba en este espíritu. Tenia a su lado en la persona de M. Reynault, su subsecretario de Estado, las tradiciones de la época filosófica, corregidas por el sentimiento religioso i aplicadas por el sentimiento democrático. Las luces de la asamblea constituyente; los instintos fraternales de la verdadera república; la tolerancia, la libertad i la moderacion de nuestra época; tal era el espíritu de este ministro. El es quien tuvo mas espacio que todos de reflexionar i quien mejor meditó.

El primer acto de M. Carnot fué una circular al clero para declarar que la república queria ser religiosa, i para animarlo a volver a entrar en sus templos respetados por el pueblo i protegidos por el gobierno. Propuso dos leyes; la primera sobre la instruccion primaria, en la que concilia los tres principios arriba enunciados; enseñanza obligatoria gratuita i libre. Esta lei convertia al institutor en un funcionario de moral i de intelijencia pública. Fundó la escuela de administracion, escuela que adolecia del inconveniente de ser única en vez de ser especial a cada ramo de administracion; aumentó el sueldo de los institutores; fundó la escuela de maternidad, semillero de caridad para formar las madres adoptivas de las salas de Asilo: desarrolló la enseñanza agrícola en las escuelas primarias; provocó la adopcion por el Estado de los alumnos distinguidos que manifestasen vocaciones trascendentes; restableció los liceos; ordenó en ellos el estudio de la historia de la revolucion francesa; reprimió enérjicamente la indisciplina que el rechazo de la crisis de febrero hacia temer; propuso un Ateneo libre, complemento de estudios superiores i de cursos pú-

blicos, ejercitando el espíritu de la juventud a las mas sublimes especulaciones de la filosofía; organizó lecturas públicas en las horas de ociosidad del pueblo; estimuló la literatura popular de que casi carece la Francia; dió direccion i primas a este jénero de propagacion del pensamiento.

Fué engañado por la mala redaccion de estos libros populares; se le echó en cara como una propaganda funesta lo que no habia sido mas que la omision de su censura; hizo como los antiguos de la enseñanza de la música un precepto para la elevacion i modificacion del sentido moral i civilizador del pueblo; agrupó a su alrededor como consejo filosófico i literario los nombres mas eminentes i mas puros de la filosofía i de la literatura republicana, en cuyo número el pueblo contemplaba a Beranger, el hombre de sus predilecciones.

Una frase mal redactada, mal interpretada de una circular de M. Carnot, pesó despues sobre su administracion i borró todos sus servicios; ella no tenia otra intencion que la de completar la representacion de la agricultura diciendo a los cultivadores que ellos eran mas aptos para conocer i hacer valer sus intereses que representantes mas letrados pero extranjeros al suelo. Advertido M. Carnot de esta interpretacion, errónea, la rectificó bien pronto en términos que no dejaban duda alguna a la buena fé.

«Se ha presentado, dijo, mi circular del 6 de marzo como complemento de las que emanaban del ministerio del Interior: es preciso que me explique. Dos tendencias opuestas se personificaban a los ojos del público especialmente en M. de Lamartine i en el ministro del Interior; no necesito decir que mis simpatías eran del primero.» Era efectivamente Carnot el último de los hombres a quien pudiera acusarse de violencias o brutalidades demagógicas. Si la nueva república hubiera tenido que presentar a sus amigos o a sus enemigos un modelo de republicanismo intelijente i moral, en él hubiera fijado sus ojos. Espia palabras i olvidase su pensamiento i sus actos; pero el hombre se conserva intacto i la república tendrá que volver a encontrarle tarde o temprano.

El ministro de Justicia era despues del del Interior i del de la Guerra el mas estendido en sus atribuciones i en su personal. Grandes cuestiones le competian; M. Cremieux las abordó todas con tal precision que la Asamblea constituyente convirtió en leyes casi todos los decretos de este ministro.

En cuanto a las providencias concernientes al ministro del In-

terior, consistieron sobre todo en el despacho de comisarios i de sub-comisarios destinados a reemplazar a los prefectos i a los sub-prefectos en los departamentos. Casi todos los departamentos sin esperar las órdenes de Paris, habian transformado espontáneamente i sin violencia su administracion monárquica en administracion republicana. En ninguna parte habia resistido algun prefecto, jeneral o soldado. Parecia que la revolucion hecha ya en los espiritus, no tenia mas que nombrarse para hacerse reconocer. En todas partes i sin lucha, ciudadanos notables de la oposicion habian sido rodeados a la nueva de los acontecimientos de Paris por la masa de sus conciudadanos: conducidos a la prefectura o a la sub-prefectura habian recibido allí pacíficamente de manos de la antigua autoridad las riendas de la administracion. En todas partes tambien i con el mismo acuerdo los consejos de prefectura, los correjidores, los consejos provisorios de municipalidad, habian sido cambiados o reclutados de nuevos miembros que poseian la confianza de las poblaciones. La anarquía no habia tenido un minuto para introducirse entre los dos gobiernos.

Estas nuevas autoridades habian sido obedecidas por instinto con mas unanimidad aun que las autoridades antiguas; parecia que toda la Francia tenia el jenio de las revoluciones i llevaba a cabo esta transformacion completa de un orden monárquico a un orden republicano como un ejército ejecuta una maniobra a que la disciplina lo ha ejercitado. Es uno de los frutos de los treinta años de libertad constitucional que la Francia habia practicado desde 1814. La libertad i la razon progresan al mismo paso en los pueblos.

El ministro del Interior, M. Ledru Rollin, confirmó muchas de estas primeras elecciones de comisarios hechas por las poblaciones de los departamentos; envió otros de Paris. Las elecciones, sanas en un principio, atestiguaban el espíritu de elevada i liberal conciliacion que la mayoría del gobierno i que el mismo ministro del Interior querian entonces tomar i dar a los departamentos como tipo de la administracion republicana.

Seguir el espíritu de los departamentos en sus elecciones espontáneas; no forzarlos pero seducirlos a la confianza por medio de la estimacion que les inspiraban sus administradores; moderar lo que hubiese en ellos de excesivo; templar lo que fuese demasiado ardiente; encender lo tibio; tomar las riendas del gobierno en los corazones de los buenos ciudadanos; no dejar a las po-

blaciones agitadas tiempo de aperebirse del claro en la ejecución de las leyes del orden público: evitar a toda costa las guerras civiles i la efusion de una gota de sangre; compadecer, consolar, proteger a los vencidos: ennoblecer el entusiasmo de los vencedores por su propia jenerosidad; olvidar las quejas mútuas entre los partidos i confundir en la familia nacional a todos los que se confundian en el amor de la patria i en la defensa de la sociedad. Tales eran las intenciones espresadas en el Consejo por la unanimidad de los miembros del gobierno comentadas constantemente por Lamartine en sus arengas a las diputaciones de los departamentos i al pueblo en el Hôtel de Ville o en la plaza pública, i redactadas como primeras instrucciones dadas a los comisarios del gobierno por el ministro del Interior.

La mayor parte de estos primeros comisarios eran miembros de la Cámara de Diputados conocidos por la oposicion moderada al antiguo gobierno; redactores de periódicos democráticos acreditados por el aprecio de que gozaban; clientes de la prensa republicana de Paris i sobre todo del *Nacional*. El ministro del Interior les agregó algunos clientes del diario *La Reforma*, centro mas activo i mas revolucionario de las conspiraciones anti-monárquicas; i en fin un reducido número de clientes de las escuelas socialistas; hombres entónces tan moderados en su conducta como aventurados en sus ideas.

XXI.

Estas elecciones precipitadas, hechas por decirlo así al grito de urgencia i a la indicacion de los diversos partidos, no excitaban en el primer momento reclamacion alguna. El ministro indicó a sus agentes el espíritu de su administracion en una primer circular del 8 de marzo. La circular decia: «La Francia entera no ha tenido mas que una sola voz porque no tenia mas que una sola alma. Esta union de todos en un mismo pensamiento es la prenda mas segura de la duracion de la república. Debe ser la fuente de la moderacion despues de la victoria. Vuestro primer cuidado debe ser hacer comprender que la república debe hallarse exenta de toda idea de venganza i de reaccion, con tal que esta jenerosidad no dejen en flaqueza; absteniéndoos de toda pesquisa contra las opiniones i los actos anteriores. Observad como regla que las funciones politicas sea cual fuere el grado de la jerarquía, no pueden confiarse mas

que a republicanos probados. En una palabra a hombres de la víspera i no del dia siguiente.

Las primeras palabras de esta instruccion estaban completamente conformes con el espíritu del gobierno; las últimas eran una expurgacion de la Francia; expurgar la Francia de todo lo que no era republicano de la víspera era enajenar la república. La república, separando de ella a la mayoría de la Francia se convertia en un gobierno de minoría. Un gobierno de minoría necesita para fundarse i mantenerse intimidar a la mayoría, es decir, a la nacion. La república del 24 de febrero se desnaturalizaba i pervertia de este modo.

La diferencia radical en la manera de comprender i practicar la nueva república, se revelaba desgraciadamente en estas primeras palabras entre los miembros del gobierno. Era evidente que el espíritu póstumo i convencional dictatorial de los clientes de la reforma, trataba de arrastrar la politica interior al retroceso en la via de la expurgacion i de la intimidacion revolucionaria; bien que los actos fuesen tolerantes, las palabras eran acerbas. Esto bastaba para inquietar el pais en el momento en que era preciso tranquilizarlo e invitarlo en masa a la república.

Esta provocacion intempestiva dirigida a todos los que no admitian la república sino a condicion de transportar a ella la plenitud de su honor i de sus derechos, suscitó los primeros resentimientos i elevó los primeros recelos. Sin embargo, las medidas del ministro del Interior i de la mayoría de los comisarios que habia nombrado en nada correspondieron entónces a este lenguaje. Las palabras aparecieron como una concesion a un partido violento a fin de rehusarle los actos: ellos resbalaron sin que el gobierno juzgase apropósito levantarlos o desmentirlos.

El ministro del Interior absorbido en la inmensidad de los detalles de su departamento no podia materialmente responder de todo lo que se redactaba bajo su responsabilidad moral; hasta asistia rara vez a los Consejos del Gobierno que se celebraban todavía en el Hôtel de Ville en medio de la afluencia constante del pueblo. El gobernaba independientemente la parte del servicio público que se le habia devuelto.

Lamartine por su parte gobernaba con absoluta independencia la politica exterior i la porcion del espíritu público que correspondia a sus miras. Cada ministro era soberano en su centro de accion; no se sometian mutuamente mas que las cuestiones muy graves que afectaban a la politica en conjunto del gobierno.

Luis Blanc, Albert, ligados de antemano con el partido de la *Reforma*, se agrupaban con otros hombres activos de este partido i trataban de hacer prevalecer los unos sus doctrinas socialistas, los otros sus cavilosas republicanas. Flocon, talento mas político que especulativo, se esforzaba por equilibrar estas pretensiones de los socialistas i de los republicanos escesivos. Débensele muchos de los hábiles temperamentos que los dos partidos del gobierno tuvieron la prudencia de observar el uno con el otro para no romper con estrépito una unidad aparente que prevenia los destrozos en el pais.

Caussidière, espíritu maleable i fino bajo una corteza ruda e inculta, se inclinaba en apariencia a la política del ministro del Interior pero se servia de sus amigos en provecho de su propia importancia mas aun que lo que él les servia. Hombre de accion en contacto con el pueblo, circundado de una milicia a todo pronta, nada sin él podian sus amigos. Blasonaba de una independencia que le hacia sospechoso algunas veces, temible siempre. El partido del *Nacional* estaba en lucha con Caussidière; este partido creia que el prefecto de policía era el agente i el seide del ministro del Interior contra ellos.

Lamartine habia comprendido de una ojeada que habia un inmenso partido que sacar de Caussidière para el restablecimiento del orden i que era necesario engrandecerle contra enemigos mas peligrosos. Atestiguábale confianza, provocábale a pedir al gobierno atribuciones de policía mas estensas, fondos mas abundantes; en el Consejo tomaba la iniciativa en su favor para la creacion de cuerpos municipales armados, guardia republicana, guardias de Paris a las órdenes inmediatas del prefecto de policía. Veíale algunas veces particularmente; conversaba confidencial i francamente con él de la política jeneral interior i exterior. Nada se le ocultaba de la situacion complexa i de la ambicion del papel de Caussidière pero veia probidad en esta ambicion i lealtad bajo esta sutileza. Caussidière, tiene un corazon; este corazon era hasta honrado i jeneroso; se podia confiar sino en sus opiniones al ménos en su naturaleza. Podia soñar en grandes actos revolucionarios jamas en actos criminales; hombre de combate i no de anarquia, aspiraba a regularizar prontamente la victoria, a conservar la confianza de los amigos que habian conspirado i combatido con él; a conquistar la estimacion de los vencidos, la gratitud de Paris, a legitimar sus conquistas con sus servicios, i a cambiar el conjurado en magistrado. Amaba

al pueblo, pero no le lisonjeaba en sus excesos ni aun en sus ilusiones.

Lamartine le hablaba muchas veces del peligro de las propagandas comunistas de sus amigos del Luxemburgo i de la necesidad de volver a atraer estas teorías del desquicio social a la medida de las instituciones de asistencia i de instruccion, de socorros, de trabajo, de acceso de los proletarios a la propiedad. Caussidière era completamente de esta opinion. «El socialismo me embrolla, le contestaba con desprecio. Orden, trabajo, fraternidad en accion i nada de quimeras.»

Ayudó poderosamente a Lamartine a contener a los refugiados polacos, alemanes, belgas, italianos, que, querían arrastrar la república a las guerras de agresion forzada por intereses de facciones extranjeras. En un principio estos complots habian aparecido sordamente, si no favorecidos tolerados al ménos i animados por hombres muy cercanos al gobierno. Lamartine hizo comprender a Caussidière el peligro de estas tentativas que sublevaban la Europa contra la República, i que renovarían una coalicion; una política mas leal i mas hábil en su lealtad harían imposible esta coalicion.

XXII.

Una mujer escepcional por el estilo i un distinguido orador, Madama Sand i M. Julio Favre prestaban entónces el apoyo de su talento a la política del ministro del Interior.

Madama Sand, acorrida al viento de la revolucion, habia visto a Lamartine a su llegada a Paris. El ministro de Relaciones Exteriores se habia esforzado por conquistar a sus miras este jenio viril por la forma, femenino por la movilidad de las convicciones. Habia tenido una conversacion de muchas horas con esta importante mujer en una crisis en que la tempestad popular no podia gobernarse mas que por los vientos que se hicieron soplar sobre estas olas. Habia convencido a Madama Sand de que la salvacion de las instituciones nuevas no podia estribar sino en el repudio repentino, enérgico i completo de los excesos i de los crímenes que habian deshonrado i perdido a la primera revolucion. Le habia conjurado a que prestase la fuerza de que Dios la habia dotado a la causa del orden i de la moralizacion del pueblo; ella se lo habia prometido con aquel acento de apasionado entusiasmo que revela la sinceridad de las convicciones.

Solo le habia pedido algunos dias para ir a Bern a arreglar sus negocios; debia a su regreso redactar una hoja suelta popular que sembraria en el espiritu de las masas los principios de paz, de disciplina i de fraternidad a los que su pluma i su nombre habrian dado el prestigio i el resplandor de su popularidad.

Partió con esta intencion; a su regreso las antiguas predilecciones de su espiritu por las teorías aventuradas del socialismo la ligaron de nuevo por Luis Blanc a un centro de política opuesto. Lamartine supo que redactaba en el ministerio del interior un papel oficial titulado el «Boletín de la República; los términos en que estaba concebida esta hoja incendiada por las inspiraciones del comunismo traian a la memoria los recuerdos nefastos de la primera república; fanatizaba a unos de impaciencia, a otros de terror.

La mayoría del consejo informada de la existencia de este boletín se dolió de este extravío de un talento de primer orden que colocaba de este modo bajo la responsabilidad del gobierno palabras i doctrinas en abierta contradicción con su espíritu; el ministro del interior no tenia tiempo de vijilar personalmente este escrito emanado de sus oficinas; no prohibió sus exajeraciones nocivas; convínose en que ninguno de estos boletines particia ya a los departamentos sin haber pasado por el exámen de uno de los miembros del gobierno. Estos se distribuyeron los dias de la semana para esta inspección; los innumerables detalles de que estaban sobrecargados i los incidentes de urgencia sin cesar renacientes todos los dias fueron causas de desatender muchas veces este deber; algunos boletines se deslizaron todavía a favor de estas negligencias i llevaron a los departamentos escándalos i llamaradas de opinion. Algunos comisarios prohibieron prudentemente bajo su responsabilidad los carteles i la publicación en los distritos.

XXIII.

Sin embargo París, aunque de pié, estaba tranquilo. El Gobierno habia convocado a la Francia entera a las elecciones para el 24 de Abril. Era el tiempo estrictamente necesario para las operaciones materiales del mecanismo del sufragio universal.

La espectacion de esta grande instalacion de la soberania del pueblo apaciguaba la masa de los espíritus; irritaba a los otros; dos meses que pasar todavía de revolucion i de dictadura pare-

cian dos siglos. Lisonjeábanse en el partido ultrarevolucionario de que estos dos meses torturados de acontecimientos, de facciones diversas, de amenazas de guerra exterior, de conmociones i miserias intestinas no permitirian al gobierno realizar este acto sublime. Veíase entre él i el 24 de abril mil abismos en que le precipitarían ántes de llegar al día que habia fijado para res-
tuir el poder a la nacion.

LIBRO UNDÈCIMO.

I.

El partido moderado del gobierno, i era a la sazón casi unánime, contemplaba desde léjos con esperanza el momento en que la nación evocando de su seno todos sus derechos i todas sus fuerzas vendría ella misma a su propio socorro i se apoderaría solo de su revolucion. El partido anárquico i terrorista en el exterior contemplaba estremeciéndose esta hora que debía arrebatárle toda probabilidad de prolongacion de reinado i de subversion; este partido sofocado en los primeros dias por la derrota que habia sufrido en el Hôtel de Ville i bajo el entusiasmo de orden i de moderacion que despedia el alma unánime del pueblo, comenzaba a tentar pervertir la República en los clubs.

Los clubs, instituciones o mas bien resultado revolucionario, no son otra cosa sino el agrupamiento tumultuoso regularizado i periódico, la plaza pública concentrada en un recinto mas estrecho, pero animado de las mismas pasiones, ajitada por las mismas tempestades, hasta tienen un peligro mas que la plaza pública: el espíritu de secta i la disciplina combinada de los partidos. Tan luego como se restableció el orden en las calles por el buen espíritu espontáneo del pueblo i por las inspiraciones i la vijilancia del poder naciente, se formaron los clubs en todos los barrios de Paris; el gobierno no hubiera podido oponerse a ellos sin desmentir su naturaleza i sin desconocer la situacion.

Los clubs en semejante momento no eran mas que las voces dominantes de la opinion, los cuerpos deliberantes de la revolucion.

Algunos hombres demasiado horrorizados de las analogías con la reunion de los Jacobinos, creyeron la República perdida i el gobierno subyugado desde el día en que vieron organizarse los primeros clubs; otros comprendieron la diferencia que existía entre un solo club revolucionario afiliándose todo el espíritu de la revolucion como los Jacobinos i dominando la misma Convencion, i entre una multitud de clubs animados de espíritus diversos, diverjentes en el fin i en las teorías haciéndose oposicion i contrapeso los unos a los otros; de antemano despopularizados en el espíritu de los ciudadanos por los siniestros recuerdos de 1793 i ofreciendo al contrario a un gobierno hábil i firme de sus puntos de apoyo i de resistencia contra la unidad peligrosa de una sola faccion; así pues los miembros del gobierno provisorio no concibieron el terror que se trataba de inspirarles.

« Temblaria, dijo Lamartine a los alarmistás, sino hubiese mas
« que un club de Jacobinos i ni trataria de luchar contra seme-
« jante reunion con otras armas que con la insurreccion de los
« departamentos; le abandonaria la victoria i el imperio; pero
« con los clubs numerosos, libres, sin privilejios como sin coac-
« cion, nada temo sino tentativas confusas o aisladas contra las
« que el espíritu público i los mismos clubs nos servirán contra
« los clubs. Que me llamen, estoi pronto a presentarme en ellos
« como Dumouriez en 1792 i aceptar allí los diálogos i las acu-
« saciones con sus oradores. »

II.

Lamartine en efecto auxilió personalmente a los buenos ciudadanos a arrendar salones, formar oficinas i clubs bien intencionados en los diferentes barrios de Paris a fin de ocupar en la noche la ociosidad peligrosa del pueblo i dirigir su espíritu en el sentido de su política. De este modo entró en relacion indirecta con los clubs mas vehementes i peor inspirados para velar las explosiones, para refutar en ellos las mociones incendiarias por medio de oradores que neutralizasen las sediciones. A excepcion de algunos forajidos que pedian de tiempo en tiempo al club del palacio nacional la acusacion de Lamartine i su cabeza, i que eran silbados i arrojados de la tribuna por los concurren-

tes, el espíritu de los clubs había sido excelente i su accion jeneralmente útil hasta entónces. La presion del buen sentido público pesaba sobre los malos ciudadanos. El sentimiento de su unanimidad fortificaba a los buenos. El correjidor de Paris, con el objeto de facilitar estas reñniones había puesto provisoriamente a su disposicion muchos monumentos públicos i algunos salones de asilo o de espectáculo: de este modo el mayor número de los clubs estaba en armonia con el mismo gobierno i propagaba sus ideas de orden, de patriotismo, de exámen i de conciliacion en la muchedumbre. Un hecho vino a darles una fisonomía nueva i mas caracterizada.

El gobierno había abierto los calabozos en donde languidecían hacia muchos años los precursores de la república, convictos de complots o de atentados contra la monarquía. Dos de estos primeros combatientes de la causa democrática acababan de salir de prision: eran *Blanqui* i *Barbés*. Lamartine no conocía a Blanqui véase como conoció a Barbés.

Barbés había sido condenado a muerte durante el último gobierno por la Cámara de los Pares. A las cuatro de la mañana del día en que el reo debía ser ejecutado, una jóven se presenta a las puertas de la casa de Lamartine i solicita verle: Lamartine se levanta i va a recibirla. La jóven deshecha en lágrimas se precipita a sus pies; le dice que es la hermana de Barbés i le conjura para que salve a su hermano. Lamartine no tenia relacion alguna con la Corte; recuerda que la ha tenido con M. de Montalivet, ministro i amigo del rei; corre a buscarle. M. de Montalivet, corazon jeneroso en el que las inspiraciones no deliberan mas que el valor, estaba mui enfermo; no calcula ni su salud ni sus fuerzas; se levanta i se hace conducir al palacio del rei en Neuilly. El rei cuyo pensamiento en este asunto se anticipaba al de su ministro hace gracia de la vida al condenado.

Pero miéntras esta entrevista de Neuilly el motin de Abril rujia en Paris. Las descargas de fusilería estallaban en las calles. La Cámara de diputados estaba cercada de cañones i de tropas. A este aspecto Lamartine tiembla que el gobierno quiera hacer ejecutar la sentencia de temor que la gracia parezca a los conjurados debilidad i concesion. Bien pronto un segundo mensajero de M. de Montalivet le tranquiliza. El rei {persiste en perdonar esta sangre; Barbés se ha salvado. La hermana del reo esperaba su fallo en una de las oficinas de la Cámara de Dipu-

tados. Lamartine le vuelve la vida trayéndole la de su hermano. Se desmaya besando sus manos.

Siete años hacia que habia pasado esta escena cuando Lamartine, algunos meses ántes de la revolucion de febrero, recibe de Barbés dos cartas que este reo habia hallado el secreto de sus- traer a los carceleros de su calabozo en Nimes. Estas cartas decian a Lamartine: «Os debo la existencia; despues de Dios sois
« mi salvador; si salgo algun dia de estos muros derribados por
« el triunfo indudable de la república, mi primera visita será a
« aquel para con quien mi reconocimiento necesita descargarse;
« i espero que despues de haberme salvado la vida salvará tam-
« bien a mi patria.»

Barbés habia cumplido su palabra. El dia siguiente de su llegada a Paris habia venido a arrojarse en los brazos de Lamartine. «Me contemplo doblemente feliz de vuestra libertad, le dijo
« el ministro de Relaciones Exteriores. Sois libre, i es la repú-
« blica, este gobierno de vuestras predilecciones quien os reci-
« be en libertad; podeis serle mui útil en este momento. El pue-
« blo sin mas freno que nuestras palabras, necesita ser dirigido
« i moderado; os escuchará, sois uno de sus mártires; vuestras
« palabras serán sus oráculos; aconsejadle, no con la cólera de
« un combatiente sino con la jenerosidad de un vencedor i con
« la sangre fria de un hombre de Estado. La república no tie-
« ne mas peligros que correr que los de sus excesos. [Mostrad
« tanto heroismo para contenerla como impaciencia i valor ha-
« beis manifestado para precederla. Las ideas no se convierten
« en gobierno sino a condicion de regularizarse en orden, i en
« fuerza. Olvidad las tradiciones de la primera república i ayu-
« dadnos a fundar una que no se manche por la anarquia ni por
« los cadalsos, i que reconcilie poco a poco todas las quejas con
« todos los derechos.»

Tales fueron las palabras de Lamartine. Barbés las escuchó con todas las señales de aquiescencia de corazon i de espíritu.

« Estas ideas son tambien, dijo, las que he madurado dentro
« de mí mismo en mi cautividad i en mi relijion política. No quiero
« emplear la influencia que mi fama de víctima me dará sobre el
« pueblo sino para dirigirle en este sentido. Pero hace años soi
« extranjero al mundo político; era jóven cuando fui cargado de
« cadenas; no conocia las cosas ni los hombres. Me permitireis
« consultaros de cuando en cuando para volver a encontrar el

« verdadero camino si mi ignorancia de los negocios hiciese que me desviara involuntariamente de él? »

Lamartine le prometió abrirle su corazón cuantas veces lo desearse. Le recomendó que no temiese a los que confundirían la democracia i la demagogia, o que buscarse la mejora de las condiciones sociales de los proletarios en la subversion de la propiedad; base comun que encierra todo i sin la que propietarios i proletarios se desplomarian juntos en la misma ruina.

Halló en Barbés los instintos de una alma exaltada pero recta, i tantas disposiciones a la moderacion i a la conciliacion entre las clases, como él podia apetecer. Estas disposiciones duraron algun tiempo; habrian durado siempre si Barbés no hubiera sido bien pronto atraído por otro foco de opiniones. Volvióse a empapar en sus ideas de nivelacion radical de las condiciones i de las fortunas; miraje eterno de los amantes de la igualdad absoluta de los bienes desde los primeros cristianos i los Gracos hasta Babeuf i Marat. Virtud en principio, fraternidad en instituciones, demencia i crimen en realizacion revolucionaria.

Barbés fue bien pronto nombrado coronel de la lejion del 12.º distrito de Paris. Fundó un club que tomó su nombre. Las doctrinas del socialismo confundiéronse allí a la enerjia del republicano. El nombre de Barbés sonaba a los oídos del pueblo como un toque de alarma contra la monarquía i contra la clase acomodada. Barbés hablaba poco i sin lucimiento; pero tenia el acento del soldado i la fe del mártir. Era un Espartaco salido de los calabozos. Asemajábase a la estatua del esclavo vengador. Bello, pero marchito por las cadenas i devorado por el fuego inextinguible de las revoluciones.

Barbés habló muchas veces con amargura a Lamartine de otro hombre, su émulo en conjuracion i en cautividad; a quien una fatal coincidencia de azares acababa de libertarle como a él i de hacerle sospechoso a sus cómplices. Este hombre era Blanqui.

(Continuará).

CONTESTACION DE LAMARTINE,

A LOS ATAQUES DE M. CROKER A SU HISTORIA DE LA
REVOLUCION DE FEBRERO DE 1848.

AL SR. AMADEO PICHOT, REDACTOR DE LA REVISTA BRITÁNICA.

I.

Señor i antiguo amigo: Si el documento que publicais en la *Revista Inglesa*, emanase realmente de una mano o de una conversacion real, he aquí lo que yo contestaria:

Los corazones honrados no conocen *Væ victis*. Si he respetado al rei en su poder, mucho mas lo respeto en su caida. La majestad tiene derechos, el infortunio tiene siempre sus santidades. Es bajo este sentimiento que voi a examinar el documento cuya fuente buscáis tan alto. Pero este sentimiento *no debe* ir hasta dejar falsificar hechos históricos i envilecer a hombres, que si no tienen un lugar en las cronologías reales, tienen uno que quisieran conservar en la estimacion de las jentes honradas.

Paso, pues, sobre sesenta pájinas que vos llamais tan justamente *invektivas*, i creeria hacer la mas cruel ofensa al Príncipe que fue Rei, si atribuyese una sola de esas líneas a su inspiracion. Los principes destronados tienen el derecho, mui caramente adquirido, de maldecir las revoluciones que han hecho, i de atribuir sus faltas a aquellos que han tenido que soportar el peso de las ruinas de su trono i de su gobierno derribados. Pero esos principes tienen por escasa los errores i las ilusiones que sitian a las

Cortes; tienen por venganza el bien que han podido hacer, el mal que han podido impedir durante sus reinados; tienen por asilo el silencio i la dignidad histórica de esas grandezas que no se degradan ni aun al caer. Estoy convencido que ese príncipe no buscará jamás otras; pero aun cuando fuese de otro modo, esto no cambiaria en nada mi lenguaje. A las imputaciones de un rei sobre el trono, yo contestaria con la fiereza de las represalias; a los insultos de un rei sin corona, contestaré todavía inclinándome.

Pasemos pues, a los hechos: ellos solos exigen que se acuse de falsedad al escritor, cualquiera que sea, que los ha conocido tan mal o los ha alterado tan odiosamente.

El escritor acusa a Lamartine «de haber volcado i desencadenado, de acuerdo con los conspiradores, los instrumentos de asesinato i pillaje en Febrero de 1848 (página 11), de haber creado un reino de terror no admitiendo otro desorden sino el suyo. De haber enrolado en la *guardia movíl* 24,000 de los peores revoltosos o bandidos de la revolución (página 25); de no haber abolido el cadalso i rechazado el terror sino porque comprendia merecerlo para sí mismo, i de no haber sido humano sino por consecuencia (página 55), de haber tratado de poner obstáculos a la partida del Duque de Nemours, de los príncipes, de las princesas, del rei mismo; afirma que las órdenes del Gobierno Provisorio eran dadas *encargando a los guarda-costas de observar la mayor vijilancia para impedir la evasion de los fujitivos politicos*; de no haber dado aviso a Luis Felipe i a sus amigos del salvo conducto que el Gobierno Provisorio les habia al contrario preparado; un mensaje bien dirigido habria, sin duda, añade el escritor, podido encontrar a aquel príncipe en los ocho dias de su real peregrinacion. El señor de Lamartine no parece haber hecho nada, no solo para procurarle medios de fuga al rei, sino para facilitársela en caso de necesidad; la familia real no vió ningun signo de la proteccion de M. de Lamartine; *al contrario*, despues de haber sufrido una multitud de persecuciones i peligros sin ejemplo en la historia, a ménos de transportarnos al reinado del terror n.º 1. etc.» ¿Por qué todos estos sentimientos jenerosos quedaron encerrados en el seno o en el atril de M. de Lamartine, i por qué no se revelaron sino cuando ya no podian servir mas que para satisfaccion de su vanidad personal?... El rei corria el peligro casi cierto de un asesinato; todos los actos públicos del Gobierno, esa circular enviada a los puertos, esas órdenes de arresto espedidas simultáneamente en Paris contra la duquesa de Orleans

i contra los ex-Ministros, todos esos actos, decimos, tendian a arrastrar a la poblacion a violencias de este jénero; las centinelas fueron duplicadas en las costas, los caminos que conducian al puerto sometidos a una vijilancia rigurosa; en fin, obligado el escritor a reconocer los términos respetuosos en que M. de Lamartine habla de las desgracias, i aun de las faltas del rei, pervierte aun este respeto i lo atribuye a la prudencia del miedo que pide gracia anticipada a la eventualidad de las restauraciones.

«Sospechamos, dice testualmente en varios lugares, i entre otros, página 27, otro motivo a ese panejirico casi sin distincion. El señor de Lamartine no ha renunciado quizás al juego de las revoluciones; ha desaparecido en las olas, pero puede volver a la superficie; algunas vueltas aun de la rueda de la fortuna, el conde de Paris puede volver a entrar en las Tullerías, etc. Si la política de M. de Lamartine no es mui profunda, es conforme, al ménos, a la célebre máxima de la Rochefoucauld: «Vivid con vuestros amigos, como si hubiesen de cambiarse un dia en enemigos, i con vuestros enemigos como si hubiesen de ser un dia vuestros amigos.» *Bridonne* en sus *viajes* habla de un ingles orijinal, que en Roma no dejaba jamas de quitarse el sombrero ante la estatua de Júpiter. Habiéndole preguntado uno la razon: «quien sabe, contestó, si esta divinidad no es un dia reintegrada en su templo? Quizás entónces se acuerde de los que hayan sido cortes con ella en su desgracia. Es por esto que M. de Lamartine le quita el sombrero a Júpiter etc.» (página 28).

Veamos si estas imputaciones odiosas o ridículas, en lo que toca a los actos del Gobierno Provisorio relativamente a la familia real, tienen otros fundamentos que la malévola e ingrata acriminacion de M. Croker. Veamos como M. de Lamartine, entre otros, tan especialmente citado, ha creado el desórden de 24 de febrero, evocado el asesinato i el pillaje, favorecido las intenciones siniestras contra la familia real, enviado órden para el arresto de los fujitivos, prolongado sus ansiedades en su huida, suspendido la ejecucion de las medidas secretas i protectoras, decretadas por el Gobierno Provisorio para preservar esa familia de un ultraje, i a la República de una vergüenza.

Veamos si ha guardado en su seno o en su atril las órdenes preparadas para la seguridad del rei i de los príncipes, i por causa de quien ese príncipe ha errado varios dias sobre la costa de Francia en el temor de las persecuciones de un gobierno que no

buscaba su huella sino para apresurar, proteger i rodear de seguridad i de dignidad su partida. Veamos, en fin, si M. de Lamar-tine, que no habia quitado el sombrero durante quince años al Júpiter reinante, dispensador de los dones i de los favores del trono, no ha quitado el sombrero a la fortuna caída, i no ha hecho todo cuanto dependia de él, para alejar todo peligro i toda aspe-reza al triste camino del destierro. Era su deber mas que de ningun otro actor de esta revolucion. Va a verse por qué.

Restablezco los hechos i no cito ninguno sin nombrar al mis-mo tiempo los testigos i sin provocar el testimonio.

II.

Mi familia materna estaba ligada, ántes de 1789 a la casa de Orleans. Ella habia recibido títulos, honores i beneficios, cuyo recuerdo se habia trasmitido en mí con la sangre. Estos recuer-dos me prescribian un reconocimiento contra el cual el curso de las jeneraciones no tiene fuerza en los corazones bien puestos. La familia de mi padre no debia nada a esos príncipes. Ella se habia consagrado, al contrario, a los reyes lejitimos, a su des-gracia, a sus cadalsos; abrigaba contra la casa de Orleans esos resentimieutos i esas repugnancias inmerecidas [puesto que las faltas son personales], pero instintivas, que esa rama revolucio-naria de la casa de Borbon habia inspirado a los realistas.

En 1830, en momentos del advenimiento del duque de Orleans al trono, yo servia en la diplomacia. Acababa de ser nombrado Ministro en Grecia; supe en el extranjero la revolucion de Julio. El carácter de esta revolucion, que se contentaba con tomar un trono al sobrino para darlo al tío, me repugnaba. Yo no quise aparecer en ella, ni aun por medio del silencio. Vine a Paris, me diriji a casa del conde Molé, Ministro de Negocios Extranjeros, i le rogué hiciese aceptar al nuevo rei mi dimision. Reconozco, di-je, el derecho de las naciones de cambiar sus dinastias; no dispu-to con los hechos, pero no me prostituyo a sus caprichos; no quiero ser un parásito de la fortuna.

M. Molé me comprometió a que escribiese yo mismo, si persis-tia, una carta al rei para hacerle aceptar mi dimision. Lo hice. El Ministro entregó mi carta a ese príncipe en el Consejo. El rei la leyó, elojjó la conveniencia de mis expresiones, i me hizo de-cir que deseaba verme. Agradeci al ministro el aviso que me da-

ba de parte del rei, pero me abstuve de ir a las Tullerías, dejé la Francia i viajé tres años.

A mi regreso fui nombrado diputado. No me asocié ni a la oposicion ni a la mayoria. Permaneci aislado para ser libre, dejando a un lado toda cuestion de dinastía i votando ya en favor, ya en contra de los proyectos del Gobierno, segun me pareciesen útiles o perjudiciales a los intereses jenerales i permanentes del pais. Me abstuve con un escrúpulo severo de toda relacion con la Corte, el rei i la dinastía. Recibí reproches por esta reserva, pero que no cambiaron en nada mi actitud.

Dos veces, en circunstancias graves, el rei me hizo llamar. En conversaciones mui largas, mui íntimas i benévolas, ese príncipe desplegó ese raro poder de su palabra, de discusion i de seducion de que la esperiencia i la naturaleza lo han dotado, para determinarme a pertenecer a su Gobierno i aparecer en su corte. Enmudecí, me manifesté reconocido, pero inflexible. Tendria ménos fuerza, le dije, para servir a mi pais i aun a vuestro gobierno si consintiese en sacrificar mi independencía. Las convicciones desinteresadas son a veces apoyos útiles para un gobierno; las otras convicciones parecen condescendencias. No soi hostil, pero quiero permanecer independiente.»

III.

La coalision parlamentaria, verdadera data del sacudimiento de la monarquía, se formó. Era la liga confusa de todos los elementos mas incompatibles i disolventes, de todas las oposiciones radicales i de todos los descontentos personales, reunidos para minar, en una agresion comun, la prerogativa constitucional del Rei i el ministerio de M. Molé. Combatí casi solo durante dos años la coalision, cuya tendencia presentia claramente, como en lo que presentia ella misma. Defendí gratuitamente el ministerio Molé sin ligarme con él, i aun vituperando altamente en la tribuna algunos de sus actos. La Constitucion no fué defendida por nadie con mas enerjía que yo. El Rei me hizo dar por ello las gracias i aun me llamó para dárme las él mismo. Manifesté en esa conversacion la misma sensibilidad a su benevolencia i la misma inflexibilidad a sus exigencias.

La coalision triunfó al fin. Yo la combatí victoriosa como la habia combatido agresiva. Hablé con fuerza i obstinacion contra las fortificaciones de Paris preludio de despotismo militar.

El Rei me llamó nuevamente para convencerme de la necesidad de esta obra de predileccion de su pensamiento. Me detuvo una mañana entera, me encantó con los recursos de su dialéctica, pero no me convenció.

IV.

Despues de la caída del ministerio de la coalision operada por mí i por los 221 diputados constitucionales, se me conjuró a tomar una parte en los despojos, aceptando un ministerio en la nueva administración. Lo rehusé.

M. Guizot regresó de Lóndres, i despues de haber tomado posesion de la direccion de los negocios, me hizo el honor de ir a mi casa por dos veces para empeñarme a dar un acto de adhesion al gobierno, aceptando una de las grandes embajadas que estaba autorizado para ofrecermé de parte del Rei. Se lo agradecí i conteste: «Asegurad al Rei que mi intencion es de sostener el nuevo ministerio contra los asaltos i los resentimientos de la coalision, si ella se rehace, porque creo esta liga un principio de crisis para el país; pero quiero hacerlo de mi motu propio i en la plenitud de mi libertad. Dejaria de ser libre, si me dejase ligar por un reconocimiento cualquiera hácia la corona; guardad esos ministerios o esas embajadas para los hombres importantes que teneis necesidad de conservar o reunir al gobierno con lazos de esta naturaleza. Yo no aceptaré nada.

M. Guizot insistió; me observó, con razon, que el apoyo de un hombre político no era evidente a los ojos de la opinion, sino cuando ese hombre político aceptaba una solidaridad oficial con el gobierno. No perdonó nada para convencerme, añadiendo por último: «El Rei me ha autorizado para deciros que si esas embajadas, las mas altas que pueden ofrecerse a un diplomático, no os parecen equivalentes a la importancia del rol que acabais de representar, o aun a las conveniencias personales de vuestra fortuna, se puede añadir a ello en dignidades o en pensiones de supererogacion, todo lo que pueda completar a vuestros ojos esas situaciones.» Repetí a M. Guizot lo que yo habia dicho al Rei; es decir, que no queria ligarme por ningun precio al gobierno. Todo fué dicho.

IV.

Continué sosteniendo durante algunas sesiones, al ministerio contra la coalision que se disolvía. Despues, cuando el ministerio me parecia estraviarse i volver a la via de los abismos, lo combati bajo el punto de vista, de democracia progresiva, pero sin afiliarme con la oposicion.

Las cosas estaban en este estado, cuando las oposiciones parlamentarias, restos de la coalision, i los diarios coaligados, abrieron en 1847 la campaña de la agitacion del pais por medio de los banquetes. No solo no me asocié a ellos, sino que, aunque adversario de la politica anti-reformista, ciega e incorregible del Gobierno, hablé i escribí contra esa *miscelánea* de oposiciones que no pudiendo producir nada homojéneo como ministerio, no podia producir sino una revolucion. Declaré que esa agitacion sin fórmula comun me parecia confusa, temeraria, extra-constitucional. No asistí a ningun banquete político en mi propio departamento. Protesté contra los de Dijon, Chalons, Autun, (Véanse mis artículos i discursos de Setiembre i Octubre). No aparecí sino en el banquete personal i literario que me fué ofrecido por mis conciudadanos de Macon, con la condicion de que el correjidor de la ciudad i yo tendríamos solamente la palabra. Puede leerse mi discurso; en todo él se verá que combato las tendencias anti-reformistas del Gobierno, pero insistiendo sobre la necesidad, sobre la posibilidad de conducir a ese Gobierno a su verdadera situacion por la accion parlamentaria, sin conmoverlo ni derribarlo por una agitacion desesperada.

Vuelto a Paris algunos dias ántes del 24 de Febrero persistí en la misma opinion. Solo pedí con M. Duvergier de Hauranne i los hombres que veian prepararse la borrasca, que el Gobierno en vista del conflicto presentase una lei sobre el derecho de reunion contestado entónces aun a los mismos diputados. El Gobierno rehusó. Entonces me coloqué del lado de los diputados i de los pares que rehusan ceder sin lei el derecho de reunion al arbitrio de los ministros. Fuimos abandonados por la oposicion misma. Se renuncia a todo acto de protesta; todo parece concluido. Sin embargo, la agitacion se aumentaba; la oposicion, la guardia nacional i el pueblo adoptan por palabra de orden el grito de: *Viva la reforma!* La insurreccion vaga i diverjente, aparece calmada por un cambio de ministerio, bajo la presion de una

sublevacion el 23 a la noche. Estranjero a todos los elementos de que la jussurreccion se compone, i no sabiendo los sucesos sino por los rumores públicos, me complací de la calma de la emocion popular. El suceso del baluarte la despierta, Paris se cubre de tropas; la noche hace un paréntesis al combate i creo como todo el mundo al Gobierno armado de fuerzas superabundantes i dueño de la situacion.

El 24 a medio dia, me anuncian que la Cámara de Diputados está amenazada de una invasion; aunque enfermo, me dirijo a ella para dividir la suerte o el peligro de mis cólegas; las tropas se abren o se replegan; los jefes, sin órdenes titubean de tomar sobre ellos la direccion que nadie les dá; la guardia nacional interviene entre el pueblo i el ejército, el Rei se retira con su familia; la Cámara es violentada; ni Rei en Paris, ni gobierno fuera, ni ministros dentro, ni constitucion en parte alguna, ni fuerzas militares para garantir la representacion nacional; el pueblo en armas en su recinto; la duquesa de Orleans escluida de la rejencia por la lei imprevisora de su suegro; sin título legal, por consiguiente, para revindicar el Gobierno; el duque de Nemours, rejente de derecho, pero no pudiendo tampoco hacer valer su título i limitándose a proteger valientemente con su persona a su cuñada i su sobrino; el presidente de la Asamblea, amenazado i espulsado con violencia de su sitio: los diputados retirándose en la imposibilidad de deliberar constitucionalmente: dos de los poderes políticos destruidos; el tercero invadido i subyugado; oradores en la tribuna o sobre sus bancos, pidiendo con urgencia un Gobierno provisorio; yo inmóvil, mudo, espectador de esa escena de ruina; reflexionando sobre el mejor partido que se podia tomar para sofocar aquella anarquía i salvar este imperio de las últimas catástrofes. He aquí literalmente mi situacion a las dos de la tarde del 24 de febrero de 1848. Reflexioné, soi llamado por mi nombre a la tribuna, i sin titubear subo a ella, i me pronuncio por instinto i urgencia, por la creacion inmediata de un Gobierno de necesidad, de un Gobierno provisorio, encargado de contener la sangre, de sofocar la anarquía, de gobernar la crisis, de tomar las medidas de salud pública, de consultar la nacion, de volver la soberanía abdicada i perdida a su fuente, i de preservar a la sociedad con la sola mano bastante fuerte para hacerlo, por la mano del pueblo mismo.

Hé aquí mi rol exacto i completo ántes i despues de los dias de febrero. Una vez derribada la Constitucion, bajo el trono de un

Rei que no habia sabido defenderla, ¿habia en Francia un hombre politico, un ciudadano mas libre que yo de todo compromiso, de todo lazo, de toda dependencia de espiritu o de corazon hácia la dinastía de Orleans? Lo pregunto a todo hombre de buena fe; se lo preguntaria al mismo principe.

Habia pasado quince años reservando esta independencia a despecho de todas mis ambiciones, de todas mis fortunas politicas. Me habia rehusado obstinadamente a las propuestas del Rei i de sus Ministros; no habia querido tener ninguna relacion con los principes i con la Corte; yo no conocia a la duquesa de Orleans sino de nombre, por el interes que inspiraba a todos los franceses i por la ternura hácia sus infortunios; convencido el veinticuatro de Febrero a las fdes, que la tardía proclama de un gobierno de mujer i de niño seria la perpetuidad de una revolucion irritada por ese débil obstáculo, i que la envolvería tres dias o tres meses despues en charcos de sangre; ¿tenia el derecho de sacrificar una nacion a su ternura? Tenia yo una corona que dar a tal heredero de rama ilegítima contra tal otro? Tenia la obligacion de reconstruir una dinastía de 1830, contra una dinastía de 1815 proscripta? Era yo el hombre-liga de una usurpacion, o de una legitimidad? No. Yo no debía dinastías a nadie; i diré mas, yo que no habia negado mis respetuosos recuerdos por el niño proscripto en 1830, si hubiese tenido una dinastía que dar, no habria sido a la rama ilegítima a quien hubiese restituido la propiedad vacante de mi trono.

Para mí era evidente que solo a la soberanía imprescriptible de la nacion era necesario restituirlo todo, i esto fué lo que se hizo, no por mí, sino por el grito del buen sentido i de la salud pública. ¿Qué derecho tiene el escritor a quien me dirijo de disputarme una libertad de determinacion que no nacia sino de mi conciencia, no de él?

V.

No iré mas lejos en el exámen de este escrito. Temería que la mas involuntaria acriminacion contra el escritor de ultramar no hiciese nacer una pena mas en el destierro. No es para pedir gracia a la vuelta eventual de la fortuna que detengo mi rectificacion en los limites de una simple discusion de los hechos: es para hacer el sacrificio de mis mismas emociones a la desgracia i al os-

tracismo, los dos poderes que venero mas, porque son dos poderes desarmados, providencias sobre el corazon.

¿! qué gracia tendria que pedir a la dinastía de julio, si por su desgracia volviese a afrontar i provocar peores revoluciones sobre el trono de 1830? No soi yo quien le haya ofrecido ese trono o que la haya obligado a subir a él en lugar de un pobre niño proscripto! No soi yo el que ha mendigado, o aceptado uno solo de sus favores! No soi yo el que haya operado la coalision parlamentaria contra esa dinastía que yo no preferia, pero que aceptaba! No soi yo el que ha precipitado al rei del trono en 1848! Yo no me he arrojado a los sucesos, sino despues que el trono habia sido quemado en las Tullerías i que la dinastía de 1830, rodeada la vispera de quinientos mil soldados fieles i de un gobierno invencible en apariencia, se proscribia de sí misma al estruendo del cañon de Paris. No soi yo el que la ha perseguido en su retirada o insultádola en su destierro.

Pero soi yo el que ha dicho a la nacion, despues de operada la revolucion: Salvaos vosotros mismos, bajo el gran derecho de nacion i bajo la gran soberania de todos! Pero salvaos sin crimen, sin expoliacion, sin ofensa aun a la piedad. Sed República provisoria tres meses para reconoceros i consultaros; sed en seguida lo que Dios os inspire i lo que la voluntad nacional proclame preferible para vosotros; i, entre tanto, sed irreprochables hácia los vencidos, i mostrad al mundo una República inocente que todo el mundo tendrá el derecho de odiar, pero que nadie tendrá el derecho de acriminar! Habreis hecho dar así un paso de un siglo a la democracia.

Este es mi crimen, sin duda, a los ojos del escritor de ultramar; él preferiria que la naciente República se hubiese manchado bajo nuestra inspiracion, por medio de la sevicia, de ultrajes a la desgracia, persecuciones i barbarie; i no pudiendo encontrar hechos salvajes en nosotros los inventa. Nuestro gran crimen, voi a decírselo, es haber preservado a la revolucion de todo crimen! Pero a pesar del placer que se promete de verme pedir gracia, un día a la dinastía, le prometo yo de no pedir gracia de ese crimen ni a él, ni a la dinastía de 1830, ni a la República, ni a la historia! Es necesario que tome su partido; yo viviré i moriré en la impenitencia final, i no cesaré de repetir a la República: «Vuestra fuerza está en vuestra inocencia. Permaneced inocente, i sereis imperecedera! ¿Cuál es la monarquía moderna que pueda decir otro tanto?»

Sea lo que fuere de este acto tardío de acusacion, persistimos en creer que no emana del orijen tan alto a que se le hace subir. Si las revoluciones, i sobre todo, las revoluciones involuntarias, inesperadas, sin premeditacion, i sin cólera como la de 1848, estan obligadas a ser magnánimas, respetuosas i aun consoladoras hácia los reyes victimas de sus propias faltas i hácia las familias reales, victimas mas inocentes aun de las faltas de esos reyes; los príncipes precipitados o caidos por sí mismos del trono i legados temporariamente, sin otra injuria que la del destino, en un honorable i espléndido destierro, están obligados por su parte a la justicia de cargos i a la decencia su desgracia. La república de 1848 no ha faltado a su deber, el principe no faltará a su situacion. La historia observa al uno i a la otra; ellos se acordarán, por mútua dignidad, que están en presencia del tiempo. —

LAMARTINE,

Representante del pueblo.

CANTO A UN BARDO.

(DELIRIOS).

Es la razon un tormento,
I vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuérdamente analizar:
Fijo en él el pensamiento.
ESPRONCEDA.

I.

Bella es la vida, sí, cuando los años
Envuelve cariñosa la inocencia;
Cuando el opio letal de los engaños
No ha envenenado aun nuestra existencia!
Entónces no se lloran desengaños,
I abriga el corazon una creencia;
Entónces flores huella nuestra planta,
I mundo, vida, amores, todo encanta!

¡Bella es la vida, cuando amor extiende,
Para halagarla, su flotante ropa;
I en éxtasis sin fin, que no se siente,
Las amarguras de este mundo arropa.
Con sonrisa amorosa, amor le tiende,
Del ansiado licor la dulce copa,
Donde el encanto del vivir se anida;
I entre amor i plaçer, bella es la vida!

Jóven el alma, por amar se lanza
I por una mujer jime i suspira;
I a la luz de su májica esperanza

Cándida virjen en cada una admira.
Ardiente, i sin cesar, buscando avanza
Esa bella ilusion porque delira!
Anjélica vision, madona pura.
Que crearon sus sueños de ventura!

Oh! amara una mujer, i, entré sus brazos,
Dejar rodar la vida abandonada!
Bebera mor, en lánguidos abrazos,
I en su halagüeña i celestial mirada!
De flores bellas en amantes lazos
Nuestra vida presente i la pasada
Unir feliz! mirando en lontanauza,
El árbol florece de la esperanza....

Ved! entre nubes de luciente gasa
Virjen aérea, cándida aparece;
Estrellas nacen do su huella pasa, -
I en un trono de luz blanca se mece;
Sol son sus ojos, su mirada abrasa,
I cuanto mas se acerca, la luz crece;
I semejante a tierna golondrina,
Por el empíreo, rápida camina!

Ella es! ella es! La brisa pura
Con blando arrullo, la floresta mueve;
El ruiseñor entona en la espesura
Canto de amor, que el corazon conmueve.
Dulce, el viento, en los árboles murmura,
I, suave, anjelical, fugaz i leve,
Se oye, al susurro del callado viento,
De la que se ama el amoroso acento!

Qué bella está! De su rosada boca,
Guarnecida de perlas i corales,
Exhala aromas i el amor evoca
Envuelto aun en cándidos cendales;
Su mirada inocente, amor provoca:
I, en peregrinas formas, virjinales,
Donde quiera que pisa, nacen flores,
Que de la aurora, anublan los colores!

Una mujer! Consoladora fuente,
Que de esta vida brota en el desierto;
Donde logra apagar su sed ardiente
El corazon desconsolado i yerto!
Quién en sus ondas no bañó la frente?
Quién no detuvo allí su paso incierto,

Cuando, hastiado del mundo, maldecia
I en eterno dolor se consumía?

El amor en sus redes aprisiona
El alma virjen, que ilusiones sueña:
I a ese mundo celeste se abandona
Que su estasiada mente le diseña.
Siguedo quier la anjelical madona,
Que en su delirio apareció risueña;
Rodeada de encantos i hermosura.
Sífide bella, delicada i pura!

Es su querida el solo pensamiento,
Ella es su vida; vela vagarosa
En las alas pasar del raudo viento,
O en los pliegues del aura perfumosa:
Oyedo quiera su armonioso acento,
Como el eco de una harpa melodiosa;
I esa mujer, es la brillante estrella,
Que alumbra su vivir, diáfana i bella!

O fantástico amor! Eden florido
En este erial desierto: tu sonrisa,
Del alma aleja el fúnebre jemido.
I un porvenir risueño profetiza.
En encantado i lisonjero olvido,
La vida entre venturas se desliza:
Como entre flores cristalina fuente,
Plácida lleva su fugaz corriente!....

II.

Mas, ai! despues que adora estos encantos,
La delirante mente del poeta,
Cuadros divinos, melodiosos cantos,
Que crearon, su lira i su paleta;
Dolores, penas, desengaños, llantos,
Inundan sin cesar el alma inquieta;
Palidece la frente i su guirlanda
De flores bellas, aquilon desbanda!

I el corazon desgarran, a porfia,
Lentos pesares, fúnebre amargura:
Las horas, ai! son siglos de agonía,
I los dias brillantes, noche oscura.
Cómo hallará, placeres i alegría,
Quien perdió para siempre su ventura?
Quien lleva en su alma desgarrante duelo!

Quien vé entre nieblas su soñado cielo!

Ah! vosotros, vosotros, cuya vida
Entre delicias i venturas rueda;
Por los halagos del amor mecida,
Do mas deleites, la ilusion enreda;
No comprendéis de una ánima transida,
Que en el mundo infeliz nada le queda,
Su tétrico jemir, su acerbo llanto,
I este fatal i eterno desencanto!

En vano un mundo de ilusiones puebla,
Bello, cual él lo concibió en su mente,
Como un sudario, la flotante niebla,
Su hermoso mundo, cubre de repente;
Huyó la luz! la lóbrega tiniebla,
Queda tan solo al corazon doliente;
Que ansia romper la sombra que le oprime,
I nada puede!.... i desespera i jime!...

Por qué, por qué tan pronto, habeis volado
De mi infantil edad, años risueños?
Mundo feliz i encantador, poblado,
De ilusiones i cuadros halagüeños!
Oh cuán bello, a mi espíritu asombrado,
El porvenir, pintábase en mis sueños!
I exento de fatiga i de dolores,
Soñaba glorias i soñaba amores!

¡Cuántas veces en májicos pensiles,
El perfume aspirando del ambiente,
Pasaba, en dulces juegos infantiles,
Los largos dias del verano ardiente!
I, rico, de ilusiones juveniles,
Cojia rosas para ornar mi frente:
La guirnalda en mis sienes colocaba
I, gallardo con ella, me elevaba!

Era bello vivir! En lontananza
El porvenir, florido se extendia,
Con sus puros reflejos la esperanza
Sobre mi frente cándida, lucia!
Una voz me gritaba, avanza! avanza!
I yo, en mi orgullo estúpido, creía,
Que la voz a otro mundo me llevaba,
Mas hermoso i risueño, i....avanzaba!

Fatal engaño! La guirnalda amada

Calló al impulso de huracan violento:
 Como la hoja del árbol arrancada,
 Con sañudo furor llevóla el viento!
 Hora mi frente está, yerta, doblada,
 I en mi alma el corazon helarse siento!
 Ya nada le conmueve, solo llora;
 I, solo, el corazon, su afan devora!

Qué es de mi dicha? qué de mis amores!
 Nada!—murieron—i mi vida triste,
 Bajo el peso fatal de sus dolores,
 Errante e infeliz, jimiendo existe.
 En vano con sus májicos fulgores
 La juventud, tanta aridez reviste;
 Para el que lleva, perdurable hastio,
 El mundo mas hermoso, está vacío!

III.

Todo pasó! Cual vagarosa estrella,
 Las ilusiones puras, se apagaron;
 I de esa vida tan hermosa i bella
 Solo tristes recuerdos ¡ai! quedaron!
 Solo quedó en el alma, la honda huella,
 Que yertos desengaños le dejaron!
 Aroma vago de un celeste encanto.
 Duda, amargo pesar i amargo llanto!

Como la rosa, que se eleva ufana,
 Dulce néctar guardando en su corola,
 Abre, su lindo pabellon de grana,
 Cuando el alba los cielos arrebola;
 Como ella, mi alma, en juventud temprana,
 Tambien se abrió al amor, i, su aureola,
 Apénas brilla, lúcida, en oriente,
 Cuando pálida se hunde al occidente!

Triste de mí! Los años se pasaron,
 I al delirante corazon de amores,
 Unos ojos divinos cautivaron;
 I mi senda, el amor, sembró de flores.
 Llegó un dia fatal! se marchitaron!
 Ella aspiró un instante sus olores;
 I despues, ya cansada i desdeñosa,
 Rompió la flor de mi ilusion dichosa!

Esa mujer que se formó tan pura
 Vela, cual todas, pérfida, engañosa,

I, sus dorados sueños, de ventura,
Vuelan, como la esencia de la rosa.
Esa que un ángel celestial figura
No es mas que una mujer, ¡cópia horrorosa!
Mujer sin alma, que sedienta entrega
Su corazon, al último que llega!

En la senda de lúbricos amores
Su corazon impuro se ha gastado:
De la aurora, los nitidos albores,
Oscurísimas nubes han robado.
No susurra el ambiente entre las flores;
Las rosas del pudor se han agostado.
I en brazos del violento torbellino,
Van a cruzar el polvo del camino!...

Una mujer! es rápida centella
Que en tenebrosa noche se desliza;
Deja en el cielo relumbrante huella,
Mas, al instante, tórnase en ceniza.
Una mujer, encantadora i bella,
La mente del mortal la diviniza,
Un altar elevándole en el pecho,
¿I el ídolo dó está?...Rodó deshecho!....

I quizás la mujer nace a la vida
Para ángel del mortal; i, ángel, sería,
Si esta atmósfera, inmundada i corrompida,
No turbára en la cuna su alegría.
Flor, al nacer en el pensil, garrida,
Pierde, al crecer, su mágica ufanía;
I se convierte en tallo desgarrado,
Que arroja al lodo el vendabal airado!...

IV.

Eso eres mundo! Se te cree un cielo
Cuando el jóven abriga una alma ardiente;
Mas la horrible verdad descubre el velo,
I adios, placer, delirios de la mente.
Huyó la Silfa, en vaporoso vuelo,
I la Ondina, también huyó a la fuente.
Ya tu goce, desdeues solo inspira.
Todo en tí es vanidad, todo mentira!

Qué es el amor? Una ilusion dorada
Que el mortal vá siguiendo delirante,
Eden divino, cédica morada,

Donde se arroba el corazon amante.
 Mas al irle a habitar ¿qué encuentra? Nada!
 Fué una luz pura que brilló un instante;
 Blando susurro, de harmoniosa brisa,
 Que duró, lo que dura una sonrisa....

Veis esa flor, que en el jardin gallarda,
 Con su hermosura, espléndida, se eleva;
 I el rojo cáliz que en abrir se tarda
 Aromas lanza, qué delicias lleva?
 Mas ai' no la toqueis. Veneno guarda
 I el que su olor a respirar se atreva;
 En ese aroma, envuelto en su dulzura,
 El tósigo, vendrá de la amargura.

Despues, con la realidad aborrecida,
 Llega esa edad que de recuerdos vive;
 De los recuerdos de otra edad florida
 En que apenas un rayo se percibe.
 Cenizas apagadas danle vida;
 I con ella, tambien, pesar recibe,
 Porque llora los años que pasaron,
 Fugaces, ai! i el tedio le dejaron.

Qué mira en el pasado? Erial desierto.
 Qué en el presente? Oscuridad i nada.
 Dirije al porvenir, el ojo incierto,
 I, entre sombras, se pierde su mirada.
 Halla a sus plantas un sepulcro abierto:
 I mas allá, ni una esperanza amada;
 I cual la nave que huracan azota
 Entre peñas, sin rumbo en la mar flota!

Triste es la vida! penas, desengaños,
 El alma acosan, con tenaz porfia;
 Pasan los dias, pérfidos i huraños,
 Una ilusion llevando cada dia.
 Del fastidio, despues llegan los años,
 Mas amarga, con ellos, laagonia;
 Hasta que el alma, como flor maldita,
 Pierde el dulce perfume i se marchita,...

V.

Un sarcasmo es la vida! Todo es sueño.
 La gloria i el poder, son humo i nada;
 El porvenir fantástico diseño,
 Copa, el placer, de miel envenenada;

Una mujer constante, es un ensueño,
Que se apaga a la luz de la alborada;
Resplandor mentiroso la esperanza
Que sigue, el hombre, sigue i nunca alcanza!

I eternamente, al corazon pegado,
Como un remordimiento, vá el deseo,
Que roe, el corazon desesperado,
Como el buitro feroz de Prometeo....

.....
.....
.....
.....

Pero olvídense todo! Indiferente
Al placer, al dolor, rueda la vida;
I, alzando al cielo, la abatida frente,
Por el tedio, nublada i desteñida,
En los sueños busquemos de la mente,
Una esperanza, una ilusion querida!
I, sofocando, el ai! de los martirios
El corazon renazca en los delirios!...

GUILLERMO MATTA.

EL ÚLTIMO BAILE.

¿Tantos hechizos i lujosas prendas
De qué me valen en mi atroz martirio?
La tierna vida en brazos del delirio
Marcha con vendas

¡I sin embargo todo me es risueño!
¡Jamás encuentro largos los instantes!
I en medio de esos ratos tan brillantes
Húyeme el sueño.

Jóven i blando relució mi talle
I entre azucenas se ajitó mi paso,
Mas hoi camino triste hácia el ocaso,
Hoja del valle.

Los blandos rizos de aromal murmullo
En vano ruedan por mi sien tranquila.
No se abrillanta ya mi azul pupila
Bajo su arrullo.

Ya siento frijido mi cuerpo todo
Cual si esperase funeral sudario....
¿Ha de ir tan pronto del verjel precario
La flor al lodo?

¡Pobres quince años! ai! mortal belleza!
¡Tan esplendente ayer, de amor henchida,
Vertiendo pródiga do quier la vida,
Hoi ya pavesa!!

De mis hermanas con pavor me alejo
Por los placeres que tendrán de ménos.

¡Cuando ellas beban, ¡ai! los vasos llenos
Yo seré el dejo!

Espera muerte luego, que no es tarde;
Una hora dame para hacer un ramo;
Quiero que el último festín que amo
No me aguarde.

Deja que luzca mi postrer ropaje
I que me embriague voluptuosa danza....
¡Después, que muera pronto mi esperanza
Como un celaje!

Es un destello al fin de mi camino,
Tromba de rayos puros i suaves,
Blando concierto de celestes aves,
Algo sin tino.

Venga la danza pues por quien suspiro
El baile rápido entusiasta, activo,
I pase el tiempo volador esquivo
Mientras yo jiro.

¡Cómo me embriaga la danzante rueda!
¡Ya me arrebató un torbellino de hombres,
Que no conozco a fe ni por sus nombres,
I el chal enreda!

¡Mas; adelante; siga el vuelco airoso!....
O dulce noche esconde tu tristura
Mientras la dicha en el salón fulgura
Con almo gozo.

Una pareja ménos cede el puesto,
I las fulgentes luces no se apagan.
¡Pobres de aquellas, ¡ai! que así se vayan
Sin ver el resto!

Vaga cadencia vibra con donaire,-
I me parece májia tanto hechizo;
Se estiende lacio por mi cuello el rizo,
I escucha el aire.

Círculos grandes con primor se encienden;
Jira la sala cual movable esfera;
Rayos de fuego audaz que reverbera
El suelo hienden.

Hai en mi frente pálida un gran peso.

¿Es el cansancio ya de la alegría?

¿Es el susurro al acabar el día?

¿El son de un beso?

¿Estoy yo loca? ¿disolvióse el baile?...

No me acordaba; mas, este es mi lecho;...

Aun palpita de bailar mi pecho.

¿Quién reza?—¡Un fraile!...

¿Pero decidme qué horas han sonado?

Oigo oscilando lenta la balanza;

Tambien oscila triste mi esperanza

Temiendo el hado.

Las dulces horas para mí acabaron.

I un mismo cerco traza las amargas...

¡Cortas aquellas, ah! ¡estas que largas!

Todas me ajaron!

Cuando el oído pongo, su campana

Tranquila cuenta mi veloz latido,

I en cada nota veo ya perdido

Otro mañana.

¿Triste cuadrante, sordo centinela

Con una misma voz a todas horas,

Saben si ries por ventura o lloras

Cuando el son vuela?

Haced que cese el tiempo su carrera;

No quiero para mí contar la vida

Cuando en la hueca tumba ya se anida

La hora postrera.

Dadme a lo ménos mi lujosa ropa

I las guirnaldas que llevó mi frente.

¡Vierta el pasado en mi infeliz presente

Su dulce copa!

Vengan memorias, dulces ya pasadas,

Vuelva la vida con su sien de flores

Que me arrebatan ya de los dolores

Las oleadas.

Mas todo calla... al léjos un bullicio

Que por instantes mas i mas se pierde

Una luz sola funeral i verde....

¡Un precipicio!....

Apénas oigo susurrar la vida,

Ola que anuncia próximo el naufragio,
Como el acento triste del presajio,
Cual despedida....

Bellos delirios, deleitables sueños
Volad en torno de mí sien marchita....
I pase el alma a la forzosa cita
Llena de ensueños...

Ya me parece que diviso estrellas
Brillando puras en cerúleo manto:
I en mis pupilas un celeste llanto
Arrojan ellas.

Danzas i flores pasan ya de nuevo.
Vuelve la vida mas lujosa i fuerte
¿Esto se llama devaneo o muerte?
Yo el vivir pruebo.

Sigo viviendo siempre de ilusiones;
No oigo sonido alguno de la tierra,
Ni los volcanes que arden en la sierra,
Ni las canciones....

Una delicia colestial me inunda
Como el perfume fiel de la memoria;
Un adormido rayo de alma gloria
Mi sien circunda.

Apénas se oye lánguido el suspiro....
Mucho se alarga mi embriagante sueño....
¡Me llevan! ¡cielos ai!... fatal empuño!
¡Adios!.... espiro!

F. M.

ORIJEN,

PROGRESOS I EXTINCION

DE LA

ORDEN DE MALTA.

SEGUNDO I ÚLTIMO ARTÍCULO.

No esperaba Soliman la nueva de la derrota de sus armas, i así se indignó de tal manera al saber circunstanciadamente lo ocurrido, que resolvió intentar otra vez la empresa en la primavera del siguiente año. Por fortuna sus proyectos no podian permanecer ocultos, i La Valette previó con sobrada anticipacion la tormenta que le amenazaba; mas como sus fuerzas se habian aminorado mucho, disminuido tambien considerablemente sus recursos, i la isla toda se hallaba en estado poco a propósito para empeñarse en nueva resistencia, resolvió vencer por astucia al que acababa de experimentar los efectos de su entusiasmo i de su constancia. Historiadores de mucho crédito le atribuyen el incendio del Arsenal de Constantinopla, donde quedaron reducidas a cenizas gran número de las galeras que se estaban construyendo, los almacenes completamente abrasados, i sepultados entre las llamas multitud de trabajadores: a la verdad, admitidos como ciertos los designios del sultan, nadie mas interesado en frustrarlos que el gran maestre; en aquella guerra todo era lícito,

asi el ardid como la crueldad, i La Valette, que no contaba con elementos suficientes para hacer rostro al poder de su adversario, hubo de recurrir a un medio que en otro cualquier caso hubiera sido vituperado.

Con su enerjia i el prestigio de su nombre supo conservar este principe ileso el esplendor de su dignidad; sin embargo en los últimos años de su vida se suscitaron cuestiones i turbulencias que no pudieron ménos de ocasionarle una profunda melancolía, la cual le llevó al sepulcro en 21 de agosto de 1568. Su pérdida era tanto mas sensible, cuanto mayor la dificultad de sostener el engrandecimiento de la Orden. Habia adquirido esta bajo su mando toda la elevacion a que podia aspirar; por lo mismo comenzó a infundir inquietudes en los ánimos de algunos principes i potentados, que sembrando discordias i ambiciones entre sus caballeros, pretendieron unas veces apoderarse de sus bienes, otras cercenar sus prerogativas i hacerse partícipes de su soberanía. Los que desde luego i con ménos rebozo se encaminaron a este fin, fueron los pontífices. Ya en vida de La Valette habia Pio V dispuesto del priorato de Roma a favor de los cardenales, alegando ser los papas los verdaderos superiores de la Orden; i no bastaron las enérjicas reclamaciones del gran maestre para desviarle de su propósito. Con iguales miras se introdujo en Malta por el año de 1574 la Inquisicion, que en un principio se mostró inofensiva i cauta; mas en breve cobró tales pretensiones, que no solo tramó una conjuracion para derribar en 1580 al maestre La Cassiere, sublevando contra él al gran Consejo, sino que hubo vez de exigir que la carroza del soberano de la Orden hiciese paso a la de los inquisidores, qué en todo querian tener imperio i supremacía.

Asi fué que en aquellos mismos de quienes debian esperar mas amistad i apoyo, tuvieron los Hospitalarios sus mayores émulos i opresores; lo cual, si bien no impedia que la relijion atendiese a los principales fines de su instituto, fomentaba entre sus individuos el espíritu de desunion, i distraia parte de los recursos vinculados en los cargos de la Orden. Esta disminucion era tan poco sensible en un principio, que permitia atender a todas las expediciones i empresas en que se ocupaban sus caballeros; a prestar auxilio a todos sus aliados, i a la persecucion de los piratas, no solo en las costas de Italia, sino en las occidentales de Africa hasta la desembocadura misma del Nilo.

Sus galeras concurren a la memorable victoria de Lepanto;

i a pesar de la rivalidad que parecia existir entre la Orden i las repúblicas de Italia, ayudaron a los venecianos en sus guerras contra Turquía: la fortuna, enemiga a veces de las armas de la Religión, ejercitaba su inconstancia proporcionándole repetidos i señalados triunfos: llevó la fama de su nombre hasta las Antillas, donde adquirió en 1632 la isla de San Cristóval; i finalmente, dejando a un lado la prolija enumeracion de los hechos poco notables que constituyen su historia en lo sucesivo, nos trasladaremos a la época en que, como otras muchas instituciones antiquísimas, i cediendo al golpe que redujo a miserable estado imperios i reinos mas poderosos, perdió de pronto sus formas i derechos, su libertad i soberanía.

Debióse principalmente este menoscabo a la influencia que ejercieron en el siglo XVIII las doctrinas filosóficas. La América inglesa dominada por el jénio que mucho ántes habia abortado la independencia de la metrópoli rompiendo el yugo de sus tiranos, i las peregrinas ideas que propagaban por Europa los filósofos i economistas franceses, enjendraron el volcan que de allí a poco estalló con inaudito estruendo. Presajio de todas estas vicisitudes parecieron las largas i universales guerras, las ambiciones i despojos que experimentaron todos los pueblos del antiguo continente en aquella centuria verdaderamente calamitosa; i cuando después de tantas querellas interminables, de tantos acomodamientos inútiles, i ligas inconsideradas, i rompimientos irreflexivos, se creían fundadamente asegurados el sosiego i sistema político de Europa, con los tratados de Westfalia i todos los posteriores, vino una horrenda revolucion a introducir nuevas enemistades i preparar nuevas alteraciones, fundando imperios, reinos i repúblicas que habian de desaparecer en breve con la espada en que se sostenian.

Fácil es presumir que en semejante estado, no solo los cuidados de las potencias, sino hasta la atencion de los particulares se volverian hácia unos acontecimientos que tanto podian influir en sus respectivos intereses; i que por consiguiente desentendiéndose de la existencia mas o ménos próspera de nuestra órden, iria esta perdiendo insensiblemente su espíritu i su importancia, a medida que se hiciesen menores sus elementos de subsistencia i mas vago e innecesario el objeto de su fundacion. Nadie ignora por otra parte que las teorías filosóficas, cada dia mas jeneralizadas, se habian propuesto la supresion de toda especie de privilejios; i como la antigua religion de los Hospitalarios vivia de

ellos exclusivamente, no es extraño que se la mirase, sino con animadversion, al ménos con indiferencia. Su organizacion verdaderamente, la celebridad que se habia granjeado en el largo periodo de su existencia, la especie de confederacion i el sistema de igualdad que formaban la base de su gobierno, retardaron la ruina que el tiempo le preparaba; sin embargo a fines del mencionado siglo se hallaba en tal estado, digámoslo así, de decrepitud, que apenas ofrecia, como veremos despues, señal alguna de vida.

La revolucion francesa habia conmovido a la Europa toda, ostentando el heróico denuedo de un pueblo que ambiciona su libertad, aun a trueque de todos los horrores de la anarquía. Ni la formidable coalicion que la amenazaba por sus fronteras, ni la guerra doméstica que se nutria en su seno lograron abatir el poder de aquellos frenéticos republicanos; sus ejércitos por el contrario compuestos en su mayor parte de jóvenes bisoños i sus jenerales, poco célebres todavia por sus anteriores proezas, llegaron a hacerse dignos vencedores de los soldados i capitanes que mas renombre habian alcanzado en las postreras guerras de Europa. Con todo, los triunfos de la república eran obra de sus armas; el poder vinculado en estas debia absorber tarde o temprano todos los restantes, i el mismo gobierno que no habia tolerado hasta entónces agresion ni dominio de ninguna especie, debia concebir en breve recelos de su propia gloria i mostrarse ofendido hasta cierto punto de sus mismos libertadores.

Bonaparte habia oscurecido con sus recientes hazañas la gloria de todos sus compañeros; Hoche, que quizá hubiera llegado a ser su competidor, ya no existia; en el joven vencedor de Italia tenian ya puestas sus esperanzas los descontentos, i sus miras los ambiciosos; de suerte que si no se empeñaba al distinguido jeneral en alguna empresa árdua i remota, la libertad de los ciudadanos i las instituciones alcanzadas a precio de tanta sangre, sin duda perecerian. Esto calculaba el Directorio, presumiendo que los riesgos en que ponía al joven héroe serian el sepulcro de su fama i de su existencia; pero el cielo, que ordenaba las cosas de distinto modo, preparó nuevas complicaciones i sucesos mas inesperados.

Dióse a la vela en el puerto de Tolon la expedicion de Egipto el 19 de mayo de 1798: entre los navíos que componian le escuadra del almirante Brueys i los transportes reunidos en Jénova, Ajaccio i Civita-Vecchia, se juntaron hasta quinientas embarcaciones, en que iban cuarenta mil hombres de todas armas i diez mil

marinos. Bonaparte se incorporó sucesivamente a las divisiones existentes en los mencionados puntos, i formó desde luego el proyecto de apoderarse de Malta, cuya isla se reputaba aun como la llave del Mediterráneo; a cuyo fin habia entrado de antemano en relaciones con algunos de los principales caballeros.

Desde este momento debió juzgarse inevitable la ruina de la Orden, porque si los franceses no llegaban a hacerse señores de Malta, con el pretexto de evitar este peligro, hubieran consumado despues la misma tentativa los ingleses. Las quinientas velas de aquellos se desplegaron el 9 de junio delante de la isla, i so color de pedirle permiso para hacer aguada, entró Bonaparte en contestaciones con el gran maestre Fernando de Hompesch, quien alegando la prohibicion que le imponian los estatutos, negóse por el pronto a concedérselo. A esto únicamente podia reducirse su resistencia, porque la relijion no era ya sombra de aquel ilustre cuerpo, cuyas alabanzas habian resonado en otro tiempo por todo el mundo: su marina consistia en tres o cuatro fragatas casi inútiles, ancladas siempre en el puerto, i varias galeras que apénas prestaban ningun servicio; sus bienes habian quedado muy reducidos con la reciente pérdida de cuantos poseia en Italia i Francia; i como la postracion de los estados suele influir considerablemente en el desaliento de los individuos, hacia ya largo tiempo que no se ocupaban estos en los deberes de su instituto, pues no existia actualmente caballero alguno que hubiese hecho la guerra contra los berberiscos.

Todo esto lo sabia bien Bonaparte, i tampoco estaba ignorante de la consternacion que produjo en los malteses su llegada; así que sin pérdida de tiempo, oida la respuesta del gran maestre, mandó practicar el desembarco al siguiente dia 10 de junio i embestir la plaza de Lavalette, a pesar de su fortaleza. Al fuego de la artilleria de los franceses, respondió la de la ciudad como con timidez; algunos caballeros practicaron una salida, i quedaron la mayor parte en poder del enemigo, con lo cual i con la oposicion que mostraron a batirse con sus compatriotas varios individuos de la lengua francesa, comenzaron a amilanarse los ánimos de los defensores. En semejante estado, i conociendo el gran maestre lo mucho que aventuraba, movió proposiciones de paz que fueron al punto aceptadas por Bonaparte. Las cláusulas del convenio se redujeron en sustancia a lo siguiente: que los caballeros cedian a la Francia la soberania de Malta i las islas dependientes de ella: la Francia en cambio prometia su intervencion en

el congreso de Rastadt para que se diese en Alemania un principado al gran maestre i en el caso de no ser posible, le aseguraba una pension vitalicia de trescientos mil francos, i una indemnizacion de seiscientos mil al contado: concedia ademas a cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pension, i mil a los sexajenarios; i prometia su mediacion para que los de las demas lenguas entrasen a gozar de los bienes de la Orden en sus respectivos paises.

Este fin tuvo, despues de siete siglos de existencia, la célebre institucion de los caballeros Hospitalarios de San Juan Bautista; i en verdad que sus gloriosos antecedentes la hacian digna de mejor fortuna. El carácter aristocrático, como invencion de la edad media, que aquella república conservaba, la importancia de su situacion, lo relajada que se advertia la antigua disciplina entre sus individuos, i mas que todo el espíritu de la época, ansioso de conquistas e innovaciones, sujirieron a Bonaparte un proyecto que en otro tiempo hubiera sido temerario, i al presente de tan fácil logro como hemos visto. Sin embargo, la posesion de Malta por las armas francesas no podia prolongarse mucho si se malograba la expedicion de Egipto ántes de llegar a su destino: si la escuadra inglesa de Nelson que iba en su persecucion alcanzaba el triunfo que se prometia: tres mil hombres dejó Bonaparte de guarnicion a las órdenes de Vaubois; i a pesar de los reglamentos i minuciosas instrucciones que dictó para el gobierno de la isla, no dejaria de conocer cuán insuficiente fuerza era aquella para retenerla bajo su dominio.

En efecto, vencedor Nelson del almirante Brueys en el tremendo combate de Abukir, dirigióse a Malta con ánimo de bloquearla, i llevado a cabo su designio capituló la ciudad, i fué trasportada a su patria la guarnicion. Creían los caballeros sacar ventaja en el cambio, porque desde el principio de la revolucion habian mirado como enemigos a cuantos franceses tomaron en ella parte; pero mas adelante se convencieron de lo ilusorias que eran sus esperanzas en la Gran Bretaña, i aun entónces debieron ya presajiar que una vez señora de punto tan principal esta nacion, no habria fuerza ni astucia humanas capaces de arrebatársela.

Por esta causa fueron infructuosas las promesas que hizo el emperador de Rusia, i vano tambien el pacto estipulado en la paz de Amiens en 1802, por el cual se obligó la Inglaterra a restituir la isla a sus antiguos poseedores. Esta condicion, que

no sellevó a efecto, produjo en el siguiente año un nuevo rompimiento entre las dos potencias rivales, Francia e Inglaterra, que no tuvo para la Orden resultado alguno. Las continuas i sagrientas campañas que distrajeron en estos tiempos la atencion de Europa, no permitieron resolver nada acerca de la manifiesta usurpacion que se habia cometido; hasta que derribado Napoleon del trono de San Luis, i proscrito en la isla de Elba, se concluyó en Paris el 30 de mayo de 1814 por los plenipotenciarios de Francia i Austria el tratado jeneral de paz, que firmaron despues los representantes de las demas potencias, en virtud del cual la isla de Malta con todas sus dependencias se adjudicó definitivamente a la Gran Bretaña; siendo despues confirmado este pacto en el congreso de Viena, que fué como el complemento del anterior convenio. La órden, pues, que desde fines del siglo último quedó abolida de hecho, vió formalmente sancionada su supresion en la época llamada de restauracion en Francia; los soberanos que aun conservaban en sus reinos encomiendas i bienes pertenecientes a los Hospitalarios, pudieron disponer libremente de ellos; i los caballeros de las diversas lenguas que aun permanecian en Malta, se encaminaron a sus respectivos paises, excepto algunos naturales de Italia que no quisieron variar de residencia, i que sin embargo hubieron de contentarse como los primeros en el recuerdo de sus titulos o dignidades, sin mas derechos, emolumentos ni prerogativas. Posteriormente ha seguido la Orden en el propio estado de nulidad; i aunque el actual Pontífice parece que trata a la sazón de establecerla, al ménos bajo su primitivo carácter hospitalario, privada del asiento en que adquirió tan gloriosos timbres, de las encomiendas que constituian sus principales riquezas, i de la organizacion, imposible de conservar, que era su mas firme base, creemos que solamente en el nombre se asemejará a la antigua, i esto en el caso de que llegue a tener efecto propósito tan laudable.

Réstanos, como lo prometimos en el artículo primero, hacer mencion de algunas particularidades relativas al réjimen de la Orden i a los principales cargos que en ella desempeñaban los caballeros. Entónces indicamos ya las tres clases de individuos de que se componia, a saber: *caballeros de justicia, clérigos o sacerdotes i sirvientes*. Al honor de caballero de justicia, como el mismo nombre lo espresa, únicamente podian aspirar los verdaderos nobles, pues las rigurosas informaciones que solian hacer-

se exijian una nobleza de estirpe mas o ménos antigua tanto en la rama paterna como en la de madre; i por esta razon únicamente los comprendidos en esta categoria podian aspirar a las dignidades de la Religión que se distinguian con el título de *grandes cruces*, pero entre ellos estaban incluidos los *caballeros de gracia*, es decir, los hijos de padres ilustres i de madres plebeyas, quienes por medio de una dispensa del papa lograban introducirse en la Orden bajo dicha denominacion, que desde luego equivalia a una tacha. En las clases de clérigos i sirvientes no eran menester las condiciones de nobleza que en los caballeros, sino solo limpieza de sangre i algunos requisitos fáciles de reunir; por lo cual los sacerdotes gozaban en aquella religion de ménos consideraciones que los seglares, si bien formaban parte de ella, erijiéndose entre los capellanes el obispo de Malta, i el prior de la iglesia de San Juan, que ocupaban en el consejo los primeros puestos. Habia tambien señoras religiosas de la misma Orden en Francia, Italia, i España; nuestro célebre monasterio de Sixena en Aragon i el de Dalgoveira en Cataluña fueron sobrado distinguidos para que pueda ponerse en duda que las pruebas de nobleza que se les exijia eran mucho mas rigurosas que cuantas tenian que hacer los caballeros de justicia.

Respecto al traje que unos i otros usaban, no nos es posible detallarlo exactamente. Parece que en un principio era comun a todos el hábito de San Agustin, negro, con una cruz blanca de forma octágona, i de seda u otra tela que ponian sobre el manto al lado del corazon. Los caballeros llevaban a la guerra cota dorada, como un signo de preeminencia, con la cruz encima; por lo ménos así lo afirma el citado Andres Favín en su *Teatro de Honor i Caballeria*; pero mas adelante es de presumir que en esto como en otras muchas cosas se introducirian frecuentes alteraciones, siguiendo en el vestido el uso de cada época con aquellas restricciones que se tuvieran por convenientes; i así lo hemos observado en una coleccion de trajes de la Orden mas recomendable sin duda por la exactitud histórica que por la gracia de los dibujos.

Verificadas las pruebas *testimoniales*, *literales*, *locales* i *secretas* que mandaban los estatutos, e identificada por ellas la aptitud del caballero, podia ser recibido en la Orden en tres épocas diferentes: en la de *mayoría* a los diez i seis años, aun cuando hasta los veinte no tenia obligacion de trasladarse a Malta, pagando por derecho de *pasaje* o *recepcion* doscientos sesenta escudos de

oro; en la de *menoría*, abuso introducido en los tiempos modernos, en virtud del cual podia darse el título de caballero a un recién nacido, mediante breve de S. S., i satisfaciendo el derecho de unos 333 duros españoles; i finalmente se admitian tambien caballeros en el concepto de *pajes* del gran maestre desde los doce hasta los quince años, en que perdian este carácter, abonando por su recepcion una cantidad casi igual a la que se pagaba por la mayoría. Otra formalidad indispensable ántes de obtener el título de caballero de justicia eran las *caravanas* o expediciones que hacian los aspirantes al mismo título en las galeras de la Religión, ya para combatir contra sus enemigos, ya para prestar cualquiera otra clase de servicio. Podian pues considerarse como una prueba de idoneidad, duraban cada una por espacio de seis meses, i se requerian cuatro completas, aunque a veces se rebajaba este número i aun el tiempo de duracion, por gracia particular i en atencion al mérito de algun hecho distinguido o a la calidad de los insinuados servicios.

La Orden de Malta estaba dividida en ocho lenguas, correspondientes a las distintas naciones que en otro tiempo la componian: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Inglaterra, Alemania i Castilla, enumeradas siempre por este orden. Cada lengua tenia una dignidad particular que era su cabeza o representante; Provenza la de *Gran comendador*; Auvernia la de *Gran mariscal*; Francia la de *Grande hospitalario*; la de Grande almirante Italia; la de *Abanderado* (*Drapier*), despues *Gran conservador*, Aragon, la de *Turcopolier* o *jeneral de la caballeria*, Inglaterra, título que tomó mas adelante de resultados del protestantismo el Senescal del gran maestre; finalmente, a la lengua de Alemania correspondia el *Gran bailío* de la Orden i el *Gran Canciller* a la de Castilla. El obispo de Malta i el prior de la iglesia de San Juan estaban incluidos tambien en la categoria de jefes o *pilares* de la religion, que así se denominaban los susodichos.

Estos eran los *Bailios conventuales*, llamados de esta suerte porque debian residir ordinariamente en los conventos o domicilios destinados a cada una de las lenguas; i esta calificacion los distinguia de los *Bailios capitulares*, nombre que indicaba su concurrencia a los capítulos jenerales o provinciales de la Orden, lo cual no se oponia a que residiesen en los prioratos donde radicaban sus *bailiajes* o encomiendas. A esta clase correspondian tambien los *Bailios de gracia u honorarios*, título vano, aunque perjudicial al buen réjimen e intereses de la Orden, que como casi

todos los abusos introducidos, emanaba de la suprema autoridad de los pontífices.

Los *Grandes priores* eran los superiores de cuantos religiosos moraban en su priorato, distinguiéndose algunos con nombres particulares, como el de Portugal, comprendido en la lengua de Castilla, a quien se llamaba *Prior de Ocrato*, i el de Aragón, conocido en la historia por el *Castellano de Amposta*. Los *Comendadores* ejercian una especie de administracion sobre los bienes de la Orden situados en sus territorios o *encomiendas*, i sus cargos eran amovibles, porque siendo unas encomiendas mas ricas i productivas que otras, con la esperanza de mejorar de suerte, necesariamente habian de conducirse con integridad, como la mejor recomendacion que podian alegar en sus nuevas presiones.

Otros muchos destinos ménos importantes i honoríficos completaban bajo el aspecto personal la organizacion de aquella república tan singular como la de Venecia; secretarios, escuderos, caballerizos, procuradores, camareros, auditores, protectores, comisarios, gobernadores, comandantes, capitanes i otros cuya clasificacion seria tan prolija, que faltariamos a la brevedad que nos hemos propuesto, i abusariamos de la induljencia de nuestros lectores. Por la misma razón juzgamos conveniente no decir nada de la eleccion del Gran maestre, en que a pesar de las complicadas combinaciones que estaban prescritas, no dejaban de introducirse la intriga i el soborno; i por igual motivo prescindimos de otros puntos que como mas directamente enlazados con el sistema de gobierno de la Orden, parecerán a muchos preferibles a los que tan lijeramente hemos tocado. La dignidad de Gran maestre, superior a todas las demas en poder i categoria, llegó a tener, sobre todo en los postreros tiempos, ménos autoridad de la que convenia: sujeta por una parte a los votos i decisiones del Gran Consejo, que no siempre estaba dispuesto a complacerle, i sometida por otra a las ambiciosas exigencias de los papas, como hemos visto, no merecia los afanes i sacrificios que empleaban algunos para alcanzarla. Tenia a su alrededor todas las apariencias de la soberanía, i esto bastaba para que la contemplasen con ilusion los que no contentaban con los recuerdos de su ilustre cuna.

Hechas las informaciones de costumbre, se procedia a la admision de los nuevos caballeros, en la Orden de la siguiente forma. Presentándose el candidato con vestidura larga seglar, desatada, se arrodillaba ante el altar, teniendo una vela encendida en la

mano, que significaba la caridad, i poniéndose delante del caballero que le recibía, le manifestaba sus deseos de pertenecer a la sagrada relijion del hospital de San Juan de Jerusalem. El caballero le pregunta si pertenecía a otra Orden, i en virtud de su respuesta negativa, le recomendaba las obras de misericordia, exortándole al servicio de Dios i a la defensa de la fe católica, como asimismo a ser el protector de las viudas i los huérfanos. El candidato prometía no olvidar aquellas advertencias; i mandándole levantar el caballero, le ponía en la mano una espada desnuda que estaba colocada en el altar i tenía por leyenda estas palabras: *Por La Fé*. Le encargaba que se sirviese de ella para su defensa i la de la relijion católica, i despues que la pasase por el brazo en ademán de limpiarla i la envainase, hecho lo cual, i prescribiéndole que la conservase siempre limpia, se arrodillaba el candidato, el caballero le ceñía dicha espada en el nombre de Dios, de la Virgen Maria i del glorioso San Jorje o San Juan Bautista; le mandaba despues que la desenvainase i diese tres golpes al aire, como amenazando a los enemigos de la fe i en memoria de la Santa Trinidad, i vuelta a limpiar sobre el brazo, la colocaba otra vez en la vaina.

Exhortado de nuevo por el caballero a la práctica de las cuatro virtudes cardinales, tomaba este la espada del candidato, le daba tres golpes en el hombro i una pescozada, i le advertía que quedaba armado caballero. Calzábale despues unas espuelas de oro, i oída misa sin otra interrupcion, i recibida la comunión, volvía a acercarse el candidato al caballero, quien preguntándole lo que solicitaba, i respondiendo aquel que pedía entrar en la compañía de los hermanos de la sagrada relijion del Orden de San Juan de Jerusalem, le manifestaba que semejante honor no podía concederse sino a personas de muchos merecimientos, pero que en la confianza de que él se mostraría digno de aquella distincion, se le concedía. Declarábale en seguida todas las penalidades i contradicciones que tenía que experimentar, i vista su conformidad, le dirijía las siguientes preguntas: si habia hecho profesion en otra relijion; si habia contraído matrimonio con alguna señora; si estaba obligado a otros por fianza o deuda notable; si era esclavo o plebeyo de condicion, i padecía persecucion por la justicia. Desvanecidos estos reparos por el candidato, le amenazaba el caballero que si en algo hubiese mentido, sería expulsado de la Orden con grande afrenta, pero que no

siendo esto creible, quedaba admitido, ofreciéndole desde luego únicamente pan, agua, sal i un vestido humilde.

A continuacion i para prueba de obediencia le mandaba traer el misal, i abriéndole, poniendo el candidato la mano extendida sobre el Cánon, juraba observar los votos de obediencia, pobreza i castidad. Le ponía el manto, la cruz de ocho puntas, por alusion a las ocho bienaventuranzas, al lado del corazon, i le mostraba el cordon en que estaban representados la soga, los azotes, los dados, la esponja, la columna i la cruz de la pasion del Redentor, rodeádoselo al cuello. Finalmente le imponía la obligacion de rezar [cada dia 150 padres nuestros o el oficio de la Virgen o el de difuntos, añadiendo algunas otras prescripciones, le enseñaba la cota de armas o sobreveste que debia usar en la guerra, i terminaba la ceremonia con las oraciones designadas en los estatutos para tales casos, i con los acostumbrados abrazos que daba el candidato a todos los demas caballeros i amigos suyos.

CAYETANO ROSELL.

CRÓNICA.

SANTIAGO, ENERO 23 DE 1851.

Exterior.—Londres se ha agitado últimamente con la llegada de un arzobispo católico. El doctor Viseman ha sido el objeto de la burla de la ciudad protestante; el ministerio que ántes presentaba un bill para establecer relaciones con la santa sede, los ministros que enviaban en 1848 a Lord Minto desparramando promesas en Italia i sobre todo en Roma, esos mismos hombres que criticaban el recibimiento hecho a Haizeau, el verdugo de los húngaros, han resucitado los tiempos de la reina Isabel, paseando una farsa ridícula que insultaba a un tercio de la nacion inglesa, a una nacion amiga, i a la tolerancia relijiosa. El papa ha obrado para con Londres lo mismo que con Dublin. Pero el rei ingles no quiere ceder de su papado; i como tiene la pretencion de no poder pecar, teniendo sí ministros que pequen por él, ninguno puede disputarle su supremacía humana i divina.

La mayoría inglesa gusta de sus reinas papisas; porque un ingles nada quiere envidiar a los otros, pretende tener todo i no ser igual a nadie; el dia en que otras naciones imiten el esplin, ese dia los ingleses dejarán de ostentarlo. El protestantismo que en su principio no es mas que la duda de Descartes, un acto de independencía individual, ha dado a la relijion una autoridad mas

humana, ha establecido una religion oficial i ha trasladado al gobierno el poder que residia ántes en la tradicion. Esta contradiccion palpable entre el individuo que se emancipa como conciencia i el súbdito que esclaviza como ciudadano se vé en todos los paises protestantes. En lugar de moral teneis el interes, en lugar de buenas costumbres la hipocresía, en vez de humanidad, un egoismo hábil. ¿Cómo es que el hombre saliendo de la libertad viene a caer en una esclavitud mas indigna? ¿Qué quiere decir para un inglés un monarca al mismo tiempo papa?—Palabras solo; pero palabras que saben aprovechar; con las cuales diezman a los irlandeses; con las cuales se apoderaron de los bienes del clero i por las cuales vieron correr sangre inglesa a la voz de una reina cuyos labios desdeñó hasta el amor mismo.

En París el presidente habia leído su mensaje a la Cámara. Sus palabras de paz i de reposo anuncian bien su cercano fin; sus temores por el porvenir, su fácil condescendencia respecto de la asamblea i su tenacidad por cumplir con su deber, son otras tantas pruebas de incertidumbre o de malicia mas bien. Todavía puede conseguir el poder en una nueva constituyente. ¿Puede llegar esta sin conmover i poner en cuestion todo lo obrado hasta hoi inclusas las instituciones?

Bonaparte puede tener algo de zorro, pero le faltará siempre la uña de leon de su tio. Esta incapacidad es la clave de sus complacencias; hará tal vez su deber por miedo, pero de él depende que la Francia pase al nuevo presidente del 52 sin despedazar sus entrañas ya heridas.

La actitud bélica del Austria i la Prusia no llegará segun creemos a ningun resultado. La democracia ganaria mas en esta guerra i los reyes deben temer este llamamiento patriótico a las masas populares. El mas pequeño rompimiento jermánico levantaria la Italia i la Hungría; no es bueno jugarse con el leon popular ni aun despues de haberle quemado las garras; podeis encadenarlo, humillarlo, mutilarlo. En un momento se alza tanto mas cruel i sanguinario cuanto mas atado i envilecido estaba. Es como el Moró del poeta veneciano, Carrer en quien quizás, ha pintado a la Italia esclava vengando a la señora de mil naciones con el ahorcamiento de su tirano.

El jeneral Arista en Méjico habia sido nombrado presidente.

En Venezuela le ha cabido igual fortuna al jeneral Monagas hermano del antecesor. ¡Ya se imaginarán los medios!

Nueva Granada marcha progresivamente en la independencia

de las localidades; ve acercarse la hora en que toda la Europa pasará por Panamá en alas del vapor.

Novoa en el Ecuador estaba de presidente interino i la convencion seguia sus trabajos. El jeneral Elizalde, su rival armado, ha tenido a bien deponer las armas i contentarse con el nombramiento de su adversario.

En el Perú el jeneral Echcñique ha obtenido una gran mayoría para la presidencia. El señor Elias que le seguia unirase al anterior para hacer frente a las intrigas de los adversarios derrotados, en la sesion del Congreso extraordinario.

Bolivia apénas aquietada ve partir a los unitarios argentinos por una órden de Belzú. Es un sacrificio a Rosas que ha humillado siempre esta nacion i al partido que hoi domina. A la crueldad agrega Belzú en este caso la indignidad i deshonor nacional.

Del otro lado de los Andes se oyen siempre las amenazas portuguesas del Brasil, el tratado Lepredour que nunca llega a su fin i el terror de Rosas que nuevamente acaba de estallar en fusilamientos en Mendoza. Reina el órden pues en todas partes. Los jenerales han estado a la moda para las presidencias. Esta precipitacion en acabar con ellos a fuerza de premios, muestra bien las simpatías por esta clase tan gloriosamente fatal en toda la América española.

Interior.—La clausura del Congreso cuyos trabajos no podemos enumerar ha echado llave a las cuestiones políticas. Es la época del *far niente* ministerial; el gabinete mismo toma vacaciones en este tiempo para refrescar su vida gastada en los debates i reverdecer sus esperanzas a la sombra apacible de sus triunfos.

No se crea con todo que el trabajo disminuye en este apartamiento momentáneo de los negocios. El ministerio deja la vida pública i se consagra a su hogar doméstico; huyendo la luz enciende en familia los altares de sus penates. ¿Qué mas consagracion puede dedicar a sus proyectos? ¿No tiene un candidato que hacer fructificar en medio de este silencio, en medio de esta muerte aparente de los partidos, de las ambiciones?

Los ministros se deleitan sin embargo en ese religioso empeño. Antes podian ajitarlos la prensa, la tribuna i mil temores fantásticos. Hoi nada de eso existe; la nacion queda a un lado esperando nuevas cosas, como una librea incómoda buena para las fiestas públicas. Será de ver el trabajo asiduo de los hombres públicos, vistiendo hora por hora la figura de sus ensueños presi-

denciales. Cada día que pasa agrega un jiron mas a su candidatura desnuda ha poco de ropaje. Llega el mes i nuevas hojas salen al laurel, de nuevos brotes se adorna. Por eso los veis tan risueños en la marcha del tiempo; por eso sentis apénas el ruido de sus pasos; por eso los mirais escurrirse furtivamente por todas partes como un avaro que va a esconder sus riquezas.

Han hecho con todo un gran adelanto los hombres del ministerio de Abril. Apoyados por los conservadores reaccionarios han impuesto al presidente de la República sus opiniones, sus hombres hasta la candidatura oficial. Es duro para el jefe que se retira de la escena, con el gusto de todos, tener que inclinar su cabeza ántes de bajar; ese sacrificio {que irrita la voluntad individual, lleva el sello de una venganza lejitima e indica el triufo del partido contra los caprichos de un hombre afortunado.

La política del ministerio ha dado al partido ultra-conservador una fuerza irresistible; ha creado junto al presidente un círculo que le estrecha, le oprime i que camina a sofocarlo como los anillos de una gran serpiente.

El ministerio de setiembre, el ministerio de las nodrizas mejores, habia muerto la política aun en el sentido estrecho del partido; habia dado nuevas plumas a las alas del presidente; el uno marchaba a su pérdida bajo la rechifla de toda la nacion, el otro a un engrandecimiento extraño que ha concluido por una humillacion bien merecida. El actual vástago de los 20 años ha empleado 10 años en crecer i dar fruto; algo puede haberle quedado a la nacion de esta fecundidad. Un soplo de los pelucones ha secado el vástago para siempre. Este es el mejor servicio que ha hecho a la nacion el Sr. Montt. Junto con él aparece un partido diminuto si se quiere; una fraccion de los conservadores que tiene sus ideas necesarias i sus hombres del caso. Es un partido pero no una familia.

¿I cómo no ha de suceder así? Cuando los conservadores de Junio se oponian indefensos a una mayoría ignorante cuyas ideas i acciones inspiraban terrores, una minoría ambiciosa, suspicaz que desconfiaba de los que habia elevado antes, minaba subterráneamente al gabinete de Junio. Miéntas en el repentino movimiento de Marzo esos hombres inspiraban algo, miéntas el club de la Compañía se enmascaraba aun lleno de timidez, con la inocencia de los nuevos personajes, la nacion creyó por un instante que la libertad estaba con ellos. Nadie podia darse cuenta de ese estado revolucionario de los espíritus, al parecer mas apo-

cados i medrosos; la opinion siempre sincera cuando conoce su indignidad a toda luz, seguia con aplausos esta resurreccion de principios, esta purificacion de hombres mal vistos en otro tiempo.

Los conservadores progresistas temblando de resbalar de sus poltronas ministeriales, ensobrecidos con ciertos aires de popularidad, se atrevieron a balbuciar una candidatura que apenas pudo jugar un instante en sus infantiles lábios. La palabra era difícil de pronunciar i se quedaron en el cristo i sin cartilla i sin palmeta.

Los ministros Tocornal i García son responsables del estado actual de su partido. Como avergonzados de haber tenido un momento de independencia, se han dado tanta prisa en cerrar los lábios que ya no se sabe de ellos sino lo que quieren sus magníficos enemigos. Cualquiera diria que su silencio era una expiacion o por lo ménos una táctica diplomática para dar un *golpe a tiempo*. Lo cierto es que los ultra-conservadores se rien de ellos con razon i los entretienen con grandes discursos, muchas promesas, a ellos que han vivido de discursos, de promesas i que han caído por ser poco ambiciosos o poco hábiles. ¿Hai cosa mas rara que estos ex-ministros temiendo comprometerse contra el ministerio de Abril? ¿Pueden estos hombre públicos despues de haber dejado en puerto seguro el débil esqui de del ministerio de Abril agregar el ridículo a su impotencia primitiva?—Ven que el ministerio usa de todas sus influencias corruptoras para hacer triunfar un candidato; que la oposicion anarquista vencida en todas sus impotentes manifestaciones, es un cadáver; que el país desea una eleccion libre i sin embargo enmudecen delante de una perspectiva tan hermosa; no solo enmudecen; se ocultan abrigados bajo una piel ministerial o a la sombra de alguna esperanza interesada que los marchita de antemano.

No es para nosotros un pecado en el partido ultra, la candidatura Montt. Tengan las que quieran; deseamos libertad i no la puede haber desde el instante que el ministerio la impone. Haga el país una verdadera eleccion, nombre al Sr. Montt si lo desea, i nosotros nada diremos. Donde gobiernan las mayorias no podia haber otro deseo ni otra satisfaccion al principio popular que establece la lei fundamental.

Nosotros hemos creído siempre que el presidente saldria del partido conservador; hai sus matices alli; podrá triunfar este o el otro, pero para todos queremos la seguridad, la confianza. Si nuestras opiniones hubiesen de triunfar a costa de la deshonra

privada i de la indignidad nacional remunerariamos a la victoria. Queremos para nosotros lo que deseamos a los demas; libertad en las elecciones i separacion de los ministros en una candidatura oficial. ¿Es esto una quimera? ¿Un gabinete está obligado a faltar a su deber, aun bajo un pretesto patriótico en una lucha de rivalidades cuya preferencia es disputable?

Se trata de consultar a la nacion; se pide el voto al ciudadano; Sois soberano, decis al pais. ¿I quereis como ministros suplir a la nacion, arrancar el voto al elector; usurpar la soberanía en el momento en que os desprendeis de todo para averiguar la conciencia del pais, para proclamar el acto de su voluntad soberana?

Sin embargo la nacion se dejará explotar; vuestras influencias suplirán su libertad. ¿Pero no seria mas lisonjero para vuestro amor propio, para el mismo señor Montt el que la eleccion libre os diese la victoria? ¿O no creéis al pais digno de tal confianza? ¿O suponeis que no conoce ni las cosas ni los hombres?—Vuestra piedad en este caso es bien admirable.

Puede un pueblo no dar a conocer sus necesidades ni aun dejar pasar sus deseos. ¿Dejará por eso de tener cierta dignidad, cierto interes nacional? ¿Creis que porque no tiene ni prensa, ni tribuna, ni sufragio libre, la patria no palpita ocultamente en su pecho?—Seria preciso negar el hombre; decapitar al ciudadano.

Hai en Chile un partido nacional que no tiene sin duda representantes oficiales; es tan numeroso que no puede quizás reunirse en un centro comun; solo aparece cuando la salvacion del pais lo llama, cuando la guerra en sus fronteras lleva en el humo de la pólvora el eco de alarma. Podeis hacer elecciones sin conocerlo, podeis establecer sitios sin exasperarlo, podeis ir mutilando la libertad poco a poco sin que lance un jemido, podeis establecer el silencio de la muerte en el pais. ¿Qué ventaja sacariais de estas humillaciones? Cada amarra es un esfuerzo mas que pide otro; cada nuevo temor es una desconfianza mas; cada temeridad exige mayores. ¿Qué ganais en este ensanche de poder ilimitado que se agranda cada dia aumentando el número de enemigos ocultos?—Empleareis años de años en este afianzamiento lleno de angustias i temores, estirareis la cuerda del arco sin medida i en un instante, el menos pensado, todo cae al suelo. Por eso jamas se debe traficar con los medios prohibidos; jamas basta el silencio para la aprobacion del poder. Desde que la harmonia desaparece el desórden estallará pronto/Esta sola condicion hará mantener las relaciones de gobiernos i pue-

blos; es la lei de la naturaleza misma; en vano pretendereis separar las cosas, atarlas; todo al fin vendrá a ocupar su nivel, porque todo lo que es contrario al hombre i a la naturaleza no puede existir por largo tiempo.

Hai en el pais una tradicion revolucionaria cuya gloria no deja nunca de resplandecer en el horizonte de la patria. Ese recuerdo que el interes presente olvida pasa a ser la religion patriótica del pueblo. Su sangre la fecunda. El presente tiene sus partidarios tambien, esta época de organizacion violenta tiene a la par sus hombres. El pueblo les dá el impuesto.

El señor Montt es naturalmente el representante de esta segunda época, a veces tiránica i retrógada, otras liberal pero tímida. Sus servicios, su intelijencia, no han faltado al decenio del jeneral Búlnes. Cuando en los tres años de setiembre se retiró a su tienda, sin hacer nada por el pais, viendo impasible los errores del ministerio, la politica se redujo a un asunto de familia i de interes. Los ultra-conservadores que elevan al señor Montt, tienen el egoismo de su importancia, tienen en vez del pais el poder i harán triunfar su candidatura; su situacion politica i su fortuna valen para ellos mas que toda la nacion. I no se engañan. Una politica de partido, intolerante, un órden mantenido a todo trance i con los medios ménos populares aunque eficaces; he aquí el programa pasado presente i futuro de los ultra-conservadores. La inmovilidad es su sola politica.

Cuando los conservadores progresistas estaban por Aldunate establecian un antecedente patriótico; la gloria militar e ideas moderadas de progreso en un bosquejo de partido. El pais puede conocer estas diferencias, su simple vista basta para averiguar de qué lado está el elemento nacional. Pero los ministros Tocornal i Garcia han dejado su candidato, burlando a la nacion i manoseando un nombre para echarlo al vacio. No por eso este candidato pertenecerá ménos a las glorias militares, a las provincias que no entienden de programas ni centralizacion.

A las mismas necesidades pertenece el señor Benavente; hombre de la revolucion representa el órden al mismo tiempo; habiendo prestado su brazo a la primera época ha consagrado todos sus talentos a la organizacion del pais. Pueden haber otras exigencias impacientes en los pueblos; pero la faz verdadera de los partidos con sus errores, si se quiere, está en esos tres nombres. La nacion elejiria siempre el que haya vivido mas tiempo con ella, al que dándole independencia en los tiempos mas di-

ficiles no ha cesado en los mejores de asegurarla por medio de la libertad i el orden que fué la divisa de los señores Tocornal i García.

Si quereis un presidente oficial ahí teneis a Montt. Si quereis uno nacional cualquiera de los otros dos, segun vuestras simpatias. En el primero no hai mas principio que las influencias del poder i la capacidad del individuo. En los segundos teneis la tradicion revolucionaria, el respeto de ese pasado glorioso i los servicios actuales; la capacidad militar del uno i los talentos politicos del otro, la revolucion i el orden. No puede haber, lógicamente, sino estos tres candidatos; si el señor Montt triunfa, ojalá su intelijencia dé un desmentido a nuestros temores. Su circulo los autoriza.

Bibliografía. — *Reseña histórica de la Campaña del Perú de 1838 a 1839*. Esta nueva publicacion aparecida en el undécimo aniversario de la batalla de Yungai debe haber hecho sonreir al jeneral que consiguió la victoria. Ninguno mas que él necesita de estos recuerdos, i en el momento de dejar la presidencia de Chile para nunca mas volver, le será lisonjero envolverse en este manto glorioso para que el pueblo le deje pasar mas bien como un valiente que como un administrador gubernativo. La fortuna, sin embargo que lo coronó en Yungai, no le ha faltado en la paz. Era tiempo ya de que viniese la mala suerte.

El autor de esta *Reseña* animado de un zelo entusiasta por su país i de una fácil condescendencia al jeneral Búlnes, ha hecho mas bien un panejirico que una historia. Es difícil tambien escribir la historia contemporánea sin incurrir en dos abusos; la parcialidad excesiva i la independencia temeraria; se peca en todo caso o contra las personas si se es justo, o contra la verdad de los hechos si los acontecimientos determinan la importancia de las personas.

La Confederacion Perú-boliviana no fue en sus primeros tiempos un motivo de alarma para Chile, ni el pretendido equilibrio americano fue lo que movió el brazo de Portales. Es cierto que habia en esa usurpacion un fatal designio; pero el restaurador, que podia hostilizar a Chile haciendo el mal a la nacion que gobernaba, habia entrado a sangre i fuego en el Perú; habia legalizado su gobierno que la traicion o la cobardia dejó pasar; tenia en fia por la fuerza i por la lei toda la legalidad necesaria. ¿De dónde pudo venirle a Chile el deseo de oponerse a la marcha de

Santa Cruz facilitada por los mismos peruanos? ¿Cómo no se le ocurría igual jenerosidad respecto a la nacion argentina hecha pedazos entre las garras de los chacales de la pampa? ¿Por nuestra gratitud, por nuestra piedad a quien debiamos mas?—El ministro Portales veía con sangre fria la sangre de los argentinos i se armaba para establecer un pedazo de papel, para sustituir una Constitucion a otra en un pais que se amarraba a la cola del caballo del conquistador.

Santa-Cruz hostilizaba nuestro comercio, dice el historiador, nos miraba mal, nos ansiaba conquistar i hasta facilitó una descabellada expedicion tripulada por jefes aun mas descabellados. Cuando en uno de sus delirios de proscrito lanzóse el jeneral Freire a revolucionar su pais con una flota desarmada, llevando en sus naves al lado del patriotismo fanático, del ensueño febril del desterrado, la traicion misma, los espías mismos, del gobierno que querian destruir ¿quién pudo imaginar el buen éxito del suceso? ¿quién podría mirar sino como un delirio tal paso? ¿quién podrá creer que esos hombres vendían su patria a un gobierno extranjero?—Nada mas natural que Santa-Cruz deseara un gobierno amigo; i cuando encontraba un proscrito que llevara la guerra civil a Chile, cuando esplotando la desgracia ponía en manos de la venganza desterrada su propia ambicion, era preciso aun en la distancia asegurar el engrandecimiento de su poder. Santa-Cruz solo temia a Chile.

Pero en ese entónces el ministerio Portales supo agitar todos los temores, todas las venganzas i manifestar al pais que Santa-Cruz queria conquistar a Chile, que los proscritos habian vendido la patria, que a su alrededor el oro, los puñales, todo se hallaba en favor de una traicion semejante. Agregad la charla temeraria de los peruanos vencidos i refujiados, ofreciendo al gobierno toda facilidad, diciéndole que bastaba un uniforme chileno en las playas para levantar todo el Perú. El ministerio que se preciaba de enérgico para ocultar mejor su ambicion queria vengar un ultraje, i vengarlo a poca costa; tenia todo el sur del Perú, contaba con varios jefes bolivianos. ¿Con qué no contaba entónces ese ministerio belicoso para conseguir un triunfo fácil i hacer perdonar a fuerza de gloria las venganzas de Lircay i los torres i sangre que le signieron?

A pesar de estos esfuerzos el pais no se agitaba; veía con desconfianza los aprestos; admiraba a Portales en el nuevo camino que abría a su ambicion i apenas tenia cierta repugnancia por

el injusto restaurador, por el presidente republicano con aire de príncipe i otras ridiculeces.

El ejército mismo hábilmente corrompido, sin una conciencia ilustrada de lo que iba a hacer, tal vez de antemano conmovido por la funesta expedición de Freire, llegó a insurreccionarse contra la guerra; no bastándole eso, sin conseguir el triunfo se convierte en una banda de asesinos; dejan de ser conspiradores para ostentar la mancha del bandido. El Ministro Portales, el hombre enérgico, el único que soplabá en la guerra el aliento de su ambición muere asesinado entre la soldadesca ebria. Una mano cobarde, al huir, deja en su cuerpo el acero manchado; los soldados de paso le imitan; i tanta fuerza perdida viene al fin a quedar en un acto de corbade asesinato. Poco despues esos amotinados murieron en un patibulo; i muchos aplaudieron a esa crueldad despues de tanta cobardía. El Ejército entónces perdió su prestigio para siempre.

El motin de Quillota, la muerte lamentable de un ministro de carácter sublevó los animos de todos. La guerra adquirió mas partidarios desde luego; se ansiaba ver partir de las playas chilenas esos soldados que habian perdido su honor en el país.

La paz de Paucarpata el 17 de Noviembre de 1837 fue el resultado de esa primera expedición que partía dejando al país bajo el dolor i la incertidumbre. Ya no se deseaban sino triunfos i combates; la opinion pública despues de tantas pruebas, veía en la ambición de Santa-Cruz un cambio de instituciones; se creía despues de un motin i un tratado puramente mercantil, en la necesidad de combatir. El honor nacional estaba empeñado. ¿Pero qué le sucedió al ejército bajo las órdenes del jeneral Blanco? Se encontró sin amigos, en un país donde hasta la jente les huía; se halló cara a cara con el desierto; tuvo en fin el desengaño que hubiera tenido Portales en su confianza para hacer la guerra. El tratado salvaba al ejército i satisfacía los negocios comerciales; el mismo jeneral era ministro plenipotenciario. Todo su pecado estuvo en no combatir. ¿Entónces para qué le dieron instrucciones si exijian precisamente el combate? Luego habia otro interés oculto en la guerra.

El ministerio despues de este resultado no quiso desperdiciar la ocasión; el país esperando con ansia resultado mas favorable, se levanta a gritos pidiendo la guerra. En otro caso, si la nacion hubiese quedado en silencio, el ministerio habria aceptado la negociacion de Paucarpata; el ministro Tocornal supo aprovechar

este vuelo de entusiasmo i con gran fortuna i tino hizo acometer la segunda empresa. Es la época mas azarosa i difícil la de este ministro; a él le ha tocado llevar a cabo el acontecimiento mas árduo de los veinte años; su triunfo fue sin embargo para él la caída del ministerio; las armas que le daba a Búlnes sirvieron para vencer a Santa-Cruz en Yungai i para vencerlo a él en la campaña electoral de 1841.

La espedicion de 38 mas numerosa, mejor equipada, dejando al pais en una efervescencia en que bullia solo el honor nacional, aseguraba desde sus principios un éxito favorable. No era el jeneral quien daba esa seguridad; era el estado de la opinion, el entusiasmo del ejército que creia iba a vengar una deshonra, era el valor chileno que iba a dictar un tratado no a sufrirlo, era la patria misma volviendo al suelo extranjero por un pedazo de su alma arrancado en el desierto de Arequipa.

El ejército chileno arriba a las costas peruanas. En ese instante encuentra una revolucion antiprotectoral. El presidente Orbegoso se atreve a no dar hospitalidad a las fuerzas chilenas. ¿Era una intriga? ¿Era una verdadera emancipacion peruana?—De todo habia. El ejército chileno desembarca, arrolla en la puerta de Guia las huestes peruanas i entra a Lima entre la metralla i el ardor de un pueblo enemigo. Principia por batir a sus protegidos; en la necesidad dura de volver sin concluir su mision o en arrostrarlo todo, toma resueltamente este segundo empeño i vuelve todo el Perú en contra suya. En Bolivia al mismo tiempo se levanta Velasco. Pero Santa-Cruz avanza con un numeroso ejército hácia Lima. La victoria de Guia era fatal para los chilenos, las reclamaciones de las flotas inglesas i francesas se cruzaban con premura, todo el pueblo conquistado se reducía al campamento. ¿Qué hacer en este trance? ¿Esperar la batalla en un centro dejando avanzar por todas partes los círculos enemigos? ¿Salir del territorio para internarse en el corazon del pais en medio de la escasez, bajo un clima mortífero i distante de su flota?

El jeneral Gamarra, la mayor parte de los hombres competentes aconsejan este partido. El ejército deja a Lima recibiendo en su retirada toda clase de maldiciones, se embarca a vista de su adversario que lo deja con razon irse a enterrar en el Norte del Perú. Es doloroso seguir esta marcha; jamas se ha visto un plan estratéjico peor combinado; se lanza el ejército distante de sus naves a quienes parece haber incendiado como Cortes, deja

una parte de su fuerza, quita a sus tropas la esperanza de un puesto en la derrota, i se resuelve a cavar su tumba en lo mas profundo del pais. Parecia que el ejército marchaba a esconder o su victoria o su cadáver. Pero el enemigo no es ménos temerario en su empresa; en lugar de abandonar al clima i a su funesta estrella la armada chilena; en vez de hostigar su retaguardia con guerrillas; mientras debia guardar sus costas, solo cediéndole en el interior un desierto de hombres i de cosas, se pone a perseguir con el grueso del ejército al enemigo que iba a su ruina espontáneamente. El ejército chileno era como un ciervo que los cazadores lanzan por un desfiladero; el ejército Perú-Boliviano le seguia con una impetuosidad inútil. ¿Quién se habria imaginado que ámbos tuviesen el acierto del desacierto? Pero aun era perdonable la impaciencia de Santa Cruz; su ejército estaba bien montado; las poblaciones le eran afectas; el clima les era propicio, el alimento no les faltaba. El ejército chileno tenia todas las desgracias.

Dejemos a un lado los pequeños encuentros, atravesemos el puente de Buin donde el jeneral Búlness vió bambolear sus esperanzas. El bravo Colipi con un soldado herido en sus hombros i cortando el puente que habia defendido tan heroicamente, es la imájen viva del pobre ejército sobre los hombros de un jeneral que ve desencadenarse el cielo i la tierra, los rayos i las balas.

Lleguemos a la batalla de Yungai. El ejército presenta un aspecto lamentable, los que no están enfermos van descalzos; no hai medio, no pueden salir de su *impasse*; es preciso morir en el hospital o en el campo de batalla. Aun este puede escapárseles, si Santa Cruz no los aguarda a poca distancia. Levantado por éste el campamento, el ejército chileno habria sido diezmado, habria perecido como una bandada de pájaros, muertos por cazadores encubiertos. Pero a las torpes medidas estratégicas de los jenerales chilenos, Santa Cruz respondia con peores; así es como obrando tan mal nuestros talentos militares incitaban a los enemigos a imitarles. Hasta ahí solo quedaba el valor chileno en pié; todo cuanto les rodeaba era una desgracia; casi derrotados por las marchas, diezmados por el clima, desnudos, descalzos los soldados esperaban con resignacion la bala o la miseria. Es una cosa terrible el estado de un ejército cuyas esperanzas ve marchitarse a la sombra de sus jenerales; él cuenta es

cierto, con su valor, con su riesgo comun; que en esto jenerales i soldados son iguales.

La posicion del ejército Perú-Boliviano fuerte en sus flancos, está por el frente guarnecida de parapetos. El 20 de Enero se empeña el combate; nuestros batallones avanzan i retroceden; la fusileria de un ejército perito no puede competir con la chilena; la caballeria misma hace retroceder con el fuego de sus pistolas nuestros caballeros sobrecojidos. Ya no era tiempo de táctica ni evoluciones. La estrategia los habia conducido a la desesperacion, el tiroteo los conducia a la muerte. Era preciso renunciar al talento i al arte. Era preciso encomendar al denuedo el triunfo, la táctica al valor, las órdenes a todos i a cada uno.

En un instante veis oscilar en el aire los cercos de bayonetas marchando deslumbrantes; ya serpean en Pan de Azúcar como un conjunto de rayos en el penacho encendido de una cima; ya se estienden por el suelo como arrollantes sierpes encendidas. El sol, el humo, el cañon, todo se mezcla; el ejército chileno pelea como un solo hombre; decapita la cúspide cubierta de soldados, hunde los parapetos, colma de cadáveres el barranco i el agua del Santa confunde la sangre de tres naciones hermanas. La victoria corona el arrojo del ejército chileno; cerca de 6,000 hombres son derrotados por una fuerza apenas de 3,000; ni posiciones, ni jenerales, nada valia contra las bayonetas chilenas. Ese ejército diminuto i andrajoso formaba un contraste admirable con la brillante armada boliviana. Los cadáveres brillantes de oro i pedrerias eran pisoteados por la calcinada planta de los rotos chilenos. La victoria los vistió talvez por piedad.

Si estamos en desacuerdo con el autor de la *Rescña* respecto a los motivos i conduccion de la guerra no lo estamos ménos respecto a la pintura siniestra que hace del país en el caso de un desastre en el Perú. No es preciso para enzalsar al jeneral Búlnes hacer de Chile en ese tiempo un foco de anarquia i de destruccion. Era demasiado fúnebre el desastre para inspirar contra la patria semejante atentado; era tambien entónces mui popular la guerra para que el país hubiese agregado a la derrota en el exterior la guerra civil. Es un ultraje gratuito al país, a los partidos si se quiere para elevar mas al jeneral que cumplió con un deber bajo las órdenes de la República.

Si quereis decir que ganamos una batalla en el Perú ¿podreis asegurarnos que se hizo la felicidad del Perú? ¿En nada contaís los 2000 chilenos con que fecundamos los campos del Perú? ¿En

nada tanta sangre derramada, tanto dinero empleado, tantos rencores conseguidos? Hace mas de 11 años que consiguióse el triunfo; i ya veis lo que es el Perú i lo que es Bolivia; el caos de la República todavía i la anarquía constante que Santa Cruz habia destruido en favor suyo.

Es cierto que el Sr. Bálmes obtuvo la presidencia en premio de su triunfo. Pero tambien es cierto que si no lo hubiesen llamado de temor al Sr. Tocornal, no se habria dado tanta prisa para dejar todo inacabado en el Perú. ¿Qué diferencia hallais entre el ministro que creó esas fuerzas, que mantuvo el órden, que encontró dinero, i el jeneral que conduce un ejército en país extranjero bajo los desaciertos mas grandes, fiando en su buena estrella i en el valor individual de los chilenos? Al ver lo que como presidente ha hecho este soldado feliz es de echar ménos al ministro. Si diez años no os han desencantado del jeneral i del presidente; eso prueba vuestra constancia, tanto mas alabable cuanto que un presidente que concluye es como una moneda que ya no está en circulacion. Decis es cierto que le queda el Asilo del Salvador i muchas otras mejoras; para mí a la verdad mucho me admiraria en un tiempo tan variable ver al jeneral convertido en señora vergonzante, solo para disfrutar de su pasado gobierno i de sus benéficas mejoras. No queremos rebajar la gloria individual a costa del ejército que tanto brilló; sentimos algo esa sangre desperdiciada, nuestros robustos brazos perdidos. Pero esas son las mieses de la gloria. Tampoco estamos por desacreditar el país para hacer pasar mejor cualquiera virtud fácil i complaciente. Mucho habrá hecho la administracion actual, mucho tambien ha dejado de hacer. Nuestro cuadro estrecho no ha podido abrazar infinitos detalles. El autor de la *Reseña* merece sin embargo consideraciones; es mas probable que su historia quede i no el aniversario de la villa de Yungai. Con la retirada del presidente no volverá esa fiesta, pero se leerá el panejirico. Todas nuestras fiestas cívicas están refundidas en las de Setiembre; i la campaña del Perú debe entrar en ellas mas como destello del valor que como fasto de independendencia.

Opera. - La compañía francesa de canto i baile volverá para Abril. La incorporacion de la señora Cailly i del señor Lanza es buscada con ansia por los nuevos empresarios Zegers i Fernandez Rodella. El invierno se anuncia pues con novedades de gusto. Las candidaturas de todo jénero se han dado cita para el año

51; la escena se ensancha. ¿Faltarán espectadores en esta farsa universal de todos los tiempos?—Esperad un instante; luego vereis a la Soldini bajar de su firmamento en la *Estrella del Marino* i contemplar de cerca esta prófuga de la ópera nacional de París; en seguida mirareis cruzando el aire a la Dimier, vestida de Bayadera entre los aplausos de los hombres i las caricias de los dioses; esta es otra inconstante de la grande ópera. Los astros de París comienzan a invadir nuestro cielo; la que pasó por allá como un celaje viene a ser para nosotros ¡una estrella fija. Oireis tambien la voz melodiosa de Emon i os gustará el gracioso porte de la Anita. Mucho vereis en el año i mucho olvidareis o santiguinas indolentes cuya jenerosidad está en vuestros ojos, en vuestro corazon a veces, pero jamas en vuestro bolsillo.

Es probable tambien que los Basilio de la *Revista Católica* hayan gastado para entónces sus ojos de lince. Nos ha llamado bárbaros i fariseos porque le hemos aconsejado tolerancia civil, no dogmática, porque le hemos dicho que cuiden más de su púlpito que de las piernas de las bailarinas. Siempre sigue calumniándonos con San Pablo; lo sentimos: eso no es darnos ni buen ejemplo, ni pruebas de moderacion. ¿Con qué el que encuentra algo malo en vosotros es un fariseo? Dios santo; mañana nos quemais. ¿Teneis algunas maldades ocultas? Nos admira la desfachatez de estos hombres con pretenciones divinas i dejando siempre entrever la cola del diablo. ¿Qué es nuestra pretendida *hidrofobia* delante de vosotros que nos echais al infierno a cada paso? Dejadnos la tierra a lo ménos si nos tapais el cielo con vuestro manteo. ¡Lo que es la piedad en vosotros! Pero calumniais para corregir ¿no es cierto? ¡Sois unos ángeles! Estos escritores que escriben con hisopos en vez de plumas no pueden sufrir los vestidos decentes. El sombrero de teja, esos techos movedizos que mas parecen canales de lluvia; las polleras negras; eso es lo único galan, lo único bello.

La *América del Sud* por el autor de los *Recuerdos de provincia* viene mui de tiempo, en esta cuestion de trajes. ¿Cuál inventará este?

Ya nos ha levantado, es cierto, una *punta del velo transparente* para dejar pasar su buen nombre al mismo tiempo que su firma. «La cuestion del metálico no afecta sino a Corrientes i Entre-Rios, el reclamo Sarmiento afecta a siete provincias de la Confederación.» Este reclamo aun no llegado. ¿Sucederá que estas 7 reclamen mas tarde las cenizas de este Homero sanjuanino?

El autor de este nuevo periódico semanal hace esta otra titánica

pregunta. «¿Importa mas para la Confederacion mi expulsion que dejar a los Correntinos i Entrerianos llevar a sus casas el dinero que han obtenido, valor de los frutos de su industria?»—Todo esto quiere decir que el comercio de tránsito es útil para Chile. ¿Quién lo pensára?

A LOS SUSCRIPTORES.

Estando ausentes gran parte de los suscriptores, nos hemos visto obligados a suspender la Revista por un mes. El número siguiente aparecerá del 8 al 9 de Marzo.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

III.

Mientras que Lamartine seguía permanente en el Hôtel de Ville, no sé qué mano parcial de ciertos hombres comprometidos había sustraído algunos documentos secretos depositados en las carteras del ministerio. Entre estos documentos había una revelación sin firma hecha al gobierno del rei acerca de las tramas de las sociedades secretas. Esta revelación era evidentemente obra de un jefe superior e inteligente de estas sociedades. Habíase abandonado imprudentemente este papel a la curiosidad de un colector de documentos que lo había dejado circular. Un clamor de sorda indignación había en el momento acusado a Blanqui.

Blanqui acababa de abrir un club. Hablaba allí con talento, pero hasta entonces con mesura. Lo dirigia con el jénio infatigable de las conspiraciones. Amontonaba en él la fama i la popularidad a fin de reclutarse un ejército de opiniones extremas.

Estos rumores ascendieron hasta él; le cubrieron de duda i de sòmbra; separaron de su nombre el prestijio, i de su club la turba que le escuchaba. Sus antiguos cómplices i especialmente Barbés le intimaron que se disculpase; le juzgaron, le condenaron en el tribunal de la opinion republicana. Blanqui desapareció algunos dias de su club como un hombre contaminado de sospechas; preparó su defensa escrita i la hizo circular en Paris.

Esta defensa, sin disculparle completamente de algunas revelaciones vagas relativas a cosas i no a personas, le disculpaba sin embargo bastante para permitirle reempezar su papel i su influencia ante un club compuesto de sus partidarios. Volvió a él; la sòmbra de que habia sido empañado un instante le imponia una lei de exajerar su republicanismo i de hacer brillar con mas fuego su pasion de tribuno. Convirtiósese su club en el foco de todas las exajeraciones i de todas las cóleras demagójicas. Con todo, como estas exajeraciones i estas cóleras no eran mas que juegos de palabras i de reminiscencias, sin verdadera relacion con la naturaleza del pueblo, de la revolucion i del tiempo, íbase a este club como se asiste a un teatro histórico para ver representar en la escena por actores en traje anticuado los dramas o las parodias de otra época. Los hombres de la nobleza i de la clase acomodada, insultados i amenazados por los oradores de este club, concurrían tanto por curiosidad como por oír desde léjos sin horrorizarse los ruidos de Babeuf o de Marat.

El mismo Blanqui gozaba del temor que causaba su nombre i aparentaba un furor mayor que el que sentia o que el que queria inspirar a las masas. Lisonjeaba astutamente con la accion i la mirada a los que amenazaba con la voz. Era un tribuno; pero un tribuno que parecia tener mas política que fé. Hombre superior por el tacto, por el talento, por la diplomacia popular; a todos los agitadores del momento los desconcertaba adelantándolos, i les arrojaba sin cesar el reto de precederles.

Saliendo de su club desaparecia en la obscuridad; no se mezclaba en nada al movimiento del gobierno o de la muchedumbre. Vivía oculto en una boardilla: no revelaba su habitacion mas que a una reducida secta de amigos i de seides como Lacambre i Flotte; i no se dejaba ver mas que en la noche miserable-

mente vestido a fin de interesar al pueblo figurando en su persona las manchas i las miserias del proletariado. Su palabra no era elocuente, pero si penetrante, hábil, reflexiva: conociase en ella un plan, una línea, medios i fin. Su club no era un eco vano de las pasiones tumultuosas como los otros clubs antisociales. Era un instrumento de las revoluciones cuya clave manejaba su mano con el objeto de sublevar i dirigir las pasiones de las masas. No obstante la presion del buen espíritu i de la razon jeneral era entónces tan preponderante, que el club de Blanqui no causaba ni inquietud ni terror a los miembros reflexivos del gobierno. Los discursos que alli se pronunciaban producian un escándalo mas que perjudicial útil a la causa de la república regular. Los figurantes de esta tribuna era el ilota ébrio que se mostraba a los espartanos para inspirarles horror a la embriaguez.

IV.

Raspail, ménos político pero mas sectario que Blanqui, ejercia con su nombre, su diario i su club un ascendiente mas moderado pero mas intimo en los arrabales. Quince o veinte mil hombres de estos barrios, verdaderos montes Aventinos de Paris, frecuentaban sus sesiones, le amaban personalmente i se organizaban a su voz. Raspail por sus doctrinas i por sus predicaciones tendia al comunismo, pero su comunismo de sentimiento mas que de subversion estaba impregnado de una filosofia inofensiva i de una caridad práctica que aspiraba a la igualdad por medio de la nivelacion voluntaria i no por las expropiaciones violentas. Fanatizaba al pueblo de esperanzas sin fanatizarle de odio contra los ricos i los felices. Su filosofia social no tenia imprecacion contra la sociedad, ménos aun contra el gobierno; predicaba la paciencia, el orden i la paz. Prometia únicamente mas de lo que la república podia cumplir. Sus teorías vagas i doradas eran de la naturaleza de las nubes que presentan mil perspectivas a la imaginacion pero a las que no se puede llegar mas que con la vista.

V.

Cabet, otro fundador de secta, habia abierto en el centro de Paris en la calle de San Honorato un club en el que gobernaba siete u ocho mil almas: era el poeta del comunismo. Habia soñado una Salento quimérica que él llamaba la *Icaria*. Alli todas

las desigualdades, todas las indijencias, hasta todas las asperezas del trabajo debían desaparecer en una organizacion fantástica cuyos elementos no eran mas que hipótesis incoherentes productos de una imaginacion pobre hasta en idealidades.

Hijo de un artesano de Dijon, educado para la majistratura, diputado de su ciudad natal en 1830, separado de la política por su expulsion de la Cámara en 1834, proscripto en Bélgica, vuelto a Paris despues de su destierro, Cabet, se habia arrojado de nuevo en el seno de la clase proletaria de que procedia, para buscar en ella un punto de apoyo a sus ideas i a su accion. La parte que mas sufria i la mas ignorante de los obreros de Paris se habia plegado a sus doctrinas. Los delirios son el producto i el consuelo de los padecimientos extremos. Cabet era filósofo i el gran sacerdote de esta religion de bienestar, pero esta religion no tenia Dios. Este sistema consistia en la satisfaccion de los puros instintos materiales combinados mecánicamente en un orden inverso de todo orden social conocido: era el culto no sangriento, pero el culto grosero de la vida animal. A este mundo faltaba la idea como faltaba la divinidad. Cabet ántes de la revolucion de febrero habia venido muchas veces a hablar con Lamartine de su utopia. Lamartine no le habia lisonjeado; le habia prometido bruscamente que el suelo de la Francia se sublevaria espontáneamente contra la experiencia de estas quimeras i que el comunismo se sepultaria en el primer surco que intentase usurpar. Le habia aconsejado que no aguardase este dia de insurreccion contra lo imposible i que reasumiese su pensamiento en una colonizacion regular i legal de desmonte en los bosques del nuevo mundo.

«De este modo comenzariais por una asociacion de plantadores al abrigo de una civilizacion propietaria que os protegerá
« contra vuestras propias anarquias como protege los cuáqueros, i despues la propiedad se introducirá por si misma en
« vuestra colonia agricola; i si la quimera os engaña, la tierra al
« ménos sustentará a vuestros desgraciados sectarios.»

Cabet se habia apoderado de esta idea. Iba a trasplantar sus sistemas a América en donde solicitaba una concesion. La república le habia sorprendido todavia en Paris. Su secta creia ver en ella la realizacion de su asociacion sobre el suelo de la patria. Cabet la sostenia en sus esperanzas i la contenia en el orden i en el respeto de las personas i de las propiedades. Léjos de predicar la insurreccion a sus adeptos, les predicaba la pa-

ciencia i el horror a la anarquía. Dícese que se lisonjeaba de conquistar por medio de su ascendiente sobre esta parte del pueblo, aquella porcion de dictadura popular que una revolucion aproxima a todas las manos.

VI.

Otros clubs gobernados por hombres ménos conocidos hasta entónces reunian, ocupaban, agitaban todas las tardes los barrios populares de Paris. El club de los trescientos (*Quinze-Vingts*) i el club de Sorbone preocupaban demasiado a los hombres de Estado del gobierno. Agitaban las masas mas ociosas, mas numerosas i mas irresponsables de los barrios del trabajo. El ministro del Interior tenia allí agentes que le daban cuenta todos los días del espíritu de estas reuniones populares. Lamartine por su parte las hacia vijilar. Neutralizaba sus malas tendencias por tendencias contrarias públicamente favorecidas i por inspiraciones comunicadas a sus oradores contra las sujestiones de los anarquistas, de los comunistas i de los agitadores extranjeros.

Estos agitadores extranjeros inspiraban mas graves inquietudes al gobierno. Paris se llenaba de refugiados polacos, de conspiradores belgas, de demagogos alemanes, de patriotas italianos, despertados o acorridos a la esplosion de una revolucion que esperaban convertir en un foco europeo de incendio para todo el continente. Ocho dias despues de la revolucion habia en Paris mas de quince mil. Los italianos, pueblos mas intelijentes i mas naturalmente politicos, no causaban embarazo al gobierno. No intentaban arrojar la anarquía contraria a su naturaleza en una república naciente, cuya cuna abrazaban con esperanza. Esta república debia tarde o temprano si era bien dirigida énsancharse en su beneficio i estender sobre ellos una influencia saludable i una proteccion lejitima desde la cumbre de los Alpes.

Pero los belgas fermentaban; sus emisarios estaban ligados por complots antecedentes con algunos de los hombres secundarios que rodeaban al gobierno. Formaban sordamente con ellos planes de insurreccion republicana en Béljica; se prometian arrastrar la Francia a su pesar en invasiones que despues de haber encendido indirectamente el fuego en Bruselas lo estenderian a las provincias renáneas, i fomentando de este modo la guerra universal asegurarían en Francia mismo el triunfo de la guerra de la demagogia.

Los irlandeses, unidos a los cartistas ingleses se precipitaban sobre el continente i buscaban complicidades insurreccionales en Francia, simultáneamente entre los demagogos en nombre de la libertad i entre los jefes del partido católico en nombre del catolicismo.

Los alemanes refugiados de las provincias renáneas de Wurtemberg, de Baviera, del gran ducado de Baden, llamaban en masa a aquellos compatriotas suyos que habian conspirado con ellos en estos diferentes paises con el objeto de reclutar i organizar en Paris i en Estrasburgo un núcleo de emigracion republicana pronta a pasar el Rhin bajo la autoridad aparente del nombre frances; i a comprometer así la república en una guerra de propaganda contra la Alemania constitucional.

El polaco en fin, pueblo espatriado que acepta por patria el universo i que lleva a todas sus patrias adoptivas las virtudes i los vicios de este grande i desdichado pueblo; el heroismo, la turbulencia i la anarquía, agitaban hasta el delirio la poblacion de Paris. La Francia debia indudablemente mucho a esta heroica nacion arruinada; pero no le debia su política i la ruptura de la paz del mundo. Los polacos no exijian ménos del gobierno; no pudiendo obtenerlo del gobierno pretendian arrancarlo del pueblo. Durante los 18 años que acababan de transcurrir, las Cámaras francesas, mas bien forzadas que convencidas, habian formulado a la apertura de cada sesion un voto estéril por la Polonia. Los restos de un gran pueblo no son mas que irrisiones cuando no son mas que una voz sin accion. La Francia no podia alcanzar a la Polonia sino por mano de la Alemania; i en una recomposicion jeneral del Continente se habian formado comisiones polacas, las unas conmovidas de noble piedad hácia estos desterrados de la libertad; las otras presurosas de explotar en beneficio de su noble personal la popularidad inseparable del nombre de Polonia.

VII.

Fuertes por este apoyo los refugiados polacos atizaban el fuego de la guerra en los clubs i formaban ellos mismos clubs mas incendiarios que los franceses. Algunos abusaban de la hospitalidad para abrazar el asilo que les prestaba la Francia; servíase de los subsidios de la Francia para agitarla i arrastrarla a los trastornos i a la anarquía. La sociedad secreta polaca cuyos con-

elíabulos penetraba la policía del gobierno volvía a tomar en París el lenguaje i las tradiciones de 1793. El nombre de Lamartine especialmente era entregado allí todas las noches a la execración i a la justicia de los sicarios como el del hombre que resistía mas inflexiblemente a las tramas de los demagogos extranjeros contra la nueva república. Veíase asomar desde estas primeras semanas el plan i el crimen del 13 de mayo siguiente.

Los otros polacos refugiados seguían las inspiraciones patrióticas del príncipe Czartoriski i de los otros jefes i jenerales refugiados. Su conducta era digna del respeto que profesaban a su causa i a la Francia. Contentábanse con volver sus ojos hácia su país i pedir la libertad de regresar a morir allí por su independencia tan pronto como se les abriese una puerta para volver a entrar en él.

Sin embargo la Europa parecía suspensa entre el terror que le inspiraba la revolucion de París i la esperanza de posibilidad de paz que le permitía conservar el manifiesto del gobierno provisorio. El ministro de América habia sido el primero que habia reconocido la república francesa; anticipándose a las órdenes de su gobierno i por el solo título de conformidad de instituciones. La Suiza a quien la revolucion francesa fortificaba con un peso inmenso contra la presión casi violenta del Austria manifestaba disposiciones ménos favorables. El ministro de Relaciones Exteriores se admiraba de ver la república francesa recibida mas cordialmente en Berlín que en Berna; no podía ocultársele que esta frialdad de la Suiza a quien la Francia acababa de demostrar tanto interés en las últimas discusiones parlamentarias, consistía quizás en ese egoísmo de las democracias mercantiles que calculan mas de lo que sienten. Era evidente que la Suiza colocada geográficamente entre la Alemania i la Italia temía ser ajitada por este contacto i verse obligada a malgastar su reposo, su oro i su sangre por la causa no de su independencia sino de otras independencias. Lamartine que meditaba una próxima triple alianza de la Francia republicana, de la Italia constitucional i de la Suiza federal, a fin de sostener en caso necesario el peso del Norte, fue amargamente burlado i profundamente humillado por la libertad de la actitud de la Suiza. No procedió sin embargo a ningun acto de desafección a la Francia; reconoció oficialmente la república.

VIII.

Los correos que llegaban sucesivamente de todos los puntos de Europa anunciaban la aceptacion del manifiesto en todas partes como base de una política indisputable i como tipo del carácter que la nueva república francesa queria afectar en el mundo. Los embajadores i los ministros de todas las potencias, recibieron orden de su gobierno de continuar residiendo en Paris i de mantener relaciones oficiales i cordiales con el ministro de Relaciones Exteriores de la república. Estas relaciones que las circunstancias multiplicaban, daban lugar a frecuentes comunicaciones entre los embajadores i el ministro. Estas conferencias en las que el ministro manifestó sin reserva i sinceramente las intenciones eminentemente republicanas pero lealmente inofensivas del gobierno, contribuyeron poderosamente a la conservacion de la paz; en la ausencia de las notas diplomáticas que la cesacion de relaciones oficiales hacia impracticables. El gabinete de relaciones exteriores era un congreso permanente i preparatorio; una negociacion directa con todas las cortes a las que los embajadores transmitian las palabras i las miras cambiadas entre ellos i el ministro de la república. Estas negociaciones verbales entre hombres que se interrogan i se abren su corazon, sobre el mismo teatro de los acontecimientos adelantan mas las cosas que notas oficiales cambiadas a distancia durante años de negociaciones. El papel no tiene corazon la palabra sí; i alguna intervencion cabe al corazon en la negociacion de los grandes intereses de los imperios.

IX.

Desde que el Ministro de Relaciones Exteriores tuvo la certidumbre de las disposiciones favorables de estos gobiernos, nombró los embajadores i los ministros de la república. M. D'Harcourt, antiguo par de Francia, hombre de una dignidad personal igual a su gran nombre, fue nombrado embajador en Roma. Esta eleccion aunque mui liberal no tenia nada de revolucionaria, anunciaba a la vieja aristocracia francesa, a los hombres religiosos en Francia i al soberano Pontifice que la república queria tratar al jefe espiritual del catolicismo con el respeto que corresponde al representante de una gran parte de las conciencias. El Papa

también aseguraba por el órgano de su ministro en París que no hacia acepción de gobierno; sus palabras eran bendiciones i no anatemas contra la república. El gobierno frances respondia con franqueza a estas indicaciones; le confesaba que la tendencia de la república era la separacion mas o ménos inmediata de lo temporal i de lo espiritual; la supresion de la intervencion del Estado en la Administracion i en la renta de los cultos, pero le garantizaba al mismo tiempo que la república eminentemente religiosa por inspiracion no llevaria a cabo esta grande i necesaria transformacion sino despues de haber provisto a la existencia de los ministros de los cultos, al servicio de las iglesias i de las conciencias organizando la asociacion libre de los fieles para sus necesidades religiosas. Esta transformacion del salario del Estado en salario libre de los asociados para su culto no se efectuaba mas que por via de estincion de los ministros de las diferentes comuniones. En esto la fé debia ganar en pureza; las creencias individuales en libertad; el presupuesto de las conciencias en grandeza i respeto. En esto consistia la piedra central de la bóveda de la revolucion; porque la emancipacion regular de los cultos es la libertad de Dios en las almas.

Roma i los hombres superiores del clero no parecian de modo alguno atemorizados de estas confesiones i de la tendencia filosófica de la nueva república: veian sí la salvacion, la dignidad i un aumento de fuerza pero de fuerza propia, en el imperio del sentimiento religioso sobre los corazones.

El ministro de Relaciones Exteriores habló en el mismo sentido al Arzobispo de París, hombre verdaderamente piadoso i capaz de comprender destinos mas elevados para su iglesia que los de una solidariedad con los gobiernos ya tiránica, ya servil.

X.

El jeneral Aupick fue nombrado para la embajada de Constantinopla; habia estado largo tiempo ligado a los príncipes: pero los miembros del gobierno i el mismo ministro del Interior le señalaron con confianza para representar a la república en uno de los puntos mas importantes del exterior. Su primera fidelidad era a la patria; una distinguida capacidad militar i un espíritu reflexivo i seguro indicaban al jeneral Aupick para un puesto en que las diplomacias del mundo podian entrechocarse. No se consultó mas que sus aptitudes; su conciencia no inspiraba

la menor duda. Londres recibió en un principio un simple encargado de negocios a fin de evitar por la ausencia de agente de carácter demasiado elevado toda ocasion de disgusto entre dos grandes gobiernos que tenian la voluntad íntima de conciliarse para la paz del mundo i que las cavilaciones hubieran podido agriar i dividir; mas tarde Lamartine envió allá a M. de Tallenay, ministro de Hamburgo, hombre de la antigua diplomacia, conoedor de la Inglaterra; carácter franco, conciliador, llano, aparente para las entrevistas confidenciales con hombres de la escuela monárquica i para preparar modestamente el curso de negociaciones oficiales cuando el reconocimiento de la república le permitiese desplegar sus poderes. Pero las conversaciones cotidianas del embajador de Inglaterra lord Normamby con el ministro de Relaciones Exteriores i la cordialidad sin reticencia de sus relaciones hacian del embajador frances en Londres una superfluidad. Lord Palmerston i el gabinete ingles parecian haber comprendido con elevada sagacidad el carácter pacífico, moderado i civilizador de la república dirigida en el exterior por un espíritu de respeto i de inviolabilidad a las instituciones diversas de los pueblos. Una actitud contraria del gobierno ingles habria hecho revivir la preocupacion anti-británica que Lamartine, como Mirabeau, Lafayette i Talleyrand queria amortiguar i gastar en Francia. La Inglaterra aceptando la fraternidad ofrecida con dignidad por la república merecia bien de la humanidad. El ministerio de Lord Palmerston recojerá el fruto en la Historia. El ministro de la república sabia que no era posible ninguna coalision seria contra la Francia en el continente sin el concurso i sin el sueldo de la Inglaterra. No queria a ninguna costa dar a la aristocracia inglesa el pretexto de forzar al gabinete ingles a una cruzada contra la república. Ganar tiempo era para él ganar sangre i fuerzas a la Francia. Si mas tarde debian nacer causas de disentimientos i de guerras, queria que estos disentimientos i estas guerras encontrasen a la Francia en su derecho i a la república armada. No lo estaba entónces; una coalision la habria sorprendido i tal vez sumerjido.

He aquí uno de los motivos por los que el ministro de la república resistió con inflexible enerjia a la idea de trastornar la Bélgica por temeridades desleales que no cesaban de reprocharle previniese en esta frontera. El habia rechazado todo contacto con los republicanos belgas venidos a Paris para concertarse allí con los republicanos franceses de la vieja escuela. Habia envia-

do a Bruselas muchos agentes confidenciales con orden de observar el verdadero estado de la opinion i de resfriar en vez de fomentar en aquella capital la hoguera demagógica. El principal de estos agentes, hombre de ardor, pero nuevo en el conocimiento de Europa le pareció inspirar recelos en Bruselas; el ministro lo retiró sin titubear. Envió en su lugar a un hombre de experiencia i de mesura, M. Bellock, antiguo diplomático, ejercitado en el manejo de negocios delicados.

El inconveniente para la república francesa de tener en Bruselas un rei unido por vínculos de sangre a la dinastía caída en Francia, no era mas que una susceptibilidad indigna de la república. Una sublevacion de la Bélgica i su anexion a la Francia en este momento, era una declaracion prematura e impolítica de guerra a la Inglaterra. Semejante agravio a la Inglaterra hacia caer en el instante el ministerio liberal de Lóndres i precipitaba a la Inglaterra en la coalision. La Francia no hubiera sido ni mas ni ménos fuerte con la Bélgica en su causa; el respeto de esta nacionalidad valia a la república la inmovilidad de Inglaterra, el silencio de Alemania i el respeto del mundo.

El ministro observaba con ojo atento las tramas que se urdian en Paris a fin de unir prematuramente ambas causas. Sus conferencias con el principe de Ligne en las que manifestó sus sentimientos de prudencia i de lealtad i la confianza que este embajador del rei de los belgas le atestiguaba, contribuyeron poderosamente a prevenir designios de propaganda perjudiciales a dos pueblos, a la paz de Europa i a la misma república.

Nombró para Holanda a M. Lurde conecedor de la diplomacia del Norte i de las dobles influencias que de San Petersburgo i de Lóndres se disputaban la corte de la Haya.

Envió a Berna a M. de Thiard, hombre de nombre aristocrático, de vasto talento, de seguro golpe de vista, consagrado desde el fin de la emigracion i desde la caída del imperio a la oposicion liberal. Los veteranos de este partido en el *Nacional*, consideraban una embajada ofrecida a M. Thiard coma una prenda dada a su opinion. El ministro de Relaciones Exteriores le creia mui apto para practicar la diplomacia republicana pero anti-demagógica que él queria hacer prevalecer; le recomendó las mayores consideraciones para con la Suiza, cuya cordialidad, ese preliminar de las alianzas queria conquistar. El éxito no fue tan feliz como lo habria deseado; sea que el embajador no hizo sentir suficientemente esta inclinacion de la Francia a la Suiza, sea que la Sui-

za temiese comprometerse con una república que no contaba mas que algunos dias de existencia. Fue una desgracia para ambos pueblos i especialmente para la Italia; sobre este pensamiento reposaba un sistema de liga pacífica; este sistema ha sido aplazado por la frialdad de la Suiza i comprometido por las batallas de Goito i de Novara. Renacerá de la naturaleza de las cosas bajo los gobiernos mas inteligentes i mejor comprendidos. La Suiza se arrepentirá de sus vacilaciones i de su lentitud.

M. Bixio fue enviado a Turin como encargado de negocios. La incertidumbre de las relaciones entre esta corte hasta entónces sacerdotal i absolutista i la república francesa no permitia enviar allá un embajador o un ministro.

M. Bixio elevó sus funciones a la altura de su intelijencia i de su patriotismo. Novicio en los negocios manifestó que se nace diplomático. Su mision era delicada; precisamente porque era leal: debia inspirar a la corte de Turin disposiciones favorables a la Francia sin lanzarla ni por un ademan a una guerra contra el Austria: guerra hácia la que demasiado temerariamente la arrastraba su impaciente ambicion. Debia inspirar confianza i autoridad al partido constitucional i liberal en Italia sin acariciar i sin suscitar el partido republicano; partido prematuro i ruinoso para la emancipacion de la Italia.

Los azares imprevistos i las fortunas contradictorias del Piamonte i de la Lombardía espusieron a pruebas difíciles el tacto de este jóven diplomático. No cometió una falta en una situacion en que negociadores mas experimentados la habrian cometido. La Italia no debe una sola gota de sangre a la diplomacia francesa en el Piamonte ni en la Lombardía. La Italia no recibió un consejo que pudiese lejitimamente reprochar a la Francia. M. Bixio, italiano de orijen, frances de corazon, llevó en su actitud el sentimiento de sus dos patrias. El ministro iba a elevarle a funciones mas elevadas cuando se abrió la Asamblea Nacional. M. Bixio queria entrar en ella; se sacrificó en los dias de junio como un soldado de vanguardia; vertió su sangre a torrentes por la república. Elevado a ministro despues de la eleccion de presidente, se retiró a los pocos dias por una susceptibilidad de honor mal esplicada. Se habian rebelado sus aptitudes para las negociaciones; debia ser llamado nuevamente a ellas.

M. de Boissy, habia sido nombrado ministro en Florencia. Diplomático antiguo, conocia la Toscana. Su mujer nacida en Ravenna, era célebre por su belleza, su entusiasmo i su patriotismo. Su

nombre solo negociaba con el alto liberalismo de la Italia central. Estaba unida por amistad literaria con todos los ilustres patriotas de los estados romanos, de Pira, de Venecia, de Florencia. M. de Boissy, hombre de audacia i de extremidad, habia adoptado resueltamente la república. Se mostraba en Paris tan personalmente esforzado para defenderla contra la demagogia como apto por su existencia espléndida i por la aristocracia de su nombre para servirla en el exterior.

No partió para su destino mas ambicioso de entrar en la Asamblea Nacional i de volver a encontrar una tribuna que de figurar en una corte. Fué reemplazado cerca del gran duque de Toscana por M. Benoit de Champy aliado de M. de Lamennais i patrocinado por este nombre ilustre i popular. Esta eleccion fué feliz. El hombre se encontró digno del principe ilustrado i liberal que convertia la Toscana en una república o mas bien en una familia por las tradiciones libres i gratas de este gobierno. M. Benoit Champy hizo amar la república francesa del principe mismo a quien el rechazo de ella debia arrojar algunos días despues fuera de sus Estados. Sus consejos mas enérgicamente seguidos habrian preservado la Toscana de este duelo i de esta reaccion contra el centro de la Italia.

XI.

Madrid era una de las cortes que ofrecia mas dificultad para apropiarse un enviado de la Francia a la situacion de España. El jeneral Narvaez hombre mui superior a la fama soldadesca que se le atribuye en el exterior, era para España un especie de Richelieu militar, omnipotente en segundo rango. En una corte dividida i sumerjida en los placeres, Narvaez habia estudiado con sombría i muda ansiedad en el primer momento el carácter de la revolucion francesa. Juzgando la Francia por la España, habia debido creer que la guerra civil se elejiria allí jefes entre los principes i entre los jenerales de la casa de Orleans. En la prevision de estos acontecimientos en que la España habria tenido que representar un papel a consecuencia de sus vinculos de familia con la dinastia de julio, él se habia esplicado con inquieta ambigüedad i habia concentrado tropas cerca de los Pirineos. El manifesto del gobierno provisorio i las esplicaciones de su ministro con el encargado de negocios de España en Paris, habian cambiado las disposiciones de Narvaez. Las intrigas de la Francia

i la Inglaterra en Madrid agitaban la España, inquietaban sin cesar al jeneral acerca de la duracion de su autoridad. Lamartine, retirando la mano de la Francia de estas intrigas i autoridad i abandonando a la España entregada a su independencia interior tranquilizaba al gobierno español. No dejaba a Narvaez mas perplejidad que con la Inglaterra. El resultado de semejante politica fué el que debia de ser. La Francia no inspiró ya recelos i fué tanto mas solicitada cuantas ménos pretensiones demostraba.

Sin embargo para persistir en este sistema no era conveniente en Madrid un republicano demasiado ardiente que hubiese inspirado temor por la constitucion i agitado las fermentaciones del republicanismo impotente en Cataluña. Ni un nombre militar; hubiera hecho revivir los recuerdos de la guerra de la independencia. Ni un diplomático de julio: demasiado tibio en favor de la república habria podido dejarse ablandar por una adhesion demasiado reciente a la casa de Orleans i cerrar los ojos a tentativas de restauracion dinástica en Francia tramadas quizá en el palacio de Madrid o en el de Sevilla que iba a habitar el duque de Montpensier. El ministro de Relaciones Exteriores habia hallado en M. de Lesseps, cónsul jeneral de Francia en Barcelona, un hombre conocedor del carácter español, grato a Narvaez, consagrado a sus instrucciones; le nombró para Madrid. Disipáronse las mútuas desconfianzas, desvaneciéronse las repugnancias ante el interes bien entendido de los dos pueblos. Jamas la Francia i la España siguieron mas completamente su naturaleza que las estrecha cuando una falsa politica no las separa. El jeneral Narvaez comprendió perfectamente el pensamiento de la Francia. La inclinacion mútua de los dos pueblos pudo desarrollarse libremente. El gobierno provisorio ahorró al pais la reunion del ejército de los Pirineos mejor guardados que por la fuerza por la seguridad de las relaciones i por la reciproca lealtad.

XII.

El estado de la Italia aun no se revelaba. El ministro de la república lo presentia; la situacion que iba a resultar de él para la Francia no permitia establecer relaciones intimas con el Austria.

M. de Metternich reinaba todavía en Viena, sin sospechar el volcan que tenia bajo sus plantas. El talento de este gran ministro no habia envejecido; pero habia dejado enervar su carácter.

por la larga prosperidad del imperio: creía en la eternidad de la aristocracia germánica i confiado en su jenio, grande, sereno, feliz, fácil, hacia algunos años que abandonaba todo negocio a la fortuna. Esta continuada fortuna era un lazo. Lamartine tenía el instinto de ella. No sé qué viento de decadencia soplabá hacia algunos años en el gabinete de Viena. Hungría, Galitzia, Polonia, Bohemia, Lombardía, Venecia, todas estas partes del imperio mal cimentadas con el mismo imperio parecían tender a una disolución. La Francia que nada pretendía forzar por esta parte quería aceptarlo todo de la fortuna.

Las primeras desavenencias de la república francesa con el continente comenzarían por la Italia o por la Suiza. De este modo aunque no declarada, la guerra de principio existía entre Viena i París; mas bien: no era ni la guerra ni la paz; sino una actitud mixta que participaba de estos dos órdenes de cosas. El gobierno no trató de enmascarar bajo falsos disfraces esta situación.

No quería ni engañar a M. de Metternich con subterfugios sin buena fé, ni engañarse así mismo. Confesó francamente esta disposición de la república a M. de Apponi embajador de Austria en París. Leal i caballeresco como un hombre del norte, se contentó con dejar en Viena un encargado de negocios frances, amado de la vieja Alemania i de la corte a fin de escuchar i observar sin obrar; porque obrar habría sido engañar. La diplomacia de la república no quería engañar a nadie ni aun a su enemigo natural el Austria.

Hízose una elección ménos acertada en Nápoles bajo la fé del partido del *Nacional*, quien deseaba emplear las capacidades i satisfacer las ambiciones. El secretario de legación que nombró cerca de esta corte i a quien dió instrucciones conformes a su pensamiento sobre una federación de la Italia, pensamiento que no excluía los tronos, se separó completamente de la línea que el ministro de la república le había trazado; tomando aparentemente sus direcciones, sea en el partido de propaganda radical en París, sea en los partidos extremos en Nápoles, usó el lenguaje i tomó la actitud de aquellos enviados de la Convención cuya misión era violentar a los reyes i fanatizar a los pueblos. El almirante Baudin que mandaba la escuadra en Nápoles comprendió mejor la dignidad de la república. Reprimió cuanto estuvo en su poder este exceso de celo. El encargado de negocios fué retirado: enviaron en su lugar un hombre de mesura i de sagacidad, M. de Bois-le-Conte: había sido colaborador de M. Buchez

en el inmenso trabajo histórico sobre nuestra primera revolución; había llevado el peso de los detalles i practicado el verdadero sentido de la nueva diplomacia republicana en el gabinete del ministro desde el 24 de febrero; en seguida fué enviado a Turin.

Lamartine deseaba que la república se entendiese con el gabinete de San Petersburgo: estaba convencido de que no había entre las dos potencias mas incompatibilidad que el estado de la Polonia. Por este único punto era por el que ámbos pueblos podían disgustarse; no por un interés territorial sino por una antipatía moral. En Europa la primera ejecución de los tratados de Viena i de las instituciones propias i liberales restituidas por el emperador de la Rusia al reino de Polonia, podía permitir a dos hombres de estado reconciliarse con honor i seguridad a nombre de todos. Se necesitaba de tiempo i de reflexión. Lamartine no debía aventurar sus pensamientos i la dignidad de la república con enviados acogidos tal vez con frialdad en San Petersburgo. Dejó allí un simple secretario de embajada nombrado por el ministro de la monarquía sin ninguna misión política. El ministro del emperador en Paris, era un intérprete oficioso, hábil, benévolo de los pensamientos del emperador i de los de la Francia. Las relaciones frias i poco frecuentes no tuvieron jamas un acento de acritud. No se choca a tanta distancia a ménos de querer chocar por antipatía o por sistema. El emperador era demasiado justo; la república demasiado sensata para no observarse con sangre fría.

Pero el puesto que el ministro consideraba en este momento de mas importancia era Berlin. El tronco del equilibrio del continente se hallaba todavía como en 1791 en este gabinete. La Rusia, la Inglaterra, la Alemania del Norte, se encontraban i se disputaban allí el favor decisivo de una poderosa monarquía militar i de un espíritu público preponderante en el gabinete de un rei filósofo, aventurero, inestable, violento por la iniciativa, intrépido por las novedades, capaz de comprenderlo todo, de arriesgarlo todo, de atreverse a todo. El nudo de la paz i de la guerra europea, de la emancipación i de la reconstrucción de la Alemania, de la regeneración pacífica i parcial de la Polonia estaba en Berlin. La primera palabra que dijese el rei de Prusia de la república francesa sería necesariamente la palabra de todo el Continente. Nadie se atrevería a decir guerra en donde él hubiera dicho paz. Concíbese cuanto interés tenia Lamartine que

quería la paz en que esta palabra fuese puesta en los labios del rei de Prusia por el jénio de la humanidad i por predisposiciones favorables a la revolucion de Paris.

XIII.

Buscó i halló al primer ademan mai próximo a sí al hombre apto para personificar desde luego confidencial, i oficialmente despues en Berlin la tendencia filosófica, la ciencia jermánica i las perspectivas diplomáticas de la nueva revolucion francesa presentadas a aquella corte por un talento casi universal.

Este hombre poco conocido hasta entónces fuera del mundo aristocrático, literario i sabio, se llamaba M. de Cercourt. Habia servido en tiempo de la restauracion en la diplomacia; la revolucion de julio le habia arrojado de nuevo en el aislamiento i en la oposicion mas próxima del legitimismo que de la democracia. Habia aprovechado de estos años para consagrarse a estudios que habrian absorbido muchas vidas de hombres i que no eran mas que distracciones de la suya; idiomas, razas, jeografia, historia, filosofia, viajes, constituciones, relijiones de los pueblos desde la infancia del mundo hasta nuestros días, desde el Thibet hasta los Alpes; se habia penetrado de todo, reflexionado sobre todo, retenido todo; se le podía interrogar sobre la universalidad de los hechos o de las ideas de que se compone el mundo, sin que tuviese necesidad para responder de consultar mas libros que su memoria. Extencion, superficie i profundidad inmensa de nociones cuyos límites i fondo jamas se hallaban: mapa-mundi vivo de los conocimientos humanos; hombre en el que todo era cabeza, i cuya cabeza se hallaba a la altura de todas las verdades: por lo demas imparcial, indiferente entre los sistemas, como un ser que no fuese mas que intelijencia i que no se hallase ligado a la naturaleza humana sino por la mirada i la curiosidad.

M. de Cercourt se habia casado con una señorita rusa, de raza aristocrática i de un espíritu europeo; estaba ligado por medio de ella a cuanto literato eminente existia en las cortes de Alemania i del Norte. El mismo habia residido en Berlin; allí se habia ligado con los hombres de Estado: el rei de Prusia, soberano letrado i liberal le habia honrado con alguna intimidad en su corte. A M. de Cercourt, sin ser republicano de corazon, le habian hecho bastante impresion los vastos horizontes que una república francesa florecida por el jenio progresivo i pacifico de la nueva

Francia podía abrir al espíritu humano para saludarla i servirla. Comprendía como Lamartine que la libertad tenia necesidad de la paz, i que la paz estaba en Berlín i en Londres.

Lamartine le dió por escrito sus instrucciones confidenciales para el oído del rei de Prusia i de sus ministros. No eran en el fondo estas instrucciones, sino esa filosofía de la paz comun a todas las almas ilustradas de un rayo divino, filosofía convertida en política por la conformidad de ideas entre el corazon de un rei i el espíritu de un ministro i de una grande democracia naciente. M. de Cercourt era capaz de comentar las instrucciones i de acomodarlas al jenio de una corte i a las eventualidades de la Alemania. La alianza tácita al ménos entre la Alemania i la Francia, la inviolabilidad del territorio, la tendencia a una unidad moral de la Alemania, que descentralizaria los pequeños Estados de la influencia esclusiva del Austria, el poderoso arbitraje de la Prusia entre la independendencia jermánica i la presión de la Rusia; la restitucion de una parte moral, de nacionalidad constitucional a los desmembramientos palpitantes todavia de la Polonia formaban los textos apénas indicados de estas instrucciones.

M. de Cercourt partió; sostuvo con el ministro de Relaciones Exteriores sobre el estado del Norte una correspondencia intima que formaría un volúmen: no se estravió en ninguna de sus previsiones; inclinó el corazon i el espíritu del rei de Prusia a todas las ideas de conciliacion i de equilibrio en el verdadero interes de ambos Estados. Cuando la revolucion de Berlín estalló, la república francesa no necesitaba ya de una revolucion en Berlín para ver triunfar allí la causa de paz i de humanidad que M. de Cercourt habia ido a defender. Lamartine i su enviado en Prusia se aflijieron mas de lo que se regocijaron de una revolucion que lanzando al rei mas allá de sus pensamientos le haria quizás retroceder mas tarde hasta los brazos de la Rusia.

LIBRO DUODÉCIMO.

I.

Mientras que estas negociaciones i estos informes sordos pero feales preparaban e ilustraban en el exterior el terreno europeo en que la república queria establecerse sin trastornar las nacionalidades, mientras que su diplomacia tenia al mundo suspenso i daba de este modo a la nacion tiempo de constituirse i de armarse para la defensa, Paris continuaba viviendo de entusiasmo i respirando las esperanzas casi unánimes de su revolucion. La república no tenia enemigos; apenas algunos incrédulos: los que en el primer momento habian temblado al nombre de república se admiraban de su magnanimidad, de su calma, de su armonia. Los primeros programas del gobierno, el respeto voluntario del pueblo a la autoridad surgida de la casualidad, la paciencia de los obreros, la caridad de los ricos, la serenidad de todos, esparcian una luz sin sombra sobre estas primeras semanas de la república. Los desgraciados aguardaban; los felices gozaban de su seguridad: las mas adversas opiniones se reconciliaban sobre este ancho terreno de libertad, asilo comun i seguro abierto a todo el mundo. Los partidos precipitados del poder todavia admirados de su caida, agradecian entónces al gobierno la magnanimidad con que prohibia todas las recriminaciones, todas las proscripciones, i los invitaba al ejercicio libre i completo de sus derechos políticos.

Los departamentos se organizaban pacíficamente en comicios patrióticos para buscar de buena fé i de acuerdo entre sí, no los hombres de partido sino los mejores ciudadanos en todas las profesiones, aparentes para unirse i para consolidar las partes de la república en una Asamblea nacional. Si tienen alguna vez los incrédulos en la libertad necesidad de convencerse de la omnipotencia del sentimiento jeneroso i de la amnistia de las opiniones sobre un pueblo, es el cuadro de estos dos meses de concordia i de continuas fiestas de los corazones el que convendrá poner ante sus ojos. A escepcion de algunas declamaciones incendiarias intentadas aqui i allá en algunos clubs inmundos i que el gobierno dejaba evaporar en la indiferencia jeneral, en el desprecio público, no hubo ninguna injuria de ciudadano a ciudadano, ni una riña de opinion, ni fué preciso una sola represion violenta sobre la universalidad del territorio. Treinta i seis millones de almas apasionadas pasaban en orden a la voz de algunos hombres de un cuadrante de gobierno a otro. Estaba abolido el cadalso; las prisiones no se abrian sino para los criminales; cumplianse las leyes aun en materia de impuesto por un pueblo lleno de sufrimientos. La palabra i la conciencia hacian las veces de las leyes; el espíritu de conquista era repudiado; la guerra, esta seduccion natural del jenio frances, estaba contenida por la sola mano de la filosofía en los negocios. Veíase, sentíase la inspiracion de Dios en un pueblo.

II.

Este estado de cosas habria continuado indefinidamente si esta inspiracion de razon, de verdad i de fraternidad práctica no hubiese sido contrariada en el seno del mismo gobierno por otras inspiraciones ménos felices; inspiraciones póstumas de un tiempo que no tenia i que no debia tener analogia de ninguna especie con este; puro dia deplorable de la primera república; lenguaje de depuracion, de exclusion, de rudeza i de amenazas a un pueblo que se admiraba de ser tratado con aspereza e intinuidad en el momento en que se precipitaba espontáneamente i por una corriente unánime en una república de concordia i de buena voluntad. El primer efecto de este error de una parte del gobierno se reveló el 15 de marzo en plena serenidad de los acontecimientos.

El ministerio del Interior era dominio casi absoluto de M. Ledru-Rollin. Este ministerio con todo tenía relacion a causa de

la inmensidad de sus atribuciones; habia tomado aun mas importancia por la potencia de nombre, de talento, i de popularidad democrática del hombre a quien le habia sido devuelto. Las inspiraciones al espíritu público i la organizacion de las elecciones, eran una de sus atribuciones; ignórase por qué pluma fué redactada la primera circular dirigida por el ministerio del Interior a las autoridades de la república en los departamentos. Lo que se hacia en los ministerios era tan desconocido para el ministerio de Relaciones Exteriores como lo eran para sus colegas los actos de su ministerio. Unidos en las grandes tendencias de orden i de republicanismo, podian discordar en los detalles; cada uno seguia su espíritu i no era responsable mas que a su conciencia i a la salvacion del país.

El medio republicano en el que se movia el ministerio del interior, no era ni el medio de Lamartine ni el de la mayoría del gobierno. Luchábase muchas veces pero no se abrigaban sospechas; la enerjía franca de los disentimientos excluia toda idea de perfidia.

Estas suposiciones entre las dos naturalezas de republicanismo que se encontraban, se chocaban, i mas ordinariamente se modificaban i se conciliaban en el Consejo, habian traspirado fuera de las deliberaciones del gobierno. La mayoría del país se ligaba a los hombres de moderacion i de libertad. La minoria mas ardiente i mas acerba se unia al ministro del Interior i a sus partidarios. Dicese que hombres de este partido le asediaban con consejos e impaciencias republicanas; intentaban arrastrarle fuera de las vias de concierto i de concordia en que él como todos sus colegas queria contener las cosas i los espíritus; estos consejeros excesivos llevaban la pluma en sus oficinas i daban en palabras equívocas i mal sonantes su espíritu en vez del espíritu del gobierno. Sentíase el tiroteo de dos jénios contrarios al poder; el uno pacificando, el otro ajitando las pasiones.

III.

La primera circular importante del ministro del Interior sobre las elecciones, apareció el 12 de Marzo. Esta circular fué el toque de alarma para el país despertado con sobresalto del sueño de concordia i de paz que el gobierno queria prolongar. Este documento a continuacion de muchos consejos útiles, contenia vio-

lentos golpes de palabras destinadas a producir rechazos violentos tambien en las opiniones amenazadas.

«Vuestros poderes son ilimitados» decia el ministro a los agentes. Era recordar la mision dictatorial de los comisarios de la Convencion. Todo recuerdo de esta naturaleza aterrorizaba al pais. «Queremos hombres todos de la vispera i ninguno del dia siguiente en la Asamblea nacional.» Era proscribir a la misma opinion de su propia soberania. Era el ostracismo político de la nacion casi entera porque si el número de los republicanos de razon era inmenso, el número de los republicanos de faccion era bien reducido. Era en una palabra un 48 fructidor de palabras contra la Francia; la impresion fué todavia mas siniestra que la intencion.

Esta circular, acto importante del gobierno pues que estaba destinada a promulgar su espiritu a la nacion, no habia sido sometida al gobierno ni deliberada por él. Era la obra i el abuso del poder de las oficinas invasoras del ministerio del Interior. La multiplicidad de negocios i el torbellino de acontecimientos que no dejaban ni de dia ni de noche un minuto de descanso a los miembros del gobierno continuamente ocupados en el Hôtel de Ville, en la plaza pública, en diálogo con las columnas del pueblo i con las diputaciones de los departamentos o de las naciones estranjeras, habian sustraído esta circular del conocimiento de Lamartine. No supo la existencia sino por el rumor de desórden i de irritacion que suscitaba en Paris. Conoció inmediatamente que si este acto no era desaprobado por el gobierno la república cambiaba de mano cambiando de doctrina; que se convertia en un depotismo de minoría en lugar de ser un terreno comun de libertad; que para sostener esta tirania insolente de una minoría no habia mas que terror en el interior, la guerra en el exterior, el desórden, las exacciones, las depuraciones, los enconos revolucionarios en todas partes. Estaba resuelto como sus colegas de la mayoría, a morir mil veces antes que a asociar su responsabilidad ante Dios, ante la historia i ante sí mismo a un gobierno tan execrable.

Sabia ademas como hombre político que semejante gobierno seria antes de tres meses la guerra civil, i que la guerra civil era la muerte de la república.

Pidió en consecuencia un consejo secreto i completo del gobierno en el Hôtel de Ville para el dia siguiente 16 de marzo a las doce del dia; resuelto a tentar ante sus colegas la cuestion de los

dos principios de gobierno que parecian presentarse finalmente por si mismos cara a cara: decidido ademas a desgarrar si fuese necesario a todo riesgo al mismo gobierno ántes que desmentirse i desnaturalizarse permaneciendo en él.

No se le ocultaba ninguna de las consecuencias de este des-trozo en hora semejante. Sabia que la opinion de la parte sana del pueblo, de la guardia nacional, i de la clase acomodada de Paris personal i fuertemente adherida por instinto: que la parte ultra-revolucionaria, socialista, terrorista, agitadora, activa, armada, de la capital se adheria frenéticamente a los jefes del partido contrario. Que su separacion del gobierno seria la señal de un combate del que todos los azares eran contra él; porque si de su parte tenia la opinion no tenia las armas. No importa; se hallaba en una de aquellas horas en que el hombre político no calcula la salvacion sino el deber.

Interpelado la vispera del 17 en la noche en el Hôtel de Ville por una diputacion del club de la guardia nacional de quien era órgano M. de Lepine, coronel de un distrito i ciudadano influyente, Lamartine aprovechó osadamente la ocasion de hacer presentir a Paris la sublevacion de su corazon contra las circulares i la lucha que meditaba para el dia siguiente. «Ciudadanos;» respondió a la diputacion que le habia interrogado acerca de las intenciones del gobierno; no me corresponde en una cuestion tan jeneral, tan grave, tomar la iniciativa sobre la opinion de todos mis colegas reunidos. Sin embargo, puedo deciros que les afectará profundamente i quedarán eternamente reconocidos al paso que acabais de dar i a las palabras que acabais de pronunciar.

«El gobierno provisorio no ha encargado a nadie de hablar en su nombre a la nacion; i sobre todo de espresarse en un lenguaje superior a las leyes. (Bravo! bravo!) Este derecho no lo ha dado a nadie! porque no ha querido tomarlo para sí mismo en el momento en que salia como una aclamacion del pueblo para llenar momentáneamente el difícil puesto que ocupa. No lo ha querido; no lo ha hecho; no lo hará jamas. Tened fé en los nombres de los hombres que lo componen. (Bravo!)

«Estad ciertos que ántes de pocos dias el mismo gobierno provisorio tomará la palabra; lo que en los términos i no ciertamente en las intenciones de este documento ha podido chocar, inquietar la libertad i la conciencia del pais, será esplicado, comentado, restablecido por la misma voz del gobierno entero. (Aclamaciones; gritos de: viva Lamartine! viva Lamartine!)

«Decid, viva el gobierno todo! prosiguió Lamartine; porque este pensamiento no es solamente el mio, es el del gobierno entero, es el del ministro mismo.»

Un miembro de la diputacion esclama: «Lo aceptamos como tal.»

M. Lamartine continúa: «Ciudadanos! de todos los dogmas que han sobrevivido a las grandes caidas de los tronos i de los imperios de que somos testigos hace medio siglo, no hai mas que un dogma imperecedero a nuestros ojos; es el de la soberania nacional— (Bravo! bravo!)— Es el de la soberania nacional al que no nos atreveremos jamas a atentar i al que no toleraremos jamas que se atente en nuestro nombre o en el vuestro.

«El gobierno provisorio se felicitará, no lo dudeis, de que hayais venido como un presentimiento de la opinion verdaderamente republicana, es decir, libre, a provocar una esplicacion suya acerca de la conducta que quiere observar en las elecciones que deben de dar tambien por resultado el gobierno republicano de la Francia! El gobierno no quiere i no debe influir directa ni indirectamente en las elecciones; si como gobierno armado de una partícula cualquiera del poder público, nos avergonzariamos de los reproches que hemos hecho a los gobiernos que nos han precedido, si en vez de la corrupcion que ha causado por sus escándalos la misma revolucion que ha producido la república empleásemos hoy esta otra corrupcion, la peor de todas, la corrupcion del temor, de la opresion moral de las conciencias— Bravo! Bravo!—

(Continuará).

CONRADO WALLENROD

NOVELA HISTORICA

POR ADAN MIÇKIÉWICZ.

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS PARA LA REVISTA.)

Dovete adunque sapere come sono
due generazioni da combattere.... Bi-
sogna essere volpe e leone.

IV.

Es el día del patrono: día solemne! Los komthours i los hermanos se apresuran a llegar a la capital; el estandarte blanco flamea en las cúpulas; Conrado va a festejar a los caballeros con un espléndido banquete.

Cien mantos blancos se ajitan en derredor de una mesa. Cada manto tiene pintada de negro una cruz. Estos son los hermanos, i detras de ellos están de pié los novicios prontos a servirlos.

Conrado está en el lugar principal. A su izquierda está, con sus hetmans Vitold ántes enemigo de los cruzados, hoi su convidado. Ha hecho pactos con ellos, contra la Lituania, su patria!

«Regocijémonos en Dios!» dijo Conrado levantándose i dando la señal para el festin. «Regocijémonos en Dios!» repiten en coro mil voces sonoras; la plata de las copas resuena i el vino corre a raudales.

Wallenrod se sienta. Apoyado el codo en la mesa, presta desdenosamente oído a los alegres dichos. Cesa el ruido; apenas algunos chistes en voz baja interrumpen el ligero sonido de las ánforas.

«Regocijémonos en Dios!» repite Conrado. «I qué, hermanos, es así como sienta a caballeros regocijarse? Al principio el tumulto de una orjia i despues tímidos murmullos. Somos acaso monjes o bandidos?

«En mi tiempo, otra era la costumbre! Cuando en un campo de batalla sembrado de muertos, en los montes de Castilla o en los bosques de Finlandia, bebíamos en torno del fuego de nuestras guardias, oh! qué cantos entonábamos entónces! No hai entre esa turba algun bardo o menestral? El vino regocija el corazon del hombre pero el canto es el vino del pensamiento.»

Levántanse diferentes cantores. Aquí, un grueso italiano, con su garganta de ruiseñor, ensalza el coraje i la devocion de Conrado; allá un trovador de las orillas del Garona canta las aventuras de pastores enamorados, de damas encantadas, de caballeros errantes.

Wallenrod estaba dormido. Cesan los cantos, i repentinamente despertado por la interrupcion del ruido, arroja al italiano un cinto lleno de piezas de oro. Tu no has cantado, dice, mas que mis alabanzas. Uno solo no puede dar otra recompensa. Toma i retírate. En cuanto a ese jóven trovador que sirve alternativamente a la gloria i al amor, que perdone si en este enjambre de soldados no se encuentra dama gentil que, por agradecimiento, quiera adornar su jubon con un inútil boton de rosa.

«Aquí están todas las rosas marchitas! Necesito otro bardo; el monje caballero quiere otra cancion. Es preciso que sea tan ronca i tan salvaje como el sonido de la corneta i el ruido de las armas, tan sombría como las paredes de un claustro, tan ardiente como un solitario embriagado.

«Es preciso, a nosotros que consagramos i despedazamos a los paganos, que una cancion de muerte nos anuncie el dia consagrado. Que nos anime, nos irrite, nos adormezca, i de repente nos espante. Tal es nuestra vida, tales deben ser nuestras canciones. Pero quién nos la cantará? Responded!

—Yo!» dijo levantándose un anciano venerable que estaba sentado en la puerta entre los escuderos i los pajes, i que segun anuncia su traje debia ser pruso o lituaniano. Espesa barba encanecida por los años cae sobre su pecho; unos pocos cabellos

blancos coronan su calva cabeza; su frente i sus ojos están cubiertos con un velo; sus facciones han sido sulcadas por la edad i los sufrimientos.

En su mano derecha tiene un viejo laud prusiano, i con su izquierda, estendida hácia la mesa, parece pedir audiencia. Todos callan. «Yo canto, esclama; en otros tiempos yo cantaba para los prusos i los lituanianos. Ahora unos han muerto defendiendo a su patria; otros, desdeñando sobrevivir a ella, prefieren matarse encima de su cadáver, como esos feles servidores que, felices o infelices, perecen en la hoguera de su amo. Algunos ocultan su vergüenza en lo espeso de los bosques; los últimos, como Vitold, están entre vosotros.

«Pero despues de la muerte... vosotros lo sabeis, alemanes... Interrogad a los tráfugas, traidores a su país. Qué será de ellos cuando, condenados a las llamas eternas, vengán a invocar a sus abuelos en la mansión de los elejidos? En qué lengua podrán implorar merced? Bajo el hablar jermánico, ¿esos abuelos reconocerán la voz de sus descendientes?

«Oh qué infamia, hijos, para la Lituania!.. Ninguno, ninguno de vosotros defendióme cuando, inerme Vaydelote, fui arrastrado desde las gradas del altar a las cadenas jermanas! Solitario, he envejecido en el suelo extranjero; cantor, ya no sé para quien he de cantar; lituaniano he perdido los ojos llorando a mi patria. Hoi si quiero dirijir un suspiro al techo que me vió nacer, ya no sé donde está esa casa querida; aquí.... allá.... o en otra parte!...

«Solo aquí, en mi corazon, he salvado a mi patria; i arrancadme, jermanos, estos débiles restos de mis antiguos tesoros! Arrancadme mis recuerdos!

«Como un guerrero vencido en el torneo no salva su vida sino al precio de su honra, i cansado de arrastrar dias cubiertos de oprobio, vuelve por última vez cerca de su vencedor, lo provoca a un nuevo desafío, i, reuniendo sus fuerzas, rompe su arma a sus pies.

«Así quiero hacer yo la última tentativa. Dadme el laud! El último Vaydelote de Lituania os va a cantar en lituaniano la última canción!»....

Dice i aguarda que el gran maestro haya hablado. Como él todos aguardan. Conrado espia con mirada burlona i penetrante los jestos i las facciones de Vitold.

Todos habian podido verlo, cuando el Vaydelote hablaba de los traidores a la patria, Vitold cambió de color. Morado de ver-

güenza i rojo de cólera, agarra en fin el puño de su espada; salta, hiende la turba estupefacta, mira al anciano i repentinamente se detiene. La nube de ira que se cernia encima de su cabeza se disuelve en un torrente de lágrimas. Vitold vuelve, siéntase en su lugar, oculta su rostro con los pliegues de su manto, i se hunde en misteriosos ensueños.

I los alemanes murmuraban: «Consentiremos en nuestros banquetes miserables mendigos?... Quién puede oír sus cantos i quién puede comprenderlos?» Risotadas ca vez mas ruidosas se mezclaban con estos murmullos; los pajes gritan soplando en cáscaras de nueces vacías: «Este es, el tono de la cancion lituaniana»

Levántase Confado i dice: «Valerosos caballeros, la Orden recibe hoi, segun la antigua costumbre, los presentes de las ciudades i provincias. Ese viejo mendigo nos trae sus melodías como tributo de un país esclavo; recibamos con agrado su ofrenda, porque ella es como el dinero de la viuda.

«Vemos entre nosotros al principe de los lituanianos; sus jenerales son tambien buéspedes de la Orden: les será grato oír el recuerdo de antiguas proezas, rejuvenecidas en el idioma que les es familiar. Quien no comprenda puede irse; en cuanto a mi gusto de esos acentos ininteligibles i tétricos de la cancion lituaniana como gusto del estruendo de las tempestades o del lijero ruido de una lluvia de primavera.... Esa cancion nos mece i nos aduerme. Canta pues, viejo hechicero.»

CANTO DEL VAYDELOTE.

«Cuando la peste ha de venir a herir la Lituania, el ojo del mago entrevee su proximidad; porque, si se ha de dar crédito a los Vaidelotes, muchas veces la virjen fatal (1) aparece en las tumbas i los matorrales, vestida de blanco i con una corona de fuego en la cabeza; su frente sobrepasa la altura de los árboles de Bialowicz i su mano ajita un velo sangriento.

«Los centinelas de los castillos ocultan con sus cascos los ojos, i los perros del campo hunden sus hocicos en la tierra, escarban olfateando la muerte i lanzan espantosos ahullidos.

«La virjen se adelanta con siniestro paso por entre aldeas, castillos i opulentas ciudades, cuantas veces sacude su velo, otros

(1) El pueblo lituaniano se representa la peste bajo la forma de una virjen cuya aparicion debe preceder al terrible azote.

tantos castillos quedan desiertos; por donde quiera que ha pasado su pie, se levanta una tumba.

«Funesta aparición!... Pero hai para los lituanianos presajios aun mas formidables: el casco germánico con su flameante penacho, el manto germánico con su fúnebre cruz.

«Donde los pies de semejante fantasma han dejado su estampa, no hai nada mas que ruinas de aldeas i ciudades: una comarca entera se convierte en un sepulcro. Si tu alma es todavia lituaniana, quien quiera que tú seas, oh! ven e iremos a sentarnos en el atalud de las naciones para meditar sobre el pasado i derramar cantos i lágrimas!

«Canto popular, arca de alianza entre los antiguos tiempos i los nuevos! en ti es donde el pueblo deposita las armas de su héroe, la trama de sus pensamientos i la flor de sus sentimientos.

«Arca santa, para siempre inviolable si tu mismo pueblo no te profana! Canto del pueblo! guardian del santuario nacional de los recuerdos! si tu voz i tus alas son anjélicas, a veces tambien blandes la espada del arcánjel!

«La historia trazada con el pincel, puede devorarla la llama; vuestros tesoros serán pillados por los ladrones porta-espadas; solo el canto escapa i sobrevive; el canto recorre la turba, i si las almas viles no saben alimentarlo con pesares i abrevarlo con esperanza, huye a los montes, se apeg a los escombros i cuenta al desierto la historia del pasado. Así el ruiseñor huye de los palacios invadidos por las llamas; pósase un instante en el techo i cuando este se desmorona huye a las selvas i allí, con voz sonora, sobre tumbas i ruinas canta a los viajeros los himnos de la muerte.

«Yo he escuchado ese canto!... Muchas veces la punta del arado de un centurion tropezaba con osamentas, i él deteniéndose tocaba en el caramillo la oracion de los muertos, o lloraba estancias a vuestra gloria, venerables abuelos; muertos sin posteridad!.... Los ecos le respondian, i yo escuchaba de léjos!.... Esos cuadros i esos cantos me embriagaban tanto mas cuanto que yo era el único que los veia i los oia.

«Como en el dia del juicio la trompeta del Arcánjel evocará del sepulcro los cadáveres, así los huesos que hollaba se alzaban a mis pies a la voz del cantor i tomaban formas gigantescas. Las ruinas se elevaban en columnas i se erijian en soberbias arcadas; los adormecidos lagos resonaban como ajitados por remos, veíanse al traves, las portadas de los castillos, las coronas de los arcos.

cipes, las armaduras de los caballeros, a los menestrales cantando sus alabanzas i a las niñas danzando al compas de sus cantos. El sueño era divino; pero ¡ai! cuál fué el despertar!

«Los bosques i las montañas del país han desaparecido de mi vista. El pensamiento, fatigando sus alas al través del espacio, cae en fin i se refugia en el hogar doméstico; escápase de mi desfallecida mano el laud i, en medio de los jemitos de mis hermanos, no oigo ya la voz del pasado! Pero las centellas de mi juvenil entusiasmo, no se han apagado aun en mi corazón; siempre vuelven a encenderse, reaniman mi pensamiento i fecundan mi memoria. Entonces esta memoria, como una lámpara de cristal coloreado, aunque empañada por el polvo i los años, si se coloca una llama en su centro, seduce aun la vista por la frescura de sus tintes, i proyecta sobre los artesonados, imágenes mas pálidas, pero siempre encantadoras.

«Si yo pudiese derramar en el alma de mis oyentes, el fuego que devora la mía i resucitar a sus ojos el pasado; si supiese herir el corazón de mis compatriotas con el dardo de la palabra, quizas, al instante en que el patriótico canto los hubiese conmovido, sentirían la antigua grandeza de alma, el antiguo ardor del corazón i vivirían una hora, una hora tan sublime como la vida entera de sus antepasados.....

«Mas para qué recordar tiempos pasados! Debe acaso el cantor acusar a su época?... Hai un hombre presente, contemporáneo, sublime i este es al que voi a cantar! Escuchad lituanianos!!!....

Calló el anciano: i con vista i oidos interroga a la reunion; ¿los Germanos le permitirán proseguir? Un profundo silencio reina en la sala del festin, silencio inspirador de los poetas. Canta una melodía; pero en un tono nuevo; su voz se armoniza en compases mas lentos, su mano roza apenas las cuerdas de la lira i descende del himno a la sencilla narracion.

NARRACIÓN DEL VAYDELOTE.

«De donde vienen los lituanianos? Vuelven de una escursion nocturna, cargados de ricos despojos conquistados en los templos i en los castillos. Multitud de prisioneros alemanes, con el grillo en las manos i la soga al cuello, siguen a los caballos de los vencedores. Algunas veces miran hácia la Prusia, i prorrumpen en lágrimas, otras hácia Kowno i se encomiendan a Dios.

«En medio de Kowno se estiende el valle de Péroun: alli es don-

de los principes lituanianos, cuando llegan vencedores, despues de la batalla, tienen costumbre de quemar en ofrenda los prisioneros jermanos.

«Dos caballeros cautivos avanzan alegremente hácia Kowno: el uno jóven i soberbio, el otro encorbado por la edad. Ambos, en lo mas reñido del combate, abandonando los pendones de los jermanos se unieron a los de Lituania. El principe Keystout los recibe; pero los hace rodear de guardias i los conduce a su castillo. «Cuál es vuestro pais i cuáles son vuestros designios? Ignoro, respondió el mas jóven, mi nacimiento i mi nombre. Era niño cuando fui arrebatado por los caballeros. Solamente me acuerdo que, en una gran ciudad, situada en un lugar de Lituania, estaba la casa de mi padre: una casa de ladrillo rojo, rodeada de árboles i sentada sobre cimientos de madera. Al rededor de las colinas zumbaba un bosque de pinos; i a lo léjos, al traves de los árboles, brillaba un lago arjentado. Una vez a media noche, un grito de alarma nos despertó, una luz sangrienta hirió las ventanas; los vidrios crujian i una espesa nube de humo inundaba la casa: descendimos a la puerta: la llama corria por las calles, encendidos tizones volaban como pedriscos; despues un terrible grito resonó: «A las armas! los teutones en la ciudad! a las armas!».... Mi padre lanzóse hácia fuera, espada en mano, i.... no volvió mas! Los alemanes penetraron en las casas: uno de ellos comenzó a seguirme, alcanzóme i me colocó sobre su corcel. No sé lo que aconteció despues, solamente, mucho tiempo aun escuché el grito de mi madre. Entre el ruido de las armas i entre el fragor de las casas que caian, este grito me ha perseguido, este grito ha permanecido constante en mis oidos. Ahora, todavia, cuando veo un incendio, i escucho los clamores de duelo, este grito se despierta en mi alma, como el eco de la caverna a los estampidos del rayo. He aquí todo lo que sé de la Lituania i de mis padres.... Algunas veces, en mis sueños, veo el noble semblante de mi padre, el de mi madre i el de mis hermanos; pero, a medida que mi edad se aumenta, un velo mas espeso se extiende sobre sus queridas facciones!....

«Pasaba mi infancia; como aleman, crecia en medio de los alemanes. Walter era mi nombre; le añadieron el de Alphe. Solo el nombre era jermano, el alma permaneció lituaniana, i conservó los pesares de la patria i el odio al extranjero!

«Winrik, el gran maestre, me tenia en su palacio; él fué quien me llevó a la pila bautismal; me amaba i me trataba como a su hijo.

Yo me fastidiaba en el palacio; de las rodillas de Winrik huía al lado del viejo Vaydelote. Entonces había entre los alemanes un Vaydelote lituaniano; prisionero de guerra, desde mucho tiempo, servía de intérprete al ejército. Desde que supo que yo era huérfano i lituaniano, principió a atraerme, me habló de Lituania, se reanimó mi alma abatida, con halagos, con cantos i con los dulces acentos del idioma natal. Muchas veces, me conducía a las orillas del azulado Niemen i desde allí nos agradaba contemplar a lo lejos las bellas montañas de la patria. Cuando volvíamos al castillo, el anciano secaba mis lágrimas, por temor de las sospechas que podían excitar, secábalas, pero siempre atizando mi venganza contra los Germanos. De vuelta al palacio yo afilaba en secreto un cuchillo: aun me acuerdo, con qué deleite cortaba los tapices de Winrik o rompía sus espejos. Arrojava arena i escupía sobre el pulido acero de su escudo. Mas tarde, en los días de mi juventud, abandonábamos en una barca el puerto de Kleypeda, para visitar las riberas Lituanianas. Allí cojía flores compatriotas, i su encantador aroma despertaba en mi alma, no sé qué recuerdos vagos.... Embriagado con sus perfumes, ¡oh dulce ilusión! volvía a ser niño; me parecía jugar aun en el jardín paterno, con mis hermanos, niños como yo! El anciano ayudaba mi memoria: con palabras mas suaves i mas bellas que las flores, pintábame un pasado de dichas i me decía cuán dulce es pasar, en el seno de su patria, en medio de amigos i de padres, los días de la juventud! Cuántos pobres niños Lituanianos, sepultados en los calabozos de la orden, están desheredados de semejante dicha!...

« He aquí como me hablaba en los campos; pero en las llanuras de Polonga donde la mar nebulosa estrella con ruido su pecho sonoro i vomita torrentes de arena de su espumosa garganta; ves, me decía, las floridas playas de estas riberas? mañana serán invadidas por la arena; ves estas yerbas primaverales? esfuérzanse para traspasar el sudario que las cubre, pero en vano. La hidra arenosa multiplica sus cabezas; despliega sus blancas alas, abraza la espirante ribera i arrastra lejos el remo salvaje del desierto. Hijo mío, las yerbas de la primavera sepultadas vivas, son nuestros hermanos esclavizados, es la Lituania! Hijo mío, las arenas de ultramar arrojadas por la tempestad..... es la Orden. » Al oírle mi corazón palpitaba: hubiera degollado a los teutones i habría huido entre los nuestros. El anciano moderaba sus trasportes « los guerreros libres, decía, pueden en libertad escoger

sus armas i combatir en campo abierto a un adversario de igual fuerza... Vive aquí aun i formado por los jermanos en el arte de la guerra, trata de ganar la confianza i mas tarde veremos.»

« Obedecí al anciano; seguí el ejército de los teutones; pero en el primer combate apenas divisé los estandartes, apenas oí los cantos guerreros de mi patria, me precipité a sus filas arrastrando al anciano. Como el gavilan arrancado de su nido i alimentado en la jaula para dar caza a sus hermanos, cuando parece aturdido por el mal trato del pajarero, desde que se eleva a las nubes, desde que sepulta sus miradas en la inmensidad de su azulada patria, que oye el ruido de sus alas, que respira un aire libre, vé cazador, vuelve a tu casa la jaula vacía i no esperes ya al gavilan.»

« El jóven se calla. Keistout le escucha aun; tambien su hija Aldona, jóven i bella como una divinidad.

« El otoño llega i con él las largas noches. Aldona, como era costumbre, rodeada de sus jóvenes compañeras trabaja en su telar o se divierte en hilar preciosas tramas. Mientras que las agujas se agitan en las telas que ruedan los husos, Walter, de pié, cuenta las maravillas de los países jermanos i de su juventud. Todas las palabras de Walter la jóven las aspira, las retiene en su corazon i frecuentemente las repite en sueños. Walter describe los castillos i las grandes ciudades del otro lado del Niemen, el esplendor de los vestidos i la magnificencia de las fiestas; los torneos en donde los jóvenes paladines vienen a romper sus lanzas, i las reinas de la belleza inclinándose en las galerías i coronando al vencedor. Habla del poderoso Dios que reina mas allá del Niemen i de la madre immaculada del Salvador, de la cual muestra las facciones anjélicas en un maravilloso escapulario. El jóven lo habia llevado piadosamente en su pecho i ahora se lo da a la jóven lituaniana su neófita, enseñándole la plegaria. Todo lo que él sabe quiere enseñarle: ¡ai! le enseña mas aun de lo que sabia; le enseña el amor!

« ¡ Cuántas cosas aprendia él tambien! Con qué deliciosa emocion oía de sus labios palabras lituanianas largo tiempo olvidadas! A cada palabra oída despertábase en su alma un nuevo sentimiento como una centella bajo la ceniza: eran las palabras sagradas de familia, amistad, i otra aun amor! que no tiene igual en la tierra si no es la de.... patria! «De qué proviene, preguntábase Keistout, este súbito cambio en mi hija? Qué ha sido de su antigua alegría? A dónde están sus juegos infantiles? Cuan-

do los días de fiesta todas las jóvenes se van a danzar en la pradera, por qué ella queda sola o conversa con Walter? I los días de trabajo cuando las jóvenes trabajan con la aguja en el cancel, la aguja se le cae de las manos; sobre el telar todos los hilos se enredan; no mira lo que hace i todos me lo hacen observar. Ayer yo mismo la he visto bordar una rosa con seda verde i las hojas con seda rosada. I cómo podría ver otra cosa cuando sus ojos no buscan sino los ojos de Walter? cuando su pensamiento solo se fija en Walter? Si pregunto adónde ha ido, se me responde siempre, al valle. De dónde viene? del valle. I qué hai en ese valle? El joven ha plantado para ella un jardín..... un jardín! Será acaso mas bello que los verjeles de mi castillo? (Keistoat tenia verjeles magníficos llenos de frutos de toda clase que eran la tentacion de las niñas de Kowno.) Pardiez no es el jardín quien la atrae, es el jardinero.... Este invierno los vidrios de sus ventanas que daban sobre el Niémen estaban brillantes como en el estío. Yo lo he visto; el hielo no habia ni siquiera empañado el cristal. Era que Walter pasaba por allí! Sin duda ella estaba en la ventana, i sus ardientes suspiros han derretido el hielo de los vidrios. Yo creía que él la enseñaba a leer i escribir: habia oído que todos los príncipes comenzaban a dar la instruccion a sus hijos. En fin era un buen joven, intrépido, sabio en las escrituras como un sacerdote: debo despedirle? El puede ser tan necesario a la Lituania!.... Nadie sabe mejor que él ordenar las tropas, levantar las murallas, aprestar las armas de fuego; él solo vale para mí un ejército. Ven Walter, sé mi yerno i combate por la Lituania.»

«Walter fué al fin esposo de Aldona. Germanos! creéis sin duda que este es el fin de la historia? En vuestras fábulas de amor cuando el héroe se casa el trovador termina su balada añadiendo solamente que vivieron felices i largo tiempo. Walter adoraba a Aldona pero Walter tenia el alma grande. No encontró la felicidad en el seno de su familia, porque la dicha no estaba en su patria.

«Las nieves apenas han desaparecido i la alondra ha lanzado su primer canto (en otras partes la alondra anuncia la estacion de los amores; pero en Lituania es el présage anual del incendio i del asesinato) cuando los cruzados descenden en gran número a la llanura. Desde las montañas del otro lado del Niémen ya el eco nos trae el ruido del tumultuoso campo, el crujido de las armas i el relincho de los corceles. Los ejércitos caen como un nublado i ocultan a lo lejos la campaña. Vénse brillar acá i allá las banderas de las vanguardias como el relámpago antes de

la tempestad. Los alemanes se detienen a orillas del Niémen; arrojan puentes i sitian el fuerte de Kowno: cada día bastiones i murallas ruedan bajo el golpe del ariete; cada noche la formidable mina se hunde en la tierra como el topo; la bomba se lanza a los cielos en alas de la llama i cae sobre los edificios como el buitre sobre su presa. Kowno no es mas que escombros; los lituanianos se retiran a Keydany; Keydany rueda, los lituanianos se amurallan en los bosques i las montañas. Los alemanes avanzan siempre incendiando cuanto pueden: Keistout i Walter son siempre los primeros en la batalla i los últimos en la retirada. Keistout, siempre valeroso, habia aprendido desde su juventud a caer sobre los enemigos i pulverizarlos huyendo. Sus antepasados siempre han combatido a los germanos: i siguiendo su ejemplo combate i no se cuida del porvenir. Walter tiene otros pensamientos: educado por los cruzados conoce los recursos de la órden; sabe que una órden del gran maestro hace refluir de todas las partes de Europa tesoros, armas i guerreros hácia la ciudad de Maria. Los prusianos otro tiempo quisieron defenderse i fueron destruidos. Tarde o temprano la misma suerte espera a los lituanianos. Lamentando el pasado de la Prusia tiembla por el porvenir de la Lituania. «Hijo mio le dijo Keistout, tu eres un profeta de desgracias; me quitas la venda para mostrarme abismos! Escuchándote me parece que mis manos se debilitan i que el valor abandona mi corazon con la esperanza de la victoria! Qué hacer? cómo resistir a los germanos? Padre, mio, responde Walter, conozco un medio terrible, único pero infalible. Quizás un día lo sabreis.» Así era como hablaban despues de la batalla de la vispera, ántes del combate del día siguiente: esperando que la trompa los llamase a nuevos desastres.»

«Cada día Keistout está mas sombrío; pero qué es de Walter? Walter no ha estado nunca alegre, i aun en los momentos de dicha una lijera sombra velaba su rostro; pero en los brazos de Aldona su frente recobraba su apacible seguridad: la acogia siempre con una sonrisa i la abandonaba con una mirada de ternura. Ahora parece poseído de un solo pensamiento: todos los días delante de su habitacion con los brazos cruzados mira a lo lejos el humo de las ciudades i de las aldeas en llamas, i sus miradas se vuelven aterradoras; por la noche despertándose sobresaltado observa a traves de la encrucijada la sangrienta luz del incendio.»

—¿Qué tienes querido esposo? pregunta la quejumbrosa Aldona? —Lo que tengo? es preciso que duerma en paz para que los cru-

zados se apoderen de mí; me encadenen i me entreguen al verdugo?—Dios nos salvará, querido mio; los centinelas guardan las murallas.—Si, los centinelas nos guardan, yo velo i llevo una espada; pero cuando las centinelas sean muertas, cuando el hierro esté mellado! . . . escucha: si llego a la tardía, a la miserable vejez!

.....—Dios nos dará hijos para consolarnos!.....—I si los alemanes se arrojan sobre nosotros, si degüellan la madre, arrebatan a los hijos i educándolos entre ellos los enseñan a pelear contra su padre?..... I yo mismo quizás habria sacrificado a mi padre con sus hijos sin el socorro del viejo Vaydelote! —Querido Walter, huyamos a la Lituania, i para escaparnos ocúltémonos en las montañas i en los bosques.—Huirémos; i las otras madres, i los otros hijos? Los prusianos huían tambien i el jermano supo alcanzarlos hasta en Lituania. I si ellos nos descubriesen en las montañas?—Iríamos mas léjos aun.—Mas léjos? mas léjos? Desgraciada! mas léjos que la Lituania! se hallan los rusos o los tártaros. »A estas palabras Aldona quedó como suspensa. Hasta entónces habia creído que la patria era vasta como el mundo: por la primera vez supo que no habia ya para ellos asilo en Lituania; i torciéndose las manos pregunta a Walter.—«Qué es preciso hacer?—No queda mas que un solo medio a los lituanianos para quebrantar el poder de la Orden: este medio yo lo conozco; pero en nombre del cielo no me preguntes nada! Maldito sea el dia en que obligado por ellos tenga que apoderarme de este medio.» Rehusa esplicarse mas, i sordo a las súplicas de Aldona no oye ni vé otra cosa que las desgracias de la Lituania; desde el dia en que el fuego de la venganza nutrido secretamente por el aspecto de las calamidades de la patria, hubo abrasado su alma i devorado uno a uno todos los otros sentimientos aun hasta el que entónces le hacia la vida feliz i aun el sentimiento del amor. Así cuando los cazadores encienden secretamente el tronco de una encina de Bialowiez, el árbol se consume hasta el corazon: rei de los bosques, pronto pierde su aéreo follaje, dispersa el viento sus hojas i hasta la corona de muérdago la única que adornaba su frente de verdor se marchita para siempre.

«Largo tiempo despues los lituanianos, ora acometiendo o fujitivos, vagaban en las montañas, los castillos, los desiertos i los bosques. En fin, la sangrienta batalla de Rudava se dió: los jóvenes héroes lituanianos cayeron por millares i otros tantos jefes i hermanos teutones. Pero nuevos refuerzos llegan de ultramar a socorrer a los jermanos. Keistout i Walter con un puñado

de bravos vuelven a apoderarse de las alturas i mellados los sables, rotos los escudos, cubiertos de sangre i de polvo llegan a su país natal. Ni una mirada, ni una palabra para Aldona. Walter habla aleman con Keistout i el vaydelote. Aldona no ha comprendido nada; pero su corazon está agoviado por horribles sentimientos. Despues de haberse convenido los tres lanzan sobre ella dolorosas miradas. Walter la contempla largo tiempo con la espresion de una muda desesperacion, i dos arroyos de lágrimas saltan de sus ojos. Cae a sus plantas; estrecha sus manos sobre su corazon i le pide perdon por todo lo que ha sufrido por su causa: ¡ah! decia, de las mujeres que se enlazan a estos seres bizarros cuyos ojos se estienden mas allá de los límites de su aldea, cuyo pensamiento sube eternamente como el humo arriba de los techos, cuyo corazon no puede contentarse con las dichas de la familia. Las grandes almas, Aldona, son como las vastas colmenas, que no pudiéndose llenar de miel, son al fin nidos de culebras. Perdona, oh mi dulce Aldona, hoy quiero estar junto a ti; seamos uno para el otro lo que fuimos otro tiempo. Mañana.... no se atrevió a concluir. Qué embriaguez para Aldona! «Va todo a cambiarse, dijo la desgraciada; ya estará alegre i tranquilo. No mas tristezas; ya no habrá velo en sus miradas; no mas palidez en sus mejillas..... Walter pasa toda la tarde a los pies de Aldona. La Lituania, la guerra i los teutones, todo se olvida al momento. Su llegada a Kowno, las primeras palabras con ella, el primer paseo al valle, en fin todas las circunstancias de su primer amor, pueriles quizas pero tan dulces para su corazon son el objeto de sus conversaciones. Por qué, pues esta sola palabra, mañana! viene a interrumpirla? A esta palabra vuelve a caer en su sueño; mira largo tiempo a su compañera i el llanto baña su pupila; querría hablar i no se atreve. Acaso habrá evocado el sentimiento de dicha de otro tiempo para decirle el último adios? Las conversaciones, las caricias de esta tarde, serán los últimos rayos de la antorcha del amor? Preguntarle sería inútil; Aldona lo contempla con inquietud; aguarda i saliendo de la sala lo mira aun al traves de las hendijas del tabique. Walter escancia el vino i bebe copa tras copa; en la noche se encierra en su cuarto con el anciano Vaydelote.

«Al levantarse el sol el pavimento resonó bajo las herraduras de los corceles; dos guerreros se dirijen hácia las montañas envueltos en la niebla espesa de la mañana. Eluden a todos los centinelas; mas no pueden engañar los ojos vigilantes de una

amante. Ella habia adivinado la huida de su esposo; preséntase ante él en el valle; oh! era un encuentro bien triste. Vuelve, oh querida, vuelve a tu casa. Serás feliz quizás; hallarás la dicha en brazos de tus padres; joven i bella te consolarás; i me olvidarás al fin. Muchos principes ántes que yo pidieron tu mano; ya eres libre, eres viuda, sí, viuda de un héroe que por la salud de su patria renuncia..... aun a tí! Adios, olvidame!.... Algunas lágrimas sobre mi tumba!.... Walter ya ha perdido todo; Walter ha quedado solo en el mundo como el huracan en el desierto! Debe vagar en la tierra, traicionar, asesinar, i despues morir de la muerte de los infames. Pero despues de muchos años el nombre de Alphe resonará de boca en boca por la Lituania; un día los cantos de los Vaydelotes te referirán sus hazañas. Entónces, querida mia, entónces te acordarás de este guerrero terrible envuelto en las sombras del misterio conocido solo de tí i que fué otro tiempo tu esposo. Ojalá pueda entónces un sentimiento de orgullo consolar tu viudez!» Aldona le escucha silenciosa; escucha pero no entiende nada. «Partes, partes, esclama ella espantándose al pronunciar esta palabra; partes? Solamente esta palabra vibra en sus oidos; no piensa en nada, no se acuerda de nada; su presente, su pasado, su porvenir, todo está confundido. Pero su corazon adivina que le es imposible ya volver atras; imposible olvidar. Tiende sus ojos extraviados i encuentra muchas veces la feroz mirada de Walter. En esta mirada ya no encuentra el consuelo de otro tiempo. . . . i parece implorar otro apoyo. Mira alrededor i por todas partes [desiertos i bosques. En medio de estos bosques al otro lado del Niemen se alza una torre solitaria, la de un convento de religiosas; sombrío edificio elevado por una mano cristiana. Fijanse allí los ojos i el pensamiento de Aldona; así la paloma arrastrada por el viento al medio del mar cae sobre el mástil de un navio desconocido. Walter comprende a Aldona; condúcela en silencio; le comunica sus proyectos i le recomienda el misterio. Llegados a la puerta del convento ai! cuán terribles fueron sus adioses. Walter ha seguido al vaydelote i no se sabe cual ha sido su destino. Ai! ai de él si no ha cumplido aun su juramento, si despues de haber renunciado a la felicidad, envenenado los dias de Aldona..... si ha tanto sacrificado, tanto inmolado para nada!.... El porvenir nos descubrirá lo demas..... Alemanes he concluido mi narracion.»

(Concluirá)

EL PADRE I EL HIJO.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA TRADICIONAL.

¡Cuán lentas las horas son
De un amargo padecer,
Mucho mas si hai que perder
Con ellas un corazon!
En tan amarga ocasion
Busca el hombre por su mal
Una venganza fatal
Contra el que le hace sufrir,
I jura hacerle morir
Al filo de su puñal.

I ¡cuán bella es la venganza
En aquel primer momento!....
¡Cómo vive el pensamiento
Halagando esta esperanza!
Tras ella el hombre se lanza
En busca de su enemigo,
Quiere darle algun castigo
Por el bien que le ha robado
I, en su puñal afilado,
Cuenta su único testigo.

Que si es tan justo pagar
El bien al que nos da un bien,
Justo es castigar tambien
Al que nos causa un pesar.
Injusticia es igualar

El fiel amigo al traidor,
Injusticia hacer favor
Al que nos hace infeliz,
I es justo hollar la cerviz
De un bárbaro malhechor.....

I así pensaba Cruzate
I en ello razon tenia,
I por eso se decia—
—Es justo que yo le mate:
D. Juan me llama a combate
Amando a la que yo adoro;
Quiere robarme un tesoro
Que yo guardaba altanero,
Pero ¡vive Dios! primero
Perderé mi vida i oro.

No quiera su estrella en él
Que llegue a acercarse a mí
Pues le odio con frenesi
Desde que amó a mi Isabel!—
Pero bebereis la hiel
De vuestra infamia, D. Juan,
Que si oro i nobleza os dan
Derechos para el amor,
Mi oro, nobleza i valor
Con ellos se estrellarán.

I Cruzate confundido
Con el odio que alimenta,
No siente que la tormenta
Le tiene casi arrecido:
En la oscuridad, perdido
Se le ofusca el pensamiento
Busca su casa i su intento
Se estrella en la sombra fria;
Hasta que al venir el día
Dió en su casa i su aposento.

I entrando en él vió su lecho
En que su gloria ha soñado;
I ahora se siente empapado
Con un volcan en el pecho
Que el corazon le ha quemado.

—¡Yo que tan dichoso era
Amando una mujer pura,
Yo rodeado de ventura

Cuando soñé en mi carrera
Un momento de amargura?...

I al peso de su dolor
Se siente desfallecer—
Yo no debo aborrecer,
Dice; a D. Juan por su amor,
Que no es delito querer.

Si mi destino es sufrir
Ligado siempre al pesar;
¿A quién me puedo quejar?....
Soy yo quien debe morir
I a nadie debo matar....

I alzando sobre su pecho
El puñal de su venganza,
Dice—la muerte se avanza
I hace bien....tiene derecho,
Ya que perdí la esperanza!

Entónces oyó detras
Una conocida voz
Que con acento veloz
Le dijo—No morirás
Infeliz!.... ¿a dónde vas
Con tan ciego frenesí?....
Qué es lo que te aflige; dí?
Por qué matarte? ¿por qué?
Has perdido ya la fé
Que ántes tenias en mí?....

D. Pedro petrificado
Al oír aquel acento,
Echóse sobre su asiento
Como muro desplomado.
Confuso i desesperado:
—Perdon, dijo, padre mio,
Siento en el alma un vacío
Que no llenará la suerte
I quise ahogar con la muerte
Este padecer impio.

I el mas profundo dolor
Le martiriza cruel.
Recordando a su Isabel
I a su desgraciado amor:
Se vé en su frente el horror

A una existencia fatal,
 I acariciando el puñal
 Dice—Dejadme morir,
 Que no puedo resistir
 El peso de tanto mal!

—Así premias mi desvelo
 Hijo ingrato i sin ventura,
 Apagando en amargura
 La brillantez de mi cielo!....
 ¡No ves que vivo en el hielo
 De una edad envejecida,
 Que tu existencia querida
 Es mi querida esperanza!....
 Abandona esa venganza,
 O arrebatame la vida.

Yo, que en medio a mi vejez
 Vivo i pienso solo en tí,
 Que nada me queda a mi
 Sino tu noble altivez;
 ¿Piensas, infeliz, tal vez
 Que te pueda abandonar?....
 Hijo.... dime tu pesar,
 Confíame tu dolor
 I te juro por mi honor
 Que yo te sabré vengar.

Hijo!—dí si mi riqueza
 Puede calmar tus dolores
 I traerte días mejores
 Que hagan alzar tu cabeza:
 ¡No quieras con tu tristeza
 Dar muerte a tu padre anciano!
 Mira, que no llore en vano,
 Tu confianza no me niega,
 Que el que desoye al que ruega
 Es mas que vil, inhumano!....

I el viejo deja correr
 De lágrimas un raudal,
 Triste i profunda señal
 De su amargo padecer.
 En vano intenta esconder
 D. Pedro aquella pasión
 Que le quema el corazón
 I le hace tan infeliz,
 Dando un sombrío matiz

A su amorosa ambicion!...

En vano!—que hai en su frente
Ese rastro de amargura
Que hace creer que el alma apura
El veneno mas ardiente.
Al fin con voz balbuciente
Contó su terrible historia,
Torturando su memoria
El recuerdo del pasado,
Como al vencido soldado
Una pasada victoria.

El viejo atento escuchó
Con melancólica faz
Aquel amor tan tenaz
Que a su hijo precipitó.
—«Nunca, dijo—nunca yo
Tal pasion aprobaré....
Se humilló Almeida a mi pié
I hoi quiere humillarte a ti....
Mas nada espere de mi
Que yo no suplicaré.

«Desprecia, Pedro, hijo mio,
El amor que te devora,
I júrame desde ahora
Olvidar tu desvario:
Ese penoso vacío
De un amor que se ha olvidado
Tal vez llenarás al lado
De alguna mujer querida;
I podrás cruzar la vida
Sin llamarte desgraciado.»

—«Olvidarla yo!.... jamas,
Dice el hijo con furor,
«Yo quiero obtener su amor,
O no quiero vivir mas.»
—«I si mi muerte detras
Va tu amor a oscurecer?»....
—«Nada tengo que temer.»
—«I si te maldigo—di?»....
—«No me importa nada a mi
Pues que adoro a esa mujer!....

Pálido el viejo levanta
Su mano sobre su hijo,

I con tal fé lo maldijo
Que de haberlo hecho se espanta.
D. Pedro cayó a su planta
Piedad, al padre pidiendo,
I el padre con jesto horrendo
Le dice—«Tarde has pedido;»
I el hijo cayó abatido
Casi la vida perdiendo.—

V. MAGALLANES.

LA ORACION POR TODOS.

(VICTOR HUGO.)

I.

Ve a rezar hija mia! Tendió su pardo velo
La noche, i ya el dorado planeta esplende el cielo,
Las nieblas los collados empiezan a cubrir.
Mira: en la sombra apénas un carro se divisa!
Todo reposa; el polvo, con la sonora brisa,
El árbol del camino, comienza a sacudir.

El crepúsculo abriendo el manto, cada estrella,
En el emíreo brota, como ardiente centella;
El occidente amengua su franja de carmin;
La noche, en la agua apénas su opaca luz difunde.
Bosques, senderos, todo, se borra i se confunde;
Llegar duda el viajero de su camino al fin.

El día es para el odio, el mal i la fatiga.
Roguemos: es la noche serena, que mitiga!
El viento que en la torre resuena bramador,
El pastor, el rebaño, todo en voz alterada
Sufre i jime en el día: la natura cansada
De sueño necesita, de ruegos i de amor.

Es la hora en que a los niños con los ángeles vemos,
Mientras tras los placeres mundanales corremos,
Hablar alegremente en union celestial:
Ellos juntas las manos, prosternados rezando
Sobre la fría piedra, su oracion demandando
Perdon, para nosotros al Padre universal!

I dormirán tranquilos! En la sombra esparcidos
 Parecerán en grupo esos sueños queridos,
 Que nacen en los rayos del sol al espirar,
 I al ver su aliento puro i sus bocas bermejas,
 Cual vuelan a las flores, las alegres abejas,
 En sus blancas cortinas, se vendrán a posar.

Oh sueño de la cuna! Oh súplica del niño!
 Voz que siempre acaricia, sincera, sin aliño,
 Que siempre dulce rie, con celestial unción!
 De la harpa de los cielos, preludio que se exhala!
 Cual pone la cabeza el ave bajo su ala,
 Así el niño su espíritu aduerme en la oración!

II.

Ve a rezar hija! Sea, tu plegaria primera,
 Por la que tantas noches tu cuna aquí meciera,
 Por aquella que arcánjel del cielo te tomó,
 Que te dió a luz al mundo i, madre bondadosa,
 Dividiendo en dos partes por tí esta vida odiosa,
 Siempre bebió el acibar i la miel te dejó!

Por mí despues suplica! Tu oracion mas que ella
 Tal vez la necesito: cual tú es sencilla i bella!
 Tiene la frente tersa i puro el corazón.
 Jamas envidia a nadie i a muchos compadece:
 Sabía i dulce los males de esta vida padece,
 Sin saber quien los hizo, en su resignación.

Jamas su mano cándida, que siempre cojió flores,
 Tocó del vicio inmundo los fillos roedores;
 Nada a ese cuadro atraele, halagüeño i fatal:
 Ella ha dado al olvido las cosas que pasaron;
 Jamas ideas péfidas, su espíritu turbaron,
 Que su alma es como un lago de limpido cristal.

Ella ignora (i tú siempre ignóralas como ella)
 Las miserias del mundo en que el alma se estrella,
 Vanidades, orgullo, fastidio roedor,
 Pasiones que en el alma flotan a la ventura;
 Recuerdos de vergüenza i de íntima amargura
 Que hacen cubrir la frente de súbito rubor!

Yo mas conozco el mundo! i yo podré decirte
 Cuando a la edad tú llegues en que deba instruirte
 Que el arte, la fortuna i el mando desear,
 Es locura, delirio! que la urna aléatoria

Nos brinda, casi siempre, vergüenza en vez de gloria
I que el alma inocente se pierda en este azar!

Se estravia el espíritu; i aunque a él se presente
El efecto i la causa en prisma trasparente;
Los errores i el vicio síguenlo al ataud.
Duda el hombre marchando i vaga peregrino;
I todos dejan algo al borde del camino,
Su vellon los rebaños i el hombre su virtud!

Vé pues, por mí suplica! Dí por único ruego
Pues que sois nuestro padre, Señor, Señor os ruego,
Pues que sois grande i bueno, concededle el perdon!
Deja'ir tu palabra donde tu alma la envía;
Déjala, no te inquietes, todo tiene su via,
I ella irá donde sube la anjélica oracion!

En este mundo, todo, encuentra su pendiente.
El rio hasta los mares conduce su corriente,
La abeja, la flor sabe que guarda dulce miel
Todo, todo a su objeto do quiera se derrumba:
Hácia el sol vuela el águila, el buitre hácia la tumba,
I la oracion, al cielo, vuela cándida i fiel.

Cuando por mí hácia el cielo tu plegaria se ha alzado,
Estoi como el esclavo, que se sienta en el prado,
I su pesada carga depona al fin allí;
Me siento mas lijero. El peso me abrumaba
De faltas i de errores, que jimiendo arrastraba,
I de tu voz al eco desaparecense ví!

Vé a rezar por tu padre! Para que, en sueños vea
Un ánjel a su lado! para que su alma sea
Pura, como el incienso que el templo hace quemar!
Borra mis graves faltas con tu cándido aliento,
I quede mi alma, limpia, cual blanco pavimento
Que noche i dia lavan de un santísimo altar!

III.

Ruega tambien por todos los que jiran
En el mundo llevando sus lamentos!
Por los que oscuro su sendero miran
Juguete de las ondas i los vientos!
Por el necio que vé todo su encanto
En el brillo escarlata de su manto,
O en los rápidos brios de un corcel!
Por todo aquel que sufre i que trabaja,

Ya duerma en rico lecho o sucia paja,
Ya brinde bien o el mal haga cruel!

I por aquel que manchan los placeres,
Que la mañana encuentra aletargado
En los brazos de impúdicas mujeres
Del festin i del goce ya cansado.
Que hace la orjía relumbrar brillante
Cuando elevada el alma, en ese instante,
Entona el himno célico de amor.
I cuando la plegaria se ha elevado
El sigue su festin ya comenzado:
La oracion despreciando i al Señor!

Ruega hija, por las vírjenes veladas!
Por el preso olvidado en su dolor!
Por las mujeres, locas, desgñadas
Que el dulce nombre venden del amor!
Por el triste que sueña i que medita!
Por el impío cuya voz maldita
Blasfema insano de la santa lei!
Que la oracion al infinito llega!
Porque tu crees por aquel que niega!
Porque la infancia cándida es la fe!

Ruega tambien por esos que ha cubierto
La soñolienta piedra de la tumba;
Horrendo precipicio, siempre abierto,
Do a cada instante alguno se derrumba!
Que todas esas almas desgraciadas
Necesitan de súplicas amadas
Para alumbrar su oscura eternidad.
Por su silencio sufren? Hija mia,
Fuerza es mirar bajo la losa fria!
Fuerza es dar a los muertos su piedad!

IV.

Prostérnate en la tierra, donde tiene tu padre,
A su padre querido i tu madre a su madre
Donde en profundo sueño yace cuanto aquí fué!
Abismo donde el polvo al polvo está mezclado,
Donde aun otros padres el padre encuentra al lado,
Cual la ola bajo otra ola en la ancha mar se vé!

Quando tu duermes, ries. El grupo tumultuoso
De sueños, en la sombra te acaricia gozoso,
Acá i allá volando, hasta que abres al fin

Esos ojos que adoro, al par que abre la aurora
Las puertas del oriente, brillando encantadora,
Ancha franja dejando de púrpura i jazmin!

Mas ah! si tú supieses de qué sueño hija mia
Ellos duermen! su lecho, es piedra dura i fria:
Jamás allí los ángeles entonan su cancion.
De todo cuanto han hecho los abruma el tormento.
No tiene alba su noche; i el cruel remordimiento,
Gusano del sepulcro, les roe el corazon.

Una plegaria tuya, puede darles consuelo,
Endulzar un instante su eterno, amargo duelo!
I dejar en sus huesos halagüeño calor.
Que un rayo toque aun su pupila estinguida;
I que escuche algun ruido de esplendor i de vida,
Del bosque los murmullos i del agua el rumor!

Dime, cuándo caminas, pensativa i doliente
Por la frondosa orilla de solitaria fuente,
De árboles a la sombra; oh! no has oido allí,
De la onda en los suspiros, del aura en el lamento,
Una voz que te dice en dolorido acento:
Niña cuando tú rezes, ruega tambien por mí?

Es la voz de los muertos! Una oracion querida,
Brotar hace en su tumba la yerba mas florida;
I la cancion escuchan del celestial confin.
A aquellos que se olvida, nada su noche dora!
Un gusano en su tumba, ansioso, los devora;
I el buitре, entona al lado, el himno del festin!

Ruega para que el padre i el tio i el abuelo,
Que tan solo oraciones nos piden en su duelo,
Rebullan en su tumba al oirse nombrar,
Sepan que su memoria en el mundo aun se guarda.
I cual sulco que siente, nacer la flor gallarda,
Una lágrima sientan al párpado asomar!

V.

Porque yó, paloma mia,
Rogar por ellos no puedo.
Ni mi ruego, qué valdria,
Al que encierra tumba fria
O al que blasfema sin miedo?

Yo nó! Porque mi alma vana
Llena de error vive aquí:

I la triste raza humana
No quiere oracion mundana
Que apenas se alza por mil!

Si en esta tierra malvada
Alguno puede rogar,
Eres tú, paloma amada!
Tu súplica inmaculada
Puede hasta el cielo llegar.

Ah! pregunta al padre augusto,
Que sonríe a tu oracion,
Porque el árbol, al arbusto
Ahoga, i quién de lo justo
Descarria a la razon?

Pregúntale si el saber
Existe en la eternidad?
Por qué nos hace caer,
I en la tumba, sin cesar,
Desoja a la humanidad?

Por los que el vicio consume
Los cándidos niños velan;
Flores que aromas recelan!
I, envueltas en su perfume,
Voces son que al cielo vuelan!

Dejad estas voces puras,
Dejad al niño rezar!
Que la infancia en el altar,
Almas mundanas e impuras,
Por todos debe rogar!

VI.

Dá como una limosna, tu oración, a tu padre,
A tus muertos abuelos, a tu querida madre;
Al avaro que vive, muriendo, en el temor,
A la viudez, al crimen, al pobre, al vicio inmundo,
Hija! ruega por todas las miserias del mundo;
Por lós muertos, por todos, en fin dála al Señor!

Qué! murmura tu labio que quiere hablar i no osa,
Falta a Dios poderoso, "acaso, alguna cosa?
Es santo entre los santos, de los Reyes el Rei!
De los soles se forma cortejo seberano!
Su voz, acallar, hace las ondas del Océano!
El es solo! él es todo! al orbe dá su lei!

Hija, cuando jugando pasado habeis el día,
Tus hermanos i tú en confusa alegría,
A la tarde cansados vuestros miembros sentis;
I os es preciso leche o unas nueces frugales,
Que vuelva vuestras fuerzas, i, besos virjinales,
A la bondosa madre, cariñosos, pedís.

I bien así hai alguno, que en esta tierra impia,
Entre los hombres marcha, por do quier, todo el día,
Sirviendo i consolando, con purísima voz;
Un buen pastor que sigue su estraviado rebaño,
Peregrino que vá de pueblo en pueblo, extraño:
El pastor, el viajero, el peregrino, es Dios!

Cansado está a la tarde i, para que él sonria,
Es preciso que escuche de un niño la voz pia,
Es su plegaria cándida una gota de amor!
Tu corazon, oh hija, llévale candoroso
Estasiada i temblante, como un vaso precioso,
Hasta los bordes lleno de celestial licor!

Alzale tu plegaria: i, cuando en dulce calma,
Sientas un rayo puro estremecerse en tu alma
Tu dirás que está cerca i entónces ¡oh mi amor!
Derrama, sin que temas desprecio o burla impia,
Como otro tiempo, Marta, la hermana de María,
Todo tu aroma májico a los pies del señor!

VII.

Oh mirra pura, olorosa!
Nardo que el esposo ama!
Nube de éter vagarosa!
Del amor cándida llama!
Perfume de flor hermosa!

Prado que fuente sonora
Riega! incienso del altar!
Rosa que púrpura adora,
Adonde la abeja adora
Su boca de miel posar!

Jazmin del verjel garrido
Que alza su cáliz de olores!
Ramo de un árbol caído,
Donde hace el ave su nido
Del invierno a los rigores!

Lirio que hermoso colora

De la brisa el puro aliento!
Ambar que Dios mismo adora!
Suave arrullo de la aurora!
De la tarde blando acento!

Perfume que donde quiera
El bosque mágico exhala!
Puro olor de la pradera,
Que lleva en noche hechicera
Del ambiente la blanda ala!

Del templo la flor mas bella
Su mas hermoso tesoro!
Virgen que pura descuelia!
Llama que eterna destella
De siete lámparas de oro!

Tallo que el hierro ha rompido!
Urna que guarda en su seno
Algun despojo querido!
Ese rocío, que ameno
Flota en los aires, perdido!

Fiestas siempre embalsamadas
Con perfumes del oriente!
Sendas bellas, ignoradas!
Flores puras, esponjadas,
De la noche al suave ambiente!

Del cielo dulces olores
Que trajeron a este suelo,
En sus alas de colores
Arcánjeles voladores
Como aroma de consuelo!

En esa augusta rejion,
Qué vales tú, aroma pura,
Al lado de la oracion
Que brota del corazon
I al cielo vuela segura?

Qué del eco sacrosanto
De un corazon inocente,
Que es de amor, divina fuente,
Que baña en éxtasis santo
A aquel que vive doliente?

Del alma en blando contento
Candoroso se resbala!

Llama que aérea se exhala!
 I pura se alza al momento
 Al cielo, batiendo el ala!

Boca dulce que suspira!
 Que se escucha murmurar!
 Canto de inefable lira!
 Voz, que sonriendo jira,
 I que hace tambien llorar!

Palma que se eleva erguida
 De ramas mil coronada
 En el yermo de la vida;
 I ofrece al alma cansada
 Dulce paz! sombra querida!

VIII.

n ángel a su lado está cuando ella ruega,
 Con sus alas de pluma con sus cabellos juega,
 Enjugando las lágrimas que brota en su oracion.
 A protegerle vino i, sin que el niño vea,
 El abre el santo libro do el niño deletrea,
 Espera que concluya i vuela a su mansion.

A un vaso se parece, su doblegada frente,
 Que a recibir viniese su plegaria inocente,
 Sus lágrimas dolientes, sus lágrimas de amor;
 Sin cambiar de natura con esa alma se inflama,
 Como el terso cristal que nuestra sed reclama
 Se llena de agua clara sin cambiar de color.

Quizás para el señor ese arcánjel recoja,
 Gota a gota ese llanto, el lirio hoja por hoja!
 Para despues llevarlos en sus alas allá;
 Estos gratos perfumes, este llanto, este aliento,
 La sola sed de Dios, su sagrado alimento,
 De celestial amor, entónce apagará!

Hija, en este concierto que do quier le saluda,
 La voz que él ha elegido es la tuya, sin duda:
 Tu plegaria es tan dulce tan cándida a la vez!
 En sus llameantes alas, ella sube tan pura,
 Que el coro de las vírjenes, al oirla, murmura,
 Con cariñoso acento: nuestra digna hermana es!

IX.

Oh bien léjos de la via

En que marcha el pecador,
Anda! donde Dios te envía!
Niña! guarda tu alegría!
Lirio! guarda tu frescor!

Humilde sé, que no es nada
El rico ni el poderoso!
Los lleva el viento impetuoso,
I es la fuerza mas preciada
Un corazon candoroso!

Erguidas torres al suelo
Dios arroja; mas el nido
De ramas entrettejido,
Siempre, desde el alto cielo,
Bondadoso ha protejido!

Vive, sí, en la soledad!
Sin inquietud ni tristeza!
Vive siempre en la pobreza!
I estudie la Eternidad
Solamente tu cabeza!

Léjos hai de nuestros muros,
Léjos de nuestros dolores,
Islas de bellos primores
Que, en lagos que corren puros,
Parecen, lagos de flores!

Ondas de azul! allí el llanto
No surca nuestra mejilla!
Do en su balsámica orilla,
Para gozar de su encanto
Ríe el hombre i se arrodilla!

La sombra que los inunda
Calma el dolor angustiado:
Jamás un ¡ai! desgarrado
Su paz sagrada i profunda
Ni el llanto, su agua han turbado!

I el alba, que su onda amante
Refleja al día brillante,
Su agua encuentra tan serena,
Que alguna nube viajante
Se atreve a sombrear apéna!

Estos lagos murmurantes,
Colocó Dios bondadoso

Entre dos montes gigantes,
De aliento impuro distantes
I de ese mar proceloso,

Para que el árido viento,
Ni alguna ola de amargura
Envenenase su aliento,
Estás gotas de agua pura
Do se mira el firmamento!

Alma feliz, hija mía!
Lago de dulce pureza!
En la llanura sombría
Que Dios legó a tu belleza
Vive siempre en alegría!

Lago que el cielo perfuma!
Este mundo es mar bravia,
Cubierto de espesa bruma;
I un glóbulo de su espuma
Tu vivir amargaría!

X.

I tu, celeste amigo que su infancia guardando
Noches i dias pasas, a su lado, velando,
Protejiendo su virtud.

Luz invisible i pura, donde euciendo su llama,
Anjel de su plegaria, cuyo aliento le inflama
Cisne de este lago azul;

Dios te la ha confiado i, yo, te la confío:
Sostiene, eleva, exhorta, en este mundo impio,
Su débil humanidad;

Haz que ella siempre guarde, ya gozosa o sufriente,
Esta mirada célica, esta alma transparente
I esta serenidad,

Que, sin que ella te vea, hace que todo el día,
Apartando deseos, engañosa alegría
La mentira i la pasión,

Tu diadema a sus plantas dejando augusta i bella,
Como ella ante el Señor, estés tú delante ella
En mística adoracion!

GUILLERMO MATTA.

Enero de 1850.

CRÓNICA.

SANTIAGO, MARZO 7 DE 1851.

Exterior.—El cardenal Wiseman era aun el gran asunto del dia en Lóndres. Aunque la contestacion de la reina a las diversas representaciones protestantes habla de la necesidad de mantener la *libertad civil i religiosa* entre los ingleses, contestacion que envuelve sin duda alguna la libertad para los católicos como para cualesquiera otros, de todos modos el pueblo protestante ha dado pruebas de atraso i los ministros de una intolerancia ridícula i de un entusiasmo ficticio que el buen sentido de la nacion inglesa conocerá al fin.

¿Qué tiene que hacer la Iglesia anglicana con las divisiones abstractas de la Santa Sede? ¿Qué terreno pierde en esos limites jeométricos puestos en el espacio, solo significativos para los creyentes que tienen, por las leyes de su pais el derecho de creer con toda seguridad? Aunque no ha llegado a nuestras manos el escrito del Cardenal en defensa del papa i del pueblo ingles católico, todos los diarios ingleses le dan grande importancia. Parece una cosa estraña, digna de sociedades selváticas este furor intolerante i sobre todo esta necesidad impuesta a un ingles de venir a suplicar a sus conciudadanos que los traten a lo ménos como a ingleses si no como a protestantes. ¿El verdadero moti-

vo, la causa oculta de este despertamiento anti-católico, será tal vez el remordimiento de las antiguas atrocidades cometidas para establecer una religión oficial, estimulado por la frialdad de estos tiempos i sobre todo por el progreso continuo del catolicismo en Londres? ¿No es este tambien un medio de oprimir a la Irlanda en su empeño de agregar a su libertad política la emancipación de su conciencia? El hijo de O'Connell ha agregado a la agitación un nuevo elemento.

Desde que el Estado se impone el deber de arreglar al súbdito i al creyente, desde que invade las acciones i los pensamientos, desde que rije al mismo tiempo la voluntad i el alma desde entonces no podrá jamás existir una verdadera libertad. El Estado cuida del ciudadano, la religión solo de la alma que pertenece a Dios. Ningun poder puede dominar las conciencias ni guardar en su mano un átomo de pensamiento. En esas rejiones el hombre es enteramente libre; ese infinito de su alma es un espacio que el Estado no puede abarcar; i es preciso que este lugar esté fuera de este mundo para recibir en su pureza e inmensidad la mirada de un Dios. La sociedad solo necesita del hombre social; ella corta a su antojo la librea del súbdito. En su interior el individuo se emancipa de todo, porque solo la libertad agrada al Creador. ¿lo que no exige el Ser Supremo irá a exigir un poder de la tierra, como si el paraíso fuese algun dominio de la corona a la disposición de los ministros ingleses?

La Francia acaba de aumentar sus fuerzas con 40,000 soldados. La política de la Asamblea como la de los ministros es por demás neutral i pacífica; las intervenciones han sido rechazadas por Mr. de Remusat sin acordarse sin duda del bombardeo de Roma por las tropas francesas.

Sin embargo a la fecha estarán licenciados esos soldados pues el conflicto austro-pruso ha concluido por el llamamiento a un nuevo Congreso en Dresde. Es sabido que el Austria no quiere gobiernos populares; cuando mas alguna pequeña alteración del pacto federal de 1815. Pero la Prusia que representa el movimiento germánico, que pretende por sus ideas i su armada estar al frente del siglo no parece decidida a tomar una resolución, ni una marcha fija. La democracia pensadora pero inactiva le ofrece pocas seguridades; la aristocracia vieja i atrasada por el brillo de un ejército compuesto de toda la nación, no puede tampoco dominar los negocios. Solo la corte en tales circunstancias, vacilante siempre, halagando los temores de las clases privilegiadas,

exitando en las masas las preocupaciones nacionales, es la única influencia que hasta por su incertidumbre revela la verdadera política de transición de un país emancipado de repente.

De Roma solo se sabia la llegada de M. de Montalembert, hecho ciudadano romano, después de haber visto pasar a M. Nisard la poltrona académica que pretendia.

De otros puntos ménos importantes de Europa no hai novedad ninguna que extraer.

En los Estados Unidos el mensaje de Mr. Fillmore revela una política moderada i los mejores deseos de progreso en el interior i de paz respecto a las naciones amigas. Los ferro-carriles i canales para comunicar ámbos mares bajo la protección de los gobiernos de Inglaterra i de la Union merecen especial consideración de parte del presidente. Los temores de trastorno por el bill sobre esclavos prófugos han desaparecido casi completamente. El buen sentido en un país elevado a tanta altura en tan cortísimo espacio de tiempo no se deja fácilmente aherrajar por los intereses mezquinos i el patriotismo selvático.

Las Repúblicas Sud-Americanas muchas de ellas en sus trabajos de presidencia parecen aquietadas. El jeneral Elizalde ha dejado el Ecuador; debia haberlo hecho mucho tiempo ántes.

Se anuncia como próxima la llegada del jeneral Guido ministro del gobierno de Buenos-Aires. En Montevideo se esperaban 20 mil hombres reclutados en Paris mediante un empréstito garantido por el Brasil.

Interior.—Algunas disposiciones reglamentarias han ocupado en este mes de tranquilidad campesina de los señores ministros. El ministro de Hacienda no ha dejado de andar rápido en sus reformas; pero el tiempo no le ha sido mui propicio. El comercio de tránsito ha vuelto a establecerse sobre mejores bases. Aunque la nueva máquina de amonedación aun no se ha planteado sin embargo ántes de dos meses ya no circulará moneda anti-gua segun un decreto del veloz señor Urmeneta. Las escuelas i las cárceles han llamado tambien la atención del ministro de Justicia i sus nuevos reglamentos llenarán por el momento algunas necesidades.

Respecto a política el ministerio ha estado sobre brasas durante algunos días. El anuncio de la candidatura Cruz en el lugar de su nacimiento, las palabras del jeneral, i en cierto modo la rebe-

lion de un pueblo i de un pariente han hecho volver en sí a los ministros, adormecidos como estaban ántes.

En medio de esta agitacion los ministros i el presidente han duplicado su atencion i han dirijido *cartas* a las autoridades del sur segun los diarios ministeriales. Pero eso no se llama *influir* ni hablar *oficialmente*. Un diario en su candor para servir a los hombres del poder hace una graciosa division entre el hombre i el empleado; el uno escribe *cartas* al otro *oficia*; el uno *suplica*, el otro *manda*. Todo por cierto no es *influir*. ¿Quién irá a creer que hai una candidatura oficial despues de estas revelaciones i de tales salidas jesuíticas? ¿Lo creerá el ministro Varas el mas enemigo de semejante medida, el que en Abril juraba i rejuraba huir tal empeño?—Entónces el diario i el ministro veian las cosas inciertas; i que importa agacharse un poco para recojer una cartera deslumbrante, el tiempo es un manto mui grande donde al fin cada cual corta a su antojo su librea. Al ministerio de Abril no le ha faltado paño sin duda.

/La situacion del gabinete en presencia del rebelado Cruz es una actitud hostil; no solo hostil por los *derechos de sangre i de conquista* sino por la moralidad del poder mismo. ¿Qué pensarán los pueblos de un jeneral intendente llamado a la presidencia por sus comprovincianos i de un presidente que usa de todas sus influencias para imponer otra candidatura? Al ver el ridículo que hacen los diarios ministeriales del jeneral Cruz aceptando una candidatura con mas derechos que el actual, al oir hablar de amenazas i de amonestaciones a Cruz para que renuncie su empleo o la candidatura, no puede uno ménos de agregar el desprecio a tanto jesultismo; talvez debiérase mas bien entristecer el país en presencia de tanto cinismo i corrupcion. ¿Qué no se podrá creer despues de tales cosas? ¿Con que poneis fuera de la lei al compañero de armas del jeneral Bulnes, al que le dió el triunfo de Yungai a su rival dejándole en silencio ostentar su corona de 40 años? ¿Qué bien le paga hoi su sangre i su fortuna? Nosotros hablamos así por los sentimientos que debe abrigar el actual presidente, por el desprecio que manifiestan hoi los que han adulado ántes, por la corrupcion que necesariamente se estiende en todas partes. ¿Quién creerá en la libertad del sufragio desde que los ministros que criticaron la correspondencia del presidente Bulnes i del intendente Santa-Maria hacen igual cosa hoi? O la honradez política no existe ya o el país es una cosa miserable que puede pisotearse sin responsabilidad!

La candidatura Cruz no es aceptable para nosotros sea que como jeneral haya cegado sus laureles; sea que como administrador haya dado pruebas de dignidad. Es preciso ya contentarse con la honradez en estos tiempos de escasez; en estos tiempos en que las candidaturas se negocian como asunto de bolsa. ¿Qué importa tambien este mercado donde no hai principios políticos? ¿No es un servicio por un poco de dinero?—Los hombres públicos tienen mucho de lacayos i mucho de señores; la ambicion i la avaricia no son plantas exóticas a Dios gracias.

El jeneral Cruz que rechaza el presidente contra sus simpatías, que los pelucones hieren con acritud, no significa para nosotros ni el ejército, que nada puede i de quien todo puede temerse, ni la familia, puesto que el primo presidente la olvida, ni las ideas conservadoras, puesto que Montt se las disputa, ni la oposicion, que a todo aspira i nada puede construir. El candidato del Sur morirá en el lugar en que nació. Hai ciertos hombres que no pueden salir de su provincia sin morir; Cruz de presidente, estaría atacado siempre por el mal del pais, i allí el de la provincia, el de la familia por los siglos de los siglos.

¡No es ostracismo nuestro deseo; si las elecciones fuesen libres nada nos importaría una casual succion; no hacemos un cargo al tiempo ni la fortuna, pero si al modo de conseguirse las cosas en nuestro pais republicano. Cuando vemos al jeneral Cruz en la campaña del Perú; cuando sin pensar en su rival afortunado sigue quizas contra su querer las marchas, cuando con igual serenidad en todos los obstáculos i peligros siempre se le encuentra activo, imperturbable, no podemos ménos de admirarlo. Le veis en Guá conduciendo sus soldados bajo un pésimo plan de ataque, pues dejaba el camino abierto a los enemigos; i en la última batalla allá en Yungai es el único jeneral que atraviesa las filas i que conoce los lugares de sus tropas. Tanto estupor cubria a otros jefes! Esta gloria de accion no deja ménos de resonar porque vive en el silencio.

Un dia se les antoja a sus comprovincianos darle un premio; miran que baja de la silla un presidente mas afortunado que él i ménos merecedor; recuerdan la modestia del uno, i los 10 años de gobierno del otro; sin comparar por cierto ni el hombre, ni los servicios, deciden que Cruz sea el presidente, a lo ménos por sus votos. ¿Que tiene de extraño ese proceder para que el ministerio se alborote i el presidente comience a influir por su candidato Montt?

El partido ultra-conservador unido al ministerio i al Presidente tiene todas las influencias a su servicio; no solo el uso lejítimo sino aun el ilejítimo. ¿Quién le tomará cuenta?—Supongamos que las provincias al ejemplo de Concepción se dividan en sus candidatos; que por esta division, cuando va a concluir un presidente, disminuyan las fuerzas del poder i encomienden a sus propias manos, a su union momentánea el triunfo de sus opiniones; la autoridad pierde su prestigio; las fracciones anarquizan un tanto las esperanzas; cada provincia no contando con las otras echaria por la ventana sus municipalidades corrompidas por las influencias confesadas del ministerio. ¿I quién será la causa de esta dislocacion del orden? ¿Montt o Cruz?—Ninguno, puesto que ellos tienen derecho de aspirar; el uno sus servicios administrativos; el otro sus campañas; el uno su influencia gubernativa, el otro su influencia militar; si el uno sabe como un libro, el otro corta tambien como una espada. ¿I en caso de luchar quiénes ganarian? ¿Los jueces de Montt, abogados i compañía, o los soldados de Cruz?/

No llegará, es cierto ningun caso de estos; pero los antecedentes no faltan i deben siempre recordarse. Ademas nosotros aceptaremos mas bien la candidatura ministerial. Entre Montt i Cruz la eleccion no nos es dudosa; cualesquiera que sean los principios de Montt, algo puede esperarse de sus talentos i de sus estudios. Los del segundo nos son desconocidos i se halla en un momento en que no se puede aprender nada, a no ser el ser despota.

Sin embargo los conservadores aun pudieran volver sobre sus pasos con aplauso de todo el país. La enerjia de un partido no consiste en la inmovilidad, sino en la oportunidad de sus actos. — Si el país conoce que hai una candidatura oficial i otra que pudiera llamarse militar; si entre estos dos peligros igualmente fatales pudiera ponerse una raya o echarse alguna nube que nos velase alguno de ellos ¿no convendria hacer un sacrificio personal? ¿Qué temores tendria el partido con la candidatura Aldunate? ¿No se lejitimaba la ambicion militar tan justamente merecida? ¿No se satisfacía al mismo tiempo al partido conservador i a los hombres de la independencía? Pero el ministerio ha dicho; la suerte está echada. Montt o nada. — Otros podrian decir palabras siniestras i las candidaturas serán teas incendiarias en lugar de manojos de union.

Solo hai un nombre que en Concepcion pudiera disolver la

candidatura Craz. El senador Benavente, cuyos méritos manifiestan bien esa envidia que le rodea bajo el epíteto cobarde de miedo i de temor, es de aquellos personajes que respetan las mismas revoluciones, esos veteranos del orden que queitan siempre después de tantos combates para atestiguar la vida de un principio. Perteneciendo a todas nuestras épocas revolucionarias no se dirá que haya olvidado de servir a su país en todas las circunstancias, entre amigos i enemigos. Tal vez no se habrá enrolado en los partidos. ¿I los hai aquí dignos de ese nombre? ¿Dónde está esa opinión que los revela, esa prensa que piensa por ellos?—Hai comadrerías, nepotismo, empleomania; círculos unidos por la sangre o el interés i pequeños en todo.

Policia.—La nueva organizacion que ha recibido mas parece un reclutamiento de hombres llamados a votar que a velar por los intereses del vecindario. Compuesto i representado militarmente es en la ciudad una partida de hombres recién llegados ocupados en pitar i en correr. Al despertar de noche se cree uno ballarse en medio del pillaje; es la pesadilla del Intendente lo que uno tiene en el cuerpo con estos chiflos i ruidos de duendes municipales.

La policía es una funcion que requiere del empleado moralidad i fuerza. Con 100 hombres de infanteria bien pagados i 50 de caballeria podria vijilarse una ciudad como cualquiera de Inglaterra como Lóndres mismo que tiene 5,000 hombres de policía para 2 millones i medio de habitantes.

¿Es tampoco justo el nuevo empleo que se ha dado al impuestado de serenos? ¿Porque no reunis una junta de vecinos para establecer una buena policía? La policía debe ser estacionaria i continua; dividid la ciudad en tres o seis secciones; estableced 20 en cada una que se ocupen de velar el barrio a toda hora tomando si aun fuese posible el censo anual de sus barrios; nombrad un jefe por seccion i haced iguales a los demas, salvo que estos lo nombren. Direis que es imposible hallar hombres abonados que sepan leer i escribir. ¿I tanto oficial retirado? ¿Tantos jóvenes sin destino?—Ennoblecad el empleo i la policía dejará de tener un carácter odioso; hacedla poco numerosa pero honrada. El monto total no pasaria jamas de tres mil pesos mensuales. No conocemos nosotros, para evitar palabras,, mejor sistema de policía que el establecido en Inglaterra por Peel; que sin duda no debe ser inferior a nuestro actual Intendente con su rejimiento de duendes, llamados a convertirse en electores.

ERRATAS NOTABLES DEL NÚMERO ANTERIOR.

Páj. 176, lin. 1 dice:—Canto a un bardo:—léase: Canto de un
un bardo.

Páj. 177, lin. 8 dice:—beberamor,—léase: beber amor.

Páj. id. id. 13 dice:—el árbol florece,—léase: el árbol florecer.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

ED 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

« No, la república debe brotar i brotará de una fuente libre i pura! Tranquilizaos, ciudadanos, i llevad estas palabras a vuestros conciudadanos de las provincias—Muchas voces «si sí! las llevaremos con placer.»

Lamartine continúa: «Deseo, deseamos todos que resuenen en la opinion pública de Paris i de la Francia. Deseamos que ella la tranquilice acerca del sentido mal interpretado de algunas palabras que no tenían ni la significacion ni el alcance que ha querido dárselos alarmándose de espresiones que falsifican muchas veces los pensamientos. Sabedlo i decidlo a los que os aguardan. El gobierno de la república entero experimenta la necesidad de tranquilizar dos veces la conciencia pública; una en

este diálogo que tenemos al presente i bien pronto por medio de una proclama a todos los ciudadanos de Francia—(Prolongadas aclamaciones).

«Quereis i queremos que la república i la libertad sean una misma palabra—(Si! si!)—De otro modo la república sería una mentira i queremos que sea una verdad—(Bravo!)—Queremos una república que se haga amar i respetar de todos; que no se haga temer de nadie excepto de los enemigos de la patria i de las instituciones.—(¡Bravo!)—Queremos fundar una república que sea el modelo de los gobiernos moderados i no la imitacion de los errores i de las desgracias de otro tiempo! Adoptamos su gloria, repudiamos sus anarquías i sus estravios. Ayudadnos a fundarla i a defenderla! Votad con vuestras conciencias; i si como no lo dudo son conciencias de buenos ciudadanos, la república se fundará por vuestros votos como se ha fundado aquí por los brazos del pueblo de París.»—(Bravos unánimes).

La diputacion se retiró en medio de los gritos repetidos de viva Lamartine! viva el gobierno provisorio! viva la república!

IV.

Estas palabras aceptadas con frenética alegría por la diputacion i por el inmenso auditorio de otras diputaciones que Lamartine arengó hasta la noche en el gran salon del Hôtel de Ville, se esparcieron como la noticia de un golpe de estado tranquilizando de barrio en barrio con la rapidez del pensamiento. Volvieron el valor a los ciudadanos alarmados. Anunciaron al partido de violencias que el gobierno no sería su cómplice, i que el día siguiente se verían en la precision de combatir o de desmentirse.

Lamartine empleó parte de la noche en redactar de su puño una proclama del gobierno que contenia los verdaderos principios de la república libre, representativa, moderada, nacional; proclama que era en los pensamientos i en los términos la negativa i el desmentido mas textual de la circular del ministro del Interior. Pronto a todo, hasta a las últimas extremidades, tomó armas para defenderse contra el motin i se fué solo a pié a la hora indicada al Hôtel de Ville.

Todos los miembros del gobierno estaban reunidos allí. Admiróse al llegar a la plaza de Grève de hallarla cubierta de veinte o treinta mil hombres de las compañías de preferencia

de la guardia nacional. Fué reconocido i saludado con enérgicas aclamaciones. Los gritos de viva Lamartine, le acompañaron hasta los salones i se renovaron con un frenesí creciente cuantas veces se le distinguió o creyó distinguírsele en las ventanas de las habitaciones de recepcion. Preguntó el motivo de esta reunion espontánea de tan grande masa de guardias nacionales, supo que eran las compañías de granaderos que usaban gorras de pelo i que venian a reclamar contra un decreto del gobierno que les quitaba este privilegio de uniforme; decreto que rompía sus cuadros demasiado estrechos para hacer entrar en ellos a todos los ciudadanos sin privilejios i sin distincion de morriones. Aflijóse de esta puerilidad en tan grave momento. Les arengó i les hizo consentir en la abolicion de un signo que no era mas que una vanidad militar cuando se trataba de confundir todas las vanidades en el patriotismo.

Durante estas arengas a los granaderos, el jeneral Courtais, su comandante, corria a caballo a la plaza con su estado mayor, se arrojaba solo en medio de las filas tumultuosas, recibia ultrajes, arrostraba amenazas, corria peligros. El pueblo ajitado por este motin se agrupaba a las desembocaduras del malecon i de las calles gritando contra la aristocracia, contra el privilegio. La plaza inmóvil i compacta quedaba no obstante cubierta de leijones desarmadas que parecian esperar un acontecimiento.

V.

Bajo estos auspicios se abrió la sesion secreta del gobierno. Los dos campos se hallaban frente a frente en el exterior i en el interior; afuera por efecto de la casualidad; adentro por la voluntad de Lamartine. Las fisonomías estaban sombrías, contraidas, resueltas, como el momento que precede al combate. Lamartine puso sobre la mesa la proclama que habia escrito en la noche i que a nadie habia comunicado.

«Señores, dijo; hasta este momento hemos estado fundidos en un solo haz de opiniones i de sentimientos por el fuego mismo de los grandes movimientos revolucionarios en que nos hemos precipitado con el fin de extinguirlo i transformarlo en gobierno republinano, fuerte, unánime, regular; al presente no podemos disimularlo: las actas i las palabras del ministro del Interior en contradiccion con el sentido unánime que hemos querido dar a nuestra dictadura parecen indicar claramente dos

cosas; la primera que este ministro pretende comprometer por medio de actos individuales a todo el gobierno que debe deliberar en comun sobre lo que él dice o hace en materia tan grave; la segunda que este ministro entiende gobernar en un sentido que no creo sea el espíritu de la república, el espíritu de la mayoría del gobierno i que en todos los casos no es el mio. Es preciso que en el momento, aquí, en esta misma sesión sepamos si hai efectivamente dos espíritus en el gobierno! I si en efecto los hai, es preciso que uno u otro triunfe a fin de que el vencido se retire i ceda el gobierno al vencedor; porque el uno no puede aceptar sobre su conciencia la responsabilidad del otro; i la república en su periodo mas problemático, mas peligroso i mas agitado, no puede ser gobernada por dos políticas contradictorias. Sepamos pues, una vez por todas, si hai entre nosotros dos políticas inconciliables i a cual de las dos dais vuestra adhesión. Sepamos i hagámoslo saber al país; porque la política que ha sido impudentemente manifestada en la circular del ministro del Interior subleva el sentimiento público. Es necesario que sea rectificada o comentada por un acuerdo unánime o que nos dividamos sin reconciliación posible. He aquí la proclama que propongo al gobierno como testó de las opiniones que creo son las del país, las del gobierno, como son las mías. Voi a leerla al Consejo i la deliberación que se siga sobre este texto cortará la cuestión de las dos políticas que deben dirigir a nuestros comisarios, tranquilizar o desgarrar a la nación.»

Leyó entónces el siguiente proyecto de proclama:

« Ciudadanos! en todos los grandes actos de la vida de un pueblo, el gobierno se halla en el deber de hacer oír su voz a la nación.

« Vais a ejercer el acto mas grande de la vida de un pueblo, elejir los representantes del país; hacer salir de vuestras conciencias i de vuestros sufragios, no ya solamente un gobierno sino un poder social, una constitucion entera! Vais a organizar la república!

« No hemos hecho nosotros mas que proclamarla. Ascendidos por aclamación al poder durante el interregno del pueblo no hemos querido i no queremos mas dictadura que la de la absoluta necesidad. Si hubiésemos rehusado el puesto en el peligro habríamos sido cobardes; si permaneciésemos una hora mas de lo que la necesidad exige, seríamos usurpadores.

« Vosotros solos sois fuertes!

« Contamos los días, ansiamos entregar la república a la nación.

« La lei electoral provisoria que hemos hecho, es la mas amplia que en pueblo alguno de la tierra haya convocado nunca al pueblo al ejercicio del supremo derecho del hombre, su propia soberanía.

« Todos sin escepcion tienen el derecho de eleccion.

« Desde la fecha de esta lei no hai proletarios en Francia.

« Todo frances de edad viril es ciudadano politico. Todo ciudadano es elector. Todo elector es soberano. El derecho es igual i absoluto para todos. No hai ciudadano que pueda decir a otro: « eres mas soberano que yo! » Contemplad vuestro poder, preparaos a ejercerlo i sed dignos de entrar en posesion de vuestro reinado.

« El reinado del pueblo se llama la república.

« Si nos preguntais qué república comprendemos por esta palabra i qué principios, qué politica, que virtud, apetecemos en los republicanos que vais a elegir, os responderemos: « Contemplad al pueblo de Paris i de la Francia desde la proclamacion de la república!

« El pueblo ha combatido con heroismo.

« El pueblo ha triunfado con humanidad.

« El pueblo ha reprimido la anarquía desde el primer momento!

« El pueblo ha hecho pedazos espontáneamente inmediatamente despues del combate, el arma de su justa cólera. Ha quemado el patíbulo. Ha proclamado la abolicion de la pena de muerte contra sus enemigos.

« Ha respetado la libertad individual no proscribiendo a nadie, ha respetado la conciencia en la religion que la quiere libre, pero que la quiere sin desigualdad i sin privilegio.

« Ha respetado la propiedad. Ha llevado su probidad hasta ese sublime desinterés que será la ternura de la historia.

« Ha elegido para colocar a su cabeza en todas partes los nombres de los hombres mas honrados i mas enérgicos que han llegado a su noticia. No ha lanzado un grito de odio o de envidia contra las fortunas, ni un grito de venganza contra los individuos. Ha hecho en una palabra del nombre del pueblo el nombre del valor, de la clemencia i de la virtud

« No tenemos que daros mas que una sola instruccion. Inspi-

raos del pueblo, imitable! Pensad, sentid, votad, obrad como él!

« El gobierno provisorio no imitará a los gobiernos usurpadores de la soberanía del pueblo que corrompian a los electores i que compraban a precio inmoral la conciencia del país.

« Con qué objeto suceder a estos gobiernos si espera imitarlos? A qué fin haber creado i adorado la república, si la república debe entrar desde el primer día en los carriles del reinado abolido? Considera como un deber esparcir sobre las operaciones electorales esa luz que ilustra las conciencias sin pensar sobre ellas. Se limita a neutralizar la influencia hostil de la administracion antigua que ha pervertido i desnaturalizado la eleccion.

El gobierno provisorio quiere que reine la conciencia pública. No se inquieta de los antiguos partidos. Los antiguos partidos han envejecido un siglo en tres dias! La república los convencerá si es segura i justa para con ellos. La necesidad es un gran maestro. La república, tenedlo entendido, tiene la dicha de ser un gobierno de necesidad. La reflexion está de nuestra parte; no se puede remontar a los reinados imposibles; no se puede descender a las anarquías desconocidas; se será republicano por razon. Dad únicamente seguridad, libertad, respeto a todos. Asegurad a los otros la independendencia de los sufragios que quereis para vosotros; no mireis el nombre que los que suponeis enemigos vuestros escriben en su boletín; i estad seguros de antemano que escriben el único nombre que puede salvarlos; es decir, el de un republicano capaz i honrado.

« Seguridad, libertad, respeto a las conciencias de todos los ciudadanos electores; he aquí la intencion del gobierno republicano; hé aquí su deber; he aquí el vuestro! he aquí la salvacion del pueblo! Confíad en el buen sentido del país, él confiará en vosotros; dadle la libertad, él os recompensará con la república.

« Ciudadanos; la Francia intenta en este momento en medio de algunas dificultades financieras legadas por el trono, pero bajo auspicios providenciales, la obra mas grande de los tiempos modernos; la fundacion del gobierno del pueblo entero: la organizacion de la democracia; la república de todos los derechos, de todos los intereses, de todas las intelijencias i de todas las virtudes!

« Las circunstancias son propicias. La paz es posible. La nueva idea puede ocupar su lugar en Europa sin mas perturbacion

que la de las preocupaciones que existian contra ella. No hai cólera en el alma del pueblo. Si el reinado fujitivo no ha arrastrado consigo a todos los enemigos de la república, los ha dejado impotentes; i aun cuando se hallen investidos de todos los derechos que la república garantiza a las minorías, su iateres i su prudencia nos asegura que ellos no querrán turbar la fundacion pacífica de la constitucion popular.

« En tres dias esta obra que se creia relegada a lo remoto de los tiempos, se ha llevado a cabo sin que una sola gota de sangre haya sido derramada en Francia; sin que haya resonado en nuestros departamentos i en las fronteras otro grito que el de la admiracion. No perdamos esta ocasion única en la historia; no abdiquemos la fuerza mas poderosa de la nueva idea; la seguridad que inspira a los ciudadanos; el asombro que inspira al universo.

« Algunos dias mas de magnanimidad, de consagracion i de paciencia, i la asamblea nacional recibirá de nuestras manos la república naciente. Desde ese dia todo se salvará! Cuando la nacion por medio de sus representantes se haya apoderado de la república, la república será fuerte i grande como la nacion; santa como la idea del pueblo, imperecedera como la patria! »

Abrióse la discusion franca, enérgica, sin reticencia sobre los dos espíritus que debian dirijir la marcha del gobierno. Los discursos penetraron en el fondo de los pensamientos; las réplicas en lo íntimo de los corazones. Razones i pasiones se mezclaron en las palabras de los oradores de los partidos opuestos. La inmensa mayoría, Marrast, Marie, Lamartine, Garnier-Pagés, Arago, Cremieux, Dupont del' Eure derramaron su alma en la deliberacion. La minoria mas bien rectificó que sostuvo los términos de las circulares; las opiniones se aproximaron; confundieronse los sentimientos; la necesidad de una desaprobacion prevaleció por un voto preponderante. El seatido liberal i magnánimo dado al espíritu del gobierno en el proyecto de proclama fué admitido por todos. Lamartine modificó algunas palabras de su redaccion adhiriendo a las observaciones de Luis Blanc. La misma minoria firmó este programa de la mayoría; envióse a la imprenta nacional; fijóse en los lugares mas públicos de París; inundóse con ella a la Francia, tranquilizó los espíritus; pero pareció sin embargo lo que era; el indicio mal borrado de una lucha intestina en la conciencia misma del gobierno.

Durante las dos horas que duró esta escena interior al rededor de la mesa del Consejo, los clamores de la guardia nacional que

llenaba la plaza llegaban a las ventanas i parecian fortificar el espíritu de la mayoría. Esta presión no era mas que aparente. Lamartine i sus amigos deploraban esta manifestacion accidental e intempestiva; podia dar lugar a manifestaciones contrarias i exitar de este modo clases contra clases, pueblo contra pueblo. Efectivamente el rumor de esta reunion mas pueril que aristocrática se habia esparcido ya por los arrabales. Corrian masas de obreros; invadian las filas de los guardias nacionales desarmados; les echaban en cara sus ridículos celos por un privilegio de uniforme, i los acompañaban con silbidos e injurias a medida que sus destacamentos evacuaban de la plaza.

Lamartine i Cremieux saliendo juntos por una puerta escusada de la espalda del Hotel, fueron reconocidos en el malecon, escoltados i seguidos por una columna de pueblo que los acompañó hasta el Louvre con su entusiasmo i sus aclamaciones. Viéronse obligados a refugiarse en el pátio de una casa cuya puerta hicieron cerrara fin de sustraerse a un triunfo involuntario que hubiera alarmado la capital.

VII.

Al dia siguiente la alegría se apoderó de todos los corazones; a la lectura de la proclama al pueblo frances que restablecia tan enérgicamente el sentido verdadero i liberal de la república. Esta victoria del partido moderado pareció la victoria de todos los buenos ciudadanos. Los departamentos mas inquietos la recibieron todavia con mas aplausos. Temblaba de ver procónsules armados de poderes ilimitados volver a recordar a la Francia pacifica los proconsulados arbitrarios e irritados de la Convencion.

Pero el partido convencional i violento que comenzaba a agitarse i a concertarse en algunos clubs se sintió vencido i se creyó bastante poderoso para recuperar la victoria por medio de un subterfujio.

Finjió creer i creyó quizás que la manifestacion verdaderamente accidental de la guardia nacional durante la deliberacion de la vispera habia sido concertada por Lamartine i sus amigos, a fin de intimidar la minoría del gobierno; quizás la misma mayoría lo creyó. Sea lo que fuere, un sordo rumor se esparció artificialmente en Paris. Hizose imaginar al pueblo que la guardia nacional habia rodeado i amenazado al gobierno; que meditaba un golpe de estado de la aristocracia acomodada contra sus mas

amados miembros; empleáronse los numerosos agentes de la prefectura de policía i los hombres armados que acampaban en sus patios en propagar esta alarma entre el pueblo; dióse a los obreros i a los clubs una cita jeneral en los campos Eliseos, a fin de contarse ante sus pretendidos enemigos i de venir en innumerable ejército a desfilar delante del Hôtel de Ville i a jurar allí defender el gobierno.

Causidière, de buenas intenciones en el fondo, apareció ser el mismo uno de los principales promotores de estas reuniones prodijosas del pueblo, en la que hizo tambien establecer una disciplina i un órden que llenaron simultáneamente a la capital de terror i de admiracion.

El pueblo no fué realmente conducido en masa sino por un buen pensamiento; el de mostrar adhesion i prestar fuerza al gobierno. No hubo un solo jermen de sedicion en la mas grande sedicion pacífica de que jamas haya sido testigo una capital. Hubo cuando mas una insinuacion secreta a los agitadores de vengar con gritos de predileccion la minoría del gobierno del triunfo de Lamartine.

VIII.

Pero mientras que de este modo bajaba el pueblo en masa de sus arrabales i de sus talleres para una demostracion que creia leal i cívica, algunos hombres, jefes de secta, agitadores de clubs, instrumentos de fanatismo, agentes de sedicion, meditaban servirse de este ejército de pueblo reclutado por un buen sentimiento para convertirlo ignorándolo él en el instrumento de designios perversos o ambiciosos. Afortunadamente estos hombres se hallaban en minoría hasta en los clubs; pero suplían su escaso número con la desesperada audacia. Las oficinas de los clubs informadas de la reunion que debia tener lugar el dia siguiente, se habian concertado a fin de ponerse a la cabeza de las columnas so pretexto de llevar la palabra en nombre del mismo pueblo. Algunos de estos jefes de clubs descontentos de su aislamiento i de su impotencia habian tramado con sus principales afiliados violentar al gobierno i separar de él algunos miembros; principalmente a Lamartine; entrar ellos o sus amigos en lugar de los miembros separados i cambiar de este modo el espíritu en el sentido de sus facciones o en el interes de sus ambiciones. Hombres emprendedores, imperiosos, armados sino de armas ocultas bajo

sus vestidos al ménos del número i del azar de una reunion de que disponian, podian en nombre de la turba que los rodeaba notificar al gobierno que les obedeciese o se retirase. En caso de resistencia podian arrebatarse este gobierno en un tumulto.

Estos hombres existen; i todo indica que abrigaban este plan en su alma. Otros jefes de clubs importantes mas particularmente ligados al Ministro del Interior, a Luis Blanc, i hasta favorablemente dispuestos por Lamartine como Barbes, Sobrier, Suan, otros en fin esclusivamente consagrados al interes de su secta i de su preeminencia de ideas como Cavet, Raspail, rodeaban a estos hombres en faccion, los vigilaban, los dominaban, por la superioridad de crédito i por el número, i podian neutralizar los designios estremos. Blanqui i sus amigos, Lacambre, Flott, debian marchar allí en la primera fila; era la revista del pueblo, de las ideas, de las quimeras, del bien, del mal, de las miserias, del patriotismo, de las virtudes, de los vicios i de las facciones.

IX.

La mayoría del gobierno, informada por la mañana de la inmensa reunion que se formaba en los campos Eliseos i que descendia en afluentes perpetuos de todos los barrios de la capital i de los arrabales, no se disimulaba ninguno de los peligros que semejante masa de hombres reunidos i flotantes a impulso de un espíritu desconocido podia hacer correr a la revolucion i a la misma mayoría del gobierno. El Ministro de la Guerra M. Arago, no tenia fuerza alguna que oponer a este diluvio de pueblo. La guardia nacional despoblada por su pretension de la víspera, no habria sido mas que una provocacion a la cólera. Era necesario abandonarse a los azares de la jornada i no tomar su punto de apoyo contra el extravío posible de este pueblo mas que en la inspiracion del mismo pueblo.

Todos los miembros del gobierno consagraron a este fin su influencia personal i la de sus amigos. Marie pudo influir poderosamente en los talleres nacionales. Lamartine esparció mas de mil agentes voluntarios i bien intencionados entre los grupos del pueblo para inspirar la concordia i combatir las malas inspiraciones. Luis Blanc debió influir probablemente en un sentido análogo en los delegados de los obreros del Luxemburgo. Inspiró los errores, jamas las sediciones.

Al mediodia los miembros del gobierno se hallaban en el Hó-

tel de Ville, escepto el Ministro del Interior i el Ministro de la Guerra, que llegaron juntos algunos momentos despues. Elevóse un rumor sordo de los malecones i de las calles. La poblacion de Paris habia acudido en masa a los campos Eliseos con el objeto de componer o de formar el acompañamiento de la manifestacion popular. Todo lo demas estaba vacío como para hacer campo a este pueblo. Los ciudadanos inquietos, consternados, estaban en las puertas, en las ventanas o sobre los techos de sus casas esperando los acontecimientos.

Parecia haberse suspendido la respiracion de la ciudad: de minuto en minuto los miembros del gobierno iban a los balcones del Hôtel de Ville a ver si divisaban la cabeza de la columna en la altura del puente; al fin apareció. Estaba compuesta de 500 o 600 hombres escogidos de cada uno de los clubs de Paris, marchando en orden i en silencio en pos de sus oradores i de sus tribunos. Estos hombres estaban formados en filas de 30 o 40 de frente; avanzaban al paso lento de una procesion religiosa agarrados unos de las manos i otros unidos por largas cintas rojas o tricolores que se desenrollaban como un vasto cinturon al rededor de cada grupo principal. Delante de cada grupo flotaba una bandera; dos o tres hombres i una mujer llevaban gorros colorados, simbolo de nuestras saturnales del terror. Este repugnante signo parecia excitar la indignacion i la aversion en la turba; los obreros lo silbaban, i llegaban hasta a arrebatarlo de sobre las cabezas de los forajidos que lo habian enarbolado. Los obreros parecian sentir espontáneamente que la república de 1848 era un acto mas sério i mas humano deshonrado por este recuerdo de 1793.

Detras de esta procesion de los clubs marchaban ordenadamente de diez en diez en una misma columna espesa i compacta obreros de todas las profesiones, vestidos decentemente, graves, modestos, inofensivos, silenciosos, prohibiéndose severamente todo grito, todo jesto, hasta toda expresion de fisionomia de naturaleza amenazadora o inquietante para los otros ciudadanos; semejantes a hombres que van a llevar a cabo un acto tranquilo i santo de patriotismo i que se vijilan mutuamente para edificar el ojo de su pais.

Esta columna, o mas bien este ejército, inundaba toda la plaza del Hôtel de Ville i se extendia desde la plaza de Gréve hasta la estremidad de los campos Eliseos. La evaluaban en ciento o ciento cuarenta mil hombres; cuando la plaza desbordó, el re-

fujo de esta muchedumbre se detuvo en los malecones para esperar el desfile. Los jefes de los clubs i sus principales seides se formaron delante de la reja del Hôtel de Ville. El gobierno habia ordenado al coronel Rei cerrarla i defenderla con los dos o tres mil voluntarios de febrero, tropa confusa, valiente, pero andrajosa e indisciplinada; depósito de la sedicion que no podia dejar de entrar nuevamente al primer contacto en el elemento de la sedicion. Pero hasta esta conformidad con los elementos turbulentos i revolucionarios de que procedia esta tropa le daba en los tumultos ménos graves la audacia i la autoridad necesaria para resistir a los sediciosos.

Cerca de una hora trascurió en esta actitud. El gobierno cercado e inmóvil parecia esperar una accion de este pueblo: este pueblo por su parte parecia aguardar el éxito de una deliberacion de su gobierno. Como para distraerse de la hora, la multitud inmóvil i las miradas fijas en las ventanas del Hôtel, cantaba de cuando en cuando la *marsellesa* i el aire de los *jirondinos*. Gritos multiplicados de: viva el gobierno provisorio, viva Ledru-Rollin, viva Luis Blanc, i algunos mas raros de viva Lamartine, parecian indicar claramente que uno de los objetos de la reunion, al ménos en la intencion de los jefes, era el de protestar indirectamente contra las proclamas al pueblo que se atribuian solamente a Lamartine, de vengar la minoria del gobierno de lo que ella consideraba como una humillacion, de mostrar a la mayoria i sobre todo a Lamartine que el eco popular no estaba tanto en su poder como en aquellos a quienes suponía sus enemigos.

Finalmente, cansada la multitud de esperar un desenlace que ella misma ignoraba, parecia autorizar por su impaciencia a los delegados de los clubs a penetrar en su nombre en el Hôtel de Ville para llevar al gobierno la espresion de su adhesion i el homenaje de su fuerza. Cabet a una órden de Lamartine habia penetrado solo: conferenció con él en la escalera principal. En consecuencia de la seguridad dada por Cabet de las intenciones inofensivas de los clubs, el gobierno mandó al coronel Rei que permitiese entrar únicamente a los delegados i que en seguida volviese a cerrar las verjas. El pueblo respetó esta órden. Un centenar de jefes de clubs i de pretendidos delegados del pueblo que no eran realmente sino los miembros mas exaltados de los clubs, entraron al interior del palacio. El gobierno se trasladó para recibirlos a los salones mas grandes.

El presidente del gobierno provisorio Dupont de l'Eure, anciano de 85 años, agoviado de cansancio pero intrépido de corazón i sereno de rostro, estaba sentado arrimado a la pared del gran salón. Arago, Albert, Luis Blanc, Ledru-Rollin estaban en pie a su derecha; Lamartine, Marrast, Cremieux, Pagnerre, Garnier-Pagès, de pie a su izquierda: todos igualmente resueltos a sostener la dignidad, la independencia moral i la integridad del gobierno o a morir.

Los clubs se presentaron en las personas de sus principales jefes: la mayor parte eran desconocidos a los miembros del gobierno. Algunos habian sido ya recibidos por Lamartine individualmente a la cabeza de sus clubs. Los mas notables que venian al frente eran Blanqui, Lacambre, de Flott, aspirante de marina, satélites de Blanqui, Barbés, Sobrier, Cabet, Raspail, Lucien, Michelot, Longe-Pied, Lebeton, Laugier, Danse, i otros cincuenta oradores o jefes de reuniones populares cuyos nombres i fisonomías eran nuevas para el gobierno. Algunos grupos de delegados del pueblo, comparsas del drama, llenaban las salas i las escaleras detras de los clubs. Se formaron al frente del gobierno dejando un espacio de algunos pasos entre ellos i el sillón de Dupont de l'Eure.

«Ciudadanos, qué quereis?» les dijo con voz firme Dupont de l'Eure.

Blanqui entónces tomó la palabra como en nombre de todos i en un discurso medurado en formas pero imperioso en sentido, promulgó al gobierno los pretendidos plebiscitos de este pueblo que no los conocia. Era el aplazamiento de las elecciones, el presentar como sospechosas la futura Asamblea Nacional, el alejamiento en principio i para siempre de las tropas de Paris, la obediencia implícita a las voluntades dictatoriales de la muchedumbre expresada por los clubs; en una palabra la servidumbre del gobierno. La disposicion de poner fuera de la lei a todo lo que no fuese el pueblo de Paris en la nacion i la dictadura indefinida impuesta al gobierno bajo condicion de que este gobierno sufriria i ratificaria él mismo la dictadura de la demagogia soberana.

Mientras que Blanqui hablaba las fisonomías de los miembros del gobierno se impresionaban de indignacion i de vergüenza. Las secciones mas forajidas de los clubs apoyaban con la vista, la actitud i el gesto, sus mas significativas palabras. Terminó intimando al gobierno en nombre del pueblo que deliberase a la

mayor brevedad posible sobre el texto de estas resoluciones, i que hiciese conocer el resultado de su deliberacion en sesion permanente.

Lamartine no se hacia ilusion alguna acerca de la secreta intencion que habia inspirado este gran acto popular. No dudaba que no hubiese sido especialmente dirijido contra él. Habia reconocido en el programa de los clubs lo contrario precisamente de lo que habia hecho firmar la vispera al gobierno en la proclama a la nacion francesa. Los gritos de «muera Lamartine i viva la minoria del gobierno!» le indicaban bastante la intencion de los promotores de la gran revista; pero Lamartine se apercibia tambien claramente de que esta demostracion, revista exajerada i desnaturalizada por los clubs i mui especialmente por el club Blanqui, propasaba el fin que parecia haberle sido asignado por sus organizadores. Aunque fuese evidentemente el mas interesado en el programa de los clubs, i aunque se hallase naturalmente el mas próximo a los oradores, creyó deber guardar silencio i dejar a sus colegas mas populares i ménos sospechosos que él a los agitadores demagogos el cuidado de recojer la intimacion i de vengar o abandonar la independendencia del gobierno. Vengada le bastaba; abandonada la hubiera reivindicado en su nombre i en nombre de sus amigos.

Sus colegas no le dejaron largo tiempo en esta perplejidad, la vengaron en términos tan elocuentes como enérgicos.

Luis Blanc habló como hombre que se identifica completamente con el espíritu de sus colegas; que se indigna en nombre de su independendencia i de la suya contra la opresion hasta de ideas que le serian propias quizás sino le fuesen impuestas. Su discurso desconcertó visiblemente los rostros agitadores populares.

Ledru-Rollin habló como hombre del gobierno que no abandonó nada de su independendencia i de su libertad moral ni a las influencias de sus amigos. Defendió al ejército momentáneamente alejado de Paris por la prudencia pero reconciliado lo mas pronto posible con la nacion cuyo derecho i cuya fuerza llevaba en si. Nada cedió en cuanto a las elecciones i a la soberania de la representacion: fué hábil sin dejar de ser firme. Estas dos respuestas de los hombres en quienes los agitadores habian esperado quizás encontrar complicidades o animaciones los redujeron un momento a la inmovilidad i al silencio. Un vaiven se manifestó en sus filas como en un ejército vencido. Los mas prudentes de entre ellos los arrastraban a la retirada; pero un gru-

po de siete a ocho hombres que rodeaban a Blanqui i que por sobre la cabeza de su jefe hacian frente al gobierno, parecian resueltos a las últimas estremidades: eran los amigos de Blanqui. Uno de ellos, un jóven consagrado segun se dijo hasta el fanatismo, a las ideas i a la persona de su maestro: su rostro pálido, marcial, concentrado, era de facciones resueltas por una expresion de inmutable conviccion; su estatura recta, inmóvil, sin accion, encerrada en líneas rectángulas, su mano derecha oculta en la solapa de su frac abotonado hasta el cuello; la resolucion fria e inflexible de su mirada fija en un miembro del gobierno, traian a la memoria i a la vista las estatuas de Bruto meditando la última conspiracion de la libertad con la mano en el puñal escondido bajo su toga.

Aunque él pareciese tan tímido de palabra como se manifestaba resuelto de actitud, cuando vió que el jentío empezaba a desordenarse, elevó la voz avanzando algunos pasos hácia los ministros del gobierno.

«Todo eso son lindas palabras, dijo haciendo alusion a Luis « Blanc i a Ledru-Rollin, pero no son palabras sino actos lo que « necesitamos, i lo que necesitamos ántes de salir de aquí. No « nos retiraremos sin que hayais deliberado delante de nosotros « en este mismo momento.» A estas palabras un murmullo de aprobacion se elevó de las filas de los que le rodeaban. Un rumor de indignacion partió del lado del gobierno. Luis Blanc volvió a tomar la palabra i se exaltó: Ledru-Rollin se indignó. Cremieux, Marie, Dupont de l'Eure, todos los miembros presentes protestaron intrépidamente contra estos mandamientos sediciosos de este grupo i de su orador. Esplicáronse confusamente; convinose en que estaban acordes sobre algunos puntos del programa: que se diferia acerca de otros; que se deliberaria sobre todos; pero que se deliberaria sin la prevision de los agitadores, libremente, con dignidad, a su dia, a su hora i sin prometer ni aun preveer nada de las resoluciones del gobierno. No se queria considerar esta peticion de los clubs sino como una peticion.

A todas estas consideraciones apoyadas por la razon i la moderacion de una parte de los delegados, de los mismos clubs, los acompañantes de Blanqui menearon la cabeza en signo de resistencia i de obstinacion. Sobrier que amaba entónces a Lamartine i que veia con horror la sangre, hacia inútiles esfuerzos a fin de calmar estos hombres de estremidad.—«Bien, bien, ciudadanos, exclamó finalmente el orador; esos sentimientos son

aceptables, pero son los sentimientos de todos vosotros? pero, no hai traidores entre vosotros? pero no hai un hombre que ha usado de un lenguaje contrario a esta voluntad del pueblo?... Pero Lamartine por ejemplo no está con vosotros? Que se explique! que se explique! gritaron con voz amenazadora los sectarios del club principal.—No, no, no, exclamaron, Sobrier, Cabet, Raspail, Barbes. Todos los miembros del gobierno están unidos, nuestra confianza es indivisible!» Pero el orador i sus amigos interpelaban siempre a Lamartine con los ojos, la actitud i el jesto. Lamartine adelantándose algunos pasos a su encuentro hizo señal de que queria hablar; i encarándose con los rostros pálidos i amenazadores de estos interlocutores.

«Ciudadanos, dijo; he oido mi nombre; contesto. Nada añado a lo que os acaba de decir con tanta dignidad i moderacion nuestro colega Luis Blanc. Conoceis como nosotros, como nosotros en quienes el pueblo ha depositado su confianza i se ha personificado el dia del combate i de la victoria, que no hai gobierno posible mas que a condicion de que tengais el buen sentido de conferir una autoridad moral a este gobierno. Qué otra cosa es la autoridad moral de este gobierno no solamente para él sino para el público, para los departamentos, para la Europa que nos contempla, qué otra cosa es sino su completa independencia de toda coaccion exterior? Hé aquí la independencia del gobierno, he aquí su dignidad, su única fuerza moral, no lo olvideis! Qué somos aquí nosotros? Mirad, hé aquí nuestro venerable presidente agoviado del peso i de la gloria de sus 80 años, i que a nuestra cabeza ha querido consagrar sus últimas fuerzas al establecimiento de la república: (Bravo! bravo!) con independencia, con dignidad i libertad; i ciertamente en libertad i en independencia no hai un ciudadano frances que pueda desmentir el nombre de Dupont de l'Eure. Que veis a su alrededor? Un reducido grupo de hombres sin armas, sin apoyo material, sin soldados, sin guardias, que no tienen mas autoridad que la que el pueblo les conserva respetándolos, que no buscan otra, que se sumergen, se inmerjen todos ellos en este pueblo de que proceden, i que no han tomado en la república un papel tan enérgico i tan peligroso sino para ser las garantias de estos intereses populares sacrificados hasta ahora bajo las monarquias, las aristocracias i las oligarquias que hemos atravesado.

« Pero para que este sentimiento produzca su efecto, para
« que estos principios populares se conviertan en aplicaciones
« útiles a la felicidad i a los derechos del pueblo qué se ne-
« cesita? La continuacion posible de calma, de orden, de esta
« confianza que nos habeis dado. Qué podríamos nosotros opo-
« neros? Una cosa no mas; vuestra misma razon! Esta potencia
« de la razon jeneral que se coloca sola aqui entre vosotros i
« nosotros, que nos inspira i que os suspende ante nosotros!
« Esta fuerza moral invisible i sin embargo omnipotente, es la
« que nos conserva tranquilos, independientes i dignos al fren-
« te de esta masa que circunda este palacio del pueblo defen-
« dido únicamente por su inviolabilidad. (Muy bien! esclaman los
« clubs moderados.)

« Esta última barrera de nuestra independencia, continúa La-
« martine, como gobierno i como hombres la defenderíamos
« hasta la muerte si la compresion de la multitud quisiese sal-
« varla! I no es por nosotros sino por vosotros sobre todo por
« quienes pereceremos defendiéndola! Qué seria de un pueblo
« sin gobierno i en qué se convertiría para el pueblo un gobier-
« no envilecido? (Muy bien!)

« Llego a las tres cuestiones que habeis sentado. Una próro-
« ga de diez dias para las elecciones de la guardia nacional.

« En deliberaciones preexistentes hemos creido prevenir a es-
« te respecto los votos lejitimos del pueblo i vuestros propios
« deseos. Se nos habia representado que esta masa imponen-
« te sólida, patriótica, republicana de la poblacion que forma
« el inmenso elemento popular de Paris, no habia tenido quizas
« tiempo de hacerse inscribir en las listas i de entrar de este
« modo en el vasto cuadro patriótico en que queremos abrazar
« en adelante todo la fuerza pública. Las hemos aplazado pri-
« meramente a ocho dias i despues hasta el 25 de marzo. No
« puedo pronunciarme solo i no quisiera tampoco hacerlo en
« este momento acerca de los resultados de la nueva delibera-
« cion que podrá tener lugar sobre este objeto. Pero teneis quin-
« ce dias para inscribiros.

« En cuanto a las tropas he contestado ya ántes de ayer a
« una de las asociaciones patrióticas de que formais parte. La
« cuestion no existe; no hai tropa en Paris a no ser mil quinien-
« tos o dos mil hombres dispersos en los puestos exteriores
« para la proteccion de los puestos i de los ferro-carriles i es
« falso que el gobierno haya pensado en acercarlas a Paris. Pre-

« ciso seria que fuese insensato despues de lo que ha pasado,
« despues que el reinado caido ha visto fundirse 84 mil hom-
« bres de tropas contra el pueblo desarmado de Paris para
« pensar imponerle con algunos cuerpos de ejército disemina-
« dos i animados del mismo republicanismo, voluntades contra-
« rias a vuestras voluntades i a vuestra independendencia! No he-
« mos pensado, no pensamos ni pensaremos jamas en ello.
« Ved la verdad; repetidla al pueblo. Su libertad le pertenece
« porque la ha conquistado: le pertenece porque sabrá pre-
« servarla de todo desórden! La república en el interior no
« quiere mas defensor que el pueblo armado.

« Pero aunque esto sea hoi la verdad i aunque os declaremos
« que no queremos mas que el pueblo armado para proteger
« sus instituciones, no deduzcais de aqui que consentiremos
« jamas en la prescripcion de los soldados franceses. —(No! no!
« Bravo!) No deduzcais que sospechamos de nuestro valiente
« ejército i que nos prohibimos llamarlo hasta el interior, has-
« ta el mismo Paris si circunstancias de guerra exijiesen ta-
« les o tales disposiciones de nuestras fuerzas para la seguri-
« dad exterior de la patria!

« El soldado que no era ayer mas que soldado es hoi ciuda-
« dano como vosotros i nosotros. —(Si! si!) Le hemos dado el
« derecho de concurrir por medio de su voto de ciudadano a la
« representacion i a la libertad que sabrá defender tan comple-
« tamente como cualquiera otra fraccion del pueblo!

« En cuanto a la tercera i principal cuestion, la de la pró-
« roga a un término remoto de la convocacion de la Asamblea
« nacional, no consentiré en comprometer en lo mas mínimo
« ni la opinion de mis colegas ni sobre todo la mia sobre una
« medida semejante que compromete demasiado profundamente
« en mi concepto los derechos de todo el pais. Nada quiero
« presuponer por respecto a nuestra independendencia sobre un
« decretó que tenderia a declarar a la nacion que Paris afecta-
« ria el monopolio de la libertad i de la república i que nos
« haria tomar en nombre de una sola capital i bajo la presion
« de una masa bien intencionada pero imperiosa a causa de su
« mismo número la dictadura de la libertad conquistada aquí
« por todo el mundo, pero conquistada por la Francia entera
« i no únicamente por algunos ciudadanos! Si me exijiéseis de-
« liberar bajo el imperio de la fuerza i decretar fuera de la lei
« a toda la nacion que no es Paris, declararla durante tres, seis

« meses, qué sé yo, excluida de su representacion i de su constitucion, os diria lo que decia a otro gobierno hace pocos dias. No me arrancareis este voto de mi pecho sino despues de haberlo atravesado a balazos. (Aplausos.)

«No, destituidnos mil veces de nuestro título ántes de destituírnos de nuestras opiniones libres, de nuestra dignidad, de nuestra inviolabilidad evidente, evidente en el exterior, sabedlo bien, como en el interior, porque para que un gobierno sea respetado, es necesario que tenga no solo el hecho sino la apariencia de la libertad. (Muy bien, muy bien!)

«Comprended pues vuestro poder en el nuestro, vuestra dignidad en la nuestra, vuestra independencia en la nuestra, i dejadnos, por el interes mismo de este pueblo, reflexionar i deliberar a sangre fria, adoptar o rechazar los deseos de que sois el órgano cerca de nosotros. Nosotros no os prometemos, yo no os prometo, en cuanto a mí mas que pesar en nuestra conciencia, sin miedo como sin prevencion i sin decidir lo que creamos no solo la voluntad del pueblo de Paris, sino el derecho i la voluntad de toda la República » (Muy bien.)

La diputacion aplaudió: algunos de sus miembros estrecharon las manos de Lamartine.

Uno de ellos le dijo: «Estad seguro de que el pueblo no se halla aquí sino para apoyar al gobierno provisorio.»

Lamartine responde: «estoi convencido de ello; pero la nacion podria engañarse; tened cuidado con reuniones de esta clase por muy bellas que sean los diez i ocho brumario del pueblo podrian ocasionar a despecho suyo los diez i ocho brumario del despotismo; i ni vosotros ni nosotros lo queremos.

Silencio en el grupo de los clubs violentos, aplausos en el de los clubs moderados siguieron a estas palabras. Pero los mas obstinados recobran su audacia i tendiendo evidentemente a hacer pronunciar la separacion de Lamartine: «No tenemos confianza exclamaron en todos los miembros del gobierno.—Sí, sí, en todos! en todos! replicaron las voces de Suan, de Sobrier i de Barbes i un centenar de sus amigos. «—No, no,—sí, sí—es necesario obligarlos.—Es preciso respetarlos,»—i otros mil gritos contradictorios se participaban los grupos. Las violencias estaban al borde de los lábios, en el acento, en las miradas. Los miembros del gobierno permanecieron impassibles. Barbes, adicto entónces a Lamartine, Sobrier, Raspail, Cabet, se estrecharon en el espacio que separaba los dos

partidos: Blanqui permanecía inmóvil i parecía mas bien calmar a los suyos que aprobar su insistencia.

Cabet tomó la palabra; su discurso causó una saludable impresion en la multitud. Barbés, Raspail, i otros apoyaron las palabras de Cabet i defendieron la independencia del gobierno. El desórden se apoderó de los grupos i la confusion de las opiniones; los gritos de viva el gobierno provisorio que venian de la plaza i que atestiguaban la adhesion del pueblo hicieron reflexionar a los hombres extremos. Estos clamores les manifestaron que si osaban atacar a un gobierno caro al pueblo, la venganza del pueblo no tardaria en hacerles espiar su crimen. Barbés, Sobrier, Suan, Cabet se aprovecharon de esta conmocion de la columna para hacerla refluir hácia atras i libertar al gobierno de esta presion. Los clubs evacuaron los salones i las escaleras, volvieron a ocupar su lugar delante de la verja del Hôtel de Ville; el gobierno invocado a grandes gritos por cien mil voces descendió en pos de su presidente al tramo exterior de la escalera principal. Fué saludado con frenéticas aclamaciones en medio de las que se oían predominar los nombres de Ledru-Rollin i de Luis Blanc mas que ordinariamente. Advertido de este modo Lamartine de que el favor de la multitud mas próxima se dirijia a ellos les dejó que se presentasen los primeros al pueblo i se cubriesen de su popularidad; él se confundió en el segundo rango i no recibió sino raras aclamaciones.

Luis Blanc arengó al pueblo; le dió las gracias por esa manifestacion irresistible de fuerza de que rodeaba a sus dictadores. El pueblo engañado por estas acciones de gracias creyó sinceramente que acababa de llevar a cabo un acto de adhesion patriótica i de dar un golpe de Estado contra los facciosos en tanto que acababa de ejercer una presion sediciosa en provecho de una minoria de Paris en torno del gobierno.

Los miembros de la mayoria del gobierno aparentaron prudentemente aceptar esta manifestacion por lo que era en la intencion del mayor número; pero no se disimularon a sí mismos el significado de esta jornada i comenzaron a desconfiar de una influencia que lo poseia todo i que todo lo podia. Su fisonomia afectaba la satisfaccion i el reconocimiento mientras que su alma estaba profundamente ulcerada por la audacia i por el buen éxito de algunos agitadores. El mismo Paris solo se engañó a medias. Desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche, la capital vió desfilar por los boulevards i por los barrios principales a este

pueblo desarmado de fusiles pero armado de su número que se asemejaba a una de aquellas emigraciones antiguas transportando toda una nacion de las riberas de un rio a otras riberas. Cuanto mas sosegado, sóbrio, silencioso, disciplinado, gobernado por una palabra de órden ignorada pero obedecida, se manifestaba este ejército, tanto mas imponente era su aspecto para la capital sin amenazar a nadie; tanto mas pesaba en el pensamiento de todos i decia a los ojos que París se hallaba a la merced de los proletarios solo. Pero manifestaba tambien que estos proletarios tranquilos en sus triunfos, jenerosos i civilizados en su fuerza, animados del instinto del órden, sublevados contra lo que creian anarquía para sostener un gobierno que se les decia hallarse amenazado no era ya el pueblo brutal de 1793 sino el pueblo de 1848 presajio de otra civilizacion.

Lamartine salió al anochecer solo i a pié del Hôtel de Ville. Pasó dos horas desconocido i confundido entre la turba en la estreñidad de la calle de San Honorato en la plaza Vendome, contemplando el desfile mudo de esta muchedumbre. Los trajes de estos hombres eran decentes, su paso militar, su fisonomía, inspirada de un rayo de fuerza i de paz, veíase que temian asustar a los ciudadanos i a las mujeres; terribles a causa de su número, tranquilizadores por su espíritu. París temblaba bajo sus pasos. Durante doce horas no hubo un grito demagógico ni un signo de terror, ni un insulto, ni una violencia, ni un accidente deplorable en esta muchedumbre. Lo respetó todo i se respetó a sí misma.

X.

Lamartine volvió a entrar en el Ministerio de Relaciones Exteriores incierto del significado que la opinion pública atribuiria el dia siguiente al suceso. No se engañaba acerca de la intencion; veía en ella una ruidosa derrota de la mayoría moderada del gobierno i una insolente opresion de algunos hombres disfrazados bajo la forma de un concurso i de un homenaje a la república. Una revista de las fuerzas de la minoría ultra-revolucionaria de París mandada por algunos hombres que querian oprimir i dominar la república intimidándola i explotando el entusiasmo real i patriótico del pueblo hacía su gobierno.

Resolvió finjir que él mismo se engañaba i aparentar que tomaba por una fuerza lo que en el fondo tomaba por la tiranía. Era

el único medio de no dejar a París i a la Francia heridos de estu-
por i desesperanzados del orden público. Pero desde este mo-
mento conoció que habia dos espíritus difíciles de conciliarse
hasta el fin de la dictadura en torno del gobierno. El programa
de los clubs que consistia en perpetuar la dictadura, aplazar las
elecciones, poner a la Francia fuera de la lei i hacer reinar por
ciertos hombres una sola ciudad i una sola clase de la poblacion
de esta ciudad, *podia tener simpatías en el círculo del gobier-
no.* Los individuos de los clubs, los delegados del Luxemburgo,
los emisarios del Club de los clubs, especie de comisaría oficiosa
que servia de intermediaria entre el Ministerio del Interior i el
espíritu público parecían imbuidos de esta idea; la Francia no
estaba en sazón para la libertad como ellos la comprendían; que
no se podía entregar al país su propio gobierno; que la repúbli-
ca les pertenecía a ellos exclusivamente por derecho de inicia-
tiva i de superioridad democrática; que era preciso reinar en su
nombre i por ella; i que para hacerla obedecer era necesario ha-
blar el lenguaje i mostrarle las acciones del comité de salud
pública.

Lamartine i la mayoría del gobierno se hallaban convencidos
al contrario de que la libertad monopolizada por algunos era la
servidumbre i la degradacion de todos; que el aplazamiento de las
elecciones i el decretar fuera de la lei a la Asamblea nacional,
seria la señal de insurreccion de los departamentos i de la guerra
civil; que la dictadura de los pretendidos republicanos por de-
recho de superioridad democrática no seria sino la dictadura de
la popularidad a precio de las violencias i de los crímenes, que
cada nueva semana produciria i devoraria a uno de estos pre-
tendidos dictadores; que París se anegaria en la sangre i en la
anarquia i que el nombre de república pereceria segunda vez en
la execracion del presente i en la incredulidad del porvenir. Re-
solvio en consecuencia combatir hasta el último trance i por
todos los medios lejitimos los complots de los partidarios de la
dictadura i de los comités de salud pública, i aun sacrificarse si
fuere preciso, a la mas pronta i mas completa restitution de la
soberania de la Francia entera i del gobierno a la representa-
cion nacional.

XI.

Pero habia un abismo de anarquía i de despotismo eventual que parecia imposible entónces atravesar ántes de llegar a este día. Los hombres mas sensatos i mas consumados en política se manifestaban incrédulos a este respecto. No cesaban de repetir a Lamartine que intentaba una empresa quimérica, que perecería en la demanda i que el partido ultra-republicano i convencional con los pies en el gobierno, dueño de doscientos mil hombres en Paris i de la influencia de los comisarios de los clubs en los departamentos, del pueblo industrial en todas partes, de la policía, del Luxemburgo, de la plaza pública por el alejamiento del ejército, de una mitad de la guardia nacional por el armamento de los arrabales, de los talleres nacionales por el sueldo i por la turbulencia, no se dejaría arrancar jamás el poder por las elecciones sin desgarrarlo i ensangrentarlo ántes de entregarlo a la nacion.

Lamartine sabia mejor que ellos todas estas dificultades i todos estos peligros pero estaba seguro de sus colegas; reconocía la verdad, juzgaba a los hombres con una sagacidad benévola es cierto, pero instintiva i rápida! Además no era dueño de la eleccion; era necesario triunfar o perecer heroica i honrosamente en la empresa; estaba resignado a esta suerte si fuere preciso, seguro de que su misma muerte vengada bien pronto, sería la señal de la sublevacion jeneral del pais contra la tiranía de los dictadores demagogos. Marchó pues a su fin, sin ilusion, pero no sin esperanza, resuelto a transijir o a combatir con tal que triunfase de los dos puntos que dominaban todo. La cuestion de la guerra en el exterior i la cuestion de la convocacion de la Asamblea nacional en el interior.

XII.

La manifestacion del 17 de marzo i el programa imperioso de los clubs le habian revelado suficientemente el pensamiento dictatorial de los promotores visibles u ocultos de este movimiento; Habian encargado a la falsa voz del pueblo promulgarlo en el Hôtel de Ville. Desde este día los diarios de la revolucion, las mociones de la noche en los clubs, los oradores nómades de los grupos, los actos, las palabras, las circulares de algunos comi-

sarios exaltados en las provincias, las palabras escapadas en el calor de las convicciones en las conversaciones de los hombres afiliados a la intimidad de los clubs, las confidencias, las revelaciones, los carteles, todo indicaba a Lamartine que el aplazamiento de las elecciones i la prolongacion indefinida de la dictadura eran las palabras de orden de los comités secretos ultrarepublicanos. Si esta idea que lisonjeaba el orgullo de la poblacion turbulenta de Paris a la que ella adjudicaba el imperio tenia tiempo de propagarse i de infiltrarse hasta el estado de dogma i de pasion en las masas, hubiera sido la ruina de la república; no se le habria podido estirpar sino con el hierro. La Francia se habria visto obligada a reconquistar su capital en mares de sangre. El reinado de esta parte turbulenta i esclusiva del pueblo, explotado por tribunos al mismo tiempo soberanos i encadenados como el dictador soñado por Marat, habria sido inevitablemente un reinado de verdugos, bien pronto victimas para dar lugar a otros verdugos victimas a su vez. Lamartine se estremecia por la suerte de su pais; ningun insomnio le costó prevenir tan cruel desenlace a la revolucion.

Quedábanle dos medios; la fuerza i la negociacion. Resolvió combinarlos i emplearlos alternativamente a todo precio segun los hombres i las circunstancias.

(Continuará).

CONRADO WALLENROD

NOVELA HISTORICA

POR ADAN MIÇKIÉWICZ.

(TRADUCIDO DEL FRANCES PARA LA REVISTA.)

Dovete adunque sapere come sono
due generazioni da combattere.... Bi-
sogna essere volpe e leone.

(Conclusion.)

Al fin!...» tal es el murmullo que se propaga en la sala. «I bien, cuáles serán las hazañas, de este Walter? adonde, i sobre quien caerá esta venganza? esclaman los oyentes. Solo, el gran maestre, entre esta turba conmovida, permanece silencioso e inclinada la frente. Profundamente ajitado, llena copas unas tras otras i las vacia de un solo trago. Su rostro ha cambiado: en sus encendidas mejillas mil sentimientos lanzan sus relámpagos; su frente tórnase mas i mas sombría i tempestuosa; sus hosclos labios palpitan convulsamente; sus ojos estraviados vuelan como las golondrinas ántes de la tempestad. Al fin arroja su capa i saltando en medio de la Asamblea: «el fin de la cancion, dijo, cántame el « fin al instante, o dame ese laud. Por qué tiemblas? Dámele, te « digo, i escánciame vino. Yo te diré el fin, yo, si tienes miedo!... « Oh! yo os conozco a vosotros; el canto del vaydelote es un pré- « sago de desgracia como en la noche el aullido de los perros.

« El asesinato, el incendio, he aquí los asuntos que os place cantar, dejándonos a nosotros la gloria i los remordimientos. Desde la cuna vuestros acentos, pérfidos como la vibora, oprimen el seno del niño i derraman en su alma el veneno mas cruel... el insensato deseo de la gloria i el amor de la patria! Ellos son los que persiguen las huellas del jóven como el espectro de un enemigo; frécuentemente ellos aparecen en medio del festin i vienen a mezclar sangre en las copas de la alegría! ai! bastante los he escuchado yo! La suerte está echada: vé, yo te conozco, arrastras tras tí, anciano traidor! la guerra! eh bien! sea, la guerra, el triunfo del poeta.... vino, bebo a tus proyectos!»

«Yo sé, sé el fin! Pero no, quiero cantar otra cancion. Cuando combatia en los montes de Castilla, los moros me enseñaron una balada. Anciano, tócame este aire, este aire de la infancia que otro tiempo en el valle..... oh! era otro tiempo!..... Yo quiero cantar sobre él; llega pues aquí viejo descreido, por que por todos los dioses jermanos, prusos, lituanianos...»

Obligado a obedecer el anciano |tuvo que sacar de su laud acordes mas rápidos i seguir los fogosos acentos de Conrado como un esclavo sigue los irritados pasos de su amo.

Sin embargo las bujias palidecian en las mesas; fatigados del festin, los caballeros inclinaban sus soñolientas cabezas; pero Conrado canta, despiértanse, rodéanle estrechándose, dando atento oido a cada palabra de la cancion.

LA ALPUJARRA.

(BALADA.)

De Cristo el pendon triunfante
Huir contempla aterradas
Por llanuras i por campos
A las huestes musulmanas.
Defiéndose en sus almenas
Sola i sin miedo Granada;
Mas diezmada por la peste
La infeliz Granada se halla.
Solo Almanzor denonado
De las torres de Alpujarra
Siembra la espantosa muerte
En las tropas castellanas!

Mañana el fiero Español
Te rendirá, que mañana
Tremolará vencedora
Su bandera en las murallas!
A los muros! a la brecha!
Mirad! es la luz del alba!
Truena el cañon i sangrienta
Do quiera brilla la espada:
Ya vencedora la cruz
En todas partes se alza!
Ea! adelante Castilla!
Ea! Burgos! Cierra España!
Sus mejores adalides
Al ver el Rei de Granada
O desarmados o muertos
En el campo de batalla,
Vuela a traves las llanuras
En fuga precipitada
I entre breñas i zarzales,
Del cautiverio se salva....
El fuerte Cid un banquete
Servir, espléndido, manda
Entre las ruinas i en medio
De los palacios en llamas;
Repártense del botin
De la ciudad conquistada
I con dulcísimos vinos
I mujeres, se regalan.
Mas de repente a los Jefes
Llega a anunciarles la guardia
Que un Moro, quizá un guerrero,
Con un mensaje se avanza!
Es el valiente Almanzor
Que, viendo a Granada esclava,
Rendirse anhela i tan solo
Su fé la vida demanda.
«Rendido vengo Españoles
A bendecir vuestras leyes
A adorar a vuestros dioses
I respetar vuestros reyes.
Triunfais! Alá! Estaba escrito!
I repita el mundo ufano
Que un príncipe musulmano
Hoi, desgraciado i proscrito
Tributario es del cristiano.»
El valor entre Españoles
Grande estima siempre halla!

Cada uno le consuela
I deplora su desgracia.
El rei de toda Castilla
Saludándole le abraza.
I él en sus brazos lo ciñe
Con rabia disimulada,
I con un férvido beso
Al Soberano dá gracias!
Despues vacila su rostro
Palidece, i a las plantas
Del rei, su mano, o misterio!
Arroja el turbante airada,
I por el suelo hasta él
Como vibora se arrastra.
A la asamblea de fuego
Lanza siniestras miradas,
Una diabólica risa
Crespa sus mejillas pálidas
I de sus libidos labios
Enfermiza espuma salta.
«Oh! yo os he traicionado!
Miradme todos! esclama:
Os odia Almanzor Giaures!
Granada bella es mi patria!
Voi a morir; mas soi présago
De la peste que la arrasa!
En un beso he trasmitido
A vuestras feroces almas,
El envenenado faego
Que me devora i me mata!
Todos! todos morireis!
Como yo! maldita raza!
Gloria eterna, eterno lauro
De Almanzor a la venganza.»
Tuerce sus brazos; apénas
En las rodillas se arrastra!
La sangre que hincha sus venas
Pinta sus pupilas cárdenas.
Con eterno, horrible abrazo,
Estrechar a todos ánsia.
Feroz sonrie: se borra
I se extingue su mirada!
Riendo muere; mas siempre
Esta sonrisa sarcástica
Rabiosa, hueca, infernal,
Quedó impresa en su faz pálida.

Huyó el Español; en vano:
La muerte irá donde él vaya
Príncipe o súbdito, nadie
Escapará de su rabia.
Que todos funesta muerte
Hallarán en la Alpujarra.

«Así es como los moros se vengaban en otro tiempo. Creeis saber la venganza del lituaniano?... I si algun dia fiel a su palabra mezclase la peste en vuestros brevajes!.... Pero no, no, otros tiempos otras costumbres: no es así principe Vitold? Hoi dia los principes lituanianos vienen a entregarnos en persona sus estados i a sacar venganza de su pueblo esclavizado.

«Pero no todos al ménos.... oh, no, ¡rayos del cielo! todavía hai hombres en Lituania..... Quiero cantar aun..... pasadme esa lira..... una cuerda se rompe.... no mas cantos hoi....! pero un dia los habrá, lo espero.... Hoi el esceso de las copas, el vapor del vino.... ¡regocijaos, entregaos al placer... i tú, Al... manzor... atrás, viejo mendigo! Halban.... vete.... idos todos.... dejadme solo.»

Dijo i con mal seguro paso vuelvé a su lugar, arrójase en su sillón, murmura aun amenazas, i de una patada trastorna la mesa con los vasos i el vino. Despues se rinde, su cabeza cae sobre el respaldo de la silla, sus ojos se cierran por grados i con la espuma en los labios se duerme.

Los caballeros quedan sobrecojidos. Conocen el vicio lamentable de Conrado; saben que una vez enardecido por el vino se entrega a accesos de locura. Pero durante el banquete, oh escándalo nunca visto! tal furor en presencia de extranjeros! Cuál es pues la causa? Adónde está ese vaydelote? Se ha deslizado fuera de la muchedumbre i nadie puede descubrirlo.

Murmúrase en voz baja que Halban disfrazado habia cantado al gran maestre una cancion lituaniana i que así queria provocar a los teutones a una nueva cruzada contra los idólatras. Pero de qué proviene este súbito cambio en el jenio de Conrado? De qué proviene la cólera de Vitold? Qué significa la singular balada del gran maestre? En vano todos los asistentes se esfuerzan en adivinarlo.

V.

Una cruzada.

Guerra! En vano Courado tentaría contener la impaciencia de la multitud i las exhortaciones del Consejo. Desde largo tiempo el pais entero no respira mas que venganza por la invasion de los lituanianos i las traiciones de Vitold.

Vitold, que habia mendigado la asistencia de la Orden con el fin de apoderarse de la Capital de Vilna, apénas al salir del banquete ha sabido que los cruzados van a ponerse en campaña, Vitold cambia de proyecto, traiciona a sus nuevos aliados i se evade furtivamente de los muros con su escolta.

Premunido de plenos poderes falsos de la Orden, se introduce en todas las plazas fuertes de los jermanos que encuentra en su camino, desarma las guarniciones i pone todo a sangre i fuego. Inflamada de cólera, i devorada de vergüenza, la Orden teutónica proclama una cruzada contra los paganos.

Hé aquí la bula apostólica. A su llamada reúnese numeroso enjambre de guerreros por tierra i por mar. Seguidos de sus vasallos, los principes soberanos decoran sus armaduras con la cruz sangrienta, i todos han adoptado por divisa: «El bautismo o la muerte.»

Hélos ya en Lituania... I sus bahañas, cuáles son? El que desee conocerlas suba a las murallas, cuando el sol declina, i mire al Oriente... Verá desbordar en los cielos, como un rio de sangre. Los fastos de estas guerras de exterminacion se escriben en blasfemias. Degüello, incendio i pillaje, luz radiante, goce de las almas estúpidas, i en las cuales el sabio escucha una clamorosa voz que sube al cielo: Venganza!

Léjos, mas léjos siempre, los vientos conducen el incendio. Ya los cruzados penetran en el centro de la Lituania: Kowno, Vilna, están sitiados. Todo esto se dice; però pronto no habrá noticias, mensajes ni llamas, en la ciudad. El cielo no proyecta mas que lejanas luces.....

En vano los Teutones esperan una multitud de prisioneros i el rico botin de una ciudad conquistada, en vano a cada instante envian correos para saber lo que sucede, los correos se apresuran pero no vuelven. Cuando cada uno interpreta, a su modo, esta

cruel indecision, parece que la desesperacion valdria mas que la incertidumbre.

El otoño pasó. Las nieves del invierno se amontonan en la cumbre de las montañas i ruedan sobre los caminos. El horizonte se enrojece de nuevo.... Es una aurora boreal? Es el incendio de guerra?... Las llamas cada dia son mas perceptibles, i el aire centellea siempre, siempre de mas cerca.

El pueblo de Marienbourg mira hácia el camino real. Vue'ven! Helos aquí! Una banda de viajeros se abre penoso camino a traves de las nieves. Es Conrado! Adónde están nuestros jenerales? Cómo acogerlos? vencedores o fujitivos? Qué se ha hecho el resto del ejército? Conrado alza la mano, i muestra hácia el horizonte un ejército en derrota.... Ah! la verdad se revela a su vista...

..... Corren en desórden, luchan en la nieve, se empujan, se estrechan i se pisan, como viles insectos encerrados en un vaso mui estrecho; trepan sobre montones de cadáveres, i son hollados allí por otros desgraciados! Unos arrastran todavia sus pies entorpecidos; otros se detienen petrificados de frio en medio del camino; pero quedan de pié i como postes indicando las sendas estienden ambos brazos hácia la ciudad.

Espantado i curioso el pueblo, abandona las calles; teme saber mucho i no pregunta nada. La historia entera de esta funesta campaña está escrita, para él, en los ojos i sobre el rostro de los guerreros.... Los paños de la muerte sombrean sus pupilas i las harpias del hambre han devorado sus mejillas. Aquí resuena el cuerno de los caballeros Samojitianos; allí el huracan arroja a la llanura inmensos montones de nieve; mas léjos lanzan feroces ahullidos trahillas de canes hambrientos, i encima de sus cabezas, en el espacio, se ciernen, graznando, bandadas de cuervos...

Todo se ha perdido!... Conrado ha inmolado a todos. El, cuya espada era tan temida; él; otras veces tan orgulloso de su prudencia, en esta última campaña, tímido, indolente, no ha podido burlar las estratajemas de Vitold; i seducido, cegado por la sed de venganza, habiendo comprometido al ejército en las estepas de la Lituania, hizo alargarse demasiado el sitio de la capital.

Consumidas las provisiones, cuando el hambre diezmaba ya el campo de los cruzados, cuando el enemigo, disperso en los alrededores, destruía los convoyes, impedía los arribajes, interceptaba los caminos; cuando cada dia, centenares de soldados perecian de miseria; cuando era tiempo de concluir la campaña por un asalto decisivo o aprontarse a la retirada, aun entónces Wallen-

rod, pacífico i confiado se entregaba a la caza, o bien, encerrado en su tienda, tramaba negociaciones secretas, rehusando admitir al consejo a sus jenerales. De tal manera se apoderó de él la apatía que, insensible a las lágrimas del pueblo, en vez de sacar la espada en su defensa meditaba todo el dia con los brazos cruzados, o deliberaba con Halban.

Entre tanto el invierno se abanzaba conduciendo las nieves. Vítold habiendo reunido nuevos soldados sitiaba al ejército en su campo, le atacaba sin cesar i el gran maestro, oprobio nunca visto en la Orden!, el gran maestro en persona ha dado el ejemplo de la fuga. En lugar de laureles i de trofeos lleva de los campos de batalla la noticia de las victorias de la Lituania.

Habeis observado cuando despues de la derrota conducia a sus hogares esta lejion de fantasmas la sombría tristeza que cubria su frente, el gusano del dolor que roia su faz; pero si se le mirase los ojos.... esta larga pupila semi velada lanzaba oblicuamente siniestros relámpagos. Habríase dicho un cometa profetizando la guerra, o estas luces cambiantes, obra del demonio que por la noche atemorizan al viajero extraviado. Traicionada a la vez la alegría i la cólera, brillaba con no sé qué espresión satánica.

El pueblo tiembla i murmura, mas Conrado no se conmueve por ello. Reune en Consejo a los caballeros descontentos; los mira, toma la palabra, hace un jesto, ¡oh debilidad! todos le escuchan con recojimiento, i vāse satisfechos de sus esplicaciones. ¡En los errores del hombre ven los juicios de Dios.... Porque cuales son los mortales a quienes no persuade.... el terror.

Tiembla, orgulloso potentado, porque tambien hai jueces para tí. En Mariemboug existe un profundo subterráneo; alli cuando la noche tiende su velo sobre la ciudad, un tribunal secreto se reane i hace justicia; alli noche i dia vela una lámpara colgada en las bóvedas de la sala. Doce sillones están colocados alrededor de un trono. Sobre el trono está el libro sellado de las leyes. Doce jueces revestidos de armaduras negras se ocultan en las tinieblas a las miradas de la multitud; incógnitos los unos para los otros como las fantasmas. Libremente i de comun acuerdo han jurado todos castigar los crímenes de sus grandes maestros, los delitos escandalosos o secretos para el mundo. Una vez pronunciada la sentencia un hermano no encontraria gracia en su hermano. Cada uno debe por fuerza o por sorpre-

sa ejecutar la sentencia en el culpable. Todos tienen el estileto en la mano i la espada al cinto. Uno de los jueces se acerca al trono, i de pié, con el puñal desnudo ante el libro de la Orden, dice: «Formidables jueces, las pruebas no han hecho mas que confirmar nuestras sospechas. El hombre que toma el nombre de Courado Wallenrod no es el verdadero Wallenrod. Quien es se ignora. Doce años ha que llegó de no sé donde a las provincias renáneas. Cuando el Conde Wallenrod partía para la tierra Santa uniósse él a su cortejo en clase de escudero. Poco tiempo despues Wallenrod desapareció sin saberse como. El escudero sospechado de haberle asesinado abandonó la Palestina i desembarcó en las costas de España, en donde, guerreando contra los moros, se señaló por su bravura, ganó coronas en muchos torneos i se hizo célebre bajo el nombre de Wallenrod. En fin profesó, i para la desgracia de la Orden fué nombrado gran maestro. Como ha gobernado vosotros todos lo sabeis. Este invierno mientras que luchábamos nosotros con los hielos, el hombre i la Lituania, Conrado visitaba solo los bosques i los matorrales i allí tenia entrevistas secretas con Vitold....»

«Desde mucho tiempo mis espías observan sus pasos. La otra tarde emboscáronse cerca de la torrecilla que se alza por sobre la muralla; no pudieron comprender lo que se hablaba entre la reclusa i él pero ¡oh jueces! hablaban el idioma de los lituanos!

«Considerando pues con respecto a este hombre las relaciones recientes de los afiliados del tribunal secreto, el testimonio de mis agentes i el rumor casi público ya;

«Jueces! yo acuso al gran maestro de felonía, de asesinato, de herejía i de traicion.»

A estas palabras el acusador pone una rodilla en tierra ante el libro de la Orden, i con la mano sobre el Crucifijo, atestigua por un juramento la verdad de su declaracion en nombre del Altísimo i sobre la pasion del Salvador.

Los jueces examinan la causa; pero no hai discursos ni consultas. Apénas un golpe de vista, una señal de cabeza manifiestan algun profundo i siniestro pensamiento. Cada uno a su turno se acerca al Altar, ojea el libro sagrado con la punta del puñal, le interroga en silencio i no consultando mas que a sí mismo, cuando su conciencia está formada, coloca la mano sobre su corazon. Entónces todos esclaman unánimemente: ¡Ai!

En esta palabra sola está comprendida toda la sentencia. Los jueces se han comprendido. Doce puñales han brillado sobre sus cabezas i todos se dirijen hácia un punto... hácia el corazon de Conrado. Hecho esto se retiran silenciosamente.

I el eco del subterráneo repite una vez aun ¡Ai! (1)

VI.

Los adioses.

Es una mañana de invierno. El viento arroja la nieve. Wallenrod camina a traves de las nieves i los vientos. Apénas llega a las orillas del lago, hiere con su espada las murallas de la torre i grita: «Aldona, Aldona, soi yo, yo, vivo aun, yo, tu amante!....Tus plegarias han sido escuchadas.

LA RECLUSA.

Alphe! oh! es su voz! Oh Alphe mio! mi amante! Es cierto! Se concluyó la guerra i vuelves sano i salvo para no abandonarme mas!

CONRADO.

Oh! por amor de Dios, no me preguntes nada. Escucha, amiga mia, escucha i no pierdas ninguna de mis palabras. Todos han perecido!.... Ves esas llamas? Las ves! Son los Lituanianos que asuelan las tierras de los Alemanes. Cien años no bastarán para reparar tantos desastres! He herido en el corazon al monstruo de cien cabezas. Los tesoros de la Orden, fuente de su poder, están agotados; sus ciudades son un monton de cenizas, un río de sangre ha corrido, i todo esto, soi yo quien lo he hecho! Mis deseos se han cumplido. El infierno no habria podido inventar mas completa venganza: como hombre no deseo mas.

(1) En la edad-media cuando los duques i los barones cometian impunemente toda clase de crímenes i cuando la autoridad de los tribunales ordinarios era insuficiente para contenerlos, formóse una asociacion secreta cuyos miembros desconocidos los unos para los otros se comprometian por un juramento a castigar a los criminales sin atender a los lazos de parentézco ni de amistad. Cuando los jueces habian pronunciado la sentencia de muerte se le anunciaba al condenado esclamando bajo las ventanas de su casa o de cualquiera otro lugar que frecuentaba. ¡Ay! Esta palabra repetida por tres veces era la señal de su condenacion; el que la habia oido se preparaba a una muerte inevitable, cercana, i llevada por un brazo incógnito.

Bajo una odiosa máscara, he pasado mi juventud sacrificando hombres; ahora, encorvado por la edad, estoi cansado de traiciones; fatigado ya de la guerra i suficientemente vengado. Además, los Alemanes son hombres!... Dios ha aclarado mi espíritu. He ido a Lituania i he vuelto. He vuelto a ver todos aquellos lugares; he visto tu castillo, el castillo de Kowno, que ya no es mas que ruinas; volví mis ojos, espantado i hui a aquel valle que tu sabes. Todo está como ántes; el mismo bosque, las mismas flores! Todo ha quedado como en la tarde de nuestra despedida! Ah! me parecia que habia sido ayer! La piedra... te acuerdas? esa piedra grande que estaba al fin de nuestro paseo; está allí todavía, lo mismo: solamente el musgo la ha cubierto! Apenas la he podido descubrir tras el frondoso manto de verdor! Arranqué las yerbas i lavé la piedra con mis lágrimas. Todo lo he reconocido; visitado, aquel banco de césped bajo los olmos, adónde te sentabas tú huyendo los calores del estio; las fuentes adonde iba a buscarte agua, todo, hasta tu jardincito que habia rodeado de sauces secos. Estos sauces, oh! no es una maravilla, Aldona? estos arbustos plantados en otro tiempo por mi mano en la árida arena no los podrias conocer hoy. Ahora son bellos árboles cubiertos de hojas primaverales, el capullo de las florecillas se balancea!... Un desconocido consuelo a esta vista, un presentimiento de dicha refrescó mi alma agostada, abracé mis sauces i me arrodillé. «Dios mio! exclamé: haz que suceda. Ojalá devuelto al hogar paterno, felices habitantes de los campos lituanianos, podamos vivir aun. Ojalá que nuestro destino, como esos árboles, reverdezca de esperanza....! Si, volvamos, yo te lo pido, tengo crédito en la Orden i puedo hacerte abrir las puertas. Pero de qué sirve mandar? Cuando aunque estas puertas fuesen mas duras que el hierro, yo las arrancaría i las rompería. Allí, a nuestro valle, es donde quiero conducirte; yo te llevaré en mis brazos i mas lejos aun si es preciso. Aun existen en Lituania desiertos. Las mudas sombras de los bosques de Bialowiez, en donde no se oye ni el crujir de las armas enemigas ni los orgullosos gritos de los vencedores, ni los gemidos de nuestros hermanos vencidos. Allí en una agreste i pacífica choza, en tus brazos, i sobre tu seno, olvidaré que hai naciones en el mundo, que aun existe un mundo, i viviremos felices para nosotros solos. Vuelve, oh! habla, yo te lo suplico.»

Aldona callaba: Conrado callaba tambien esperando su res-

puesta.... Ya la aurora coloraba de púrpura el Oriente. «Aldona! gritaba él temblando de impaciencia, por Dios Aldona, el día va a sorprendernos; las guardias se despertarán i el centinela podrá denunciarnos:» la voz le falta; implora aun con los ojos i arrodillándose i con las manos juntas ruega i demanda piedad abrazando i estrechando las frias murallas de la torre.

LA RECLUSA.

Ay! no es tiempo ya! Dios me dará fuerzas i me sostendrá en la postrera lucha! Al entrar aquí juré en el dintel no salir sino para el sepulcro.... Dios mio! he luchado tanto conmigo misma, i hoy cuando consigo la victoria vendrás tú a arrebatármela. La mujer que quieres volver al mundo sabes tú lo que es? Un miserable fantasma! Piensa pues, ah! piensa si me decidiese a escucharte, si abandonase este calabozo i volase llena de amor a tus brazos; i tu, si no me reconocieses, si me rechazases volviendo los ojos i me dijese con espanto: «este odioso espectro es mi Aldona?» Si buscases en su estinguida mirada, en sus facciones que ahora.... ah! la idea sola me espanta!.... no, jamas, jamas la desgraciada reclusa borrará la imájen de la bella Aldona! Yo misma te lo confieso.... perdóname, bien mio! Cada vez que la luna brilla mas luciente, al escuchar tu voz, me oculto detras de los muros i temo verte de mas cerca. Sin duda tú no eres hoy lo que eras.... te acuerdas? hace muchos años, cuanto entrabas al patio del castillo con nuestros guerreros, ah! mi corazon conserva todavia las mismas miradas, las mismas facciones, todo hasta el mismo vestido Así la bella mariposa sumerjida en ambar conserva para siempre la forma i los colores de sus alas.... Alphe no vale mas para quedarnos tales como fuimos otro tiempo, tales como nos reuniremos un día.... pero no en la tierra. A los felices los floridos valles. En cuanto a mí, me agrada mas mi tumba de piedra; me basta saber que estás vivo i oír cada tarde tu voz querida.... Aun en este retiro hai males que se pueden aliviar. Renuncia a las traiciones, a los asesinatos i vuelve mas frecuentemente i mas temprano.... Si tú.... escucha: plantases alrededor de esta llanura una hilera de árboles como aquella; si trasportases aqui tus sauces i mis flores, i aun esa piedra del valle; si algunas veces los niños de la aldea viniesen a jugar bajo los árboles de mi patria tejiendo coronas con sus flores i repitiendo en coro sus canciones.... La cancion lituaniana hace soñar: ella me volveria

los sueños de la patria i de tí.... i despues.... despues de mi muerte que ellos siempre la canten sobre el sepulcro de Alphe i de Aldona.»

Alphe no escuchaba ya: recorre la ribera desierta delirante, sin objeto, sin deseo: de soledad en soledad en estas desiertas campiñas, en su forzada carrera encuentra una especie de alivio—el cansancio. Las brumas del invierno lo ahogan; arranca su manto i su coraza, despedaza sus vestidos i despoja su pecho de todo.... ménos del remordimiento. Llega a las murallas de la ciudad mui de mañana. Divisa como una sombra; párase siguiéndola con la vista.... la sombra se aleja, desliza silenciosamente su planta sobre la nieve i se pierde tras de las murallas. No se oye mas que el grito repetido tres veces, ai! ai! ai!

Alphe al escucharlo se despierta; tiembla i reflexiona un momento. Nada ignora ya; saca su espada i arroja en derredor de sí inquietas miradas: pero no encuentra nada mas que torbellinos de nieve en los campos i no oye mas que los silbidos del cierzo. Alphe vuelve a dirigirse hácia el lago; detiènese conmovido i con vacilante paso se dirige hácia la torre de Aldona. Desde léjos la divisa en su lumbrera: «Buenos días, dice; buenos días; desde mucho tiempo solo la noche nos ha visto juntos, pero ahora, cuán feliz presajio! despues de tantos años puedo decirte; buenos días »

LA RECLUSA.

«No mas presajios; adios bien mio.... ya es mui de día i si nos vieses.... cesa de tentarme: hasta esta tarde, adios, no puedo, no quiero salir.»

ALPHE.

«No es tiempo ya.... sabes lo único que te pido? arrójame una flor.... mas ai! flores aquí no hai! Pues bien, una hebra de tu vestido, o el cordon de tu trenza, o un guijarro de la torre! Hoi los quiero; quiero algun nuevo recuerdo: es preciso que hoy mismo haya estado sobre tu pecho i haya sido regado con una lágrima fresca todavía. Quiero ántes de morir estrecharlo sobre mi corazon i decirle adios con el último beso.... porque debo morir, Aldona, morir mui pronto i de una muerte violenta.... ah! que la muerte al ménos nos reuna! Ves esa torre que sobresale del castillo.... mui cerca de aquí? Allí es donde voy a vivir. Todas las mañanas prenderé como señal una banda negra; todas las noches encenderé una lámpara en la re-

«ja: obsérvalo sin cesar. Si arrojo la banda, si la lámpara se apaga ántes de la aurora cierra tu ventana porque quizás.... no volveré mas.

«Adiós!» parte i desaparece. Pegada a la reja Aldona le busca aun con los ojos. La mañana pasa, el sol declina i vése siempre en la ventana su vestido blanco ajitado por el viento i sus blancas manos estendidas hácia la tierra.

«Hundido!» dice en fin Alphe a Halban mostrándole al sol desde la ventana de la torre en donde desde la mañana fijos los ojos en el torreón de la reclusa habíase encerrado....

«Mi espada! mi manto! Adiós, servidor fiel: voi al torreón; adiós por mucho tiempo.... para siempre quizás. Escucha Halban; si mañana al venir el día no me ves de vuelta, huye de este castillo. Quiero, ai! querria recomendarte aun alguna cosa.... cuán solo estoi!.... Bajo el cielo i en el cielo en el instante de morir no tengo que decir nada a nadie.... sino a ella i a tí. Adiós Halban; para que ella no ignore nada arrojarás esta banda si mañana al rayar el alba.... pero qué es eso?.... oyes? han llamado a la puerta.»

Quien vive? grita tres veces el centinela. Ai! exclaman muchas voces extrañas. La guardia ofrece mui débil resistencia i cede la puerta a los repetidos golpes. Ya el cortejo recorre las galerías bajas; ya la espiral de hierro que conduce al cuarto de Wallenrod resuena bajo la planta de los armados guerreros. Alphe, habiendo asegurado la puerta con una barra de acero, saca el sable, toma la capa que estaba sobre la mesa, corre a la ventana i exclama: Todo acabó! escancia i bebe; anciano a tu salud.»

Halban palidece; quiere arrebatárle el tósigo.... reflexiona i se detiene. El ruido se acerca mas i mas; deja caer su mano; ellos son, hélos aquí.

«Anciano! sabes lo que quiere decir ese ruido? En qué piensas pues? Hé allí tu copa llena, la mia está vacia; ea pues Halban, a tí te toca.»

El anciano le miraba con una muda desesperacion. «No, a tí tambien hijo mio debo sobrevivir; quiero cerrar tus párpados i partir.... para conservar al mundo la gloria de tu sacrificio i contarlo a todos los siglos.

«Iré a Lituania i de castillo en castillo, de aldea en aldea, adonde pueda llegar, mi alada cancion llegará. El vaydelote la cantará a los combatientes miéntras dure la batalla, la madre a sus

hijos en la velada; la cantará i de esta cancion i de sus osamentas nacerán un día nuestros vengadores.»

Alphe se arroja sobre la ventana i llora largo tiempo, mira al torreón como si quisiese alimentarse al morir con la adorada vista de lo que va a perder para siempre. Abraza a Halban, confúndense los suspiros en un abrazo mudo pero sublime. Ya el acero rompe los cerrojos: entran i Alphe es llamado por su nombre.

«Traidor! tu cabeza va a rodar bajo el filo del cuchillo; arrepiéntete de tus pecados i prepárate a morir. Ahí está el digno capellán de la Orden; purifica tu alma i muere como buen cristiano.»

Alphe espera el encuentro con espada en mano; mas de repente palidece, vacila, se apoya sobre la ventana i lanzando una mirada amenazadora arranca su manto, arroja al suelo las insignias de gran maestro, las pisotea i con sonrisa de desprecio: «He aquí, dijo, los únicos pecados de mi vida.»

«Estoi pronto a morir, qué mas quereis? Pero permitid que os rinda cuenta de mi reinado. Veis? veis esos millares de cadáveres, vuestras ciudades destruidas, vuestras aldeas incendiadas? Oís el zumbido de los vientos? Vienen arrastrando océanos de nieve: allí perecen de frio los restos de vuestros batallones. Oís los aullidos de los perros hambrientos? Están disputándose los restos del festín.

«I todo esto quien lo ha hecho soi yo! Soi grande, estoi orgulloso de ello! Haber cortado de un solo golpe tantas cabezas de la hidra! Haber como Sanson, rompiendo una columna, hecho derrumbarse todo el edificio i perecer bajo sus escombros!»

Dice, mira a la ventana i cae exánime.

Antes de caer, trastornó la lámpara que describe al rededor de él tres órbitas luminosas i se detiene en fin junto a la frente de Conrado: la mecha brilla todavia en el fluido derramado pero pronto se sepulta, palidece, i para dar en fin la señal de la muerte, reparte al rededor de ella un gran círculo de llama; alumbra los ojos de Conrado.... pero sus ojos están helados.... i la llama se apaga.

I en el mismo momento un grito súbito, estridente, prolongado atraviesa las paredes de la torre. De dó viene? adivinad! Pero cada uno reconoce al punto que el alma de do se escapa semejante grito quedará muda para siempre.

En este grito mortal ha vibrado toda un alma.

Así las cuerdas de una lira bajo un golpe mui violento resueñan i se rompen: mezclando sus acordes parecen anunciar el preludio de un canto, pero el fin nadie espere escucharle.

Tales son mis himnos sobre la suerte de Aldonx. Anjel de la armonia acábalos en el cielo: i tú sensible auditor en tu alma.

POR SU DIOS I POR SU DAMA.

BALADA.

I.

Edad media,
Edad de glorias,
Que en sus hojas
Las historias
Han llamado
Edad de honor!
Se ignoraba
La vileza;
I eran libros
De nobleza
La honra pura,
I el valor.

La adornaban
Fausto i pompa,
I al sonido
De la trompa,
Como al eco
Del festin:
De entusiasmo
Palpitaba
I al combate
Se lanzaba,
El resuelto
Paladin.

I orgulloso,
En los torneos,

Ostentando
Los trofeos,
De sus triunfos
Noble prez;
Proclamaba
La pureza,
De su dama
La belleza,
Doblegando
Su altivez.

No era entonces
¡Cosa estraña!
Como ahora
Digna hazaña,
Al mas débil
Humillar.
I entre nobles
Era mengua
Con inicua,
Torpe, lengua
La inocencia,
Mancillar.

Oh! entonces
No eran nombres
Dios, fé, glorias,
I los hombres
Ensalzaban
La virtud.
Al mendigo
Protejian:
I por oro
No vendian,
Los cantares
Del laud.

I el que enantes
Férrea malla
Revistiera
En la batalla,
Invencible
Campeon;
A los rayos
De la luna
Lamentaba
Su fortuna

De su flébil
Lira al son.

Oh! edad-media
Venturosa!
En hazañas
Prodijiosa!
Edad de oro!
Edad de honor!
Solo vives
En la historia;
I en la ardiente,
Fiel memoria
Del altivo
Trovador!

II.

Es de noche!
Nadie vela
Solo el torvo
Centinela,
Guarda el muro
Del Señor.
Solo se oye
Melodioso,
Como un cántico
Amoroso,
De las auras
El rumor.

Luna llena
Blanca brilla,
I en las torres
De la villa,
Que descansa
Sin pesar,
Su luz ténue
Quiebra i riza;
Cual la espuma
Movediza,
Que en sus ondas
Alza el mar.

Es Granada!
Cuán hermosa!
La sultana
Voluptuosa,

Que llorara
Boabdil.
La odalisca
De la Alhambra,
Que en eterna,
Dulce zambra,
Vive a orillas,
Del Genil.

Fuerte el moro
Es en la guerra!
Dos tesoros
Su alma encierra,
Honra limpia,
Pura fé.
En bravura
Quién le iguala!
I le envidian
Si en la sala
Elegante
Posa el pié!

Quién le alcanza
En su carrera!
Quién traspasa
Una barrera,
En el campo,
Mejor que él!
En las justas
Es primero;
Quién le iguala
Caballero
Revolviendo
Su corcel!
I! si canta
Qué hermosura
No entregara
Su ternura,
Al rendido
Trovador!
Su alma ardiente
No podría
A su acento,
Quedar fría,
Insensible
A tanto amor!

III.

De la luna
Vése, al brillo,
Entre escombros
Un castillo,
Que conserva
Un torreón.
Masa informe
Que amedrenta;
I en la noche
Amarillenta,
Aseméjase
A un panteón.

I en la torre
Arruinada,
Como virgen
Encerrada
De un convento
En la mudez,
Como estrella
En noche oscura,
Como un ángel
De ventura
Se divisa,
Una mujer!

Su pomposa
Cabellera,
Con descuido
Cae, lijera,
Por su espalda
De marfil.
Su vestido
Brisa leve,
Cariñosa
Besa i mueve
Llena de ámbar
Del pensil.

«Ai! decia,
La belleza
I la brisa
Con tristeza
Sus acentos
Repitió!

Ay! en vano,
Gimo i lloro
Nadie llega
Soy del moro:
I en la torre
Muero yo.»

«Ay! qué lentas
Son las horas,
Cuando al alma
Torcedoras
Penas roen,
Sin cesar!
Cuando vemos
Entre el llanto,
Sombra horrible,
Mustio encanto!
I el fantasma
Del pesar!»

«Cuando, léjos,
De quien se ama
Como arroyo
Se derrama
Por el mundo
La ilusion;
I, en las nieblas
Que lo ofuscan,
Nuestros ojos
Solo buscan
Lo que adoran
Con pasion!

«Mas ay! todo
Se consume!
La flor pierde
Su perfume!
La esperanza
Su virtud!
Pierde el alma
Su inocencia!
Es odiosa
La existencia;
I es su anhelo
El atahud»....

«Si mañana....

¡Fatal suerte!
 No me rindo
 Me dá muerte...,
 Ay! tan jóven
 I morir!
 Mas.... no; fuera
 Mas desdoro,
 En los brazos
 De ímpio moro,
 Las caricias
 Recibir.»

«A una noble,
 Castellana,
 Que es honrada
 I es cristiana,
 Mancharia
 Un musulman!....
 Oh! si asaso
 Mis acentos
 Ir pudiesen,
 Do los vientos
 En sus alas
 Llegarán!

«Mas, delirio!
 Ilusion vana!
 Ai! la noche
 De mañana,
 A esta triste
 No verá.»
 I la jóven
 Bella Lola,
 De la patria
 Léjos, sola,
 Sin su amante
 Morirá.

«Adios!» dijo:
 I un lamento
 Desgarrante,
 Triste el viento
 Suspirando
 Murmuró.
 I la luna
 Tremulante,
 Entre nube

Cenicienta,
Su luz pura
Sepultó.

Cubrió al mundo
La tiniebla;
I la esfera
Gruesa niebla,
Con su manto,
Encapotó.
Negra nube
De su seno,
Vibró el rayo
Bronco el trueno
Cual metralla
Retumbó.

IV.

Mas las sombras
Arrastrando,
Llega el alba,
Luces dando
De magnífico
Arrebol.
Luminosa
Se enrojece,
La alta cumbre;
I aparece
Majestuoso,
Rojo, el sol.

Cruje i ábrese
El rastrillo;
A la puerta
Del castillo
Se presenta
Un adalid.
Su penacho
Negro, ondea;
Negra banda
Le rodea:
I está armado
En faz de lid.

Cuelga al cinto
Larga espada;
Es de luto

Su celada;
I de negro
Su broquel.
Todo anuncia
Gran tristura;
Su semblante,
Su armadura,
Los arreos
Del corcel.

Con segura,
Altiua planta,
Hácia el muro
Se adelanta:
I así grita
El campeón:
«Dó te escondes,
Mal nacido;
Ven, cobarde,
Que he venido
A arrancarte
El corazon!»

Como el trueno
Pavoroso,
Un acento
Sonoroso,
Que en los aires
Resonó:
«Ai! contesta,
Del que osado
A mis muros
Ha llegado;
I a combate
Me llamó.»

—«Ven..... i tiembla!
Que aunque fuerte,
En mi lanza
Hallarás muerte:
De doncellas
Vil ladron!
Ven, te espero,
Tu tardanza
Mas aviva
Ni yenganza:
Sangre pide

Mi baldon.»

Dice; al punto,
Como toro
Furibundo
Sale el moro
Tiritando
De rencor,
Una yegua
Torda, rije,
I al cristiano
Se dirige,
Que le espera
Con valor.

Como roca,
Que el mar bate
Firme queda,
I a combate
Lo provoca
El paladin.
«Lanza enristra,
Campo toma,
Tu altánera
Yegua, doma,
Yo te reto
Moro ruin!»

Nada el moro
Le responde
Su despecho
Dentro esconde;
Son sus ojos
Un volcan.
Mas no asusta
Al caballero,
Que es cristiano
I es guerrero,
El caudillo
Musulman.

Miden campo,
Se separan,
Lanzan enristran,
Se preparan....
I se encuentran
Con furor.

Al esfuerzo
Del empuje
Tiembla el suelo,
El monte cruje
Rimbombando
Con fragor!

Desprendiéronse
Ambas cotas,
¡ ambas lanzas
Caen rotas;
Pero entrambos
Fuertes son.
Al instante
Los guerreros,
Enarbolan
Los aceros;
¡ ámbos bajan
Del bridon.

Con la corva
Cimitarra,
El almete
Desamarra
¡ a la tierra
Cae tambien:
Ay! hirióle;
Sangre roja,
Del cristiano
La faz moja
Rie el moro
Con desden.

Vé su sangre
El castellano,
¡ cual fiero
Tigre hircano,
Da un rujido
De dolor;
¡ se arroja
Hierro en mano
Al rabioso
Musulmano,
Que vacila
De terror.

No mas pronto
Rayo ardiente

Surca el cielo;
De un hendiente
La cabeza
Le partió.
Cayó el moro,
Como fiera
Maldiciendo:
La postrera,
En sus labios
Espiró.

El guerrero
Victorioso,
Monta el pótro
Jeneroso
Que de gozo
Muestras dá:
Encaminase
Al castillo;
Llega, baja,
Alza el rastrillo,
I a la torre
Raudo vá.

Pronto pasa
Los cerrojos;
I llorosa
Vé de hinojos
Blanca dama,
En oracion.
—«Don Bermudo!
Vos a esta hora?»
—«No preguntes;
Ven, señora,
Tus cadenas
Rotas son.»

Bajan raudos
Las escalas,
Atraviesan
Anchas salas,
La coloca
En su bridon;
I, triunfante,
Con su amada,
Sale, el héroe
De Granada,

De amor lleno
El corazon.

Como un punto
Negro, léjos,
De la tarde
A los reflejos,
Su penacho
Vése, ondear.
Ya se pierde
En la llunura.....
I los ojos
Nube oscura,
En el cielo,
Ven flotar.

GUILLERMO MATTÁ.

LOS TEMBLORES.

(TRADUCIDO PARA LA REVISTA DEL COSMOS DE HUMBOLDT.)

Si por una parte el calor central de nuestro planeta se liga a la produccion de las corrientes electromagnéticas i de la luz terrestre que nace de estas corrientes, bajo otro punto de vista se presenta él como la fuente principal de los fenómenos jeognósticos. Nos proponemos ahora considerar estos fenómenos en su encadenamiento i en sus diversas faces desde el estremecimiento puramente dinámico i elevacion de los continentes i cadenas de montañas, hasta la erupcion de gases i vapores, barros calientes rocas igníferas o lavas en fusion que por el enfriamiento se transforman en rocas cristalizadas. I nó es un pequeño progreso para la jeognosia moderna (la parte mineralógica de la fisica terrestre) haber averiguado este encadenamiento de los fenómenos. Desde entónces se ha podido renunciar a esas raras hipótesis que se imaginaban ántes para explicar una a una las revoluciones del antiguo mundo terrestre; ha podido ligarse la produccion de materias diversas a los simples cambios de forma o estension (*ebroulements et soulevements*); se han podido acercar i agrupar fenómenos completamente desemejantes a primera vista como las fuentes termale, las emisiones de gas ácido carbónico i de vapores sulfurosos, las *salses* (pequeños volcanes de barro) i en fin las erupciones de las montañas ígneas. En un cuadro jeneral de la naturaleza todos esos detalles se confunden en una sola i misma concepcion; la de *la reaccion que el interior de un planeta ejerce contra sus capas exteriores*. Una sola causa el aumento gra-

dual del calor terrestre, desde la superficie hasta el centro, nos dará cuenta a la vez de los temblores de tierra, del levantamiento sucesivo de los continentes i cadenas de montañas, de las erupciones volcánicas i de la formacion de las rocas i minerales. Pero esta reaccion del interior contra el exterior no ha circunscrito su influencia a la sola naturaleza orgánica; todo conduce a creer que en el antiguo mundo, poderosas emisiones de gas ácido carbónico se mezclaron con la atmósfera, favorecieron el acto por el cual los vegetales se asimilan al carbono i formaron de ese modo las selvas primitivas origen del inagotable cúmulo de materias combustibles (lignitas i ulla) que las revoluciones del globo han escondido en las capas superficiales. Aun mas; se puede decir que la forma de la costra terrestre, la direccion jeneral de las grandes cadenas de montañas i de los planos, la configuracion articulada de los continentes han ejercido una influencia notable en la suerte de la especie humana. En este encadenamiento de los fenómenos puede el filósofo remontar de término en término hasta la época, en que la materia aglomerada en esfera pasó del estado fluido, al estado liquido o sólido, época en que se desenvolvió tambien el calor central de la tierra independientemente de la accion calorífica de los rayos solares.

Para seguir en el cuadro de los fenómenos jeognósticos el orden mismo de su filiacion i de su dependencia orijinaria, principiarémos por aquellos que tienen sobre todo, un carácter dinámico. Los temblores de tierra se manifiestan por oscilaciones verticales, horizontales o circulares que se siguen i repiten a cortos intervalos. Las dos primeras especies de sacudimientos son simultáneas muchas veces; tal es al ménos el resultado de numerosas observaciones hechas por mi mismo en la tierra i en el mar en ambos mundos. La accion vertical de abajo para arriba produjo en Riobamba en 1797 el efecto de la explosion de una mina; los cadáveres de muchos habitantes fueron lanzados mas alla del arroyo de Lican, hasta la Culca colonia cuya altura es de algunas centenas de pies. De ordinario el sacudimiento se propaga en línea recta u ondulada a razon de 4, o 5 miriámetros por minuto; a veces se estiende como el agua i forma círculos de conmocion en que los sacudimientos se propagan del centro a la circunferencia pero disminuyendo de intensidad. A pesar de la

asercion del padre de la historia i de Theophilactus Lisiocatta que tenian por desconocidos en Escitia los temblores; yo he averiguado, durante mi viaje en la Asia Septentrional, que la parte meridional del Altai se encuentra bajo la doble influencia del centro de estremecimiento del lago Baical i de los volcanes de las montañas celestes (Thian-chan). Cuando los círculos de comocion se cortan, cuando un plano está situado por ejemplo entre dos volcanes activos pueden resultar muchos sistemas de ondulaciones que se sobreponen como en los líquidos sin perturbarse mutuamente. Podria haber alli *interferencia*, como en el caso de las ondas sonoras que se cruzan. Segun una lei jeneral de mecánica todo movimiento de vibracion trasmitido al traves de un cuerpo elástico tiende a desprender de él las capas superficiales; en virtud de la misma lei la onda de estremecimiento debe crecer, al propagarse en la costra terrestre, segun que ella se acerca a la superficie.

Los medios imaginados para estudiar las ondas de estremecimiento (el péndulo i la tasa sismométrica) indican con bastante exactitud su direccion i su intensidad total, pero no su alteracion ni su intumescencia periódica. La ciudad de Quito está situada al pié de un volcan activo (el Rucu-Pichincha) a 2910 metros sobre el nivel del mar; ella posee hermosas cúpulas, iglesias altas, casas macisas de muchos pisos a pesar de los frecuentes temblores; sin embargo, con gran sorpresa mia, rara vez, vi rasgarse las murallas, mientras que en los llanos del Perú oscilaciones ménos fuertes deterioran cabañas mui poco elevadas. Los indíjenas que han sentido millares de temblores creen que semejante diferencia consiste ménos en la duracion corta o larga de los sacudones en la lentitud o rapidez de la oscilacion horizontal, que en la regularidad de los movimientos producidos en sentidos contrarios. Los sacudimientos circulares o jiratorios aunque mui raros son los mas peligrosos. Han jirado muros sin ser derribados, hileras rectilíneas de árboles se han encorbado, caminos cubiertos de diversas culturas han resbalado entre ellos por encima en el gran terremoto de Riobamba en la provincia de Quito el 4 de Febrero de 1797; tan singulares efectos se habian producido ya en Calabria el 4 de Febrero de 1783, i el 27 de Marzo. Esos terrenos que resbalan i esos planos de tierra cultivada que se sobreponen prueban un movimiento jeneral de traslacion, una especie de penetracion de las capas superficiales; es seguro que el suelo movable se puso en movimiento como un liquido i que las corrientes

se dirijieron desde luego de arriba, abajo, despues horizontalmente i en fin de abajo para arriba. Cuando levanté el plano de las ruinas de Riobamba me mostraron el lugar adonde, en medio de los escombros de una casa, se habian encontrado todos los muebles de otra habitacion; fue preciso que la audiencia pronunciase sobre las demandas relativas a la propiedad de los objetos que habian sido transportados a muchas centenas de metros.

En los paises donde los temblores son relativamente mas raros (por ejemplo, la Europa meridional) se cree generalmente mediante una induccion incompleta, que la calma de la atmósfera, que un calor exesivo, que un horizonte cargado de vapores, son presajios del fenómeno. Es un error contradicho no solo por mi propia esperiencia, sino aun por la de todos los observadores que han pasado algunos años en lugares, donde como en Cumaná, Quito, Perú i Chile el suelo es con frecuencia agitado por violentos sacudimientos. He sentido temblores con un cielo sereno, con la lluvia, durante las frescas brisas del oriente, como en tiempo de tormenta. Ademas, estos fenómenos no ejercen segun me parece ninguna influencia en la marcha de la aguja imanada; en un dia de temblor, las variaciones horarias de la declinacion i la altura del barómetro no presentan anomalia alguna entre los trópicos. Adolfo Erman ha hecho igual observacion en la zona templada con motivo de un temblor que se hizo sentir en Irkutsk junto al lago Baical, el 8 de Marzo de 1829. En el violento sacudon del 4 de Noviembre de 1799 de Cumaná hallé que la declinacion i la intensidad de la fuerza magnética, habian permanecido en su estado normal; pero con grande admiracion observé que la inclinacion de la aguja imanada habia disminuido de 48 minutos! No tenia motivo para sospechar un error en esta observacion; pero durante los otros sacudimientos que he experimentado en el plano de Quito i de Lima, la inclinacion quedó siempre invariable, como los demas elementos del magnetismo terrestre. Si es generalmente cierto que nada, ni el aspecto del cielo o el estado de la atmósfera, anuncia a la superficie del globo lo que va a pasar en sus profundidades, con todo veremos luego que las capas aereas pueden sufrir la influencia de los fuertes sacudones, cuyo efecto no es siempre puramente dinámico. Por eso el estado electrico de la atmósfera ha experimentado notables variaciones durante los sacudimientos que agitaron por largo tiempo el suelo de los valles piamonteses de Pelis i Clusson,

La intensidad de los ruidos sordos que acompañan casi siempre a los temblores no crece en la misma relación que la violencia de los sacudimientos. Puedo asegurar por el atento estudio de las diversas faces del temblor de Riobamba el 4 de Febrero de 1797, uno de los mas terribles acontecimientos que menciona la historia física de nuestro globo, que el gran sacudon no fué señalado por ningun ruido. La gran detonación que se oyó bajo el suelo de Quito i de Ibarra, no en Tacunga i Hambato, ciudades con todo mas cerca del centro del estremecimiento, tuvo efecto 18, o 20 minutos *despues* de la catástrofe. Un cuarto de hora despues del célebre temblor que destruyó a Lima en 28 de Febrero de 1746, se oyó en Trujillo un estruendo subterráneo, pero sin hacer sentir sacudimiento ninguno. Asi mucho tiempo despues del gran terremoto de Nueva Granada el 16 de Noviembre de 1827 descrito por Boussingault, se oyeron en el valle de Cauca detonaciones subterráneas, que se sucedian de 30 en 30 segundos i siempre sin sacudimientos. La naturaleza del ruido varia mucho; rueda, ruje, resuena como un frote de cadenas entre chocadas; desigual como las expansiones de un trueno vecino, a veces rebienta con estrépito. Como si masas de obsidiana o de rocas vitrificadas se hiciesen trizas en las cavernas subterráneas. Sábese que los cuerpos sólidos son excelentes conductores de sonidos, i que las ondulaciones sonoras se propagan en la arcilla cocida diez o doce veces mas rápidas que en el aire; tambien los ruidos subterráneos pueden oirse a una distancia enorme del punto en que se han producido. En Caracas, en los llanos de Calabozo o a los bordes del rio Apure, uno de los afluyentes del Orinoco, esto es, en una extension de 1.5000 miríametros cuadrados, oyóse una espantosa detonacion, sin sentirse sacudimiento, mientras un torrente de lava se desprendia del volcan San Vicente situado en las Antillas a una distancia de 120 miríametros. Respecto a la distancia es como si se oyese una erupcion del Vesuvio en el norte de la Francia. En la erupcion inmensa del Cotopaxi en 1744 se oyeron detonaciones subterráneas en Honda a los bordes del Magdalena; sin embargo la distancia de estos dos puntos es de 81 miríametros, su diferencia de nivel de 5.500 metros i estan separados por las masas colosales de las montañas de Quito de Pasto i de Popayan, por valles i barrancos sin número. Evidentemente el sonido no se transmitió por el aire; se propagó en la tierra a mucha profundidad. El dia del violento temblor de

Nueva Granada en Febrero de 1855 los mismos fenómenos se produjeron en Popayan, en Bogota, en Santa Marta i en Caracas donde el ruido duró siete horas enteras sin sacudimientos, como en Haití en Jamaica i en los bordes del lago de Nicaragua.

Aunque no sean acompañados de sacudimiento esos ruidos subterráneos, producen siempre una impresion profunda aun sobre aquellos que han habitado largo tiempo un suelo sujeto a frecuentes temblores; se espera con ansia lo que debe suceder a tamaños ruidos. Tales fueron los bramidos i truenos subterráneos de Guanajato, rica i célebre ciudad mejicana situada lejos de todos los volcanes activos. Comenzaron esos ruidos el 9 de Enero de 1784 a media noche i duraron mas de un mes. Yo he hecho una relacion bastante circunstanciada de este notable fenómeno segun los documentos que la municipalidad que la ciudad puso a mi disposicion i los testimonios de muchos espectadores. Del 15 al 16 de Enero parecia una tormenta subterránea; oianse los estampidos secos i breves del rayo alternando con los largos desenvolvimientos de un trueno lejano. El ruido cesó como habia principiado, es decir gradualmente. Estaba limitado a un corto espacio; a algunos miríametros de allí en un terreno basáltico no se le oia ya. Casi todos los habitantes se sobrecojieron de espanto; dejaron la ciudad en que se encontraban grandes cantidades de plata en barras i fué preciso que los mas valerosos volviesen luego despues a disputar esos tesoros a los salteadores que se habian apoderado de ellos. Durante la permanencia de este fenómeno no se sintió sacudimiento, ni en la superficie ni aun en las minas cercanas, a 500 metros de profundidad. Jamas ántes de entónces habiase escuchado semejante ruido en Méjico ni tampoco se ha repetido despues. ¿No se diria que las cavernas se pueden abrir o cerrar súbitamente en las entrañas de la tierra i dar o rehusar el acceso a las ondas sonoras que algunos accidentes han hecho nacer a lo lejos?

Por mui terrible que parezca al espetador la erupcion de un volcan, con todo siempre se circunscribe a mui cortos limites. No sucede asi con los temblores; el ojo distingue con trabajo las oscilaciones del suelo, i sin embargo sus trastornos cubren muchas leguas. En los Alpes sobre las costas de la Suecia, en las Antillas, el Canada la Turinje i hasta en los pantanos del litoral del Báltico se han sentido los sacudimientos del temblor que destruyó a Lisboa el 1.º de Noviembre de 1755. Lejanos rios cambiaron de curso; fenómeno ya señalado en la antigüedad por

Demetrio de Calacia. Las fuentes termales de Toplitz se secaron de repente, volvieron despues coloreadas por ocres ferrujinosos e inundaron la ciudad. En Cadiz las aguas del mar se elevaron a 20 metros sobre su nivel ordinario; en las pequeñas Antillas, donde la marea no es mas que de 70 a 74 centímetros, las aguas subieron negras como tinta a una altura de mas de 7 metros. Se calcula que los sacudimientos se hicieron oír sobre una estension de pais cuatro veces mas grande que la de Europa. Ninguna fuerza destructiva, sin esceptuar nuestra mas mortífera invencion, es capaz de hacer perecer tantos hombres ¡a la vez en un espacio de tiempo tan corto: en algunos minutos, talvez en algunos segundos 60.000 hombres perecieron en Sicilia el año 1603; 30 o 40.000 en el temblor de Riobamba en 1797. Talvez cinco veces mas en la Asia menor i en Siria bajo Tiberio i Justino el antiguo, por los años 49 i 526.

No es raro ver en la cadena de los Andes de la América del Sur, prolongarse temblores sin interrupcion durante muchos dias; en cuanto a los que se hacen sentir mas o ménos a cada hora, por meses enteros, no hallo ejemplos sino en los lugares distantes de todo volvan activo, a saber: en la vertiente oriental del Mont-Cenis, en Finistrela i en Piñerola despues de Abril de 1808; en los Estados Unidos de la América del norte entre New Madrid i Little-Prairie al norte del Cincinato en Diciembre de 1811 i durante el invierno entero de 1812; en fin en el bajalato de Alepo ácia el mes de Agosto i Setiembre de 1822. En jeneral el pueblo tiene mui pocas ideas sobre los fenómenos de la naturaleza; los atribuye siempre a causas locales i donde quiera se prolongan los sacudimientos, al instante teme la formacion de un volcan. Es mui raro que el acontecimiento justifique el temor; tal fué con todo el caso del volcan de Jorulo que despues de 82 sacudimientos i de truenos subterráneos, surgió de repente en medio del llano hasta la altura de 510 metros el 29 de Setiembre de 1759.

Si se pudiesen tener noticias del estado diario de la superficie terrestre toda entera, mui luego se convencerian que esta superficie está siempre agitada por sacudimientos en algunos de sus puntos i que está incesantemente sometida a la reaccion de la masa interior. Al considerar la frecuencia i universalidad de este fenómeno, provocado sin duda por la alta temperatura i por el estado de fusion de las capas inferiores se comprende como puede ser independiente de la naturaleza del suelo en

que se manifiesta. Hasta en los terrenos de aluvion tan move-dizos de la Holanda ácia Medelburgo i Flezinga se han sentido temblores. Se producen en el granito como en la micaesquita en el calcario como en la arenisca, en la traquita como la amigdaloida. No es la constitucion química de las rocas, es la estructura mecánica lo que influye en la propagacion de los sacudimientos o en las ondulaciones de estremecimiento. Cuando estas ondas siguen una costa o cuando se mueven al pie i en la direccion de una cadena de montaña, parecen algunas veces interrumpirse en ciertos lugares, i esto, despues de muchos siglos; el estremecimiento no cesa sin embargo, se propaga en el interior de la tierra sin hacerse sentir jamas en estos puntos de la superficie. Los peruanos dicen de estas capas superiores en que no se siente estremecimiento, «que ellas forman un puente.» Como las cadenas de montañas parecen haberse lanzado sobre largos desvios de vetas, es probable que las paredes de estas hendiduras favorezcan la propagacion de las ondas que se mueven en su direccion. Sin embargo las ondas de estremecimiento se propagan algunas veces en una direccion perpendicular a la de muchas cadenas paralelas. Asi es como las vemos atravesar a la vez la cordillera del litoral de Venezuela i la sierra Parima. En Asia los temblores se han propagado (22 de Enero de 1832) de Lahorra i del pie del Himalaya a traves de la cadena del Indo-kho hasta Badascan, hasta el Oxus superior i aun hasta Bocara. Sucede tambien que los círculos de estremecimiento ganan terreno; basta para ello un solo temblor mas violento que los otros. Despues de la destruccion de Cumáná (14 de setiembre de 1797) i solo despues de esta época la península de Manicuares, situada en frente de las colinas calcarias del continente, experimenta en sus capas de mica pizarra todos los sacudimientos de la costa meridional. Los sacudimientos que ajitaron casi sin interrupcion de 1811 a 1813, el suelo de los valles del Misisipi del Arcansas i del Ohio iban ganando ácia el norte de una manera palpable. Se diria que obstáculos subterráneos eran sucesivamente derribados; luego que la marcha es libre el movimiento ondulatorio se propaga todas las veces que se produce.

Si a primera vista los temblores parecen producir efectos puramente dinámicos, estudiando los hechos mejor confirmados, se reconoce luego que no se limitan a levantar más allá de su antiguo nivel, países enteros, como la costa de Chile en Noviembre

de 1822 i Ulla-Band en Jnno de 1819 despues del temblor de Cutch; hacen nacer tambien erupciones de agua caliente [en Catana en 1815], vapores acuosos (en el valle del Misisipi cerca de New Madrid en 1812) exhalaciones metálicas tan perniciosas a los rebaños que nacen sobre los Andes, de barro, de humo negro i aun de llamas (en Mesina en 1785, en Cumana en 1797). Durante el temblor que destruyó a Lisboa el 1.º de Noviembre de 1755, vieron salir llamas i una columna de humo cerca de la ciudad, de una grieta nuevamente formada en la roca de Alvidras; cuanto mas intensas se hacian las detonaciones subterráneas mas se espesaba el humo. No hubo erupcion alguna durante la catástrofe de Riobamba, a pesar de la vecindad de muchas montañas volcánicas, pero salia del seno de la tierra gran número de eminencias cónicas formadas de una materia que los indijenas llaman *moya*; compuesto singular de carbon, de cristales de aujita i de carapachos silizosos de animales microscópicos (*infusorios*). Una gran cantidad de gas ácido carbónico que salió de las grietas en el temblor de Nueva Granada el 16 de Noviembre de 1827 en el valle del Magdalena, asfixió una multitud de serpientes de ratones i otros animales que vivian en las cavernas. En fin violentos sacudimientos han ocasionado en el Perú i en la provincia de Quito cambios bruscos de temperatura i la invasion súbita de las lluvias ántes de la época en que ordinariamente llega bajo los trópicos. No se sabe si pueden atribuirse estos fenómenos a los vapores que salieron de las entrañas de la tierra i se mezclaron a la atmósfera, o a una perturbacion producida por los sacudimientos en el estado eléctrico de las capas aereas. En las regiones intertropicales de la América suelen pasarse diez meses enteros, sin que caiga una gota de agua i los indijenas miran los temblores que se repiten muchas veces sin perjudicar a sus chozas de bambú, como presajios felices de fecundas lluvias.

El orijen comun de los fenómenos que acabamos de describir, está aun rodeado de oscuridad. Sin duda es preciso atribuir a la reaccion de los vapores sometidos a una presion enorme en el interior de la tierra todos los sacudimientos que agitan su superficie desde las mas formidables explosiones, hasta los mas débiles sacudimientos nada peligrosos sentidos durante muchos dias en Scacria de Sicilia ántes del levantamiento volcánico de la nueva isla de Julia; es evidente que el hogar donde estas fuerzas nacen i se desarrollan, está situado mas abajo de la costra

terrestre; ¿pero a qué profundidad? lo ignoramos, como ignoramos también la naturaleza química de esos vapores tan violentamente comprimidos. Cuando hacia mis observaciones en los bordes del Vesuvio o en el peñon que se eleva como una torre mas arriba del cráter del Pichincha, sentia cesar los sacudimientos 20, o 50 segundos ántes de la erupcion de vapores o de escorias escandecentes; cuanto mas tardías eran las explosiones, tanto mas fuertes eran los sacudimientos porque los vapores se acumulaban entónces en mayor cantidad. En esta observacion tan simple i tantas veces confirmada por la esperiencia de los viajeros se encuentra la esplicacion jeneral del fenómeno. Los volcanes activos deben considerarse como una válvula de seguridad para los paises vecinos. Si se tapa la abertura del volcan, si la comunicacion del interior con la atmósfera se encuentra interrumpida, el peligro crece i las comarcas limitrofes se ven amenazadas de próximos sacudimientos. Sin embargo los mayores temblores no se producen en jeneral cerca de los volcanes activos, testigos los que destruyeron a Lisboa, Caracas, Lima, Cachemira i otras ciudades considerables en Calabria, Siria i el Asia menor.

Si la actividad de los volcanes cuando no encuentra salida, reacciona sobre el suelo i provoca temblores, estos reaccionan a la vez sobre los fenómenos volcánicos. Las hendiduras ayudan a la formacion de los cráteres de erupcion; ellas favorecen las reacciones químicas que el contacto del aire enjendra en estos cráteres. Una columna de humo que se veia salir del volcan de Pasto en la América del Sur, desapareció de súbito el 4 de Febrero de 1797 durante el gran temblor que destruyó a Riobamba, 46 miriámetros mas léjos ácia el sur. Temblores que se hacian sentir en toda la Siria, en las Cicladas i en Eubea cesaron de repente en el momento mismo en que un torrente de materias igneas surjia de los llanos de Calcis. Al presenciarse este hecho el célebre jeógrafo d'Amasea agrega: Desde que las bocas del Etna están abiertas i vomitan fuego, desde que las masas de agua i lava fundida pueden espelerse ácia afuera, el litoral permanece ménos sujeto a temblores que [en el tiempo en que ántes de la separacion de la Sicilia i la Italia inferior, to las las salidas estaban tapadas.]

La fuerza volcánica interviene, pues, en los temblores; pero ese poder universalmente repartido como el calor central del planeta, se eleva rara vez i solo en algunos puntos aislados, has-

ta producir fenómenos de erupcion. Las masas lidificadas de basalto de piedra melada i granstein (rocas verdes) que surjen del interior llenan poco a poco las grietas i concluyen por cerrar las salidas a los vapores. Entónces se acumulan esos vapores, su tension aumenta, i la reaccion contra la costra terrestre puede ejercerse de tres modos diferentes; estremecen el suelo, lo levantan bruscamente o hacen variar con lentitud la diferencia de nivel entre los continentes i los mares. Esta última accion solo se hace notar a la larga, i solo se ha observado por primera vez en una considerable estension de la Suecia.

Antes de dejar este fenómeno, que hemos considerado ménos en sus detalles que en sus relaciones jenerales con la física del globo debo todavía señalar el orijen de la impresion profunda, del efecto tan particular que un primer temblor produce en nosotros, aun no siendo acompañado de ruidos subterráneos. Segun mi parecer esa impresion no proviene de las ideas, que semejantes catástrofes contadas por la historia despiertan en la enajenacion asaltada por el recuerdo. Lo que se apodera de nosotros es, el perder súbitamente la confiaza innata en la estabilidad del suelo. Desde nuestra infancia estamos habituados a la movilidad del agua i a la inmovilidad de la tierra. Los testimonios de nuestros sentidos fortalecen nuestra seguridad. Llegamos a temblar el suelo i ese momento basta para destruir la experiencia de toda la vida. Un poder desconocido se nos revela de repente, la tranquilidad de la naturaleza se convierte en ilusion i nos sentimos arrojados violentamente a un caos de fuerzas destructoras. Entónces cada ruido, cada soplo de aire excita la atencion; sobre todo se desconfia del suelo que uno pisa, los animales principalmente los puercos i los perros sufren igual angustia; los cocodrilos del Orinoco ordinariamente tan mudos como nuestros pequeños lagartos, huyen el estremecido lecho del rio i se precipitan ruiendo ácia la selva.

Un temblor se presenta al hombre como un peligro indefinible pero amenazador donde quiera. Puede uno alejarse de un volcan, evitar un torrente de lava ¿pero cómo huir cuando la tierra tiembla? Por todas partes cree uno caminar sobre un hogar de destruccion. Felizmente los resortes de nuestra alma no pueden permanecer en semejante tension por largo tiempo; por eso los que habitan un pais en que los sacudimientos son débiles aunque continuados en corto tiempo, apenas experimentan un sentimiento de temor. En las costas del Perú el cielo es siempre

sereno; no se conocen allí ni el granizo ni las tormentas ni las terribles esplociones del rayo; el trueno subterráneo que acompaña a los sacudimientos del suelo, reemplaza allí al trueno de las nubes. Gracias al largo hábito i a la opinion jeneralmente seguida de que solo pueden temerse dos o tres sacudimientos desastrosos por siglo, puede asegurarse que los temblores no inquietan mas a Lima que la caída del granizo en la zona templada.

CRÓNICA.

SANTIAGO, ABRIL 24 DE 1851

La reina de Inglaterra acaba de abrir el parlamento prometiéndole una lei sobre el breve del papa. En este asunto el ministerio lejos de mantener la libertad religiosa la ataca de tal modo que sus mismos partidarios radicales se han visto en la obligacion de retirarle su confianza. Cobden i sus adictos prometen contra la intolerancia religiosa el mismo denuesto con que han combatido el monopolio mercantil. La libertad es la misma, aunque diferente el terreno.

En Paris la agitacion producida por la destitucion del jeneral Changarnier ha sido sellada con un voto de desconfianza de parte de la Asamblea. El ministerio ha sido reemplazado por otro extraparlamentario i por consiguiente enfermizo desde su orijen. Es cierto que el presidente puede hacer cesar el mando estraordinario del jefe de ámbas fuerzas, de linea i de las tropas nacionales; pero tambien es cierto que ese jeneral representaba para la Asamblea el jaque mate del imperio. Ha perdido igualmente el ministerio el aumento de dotacion para el presidente, i es preciso confesar cuan hostil le es el parlamento aun en cuestiones de dinero de que siempre ha sido pródigo.

La conferencia de Dresde comienza a dar sus pasos difíciles. Se teme con todo algun movimiento italiano reventado en Nápoles. Los ducados, han vuelto a la Dinamarca.

En Madrid Bravo Murillo ha reemplazado al jeneral Narvaez.

De los Estados Unidos apénas hai algo que comunicar. Parece que alli no ha llegado como en Francia el temor de la baja del oro. I creemos al contrario que por muchos siglos se mantendrá ese metal en su actual valor. Ni California, ni dos lechos mas de oro lo harán bajar; al contrario su estencion está en razon de su abundancia i aun quedan muchísimos imperios dõnde el oro apénas es conocido. No creemos como el Mercurio que el oro ha hecho su tiempo.

Méjico junto con la elevacion del presidente jeneral Arista acaba de sofocar un pronunciamiento santanista i ha tranquilizado todo con algunas ejecuciones.

Centro América bloqueada i en guerra incesante. Venezuela tiene al jeneral Monagas hermano del anterior en la silla presidencial; se dice que la violencia lo ha elejido; ese es el órden en este mundo americano.

Nueva Granada continua su marcha progresiva.

El Ecuador entra de nuevo con su presidente Novoa al imperio legal.

Hasta el Perú concluye pacíficamente con su presidencia Echeñique, dispuesto a recibir con gratitud al jeneral Castilla que le cede el puesto al sucesor en medio de la paz i sin coaccion electoral de parte del ministerio.

Nada se dice de Bolivia; se susurra solo que se ha despachado un emisario cerca de Santa-Cruz para traerlo, o negociar un empréstito.

Del otro lado de los Andes las cosas continuan como anteriormente. Sin embargo la posicion de Urquiza causa alarma al gobierno de Rosas; sus enemigos cuentan hasta con el triunfo. Esperemos.

Todas las fracciones americanas, se han esforzado en este instante por la tranquilidad; parece que hubieran querido llevar a cabo cuatro elecciones presidenciales sin ruido ni combates, para oir mejor lo que pasa en la pacifica Chile. Las calles de Santiago despues de muchos años han visto pasar un batallon sublevado; se han ensangrentado sus losas resonando con los pasos de la guerra civil i la poblacion atónita ha abandonado a su delirio i a su fatalidad la nube de conjurados. Derro-

tados por ellos mismos, apénas custodiados por una turba estraviada, sin cabezas ni planes, parece que hubiesen venido solo a matar algunos obreros de la guardia nacional por una candidatura que aun no llega. Pero el país dejará pasar esos aspirantes sin levantar una arma en su favor i la piedad los dejará morir en su impotencia como hombres inútiles para el triunfo i la derrota, la gloria i la fuga, la apoteosis i la proscripcion, Señor tened piedad de ellos que no saben lo que hacen.

Interior.—Vamos a analizar brevemente los últimos resultados de la política actual; decimos brevemente porque escribimos aun bajo la impresion dolorosa de una campaña militar en las calles de Santiago. Es preciso pues marchar rápidamente por los hechos para llegar pronto a unos tristes funerales.

✓ La oposicion sin su candidato Errázuriz, entraba a una nueva época con el enarbolamiento de la candidatura Cruz. Era un paso al trastorno semejante suceso; dejaban a un lado una carga incómoda con la abdicacion Errázuriz, esta abdicacion de un tiempo i de una fortuna futuros, i se lanzaban al porvenir con una especie de candidatura militar, provinciana, local como una amenaza al ministerio i una equívoca esperanza para el país.

/ Desde sus primeros pasos la oposicion ha aspirado al trastorno; ayer sirviéndose de él como de un medio para convertirlo hoy en un fin i medio al mismo tiempo. Los sucesos de San Felipe le revelaron la posibilidad de una revuelta; faltó allí esa fuerza compacta; era solo una asonada aquella rebelion; pero al ménos la oposicion sintió lo que podia hacerse con las masas. Aquella excitacion tumultuosa apénas vituperada por el comité opositor dejaba traslucir a las claras las miras de sus agitadores; aun no se atrevian a apechugar con la rebelion en esas circunstancias. Su tímido deseo i una natural desconfianza acabaron por matar al partido i al candidato.)

[El jeneral Cruz fué el resucitado de aquella muerte; venido de otro mundo, vinculado a una especie de dinastía, se presentaba a la oposicion como la sombra vengadora del padre de Hamlet; lo oyeron; i sin ver sus compromisos la oposicion marchó con su cruz a cuestas a redimir el mundo montista o pelucon, o antidiluviano. // Ya no se pensaba en programa, ni se averiguaban los antecedentes del jeneral como militar, ni como administrador, ni como pelucon. Se queria solo un hombre de suceso; se necesitaba interesar al presidente actual en la sucesion de un primo.

Si la sangre no hace su efecto decían lo hará el temor; la candidatura penzona interesa a una provincia i a una ambicion. El rechazo de Cruz de parte de los ultra conservadores envenena las aspiraciones del pretendiente; la eleccion en este caso se pierde; mas el ejército queda en pié i Cruz volverá por su honor aun a costa de su vida.

El ministerio es cierto tiene un candidato oficial. Su triunfo seguro no dejamas que a la revolucion como competidor. De modo que el ministerio provoca la rebelion; sea que el orden le inspire tales cuidados, sea que un partido fuerte arrastre al ministerio en esa corriente. Los ministros en esto se han inspirado de lo que decia el señor Lastarria en tiempo de su fortuna.»

✓«El peligro existe, no hai duda, pero solo en los raros casos en que se hace oposicion al gobierno; porque entónces es necesario sublevar, o cuando ménos excitar al populacho, depositario del poder electoral i consiguientemente de la suerte del país. No está pues la causa del peligro en la oposicion, sino en el instrumento de que esta se vale: embotemos los filos de ese instrumento i habremos salvado a la República. ¿Qué se ha logrado con hacer a la *plebe ignorante i estólida* el árbitro de los destinos nacionales? Se nos dirá que hemos logrado mantener el orden: mucho dudamos que no se hubiese conservado tambien adoptando el plan opuesto; pero dado caso que ese sea el provecho, es preciso confesar que nos ha costado mui caro, supuesto que para obtenerlo, hemos sacrificado la dignidad nacional, hemos pervertido i ridiculizado la forma de gobierno adoptada, «despojando a la sociedad de las ventajas adquiridas por los mas inteligentes, sacrificando la voluntad a la indiferencia, los conocimientos a la ignorancia i la sabiduria de los consejos a la incuria; invocando, en fin, la supremacia de las masas brutas en lugar de la soberania de la razon nacional, de la supremacia de la opinion ilustrada, virtuosa i progresiva que se ha formado en la nacion.» Si vieran a un individuo ajar su propia dignidad, ridiculizarse i pervertirse a trueque de mantener su reposo, le despreciarian los mismos que defienden esa conducta en la sociedad: ¿por qué esa inconsecuencia? ¿Acaso la moral i el derecho de la sociedad son diferentes de la moral i del derecho que afectan al hombre individual?

«Hemos mantenido, el orden, pero al mismo tiempo nos hemos colocado en la cruel alternativa de no tener república o de estar amenazados a cada paso por la sedicion: porque o bien

se hacen las elecciones como ha sido costumbre hacerlas, o bien se deja libertad a los partidos o a las aspiraciones personales para que inquieten i corrompan al populacho. En el órden de cosas actual, lo primero no puede dejar *de existir*, porque cuando ménos no habria elecciones en mas de las tres cuartas partes de los pueblos, *si el gobierno dejara de intervenir*, puesto que ya esos pueblos están acostumbrados a no hacer nada en el asunto si no se les dan las cosas hechas: lo segundo no podria tolerarse sin incurrir en un absurdo altamente irracional i pernicioso. No queda, pues, otro arbitrio que la reforma, i esa es imposible ántes que llegue el período que la Constitucion designa para alterar la lei que fija los requisitos de la ciudadanía activa. En tal situacion, solo se puede apelar al patriotismo de los verdaderos republicanos i descansar *en la buena fé del gobierno*, que no puede ménos de conocer las graves necesidades del pais en este respecto.

«Tales son las leyes i las prácticas bajo cuyos auspicios se han hecho las elecciones de marzo i abril».... (Tomo 3.º de la *Revista*.)

He aquí el cuadro de los hombres públicos; esa es la vida de estos cubileteros eternos. El señor Varas tambien se obligó a no tener candidato oficial. ¿I qué importa, dirá, si *hoi* no es *ayer*?

/ El estado de las provincias respecto a candidatura no ha cambiado. En vano se ha hecho una especie de censo para enumerar en actas mas o ménos verosímiles el gran número de partidarios. Este duelo ridiculo de firmas ha servido tan solo para llevar las columnas de los diarios. Siempre Cruz se queda con tres provincias del sud a duras penas; i Montt en manos de la administracion con las nueve restantes. La seguridad para todos es que si hai votacion (lo que no quiere decir que haya eleccion ni ménos libertad de sufragio) es el triunfo de Montt; i si no la hai habrá revolucion cuyo triunfo dudoso puede costar caro al pretendiente si llega a tener la audacia de emprenderla.

El asunto de la municipalidad de Santiago respecto a la entrega del registro de los calificados en San Bernardo ha causado bastante ruido. Es cierto que la lei autoriza a los gobernadores para suplir la falta de cabildo en el nombramiento de vocales. ¿Pero cuál es el espíritu de la lei? ¿El poder electoral puede confiar mas en un gobernador del ejecutivo que en una municipalidad? Se dice que no la tiene San Bernardo i que no depende en nada de la municipalidad de Santiago. A eso contesta el

Secretario de la municipalidad alegando el ejercicio de ese derecho por 20 años i el haber sido considerado San Bernardo como una parroquia de Santiago puesto que sin él no puede nombrar diputado. El ministerio replica que nada vale el ejercicio contra la lei escrita i tiene razon; ademas sabe que esas calificaciones existen en otras manos i quiere hacerlas devolver o anular en beneficio de los electores o del mismo.

Pero el caso de eleccion de parte de los gobernadores no es un derecho sino una excepcion; debe pues interpretarse favorablemente al poder electoral. La lei ha querido que donde por cualquier acaso dos departamentos nombren diputado no les falte quien supla a la municipalidad. ¿Pero en el caso que nos ocupa qué necesidad hai? ¿Nombra algo por sí San Bernardo? ¿No es cierto tambien que en la designacion de los lugares que deben concurrir a votar conjuntamente, la lei electoral con el nombre de Santiago comprende ese punto como los otros? Aun siendo Intendencia San Bernardo, si fuese posible, como distrito electoral se consideraria unido a Santiago. La division administrativa no destruye la unidad electoral. Si en lo demas no depende del cabildo de Santiago como distrito electoral depende sin duda. I aun siendo cuestionable el negocio debia interpretarse en favor del derecho electoral, en favor del cuerpo que dá mas garantias a los sufragantes. El ministerio se ha atendido a la letra del artículo, cuando debia haber pedido una declaracion legislativa. En vez de resolver la cuestion segun los principios, lo ha hecho en el sentido invasor del ejecutivo.

La estraccion violenta del registro es tambien una medida inútil. Es cierto que los municipales no pueden resistir a las órdenes de la autoridad, solo hacen observaciones. Pero el Secretario depende del cabildo, como los Secretarios del Senado o de la Cámara de diputados. Talvez ha habido una violacion de forma. Los certificados en caso de pérdida de calificaciones son una garantía contra la venta de ellas i contra la detencion en manos interesadas o influyentes en los electores.

La suspension del Secretario municipal es en algo atentoria aunque poco digna de hacer la bulla que ha metido. Los ministros son responsables i mientras quede esta garantía su error o su buena intelijencia, pueden conocerse pronto.

X La oposicion que ya habia sufrido en su prensa la garra que-
manante de la lei de imprenta duplicó con esto sus ataques; la re-
volucion entónces ya era mas necesaria que nunca; la libertad

del sufragio, ántes de verificarse, estaba violada. Todo a su alrededor era tiranía, venganza; la revuelta debía anticiparse a la eleccion si el ministerio no aceptaba la candidatura Cruz. La misma oposicion que atacaba la candidatura oficial del ministerio queria sin embargo imponerla al presidente i mostrarla como oficial al pais mismo. ¿Dónde está, pues, vuestro principio democrático? El jeneral Cruz mas retrógrado que Montt es excelente como candidato oficial i Montt hombre del pueblo, elevado por sus talentos, por sus servicios mas o ménos cuestionables, sin injerencia en gran parte en esos 20 años que quereis destruir es hoy malo de todos modos ¡que lógica! Mas cerca está del pueblo Montt que Cruz. ¿Las ideas que los separan cuáles son i como se llaman las del pretendiente militar?

Nosotros no queremos candidaturas oficiales cualquiera que sea el nombre. Para nosotros eso es la corrupcion. La oposicion se ve vencida de ante-mano i busca en Cruz la revolucion; solo ella puede darle un asiento empapado en sangre. He aqui la púrpura que presenta al pueblo la oposicion; una banda presidencial ganada en la guerra civil por un nombre vano, por una persona. Direis que a la corrupcion debe hacerse frente con la fuerza; direis que ese derecho para imponerse necesita soldados i jenerales; para triunfar una guerra civil. ¿Lo conocéis bien? ¿No sabéis que una revolucion fratricida es como el traje de Dejanira? Abrasa al que la lleva.

El derecho de insurreccion en manos del pueblo puede hacerse justificable por su inocencia; el suceso a buen mercado solo puede hacer perdonar un levantamiento preñado de peligros. Pero hacer un sistema de tiranias, evocar dia a dia un sin número de espectros; forjar para la imajiuacion popular sencilla i crédula una historia fabulosa de cosas horribles, empeñarse en formar en torno 'al pueblo un circulo de miserias i crueldades apretándose hácia el centro; ¿ese es el mejor camino para concebir un plan, ni para determinar el limite en que principia este derecho de hacerse justicia a si mismos? El derecho existe pero su aplicacion es tan difícil como difícil hallar un ambicioso i aspirante que no la encuentre licita a toda hora en todo pais i bajo cualquiera forma de gobierno. La temeridad de los hombres que tomaron por divisa esta revuelta constante se esplica solo por ese fanatismo de ideas, o ese delirio de ambicion que se apodera de las cabezas débiles i de las intelijencias impotentes. Agregad a eso las venganzas, las pasiones que

se esconden en todos los trastornos i tendreis siempre hombres incomprensibles, jénios supuestamente desconocidos prontos a pacificar el mundo a balazos i a convencer a los individuos a fuerza de puñaladas. Para ellos la vida debe ser un paraíso fecundado con sangre; el progreso tiene que subir por gradas de cadáveres i la humanidad seguirle atada como un vil esclavo. Esto dicen ellos es libertad i civilizacion. ¿Segun esto no seria mejor que los araucanos viniesen a hacernos progresar?

¿Qué se puede decir delante de la catástrofe del 20? ¿Cómo calificar un motin militar delante del pueblo que se retiraba? ¿Dónde estaba esa alma de la revolucion cuando la fuerza i el tiempo parecian favorables? ¿Dónde estaba ese principio que anima la materia misma aun cuando los hombres faltan?—Todo era favorable a los revolucionarios i de nada han aprovechado. ¿Sin pueblo, con un batallon de línea, con soldados sin voto, que no pueden deliberar, venis a pedir un cambio de ministerio, una candidatura, una revolucion? ¿Con qué los separados del pueblo están llamados a instruirlo en sus derechos i a salvarlo por fuerza?—¿Por qué no haciais una azonada popular? Os limitásteis a madrugar i a perder vuestro triunfo cierto i la sangre inocente.

Al ver los cadáveres amontonados en la alameda entre las hojas secas de los árboles se podia decir que un soplo de muerte habia ajado ántes esas vidas. La República perdía las hojas, el otoño habia llegado para los árboles i los hombres. Vencidos i vencedores asistian a un triste espectáculo; la primavera de la República se desfloraba en esa cosecha intempestiva para los unos, criminal para los otros, aciaga para todos. Si hubiésemos de contar los principios por la bravura, de ambos lados parecia estar la razon. ¿Pero es cierto que de un lado solo estuviese el orden i del otro la libertad? ¿No es una triste fatalidad esta armada de combatientes en una guerra fratricida? ¿Puede legitimarse la ambicion con un bautismo de llanto? ¿I puede aplaudirse un orden que sobrenada en un lago de sangre hermana?

Pero los partidos, las facciones son fanáticas. Es forzoso que el uno para el otro sea un criminal; es forzoso una vez rota la armonia no echar otra division que el odio i el asesinato; es preciso forjar terrores, levantar un tirano inesplicable i misterioso para dar a la conjuracion un carácter nacional, para ahogar la conciencia, fascinar el espíritu i dar al fanatismo la razon de sus crueldades. Los partidarios del gobierno establecido por su parte se esfuerzan tambien en pintar todo movimiento como una

desconfianza, todo grito como una mentira, toda queja como una injusticia, toda solicitud como un trastorno, toda indignación como una amenaza, toda esperanza revolucionaria como un crimen.

En esta competencia de odios entre dos bandos enemigos mas es la parte de error i de mala intelijencia lo que enardece los ánimos que la natural fiereza del hombre que oye a sus rencores para obrar. No hai peor consejero que el odio; no hai peor fanatismo que el que trata de la salvacion de los demas contra su voluntad; por solo una intuicion divina de su conciencia interesada; por el desprendimiento en el sacrificio de la vida con que se cree satisfacer a los demas. ¿I qué es una vida en prenda por mil que perdeis? ¿Dónde está esa infalibilidad para enviar un país tranquilo al matadero por lo que es quizás una ilusion?

El motin militar del 20 de cualquier modo que se explique, ya por su falta de plan ya por la muerte del Coronel Urriola ha hecho conocer una verdad; el pueblo no le siguió. Jamas ha habido un motin peor aprovechado; por cinco horas la capital ha estado por él; tenian hombres i balas, les sobraba arrojo a los pocos opositores que empujaban algunos rotos i no han sabido concluir nada. Es cierto que han inaugurado una guerra civil, que han puesto fuera de combate 200 hombres, que han querido incendiar el parque de artillería para enviar ese cañonazo al cielo probablemente. Todo lo tentaron i la muerte del ciego coronel que estaba predestinado a morir por una bala de esos guardias nacionales que tantas veces habia hecho morir, puso fin a todo. Su impulso habria sido bastante i la inspiracion faltó por esa desgracia que pesa siempre en los temerarios i ambiciosos de segundo orden. Sin la muerte del bravo coronel, la capital estaba en sus manos. Los guardias nacionales nada habrian hecho a pesar de su arrojo. La escolta se paseaba entre tanto, la tropa de línea del gobierno se atrincheraba en un cuartel. I se enviaba a los tiros certeros del Valdivia un monton de cívicos habiendo podido usar de caballería i otros medios.

Las compañías rebeladas del Valdivia se pasaron; pero la sangre de los cívicos habia corrido; los rebeldes entraban a las calles intactos resbalando en la sangre de los guardias nacionales, ese pueblo obrero que se iba a batir por las torpezas de dos partidos. Los hombres de Estado que tienen en Chile por política el terror i la inmovilidad, provocan la fuerza i la revolucion de parte de los otros. En todos los gobiernos el ministerio cede, los individuos

dejan sus aspiraciones en bien del país. Al contrario en Chile el ministerio se aferra cuanto mas impopular es; todo dejenera en personal i la discordia sigue su paso como en una ciudad italiana sin respetar la sangre ni afecciones, ni pareceres.

El número de muertos pasa de 50 segun dicen. He aquí la cosecha de los amotinados. I en premio de este servicio el ministerio envía las compañías del Valdivia a pasear a Quillota. No; eso es cruel; un cuerpo corrompido una vez debe castigarse; si no lo haceis por haberse rebelado a lo ménos por haber dejado a sus corevolucionarios merece castigo. Tropa dos veces faltando a la moral no debe estar un instante en el país donde pueda llamársele asesina i traidora, cualquiera que sea el valor i pericia que haya mostrado. El gobierno debe licenciarlos en Magallanes; porque no puede creerse que el engaño por siete horas los hubiese tenido sosteniendo la insurreccion. Ademas se han pasado por falta de municiones, por hallarse sin jefes i creyendo talvez que habian tomado el cuartel.

El país no quiere revolucion i sin embargo los partidos se empeñan en arrastrarlo. ¿Se pueden interesar por él cuando solo le ofrecen despotismo o revolucion?

¿Podeis hacerles amable una libertad presentada de esa suerte? ¿Cómo no han de pedir el orden a todo trance? ¿Cómo la política no ha de hacerse retroactiva i amenazadora? ¿O creéis que los ultraconservadores han de esperaros con la cabeza en la mano para que no tergaís ni el trabajo de cortarla? Tanta locura parece un sueño.

Queremos suponer un atroz delirio en los que se han lanzado a una guerra civil sin consultár ni la sangre, ni las lágrimas, ni sus propias desgracias. ¿De qué les ha servido su tropa, sus escasos rotos i su denuedo? Iba en esa lid fraticida todo su porvenir i una miserable bala ha borrado todo el triunfo momentáneo. Lamentable estravio que puede quizás detener los pasos del jeneral Cruz. Las revoluciones militares han pasado ya, ellas nos volverán mas sangre pero idea ninguna brotará. ¿A qué derribarla infructuosamente?

Si el jeneral Cruz ha alentado el movimiento de Santiago tiene una razon mas para segundarlo. Si no tiene compromiso, si esta revuelta es una precipitacion o mas bien una division de otros pretendientes al mando, hará un gran servicio al país en no seguirlo. Pero eso es pedir imposibles, es lo mismo que decirle al ministerio, baje U. i borre sus candidatos oficiales. La

cuestion no está resuelta aun; el problema no se ha mas que discutido en la alameda; su solucion está en otra parte. El jeneral Cruz es hoy precisamente la espada de Damocles para el ministerio i para el pais. Talvez el coronel Urrutia ha querido un triunfo sin sangre, porque era fácil; ha desesperado de los medios legales ántes de tiempo; i con unos cuantos soldados queria ahorrar a Cruz o su venida o su silencio. Pero las revoluciones esconden su fondo. ¿Por qué no pediais en vez de una candidatura la caida del ministerio o una constituyente? Habeis hecho un motin para imponer otra candidatura oficial; solo habeis agregado a la vuestra alguna sangre.

No podemos ménos de alabar la guardia nacional i de pedir un poco de piedad para los vencidos. Los vencedores tienen que llorar, mas no tienen quizás que espiar una gran falta. El partido ultraconservador desplegará su lujo de amenazas, querrá consejos de guerra verbales pero se contendrá, lo esperamos. El Presidente de la República mas que nunca se halla en el mejor lugar para ver las cosas, nunca mas cerca de ser un buen patriota i un vencedor piadoso. No sea por un instante hombre de partido i resuelva despues en conciencia. Ha subido hasta la cima, abajo estan los partidos; lleve a su familia al bajar el soplo puro de las cumbres i piense en cuanta sangre ha llegado a los bordes de la silla i cuan difícil aun es saber si esa silla será mas tarde un bote en un lago de sangre.

En los alrededores i provincias vecinas no ha sido ni averiguado el motin. Pero Santiago i Valparaiso estan bajo sitio por 42 dias desde el 20.

La prensa opositora no existe ya; la marcha del escritor en el llanto que ha dejado este fatal motin es penosa; difícil es congratular cuando la fiesta es un verdadero funeral. Dejemos a la conciencia de cada uno el remordimiento o la satisfaccion; la historia despues de Dios lo juzgará en diverso sentido; nosotros en tan reciente ruina no alzaremos un grito de venganza ni oprobio; mucho tienen que perdonarse los partidos i no creemos que los ultraconservadores puedan ser los primeros en arrojar la piedra.

Han hecho algo por evitar la efusion de sangre. ¿Pero por qué llegar a ese caso? ¿Sin Cruz o Montt no hai salvacion? De un lado la revolucion del otro un patibulo. Son los candidatos de la muerte sin duda; sin quererlos ellos, a influjos de los partidos que pintan los hombres como no son. El dilema es endiablado i

con ese sistema habrá inmigracion, allá en el otro mundo donde nadie hace falta. El único modo de escapar es tirarse a muerto i reprobar con el silencio lo que fuera necedad inútil escribir. Todos quieren hacernos felices a pesar nuestro cortándonos la cabeza; yo prefiero que me corten la pluma; se las dejo; sé bien que plumas para volar solo producen los ministeriales. La *Revisita de Santiago* cuando nadie lee i apénas vota quisiera retirarse de una liza sin combatientes. ¿Hará falta su voto en este tiempo en que todos votan? Mucho tememos que no; i mas vale así, que de ese modo talvez nos harian votar gubernativamente, es decir por fuerza.

Con todo diremos una palabra mas. ¿Cuál es la situacion del presidente en este caso? Los partidos luchan ya en la calle ensangrentada; la venganza i el temor han dejado a un lado el interes nacional; quiere cualquiera de ellos triunfar a toda costa. El presidente es aquí víctima de ambos si continua en una candidatura oficial ¿i en bien del pais que lo ha elevado, no querrá dejar un recuerdo patriótico, a nombre de la sangre derramada, por el prestigio del poder, el honor de un soldado i la majestad de un padre? Un ministerio de transicion salva todo hoi, mañana será tarde. La misma candidatura Montt triunfará a pesar de él; se lejitimarà i aborrareis a su partido una gran falta. Ahí teneis nombres como Pinto, Aldunate, Gana, Benavente, Tócornal etc. que pueden formar un ministerio que dé garantías a todos; en el peligro no rehusarán esos puestos.—Por ahora dejad la candidatura al partido i nombrad ministros para el orden, para la nacion. La provocacion a la guerra civil está en esos elementos; vosotros haceis el fósforo; llega un coronel i lo enciende. Basta pues de duelo; un poco de abnegacion i de clemencia; hacednos creer que estas virtudes no son un nombre inútil para nuestros gobernantes. ¿No dudareis de vuestro optimismo siquiera al lado de los cadáveres? ¿Vuestra intolerancia no se disolverá un tanto con las lágrimas i sangre frescamente derramadas?
